SARAH SERRANO



SALVAJE BABY

SARAH SERRANO

@rockerbookslloween

©

Todos los derechos reservados
Sarah Serrano (@rockerbookslloween), 2025
Independently published

Motivo de cubierta por Mireya Murillo Menéndez (@wristofink)

Maquetación por Mireya Murillo Menéndez (@wristofink)

Corrección por Yamy O. Flores (@historiascon.kotodama)

ISBN: 9798286355983

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y el tratamiento informático, sin la autorización previa y por escrito del titular del copyright. Cualquier intento de reproducción sin dicha autorización será considerado una infracción de los derechos de autor. Si necesita fotocopiar esta obra, diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) https://www.cedro.org/inicio

Nota de la autora

Salvaje Baby es el resultado de mi amor por el cine de acción y de terror, y de mi fascinación por personajes femeninos con mucho poder, sea fantástico o no. Personajes como las chicas de *Death proof* de Tarantino, *Thelma y Louise* de Callie Khouri (y Ridley Scott), *Carrie* de Stephen King o Alexia de *Titane*. Quería crear mis propias fugitivas, mis chicas rebeldes que no están dispuestas a conformarse con la realidad en la que viven y deciden hacer algo al respecto. Igual que en otras ocasiones, utilizo la fantasía y el terror fantástico para hablar de temas dolorosos; temas muy complejos como el *bullying*, la desprotección de la infancia, el amor propio o la posesión de una red de apoyo familiar que permita a las niñas sentirse válidas, poderosas y capaces de todo lo que se propongan.

Debo admitir que en *Salvaje Baby* hay escenas explícitas de violencia, sangre, peleas y disparos, así que, si no estás preparada/o/e para leer algo con este contenido, siempre puedes leer otro libro y volver aquí cuando sientas que es el momento para disfrutarlo.

Regalo

Muchas gracias por comprar *Salvaje Baby* y por ¡seguir leyendo! Como agradecimiento por animarte a comprar mi libro, te dejo la *playlist* oficial totalmente gratuita para que puedas pulsar el botón y meterte de lleno en la novela, como si fuera una película.



Para ti, que sientes que no encajas en ninguna parte.
Para ti, que eres única/o/e y especial.
Recuerda: ese lado es increíble, sácalo, sé tú misma/o/e, no lo escondas.
No estás sola/o/e. El mundo está a tus pies.

DÍA 1





1. La línea 3

La parada de autobús de la línea 3 estaba desierta aquel día, como casi todos en realidad. El otoño apenas comenzaba a asomar con timidez y las pocas hojas que anidaban en los escasos árboles de San Gregorio se rendían al suelo a causa del viento, todavía templado, que soplaba y levantaba la tierra ligeramente. Un rayo de sol anaranjado, más amarillento que rojo, cruzaba el cielo igual que un meteorito para caer de lleno sobre el árbol más grande y desintegrarse después entre sus hojas rojizas, que eran cada vez menos. Después, se posaba gentilmente sobre el cartel de madera que indicaba el nombre de la parada.

Aquel cartel de madera lucía roído, viejo y abandonado, carcomido por las termitas, podrido por las lluvias inesperadas de agosto que habían inundado el barrio. En San Gregorio nunca llovía. Sin embargo, aquel agosto el agua había cubierto los suelos durante un par de días. Después pasó a dejar una gran mancha de barro como señal de que el amontonamiento de agua había sido real pero ya no quedaba nada: solo la madera podrida y carcomida de las casas, del vallado de algunos terrenos, de la iglesia y del cartel de la parada de autobús.

Donde debería decir «Línea 3: San Gregorio», alguien había escrito con pintura granate: «Acabas de llegar a un pueblo maldito. Ya no hay vuelta atrás, amigo. Lo que te depare el destino, será cosa del demonio mismo». Era como si aquel punto exacto de San Gregorio no le importase remotamente a nadie sobre el planeta Tierra. No obstante, no era algo vinculado a la parada de autobús en sí misma, sino a San Gregorio. Podía escucharse la brisa silbar entre las paredes de las casas, sucias y agujereadas. El viento acariciaba

algunas latas de metal que titilaban en el suelo al removerse entre la basura acumulada de los recovecos de las calles. Los que quedaban fuera de la vista principal de cualquier visitante. Otras repiqueteaban al chocar colgadas de un cordel a la viga de madera del porche principal de algunas casas. Los habitantes de San Gregorio solían hacerlo para ahuyentar a los cuervos, que se empeñaban en pasear a sus anchas.

Un poco más allá de la parada de autobús, a lo lejos, se aproximaba una muchacha cuyos cabellos brillaban con más intensidad de la normal, como si tuvieran vida propia a causa de esos últimos rayos dorados del año: un fuego casi real. La joven doblaba la esquina de la calle y comenzaba a caminar avenida abajo hacia la parada. Solía tomar la línea 3 a la misma hora y casi siempre se repetía la misma historia. Vivía en el día de la marmota: llegaba a la parada y se encontraba con Enzo y los muchachos, ellos se metían con ella riéndose de su pelo, de sus pecas, de sus labios rojizos, de que era pobre, tímida y rara, y después todos subían al autobús. Cada uno bajaba en su parada y se despedían hasta el día siguiente.

Aquella tarde, la chica avanzaba a paso lento, como si la imagen se hubiera congelado sutilmente y cada movimiento se percibiera mucho más pausado de lo acostumbrado. Las piernas se le doblaban hacia arriba y después hacia abajo, pisando con fuerza el escaso borde de piedra terriza dispuesta en el lateral de la carretera sin pavimentar. Su pelo ondeaba como si estuviera bajo el mar y flotara libre de la fuerza gravitatoria. Llevaba la cabeza gacha, y se miraba los pies y la acera cubierta de chicles antiguos pegados, que habían perdido el color y se habían tornado casi del mismo tono que el de la superficie. En los ojos de aquella muchacha se dejaba ver el pavor, la resignación a su propio destino, igual que un cerdo que de algún modo sabe que va camino del matadero: la boca seca, aunque se intentara remojar los labios con la lengua, el corazón encogido, y los pies y las manos frías y sudorosas. Cuando llegó a la parada y levantó la vista, se detuvo en seco.

—Al menos hoy no hay nadie —resolló para sí misma, murmurando. Y estuvo a punto de sonreír. Lo estuvo. Por un

momento, sintió que su pecho se abría, solo un poco, que podía respirar y que el corazón se le serenaba, agradecido—. Gracias, Dios.

Qué equivocada estaba, sin embargo. La chica, todavía desconocida y sin nombre, cuyo rostro encarnaba el retrato del pánico más básico y animal, estaba a punto de vivir algo inusual, algo extraordinario: un evento insólito que cambiaría su vida para siempre.

No tuvo que esperar demasiado junto a aquel cartel de madera roído: el autobús de color beis y mostaza de la línea 3, envuelto por un grueso renglón granate, se aproximaba emitiendo ese ruidito de motor gastado suyo, dejando una nube de humo negro tras de sí. Si no fuera por la chica y por el autobús, nadie hubiera podido jamás afirmar que aquel pueblo albergara alguna vida. Aparte de aquellas dos anomalías, una dorada y la otra mecánica, no había mucho más que pudiera confirmar la teoría de que San Gregorio estuviera habitado.

La puerta del vehículo se abrió justo delante de la muchacha, provocando un estruendo de muelles oxidados y aire comprimido, pero esta siguió observando el suelo como si no se hubiera percatado de que el autobús había parado precisamente para que subiera. Chasqueaba las uñas, concentrada. Lo único que era capaz de escuchar en ese momento era el golpe seco y cavernoso de queratina al chocar, hasta que una voz aguda, casi infantil pero cubierta de una profunda amargura, la arrancó de su trance.

—¡Eh, pirada! ¡Muévete de una vez! —gruñó.

La chica conocía aquella voz y conocía con exactitud también a su dueño, que normalmente esperaba en la parada igual que hacía ella: era Enzo. Haciendo oídos sordos, irguió asustadiza el rostro y se topó con la mirada alicaída y cansada de Di. Di era el diminutivo de Diana, la conductora de la línea 3.

—Vamos, sube, Estia —dijo dando un golpeteo de cabeza con evidente hartazgo debido al comportamiento de Enzo y los chicos, que cada día actuaban como si el autobús fuera suyo. Como si cada terreno que pisaban con sus desgastadas zapatillas blancas les perteneciera por la gracia divina.

—Gracias, Di. Dios te bendiga —respondió Estia susurrando justo al pasar por su lado, rogando que nadie más la pudiera escuchar. Y con el ojo derecho vio que Di le sonreía, negaba con la cabeza con dulzura y arrancaba el autobús.

La chica de cabellos de oro, Estia era su nombre, pasó por una hilera de asientos, apretando sus brazos contra las costillas, bajo la mirada atenta de Enzo y sus amigos. Los chicos no dijeron ni una palabra, solo se aguantaron falsamente la risa. Pero no cabía ninguna duda de que estaban ávidos de caza y Estia sabía que no iba a ser tan sencillo como soportar unas cuantas carcajadas inútilmente disimuladas a su espalda. Enzo y los muchachos no iban a mantener la boca cerrada todo el trayecto. No eran de los que supieran que mantener la boca cerrada podía ser una virtud.

Se sentó atrás del todo, sola. Sacó los cascos de su bolsa, tiró de su *walkman* y lo conectó al *jack*. Rebobinó la cinta hasta tres veces para encontrar su canción favorita del último mes, esa que tanto le gustaba de The Animals. Después, se dedicó a mirar por la ventana tratando de concentrarse en lo que había al otro lado del cristal: cárcavas, barrancos, caminos terrosos, el sol, un águila que sobrevolaba los cielos y el vacío.

Aquello duró unos pocos segundos. Ni siquiera había llegado a la mitad de la canción cuando Enzo se levantó de su asiento. Sus amigos se levantaron detrás de él enseguida, como si el muchacho tuviera una especie de imán mágico que tirase de los demás. Estia los vio acercarse por el rabillo del ojo, pero no se giró. En cambio, apretó los puños preparada para aguantar el chaparrón. Tendría que concentrarse mucho en la música para no escuchar lo que le dijeran, sí, pero serían unos cuantos minutos de viaje. Diez minutos y estaría de vuelta. Únicamente tenía que ignorarlos. ¿Qué podía pasar?

De pronto, Estia se percató de que realmente Enzo no se dirigía hacia ella. El chico se golpeó la gorra de color rojo, se sujetó en el respaldo de dos asientos y de un salto se colocó justo al lado de Di, la conductora. Los demás hicieron lo mismo. Estia no era capaz de escuchar lo que estos decían por el volumen de la música, pero los observó de soslayo: se reían de ella.

Empezó a agobiarse de verdad cuando Di pegó un volantazo y el autobús pasó un bache que la hizo rebotar sobre el asiento. Faltó muy poco para que el vehículo se saliera del asfalto estropeado y áspero para pisar la cuneta. Se revolvió y volvió a colocarse en el sitio. Posó el mentón sobre la palma de la mano y el codo en la ventana y cerró los ojos, deseando llegar, pero entonces el autobús volvió a girar bruscamente. Estia no pudo ignorarlo más y miró a Di.

Enzo la estaba sujetando de la pechera y la zarandeaba mientras esta trataba de mantener el autobús enderezado en la carretera. Estia se quedó quieta. No porque ella quisiera sino porque algo impedía que pudiera moverse ni un ápice: el pánico, el terror, el pavor, el miedo absoluto. Di la miró. Pedía ayuda con los ojos, pero Estia siguió quieta. Los chicos se volvieron y la vieron allí, completamente congelada. Rompieron a reír una vez más.

—¡Miradla! —rio Enzo—. Creo que está a punto de hacerse pis encima.

Todos volvieron a reírse, pero como si la voz del chico lograra sacarla del embotamiento, Estia se puso de pie.

—¡Parad! —gritó—. ¡Parad de una vez o nos vais a matar a todos! ¡Dejadla en paz!

—¿Has dicho algo, pirada? —se carcajeó uno de los muchachos—. Repítelo más alto —se burló colocándose una mano detrás de la oreja—. No te hemos escuchado.

—Digo que paréis —susurró—. Os ruego que paréis.

—¿Qué?

—¡¡Que paréis!! —vociferó esa vez—. ¡¡Que paréis!!

—O si no, ¿qué?

—Parad… por favor.

—Venga ya, pirada. ¡Métete en tus asuntos y déjanos en paz!

—¡Eso! Suerte has tenido de que hoy no te toque a ti —dijo Enzo —. Pero como sigas metiendo las narices donde no te llaman, prepárate, pirada de mierda, porque si es lo que quieres, vamos a acabar contigo.

—Yo que tú me prepararía para mañana —interrumpió otro de los muchachos apretándose los puños—. Si fuera tú, ni siquiera me molestaría en coger el autobús.

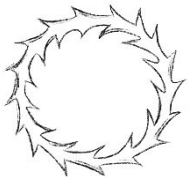
Estia retrocedió, alicaída. Volvió a sentarse, jugueteando con las uñas, desorientada. Durante varios segundos pensó en no hacer nada. De hecho, estaba convencida de que se quedaría pegada al asiento, haciendo como si todo lo que le hacían a Di fuera un espejismo o imaginaciones suyas. Sin embargo, eso no fue lo que pasó.

Lo siguiente que Estia recordaba, y no fue hasta días más tarde en un lugar muy lejos de allí, fue haber dejado el *walkman* en el asiento del autobús y llegar a la siguiente parada. Recordaba también el sonido del muelle oxidado y el mecanismo de las puertas al abrirse, y después un grito ahogado casi perfectamente coordinado con las últimas notas de guitarra de *The girl can't help it*, de The Animals. Recordaba levantar la cabeza y ver a Enzo en el suelo mientras su mano se agitaba espantosamente con una contracción nerviosa. Recordaba mirar a los lados y ver a todos muertos, y sangre, sangre por todas partes. Recordaba ver a Di, que la miraba con los ojos como platos, atónita, y la nariz salpicada de sangre. Recordaba a un hombre vomitando en el exterior del autobús y a una señora con la mano que le tiritaba, tapándose la boca.

Lo último que recordaba fue que se observó las manos y que no fue capaz de identificar sus pliegues, que estuvieron borrosos durante varios segundos. Sin embargo, todos esos recuerdos impactaron en su cabeza varios días después, muy lejos de San Gregorio y de Luis de Juárez.

En aquel instante no recordaba nada de lo que acababa de pasar en el interior del autobús de la línea 3, pero al mirarse las manos, advirtió que las tenía cubiertas de sangre. También lo estaban su pelo y su camiseta.

—Ay, Dios… —murmuró para sí.



2. La siguiente parada

Si Estia hubiera sido consciente de lo que acababa de ocurrir pocos minutos antes dentro de aquel autobús, sabría que había dejado su *walkman* sobre el asiento de nailon pardo desgastado revestido de rombos.

Sabría también que de aquellos auriculares de hierro y almohadilla negra brotaba la música embotada que escuchaba cada día religiosamente, desde que el sol salía hasta que se acostaba, exhausta de esforzarse por seguir con vida un día más.

Sabría que, después de comprobar con detalle que sus objetos personales no caerían al suelo en una curva, se había puesto de pie con los puños apretados y el pelo enmarañado pegado a su rostro hinchado de rabia. Rojo, tan rojo, que parecía estar a punto de reventar. Sus pecas también se habían tornado violetas, abandonando ese tono difuminado y gentil; parecían arándanos diminutos.

Sabría además que, durante varios segundos, ninguno de los matones del autobús, ni tampoco Di, se habían percatado de que estaba de pie. Ni de que los observaba desde la mitad del estrecho pasillo, con los ojos huracanados y el gesto tan colérico que sus rubias cejas simulaban ser una sola más larga, más esponjosa y más intimidatoria. Escuchó a Enzo a lo lejos.

—¡JA! —El chico dejó escapar una carcajada que en cualquier otro momento la hubiera amedrentado. Después, torció el gesto con una sonrisa prepotente y cruzó los brazos.

Sin embargo, en ese momento Estia ni se inmutó. El chico, desconcertado, entornó también los ojos, retándola, pero ella siguió sin moverse del sitio. Únicamente se le inflamaron las arterias,

despachando la sangre más rápido de lo normal y provocando que el color de sus mejillas mutara todavía más.

Enzo echó un vistazo a dos de sus amigotes, que lo escudriñaban demandando que hiciera algo al respecto. Era el líder y no podía dejar que un bicho raro como Estia se enfrentara a él de aquella manera. Entre tanto, Di había aprovechado para continuar conduciendo, concentrada en la carretera, puesto que los chicos ya no le prestaban atención. En el fondo, Di quería ayudar a Estia, pero estaba segura de que la única forma de ayudarla era llegar a la siguiente parada lo antes posible, frenar el autobús y dejar que saliera de allí. Por eso, dejó de fijarse en lo que acontecía detrás de sí para seguir rodando.

—¡Dile algo, Enzo! —instó uno de los muchachos—. ¡Reviéntala!

—Eso… dile algo a LA PIRADA —exigió otro levantando la mano, mientras señalaba a la muchacha de forma beligerante. El sudor le resbalaba por las patillas.

Enzo chistó y todos cerraron el pico. Ciertamente, era como si este poseyera extraños poderes sobrenaturales y fuera capaz de obligar a los demás a hacer lo que ordenaba, pero era más simple que todo eso. Enzo llevaba una gorra roja echada hacia atrás y siempre tenía la cara colorada y sudorosa, igual que sus manos, pero era grande y mucho más alto de lo que debería para su edad. Nunca lo dijo, pero siempre supuso que era aquel el motivo por el cual los demás hacían lo que él quería que hicieran. Tenía aquella información tan presente que sentía la inevitable urgencia de ser malvado y autárquico, puesto que era consciente también de que en algún momento sus amigos crecerían, y eso significaba que todos serían igual de grandes y dejarían de obedecer sin cuestionarlo.

Enzo volvió la mirada hacia Estia y abrió ligeramente los labios para hablar. No obstante, no logró emitir ni una sola palabra. Ni en ese instante, ni nunca más. Al menos, no como hasta entonces en toda su vida.

—Vamos, haz algo, Enzo —replicó el chico—. ¿Qué narices te pasa?

—¡Aparta! —se atrevió a decir otro—. ¡Déjame a…! —El muchacho no pudo ni siquiera terminar la frase. Las palabras sobrevolaron la

atmósfera, derritiéndose.

Estia, más rápida que un bólido de la NASCAR, más veloz que un rocín de carreteras robusto y grácil, más hábil que una zorra dispuesta a sobrevivir a toda costa, se lanzó directa hacia la ventana, dejando un borrón de su cuerpo en el aire. ¿Cómo lo hizo? Nadie lo supo realmente. Ella tampoco. Ni siquiera fue consciente de que estaba haciendo algo así. Rodeó con las manos el mástil de uno de esos martillos que suelen colocar las compañías de autobús para romper el cristal si el vehículo se incendia, apoyó el pie en el límite del respaldo de uno de los asientos, y ayudándose a impulsarse con este, se abalanzó sobre Enzo.

No cayó de forma aleatoria, tampoco desordenada: su mano, aferrada al palo de madera tapizado, notando el peso del hierro que se acumulaba en el extremo de la herramienta, recorrió la estela del aire directamente hacia la mandíbula del muchacho. El golpe fue tan fuerte que unos cuantos de sus dientes salieron disparados hacia un lateral del autobús, rodando por el suelo hasta desaparecer bajo uno de los asientos.

Diana echaba un vistazo al retrovisor de vez en cuando, horrorizada, pero no frenó. Soltó un grito y siguió conduciendo.

—Dios mío, protégenos de esto —rezó para sí. Rezó todo el camino.

Estia tampoco paró, con el mismo martillo arremetió contra el cráneo de Enzo, agujereándole la cabeza. Trató de extraerlo, pero no pudo. Tiró de él varias veces. Incluso colocó el pie en el cuello del muchacho para hacer palanca. En aquel instante tenía a Enzo muy cerca. Si hubiera podido usar los ojos, habría visto que Estia ni siquiera lo miraba. Era como si algo mirase por ella, como si algo estuviera guiando sus movimientos. De pronto, uno de los muchachos se movió. Hasta ese momento se habían agazapado detrás de los asientos. Uno de ellos asomó los ojos por el respaldo. Otro trató de enfrentar a Estia: saltó y se colocó justo delante, mientras un tercero aprovechó para salir y golpear la puerta de plástico acristalado del autobús.

—¡Diana! ¡Diana! ¡Abre la puerta de una puta vez! —gritó sin control, arreando manotazos inútiles a la puerta—. Esta loca nos va

a matar a todos —sollozó aterrado.

—No puedo parar ahora —respondió Diana—. Estamos en mitad de la carretera, David.

—¡Que pares, joder! —David temblaba, pero solo lo hizo durante unos segundos más. Los mismos que Estia tardó en zafarse del chico que trataba de atraparla y lanzar a David un segundo martillo que le golpeó de lleno en el entrecejo.

—El camión de atrás nos arrollaría… —explicó Di. Pero ya era demasiado tarde. David no le escuchaba. Estaba muerto.

Un destello llamó la atención de Estia, que giró el cuello de forma hiperbólica y lo ladeó de forma similar a como lo hacen los perros cuando escuchan a un animalito husmear cerca. Advirtió que uno de los muchachos introducía la mano en el bolsillo de atrás del pantalón y sacaba una navaja. La hoja brillaba bajo el sol de otoño y en ella se reflejaba el camino dorado que apenas contaba con unos pocos hierbajos que le dieran sombra. El chico sacudió la navaja con la mano. Era evidente que no tenía ni la menor idea de lo que estaba haciendo. Estia se arrodilló y gateó por el pasillo del vehículo, igual que un depredador.

—¿Qué haces, pirada? —gimió de pronto él, levantando los pies del suelo para ponerse a salvo.

—¿Qué haces, John? —quiso saber otro.

—No… No lo sé.

—¡Clávale la navaja! Venga, tío, pínchale antes de que nos mate —ordenó lanzándose al suelo.

El otro muchacho le siguió. Gatearon buscando a Estia. Uno logró agarrarla del tobillo y tirar de ella hacia fuera. Se colocó encima, dispuesto a clavarle el filo, pero Estia se resistía.

—Ay, joder, ¡tiene mucha fuerza!

—Venga ya, ¡es una niña! —agregó el otro—. ¡Vamos! —dijo, envalentonado, arrebatándole la navaja a su compañero. La levantó y la llevó hacia el cuerpo de Estia.

Diana echó un nuevo vistazo al retrovisor, y antes de que los muchachos alcanzaran el torso de Estia, la conductora frenó en seco. El camión que iba tras ellos se había desviado. Los chicos se

tambalearon y rodaron por el suelo. Entonces la navaja cayó, rebotando.

Estia se había sujetado a los soportes de los asientos como si siempre hubiera sabido que Diana frenaría. La navaja viajó hasta su mano, como si un conjuro la hubiera encantado; sin embargo, la empuñó por el lado que no era. La hoja llegó a clavársele en la palma. Estia no reaccionó al dolor. La desenganchó de su piel, escindiéndola con un corte irregular.

Después, sin contemplaciones, alargó la mano y seccionó los tobillos de ambos muchachos, justo antes de ponerse de pie y apuñalar, entre sus propios gritos desgarrados, que surgían desde lo más hondo de su estómago, a cada uno de los cuerpos que todavía albergaban vida.

La escabechina salpicó cada rincón del interior del autobús con sangre caliente y pedazos de piel irregular cuyas venas confundidas, pensando que todavía estaban conectadas de alguna forma a sus cuerpos, bombeaban sangre.

Estia apagó el corazón de cada uno de los muchachos. Después, se quedó completamente inmóvil donde estaba. Todos, excepto Diana, se desangraron en el vehículo. Di, con un ojo manchado, el cuello salpicado y la respiración agitada, continuó conduciendo hasta la siguiente parada, que se hallaba apenas a tres metros de distancia.



3. La sin nombre

Estia se trataba de un nombre realmente peculiar, pero era imposible que la propia Estia fuera consciente de tal cosa. Cuando la niña nació, ni su madre ni su padre pusieron el empeño que ponen los padres más diestros en indagar entre las raíces de su pasado para encontrar un nombre digno que otorgar a su bebé. No hubo peleas ni chistes por ver quién elegía el nombre más bonito o el más absurdo. Tampoco le regalaron el apellido familiar de su padre, y su madre, por aquel tiempo, ni se planteó que ella pudiera dárselo. Así, sin más, descendió a este mundo una niña preciosa sin origen, una criatura resplandeciente sin futuro, una neonata sin identidad envuelta en cabellos rubios y envejecidos, cubierta de mejillas rosadas que con el tiempo fueron trazando lunares y pecas.

Con apenas cuatro años, al mismo Dios le agradecía Estia apoyando los codos huesudos sobre el colchón harapiento de su habitación. Lo hacía por haber contado, al menos, con el favor de la deidad fortuna al decidir esta a empujar a su desidiosa madre a experimentar culpa por abandonar a un ser indefenso en mitad de un camino por el que apenas se dejaba ver un alma. En un pasado no muy remoto, San Gregorio no había sido un lugar deshabitado, al menos no tanto como lo era en aquel entonces, ya a finales de los 60. No obstante, la construcción de una carretera alternativa, mucho más moderna y rápida, terminó provocando que aquel terreno fuera engullido por el vacío convirtiéndolo en un desierto.

Estia le rezaba a Dios con adoración, pidiéndole que su mamá volviera a recogerla de aquella senda destartalada y escapara de las manos de aquel hombre aterrador por sus altos y sus bajos de alma. Sus oraciones se consumaron. Cuando escapó, la mamá de Estia la recogió del camino donde seguro le esperaba la muerte, y llevó a

reposar su cuerpecito del color de la paja al umbral desconocido de la puerta de aquel edificio al que todos llamaban entre susurros, por los rincones de San Gregorio, la «Casa de los Desamparados».

Estia terminó en el edificio más antiguo de aquella aldea, una construcción roída por el paso del tiempo, recubierta de grietas que dejaban ver el interior desconchado de una forma violenta, como si fueran heridas abiertas e incurables. El edificio jamás pretendió convertirse en un orfanato para niños y niñas. No obstante, en una época en la que llegaban criaturas a raudales, bien porque los abandonaban, bien por su propio pie o bien porque la policía decidía que su familia no era apta para su cuidado, se convirtió en imprudente y egoísta cerrar la puerta a quien buscara cobijo. Sobre todo, si quien buscaba amparo eran niños y niñas que apenas rozaban los once años de edad.

El orfanato sufría de abarrotamiento crónico a aquellas alturas. Por eso, cuando Estia llegó al umbral, se convirtió en solo una más de la lista. Las preceptoras del orfanato se limitaron a alimentar la boca de aquella niña y a acunarla como autómatas para que se durmiese. Lo hacían de igual manera a pesar de que, por muy curioso que pueda parecer, Estia jamás lloraba y se quedaba dormida en brazos de cualquier persona u objeto. Ciertamente, la falta de llanto hizo que pasara todavía más desapercibida. Así pues, suerte tuvo de que las preceptoras no olvidaran que estaba allí y que necesitaba alimentarse para sobrevivir.

Hasta los ocho años, Estia fue una errante sin nombre. Un fantasma sin sábana para manifestarse, ni plasma para impregnar el suelo con sus pasos. Fue creciendo rodeada de un silencio voluntario, cauta y dócil. Obedeciendo cada orden decretada por sus maestras. Sin embargo, bien es sabido que hasta cualquier perro fiel termina por desbocarse cuando descubre que su naturaleza no está en la de ser ni retenido ni domado.

Estia jamás había salido de los terrenos de la Casa de los Desamparados sola. Si lo había hecho, había sido bajo la guardia de las cuidadoras. Solía pasear por la calle principal del pueblo junto a los demás niños sin detenerse demasiado, bajo la atenta mirada de estas. Uno de aquellos días, uno de lo más normal sin señal de algo

que lo volviera especialmente único, pasando por delante del escaparate de una de las tiendas del centro, la niña se detuvo al ver un aparato extraño que emitía luz: «un televisor», decía el cartel. Estia había oído hablar de los televisores, pero sus cuidadoras insistían en no utilizarlos. «Era pecado», repetían las maestras. El cartel indicaba: «Último modelo. No se lo pierdan. Entren, vean y prueben ustedes mismos».

El aparato, cuadrado y casi igual de grande que los niños más pequeños del grupo, indicaba que el volumen estaba en silencio. Había letras que recorrían la pantalla, al ritmo de los labios de los que hablaban dentro de ella, y Estia sabía leer. Por aquel entonces solía preguntarse cómo era que aquellas personas entraban dentro del aparato, ¿tomarían quizá una poción mágica como la que tomaba Alicia en el cuento de *Alicia en el País de las Maravillas*? Y, sobre todo, ¿existía acaso un mundo paralelo en el que todo era gris, blanco y negro? ¿Un lugar en el que siempre era de noche y la luna reinaba en los cielos? ¿Era Hollywood, donde decían que se grababan las películas, de esos colores muertos?

—¡Vamos, niña! —reclamó una de las cuidadoras, rodeando con su holgada mano todo su delgaducho antebrazo—. No te detengas —dijo tirando de ella, pero esta se resistió. La cuidadora, acostumbrada a que la niña sin nombre no respondiera a estímulo alguno, resopló, puso los ojos en blanco y susurró—. Tú verás. —Por supuesto, sin esperar que decidiera quedarse allí plantada, dado que la niña sin nombre no reaccionaba, no hablaba, pero sí obedecía, y siempre a la primera. Ella tenía a otras decenas de niños a los que atender y, además, mucho menos irritantes—. Vamos, muchachos. No os detengáis —repitió caminando hacia delante.

Aquel día la niña sin nombre sí desobedeció. Se sentó en la acera arenosa, y mientras las cuidadoras y sus compañeros se alejaban sin percatarse de su falta, se quedó allí, pasmada, mirando la televisión durante horas, leyendo las letras que aparecían y desaparecían de la pantalla.

Una mujer discutía con un hombre. Este la agarraba fuerte del brazo mientras le repetía que la quería una y otra vez. La mujer le respondía que su amor era imposible y que, si cedían a él, su vida se

convertiría en un infierno. Al final ambos terminaban juntos. Después los créditos de cierre se unieron con los del comienzo y la película volvió a empezar: la mujer, ataviada con una gabardina larga y un sombrero, trataba de evitar que aquel hombre, vestido igualmente, se enamorara de ella justo antes de su boda con una muchacha a la que no amaba y con la cual había aceptado un compromiso basado en los negocios de su padre. La mujer de gabardina y sombrero era hermosa, y en ella brillaba un misterio que hacía que aquel hombre la persiguiera, y que la niña sentada en la tierra de San Gregorio no pudiera quitar los ojos de ella.

Detrás de la muchacha el sol se fue escondiendo, y el suelo arenoso fue perdiendo su color vibrante para volverse azulado. Las pocas hojas de los escasos árboles dejaron también de ser rojas, naranjas y amarillas, y se tornaron de un color frío y lúgubre. El estómago de la niña rugió. Se llevó una mano a la tripa al tiempo que una mujer salía de la tienda.

—Gracias, George —se despidieron—. Probaré. Quizá tengas razón.

—Gracias a ti, Laura. Si aun así no te funciona, vuelve mañana, ¿vale? Algo podré hacer para arreglarla.

—Está bien.

—¿Puedes darle la vuelta al cartel de la puerta, por favor?

Laura agarró el cartel de «abierto» y lo giró, al mismo tiempo que la luz del interior del escaparate se volvía más tenue, aunque la del televisor siguió brillando. Laura salió y echó un vistazo a la niña que miraba entretenida la pantalla, pero debía marcharse a casa antes de que los niños volvieran del colegio, así que aceleró el paso. Laura adoraba a sus hijos, los adoraba tanto que los esperaba en la puerta siempre que ellos volvían del colegio para darles un fuerte achuchón. Sin embargo, después de aquel día y durante otros tantos, no pudo quitarse la imagen de aquella niña que miraba el televisor sentada en el suelo. ¿Debió hacer algo por ella? ¿Estaba allí por gusto o estaba allí por otros motivos? Laura no lo sabía y eso la atormentaba en los momentos más inesperados: cuando cocinaba un pastel, cuando lavaba los platos, cuando salía a pasear o a montar en bicicleta con sus vecinas. De repente se le encogía el estómago, algo

le robaba los buenos pensamientos, y luego resultaba que se acordaba de aquella niña.

Cuando Laura dobló la esquina aquel día, mientras se alejaba, un hombre recorrió la misma, acercándose a la tienda. El hombre era alto, espigado, y llevaba un traje oscuro que le cubría el cuello hasta la barbilla. Su rostro viajaba entre la sombra y la realidad, como si, aunque alguien se esforzara en analizar sus facciones, solo pudiera ver algunas líneas borrosas que no terminaban de conformar su cara, y sombras oscuras que garabateaban los surcos bajo los ojos, la nariz y los pómulos.



4. El caminante

La niña ni siquiera se había percatado de la presencia de aquel misterioso hombre de corte oscuro. Siguió mirando el televisor mientras George, el dependiente, contaba el dinero acumulado en la caja de aquel día, pasándose los arrugados billetes de una mano a otra. El caminante se había colocado justo detrás de ella, y miraba el televisor leyendo las letras a veces en voz alta. Se echó a reír varias veces, haciendo que la niña se girara a mirarlo. La primera vez lo vigiló con sospecha y giró rápido el rostro para no perderse absolutamente nada; de algún modo, la mirada de aquel hombre, profunda, demasiado profunda, le infundió miedo. La segunda vez, cuando el hombre rio, la muchacha se paró a observarlo. Levantó la ceja con cierta curiosidad. Dejó de tenerle tanto miedo, en el fondo le había hecho gracia la forma en la que se había reído, pero trató de ocultarlo, pues no lo conocía de nada. La tercera, fue irremediable, rio al mismo tiempo que el hombre, que le devolvió la mirada con una sonrisa. Ambos se quedaron quietos riendo durante unos largos segundos.

—Es gracioso, ¿verdad? ¡Me encanta esta película! —exclamó este, señalando la pantalla—. Oye, ¿qué haces aquí tú sola? ¿Es que acaso te has perdido? —La muchacha lo observó con curiosidad, pero no respondió. De hecho, borró de su rostro la sonrisa. El individuo tendió la mano para saludarla, pero ella no se la apretó, simplemente siguió mirándolo sin decidir todavía si debía fiarse de él o no—. Mi nombre es Elijah, ¿tú cómo te llamas?

Estia, que en aquel momento carecía de un nombre que dar, echó un vistazo al televisor que seguía emitiendo luz detrás del escaparate. Después se llevó las manos a la boca y se mordió las uñas, avergonzada por no tener qué decir. Jamás le había ocurrido,

pero tampoco había salido jamás de los terrenos del orfanato sola; si lo había hecho, había sido bajo la guardia de sus cuidadoras, que siempre la llamaban «eh, niña, niña». Con eso sabía que se referían a ella. Nunca necesitó llamarse de ningún modo.

En la pantalla volvió a salir la mujer del sombrero. Estia la observó con detenimiento mientras pronunciaba: «El estío, querido amigo mío… ¡ay, el estío! Tú y yo sabemos, querido amigo, que el estío no es el mejor momento para tomar decisiones importantes».

—*Estio*, mi nombre es *Estio* —bisbiseó con inseguridad, provocando que el hilo de voz con el que había hablado desapareciera en su garganta antes de terminar cada palabra completa. No sabía lo que significaba «estío», ni tampoco que llevaba un acento, pero le pareció una palabra bonita. Un nombre bonito.

—¿Estia? —reiteró el hombre.

—Eso es —asintió la niña—. Estia. Me llamo Estia. —Incluso mejor que Estio le pareció Estia. Sonaba musical e interesante. Le gustaba mucho.

—Bien, pues… ¡encantado, Estia! Déjame decirte que tienes un nombre muy bonito. —La niña sonrió ligeramente—. ¿Te gusta la tele, entonces? —Ella respondió encogiéndose de hombros—. Bueno… Estia, ahí hay un teléfono, ¿sabes cuál es el número de tu casa para poder llamar? Si te fijas, está anocheciendo. En unos minutos la calle estará completamente oscura. Es mejor que vuelvas a casa antes de que se haga de noche.

—Supongo que sí… —suspiró Estia.

—Dime, ¿recuerdas el número de teléfono de tu casa?

—No… —respondió avergonzada.

—¿Y sabes dónde vives, Estia?

—Sí —confirmó esta. Le encantaba cómo sonaban aquellas letras en la voz de otra persona. Estia… Estia… Al fin tenía un nombre—. Es… por ahí. Bajando la carretera.

—¿Vives en la Casa de los Desamparados?

—Ajá. Ahí vivo, sí.

—Bien, vamos. Te acompaño —dijo el hombre impulsándose con un gesto de las manos en las rodillas.

—No… ¿no le importa?

—Será un momento. Además, no me gustaría que te perdieras. De noche las calles de San Gregorio cambian, ¿lo sabías?

—No, no lo sabía.

—Pues sí. Quiero decir, no es que cambien realmente, pero los colores y las luces de las tiendas desaparecen, y aparecen sombras y misterios que durante el día son difíciles de presenciar. Es mejor que vaya contigo.

—No me da miedo.

—¿Ah, no? ¡Qué valiente!

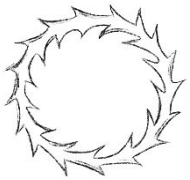
—Dios está conmigo y mientras él esté, nada malo puede pasarme. Es por ahí, Elijah.

Estia vio que el hombre alargaba el brazo e hizo lo propio. Elijah le cubrió la mano con la suya, y juntos comenzaron a caminar calle abajo.

El orfanato quedaba cerca, de hecho, solo cinco minutos más tarde giraban la esquina juntos y el antiguo edificio de piedra, rodeado de hiedra y vegetación, aparecía dibujando en el cielo azul añil formas picudas y torcidas. Estia tiró hacia la derecha para acercarse a la verja que estaba ya cerrada. Tiró dos veces, y a la tercera cayó en la cuenta de que Elijah le apretaba la mano demasiado fuerte, y que esa fuerza no la dejaba avanzar hacia la entrada.

—Es aquí —indicó.

Elijah no respondió. Simplemente tiró de ella hacia sí mismo y continuó el camino. Estia miró atrás, centrándose en las formas del edificio, en las ventanas con luz anaranjada. Pero siguió la estela de Elijah; por algún motivo, no opuso resistencia. Quizá un instinto de supervivencia, quizá una voz, quizá simplemente aquel lugar jamás le llegó a parecer un hogar. La desesperanza quizá era tal que le daba igual ir a otro sitio. Fuera lo que fuera, Estia jamás llegó a volver a la Casa de los Desamparados. Y a pesar de lo ocurrido nadie jamás denunció su desaparición. Los niños sin nombre no desaparecían, simplemente, porque jamás habían llegado a existir.



5. La nebulosa

Estia, temblando, giró sobre sus pies sintiendo que el corazón le latía demasiado deprisa y observó a Di. La conductora tenía el rostro cubierto de sangre. Apenas se distinguían sus facciones. Los ojos de Di le devolvieron la mirada justo en el instante en el que se pasaba la manga del uniforme azul por los labios para descongestionarlos, dejando un rastro carmesí similar al de un pintalabios extendido por accidente. En unos pocos segundos su piel bronceada había absorbido la sangre lo suficiente para quedársele incrustada entre los poros. La mirada de Di brillaba con una capa húmeda que se arremolinaba en el lagrimal. Estia supo que Diana, que siempre la había tratado como a alguien que importa, alguien que merece un destello de afecto y bondad, ahora le tenía miedo. Sin embargo, bajo aquel brillo, Estia supo identificar también cierta adoración, cierto asombro, y también un sutil agradecimiento.

A pesar de no recordar absolutamente nada, tuvo la intuición de que aquella bizarra escena, aquella masacre que impregnaba cada rincón del autobús, había sido culpa suya. Lo intuyó por la mirada de Diana y porque en el momento en el que consiguió ir despertando de esa especie de insólito hechizo en el que se había sentido inmersa pudo ver el momento exacto en el que soltaba una pequeña navaja empapada de un fluido amoratado que empezaba a resecarse. Lo intuyó al verlo caer a cámara lenta sobre el suelo de plástico del autobús, al tiempo que fue capaz de reconocer, a lo lejos, con cierta bruma, en los ojos de quienes la observaban desde el exterior del vehículo, el mismo pavor que había reconocido en los de Di. No obstante, estos no guardaban en su mueca ni un signo de asombro, ni agradecimiento alguno. Solo terror. Puro terror y repugnancia.

Le quemaban los ojos. Sentía un hormigueo caliente que le recorría toda la línea hasta el lagrimal. Parpadeó varias veces y ahí fue cuando se hizo consciente de que también le ardía la cabeza, como si un fuego se hubiera encendido en sus entrañas y hubiera calcinado algunas partes, mientras que en otras ya comenzaba a extinguirse.

La nebulosa en la que parecía haber estado inmersa casi desde que había puesto el pie izquierdo en el bus de la línea 3 comenzó a disiparse por fin. Fue dejando paso a una luz que le tiñó el rostro de azul y rojo, tic-tac, tic-tac, al compás de un reloj de pared, proporcionándole un tono casi purpúreo a las gotas de la sangre de Enzo y los suyos que le salpicaban toda la piel, el pelo, las manos, la ropa y la navaja que yacía en el suelo, prueba de que algo terrible había sucedido allí.

—¡Apártense! ¡Dejen paso, señores!

—¡Policía de Luis de Juárez! ¡Háganse a un lado!

Un hombre de uniforme verde oscuro introdujo los brazos para separar a la mujer, que todavía se encontraba paralizada, y al hombre, que parecía haber terminado de vomitar y que se situaba justo al borde de la puerta del autobús. El policía se hizo paso entre ambos con dureza, decidido a ver qué diablos estaba ocurriendo allí dentro.

—¿Se encuentra bien, señor? —Otro agente, también ataviado con el mismo uniforme, posó una mano sobre el hombre que había comenzado a vomitar de nuevo y que parecía no poder parar aquella segunda vez.

—¿Qué ha ocurrido? ¡¿Alguien puede decirme qué demonios ha ocurrido aquí?! —bramó el primer agente. A pesar de ser ambos conocidos de la policía de la zona y de imponer cierto respeto, nadie pudo darles una respuesta. Una de las testigos lo único que se vio capaz de hacer fue levantar el brazo y señalar a Estia con un dedo fino largo, perfectamente esmaltado y tremendamente acusador—. Señora —insistió el agente dirigiéndose esta vez a Diana—, ¿puede decirme usted qué ha ocurrido?

Di no respondió. No hizo falta. El agente de policía levantó el pie, lo colocó sobre la entrada del vehículo y, al acceder, pisó una

monumental mancha de sangre. Levantó la suela, se la observó, arrugó el entrecejo y echó un vistazo a su alrededor, olfateando como un perro.

—¡Joder! —se quejó llevándose la mano al hueco entre la boca y la nariz, como si aquella escena le produjese asco y no pudiera soportar el hedor—. Menuda escabechina… —resopló.

Desde ahí pudo ver a Enzo con el cráneo completamente hundido y la mandíbula rota. Vio al mismo tiempo al resto de los chicos, desperdigados como muñecos de trapo por todo el suelo del autobús. Lucían cortes irregulares por todo el cuerpo. Después, el agente barrió con la mirada el espacio y detectó la navaja, en el suelo, justo bajo los pies de Estia, y un par de martillos de emergencia tirados al fondo.

Analizó a la muchacha detenidamente, sin relajar el ceño ni el labio superior. Aquello no le gustaba ni un pelo. Paseó la mirada de arriba abajo y en la mano izquierda vio que esta todavía sujetaba la empuñadura de una navaja invisible. Como si el arma siguiera recogida entre sus dedos y no se hallara, al contrario, abandonada en el suelo, cubierta de los últimos rastros de vida de Enzo y los muchachos.

—Queda usted detenida, señorita —declaró el agente de pelo blanco con contundencia mientras soltaba las esposas del bolsillo del cinturón de servicio. Aquellas palabras salieron de su boca con mucha seguridad, quizá. Sin embargo, no estaba siendo consciente de lo que decía, pues no estaba siendo capaz de creer que aquello fuera obra de una muchacha como aquella. «¡Era una niña! ¡Una niña! ¡Por el amor de Dios!». La chica no se resistió. Dejó que el agente le colocara las esposas alrededor de las muñecas. Apretó todo lo que pudo, pero estas apenas mantuvieron el cierre, pues las muñecas de la muchacha eran finas y huesudas.

Estia echó una ojeada a Di muerta de miedo. Por un segundo pareció que ella despegaba los labios, que iba a decir algo, quizá a oponerse a que la detuvieran, pero en su garganta murió el gruñido. Logró descifrar entre sus labios un compasivo «Cuídate, niña», y le pareció lo suficientemente importante y extraordinario que Diana se apiadara de ella después de lo que parecía haber hecho.

Estia asintió tragando saliva y dejó que ambos policías la sacaran del interior del autobús. Se abrieron paso entre la gente que había presenciado el resultado de su feroz trance. A pesar de la brutalidad expuesta y de su reacción instintiva de repulsión hacia lo que allí había acontecido, ninguna de las personas se retiró. Al contrario. Se esmeraron por observar a Estia, por examinar cómo caminaba directa igual que un cerdo que va al matadero, para después, quizá, difundir la palabra de que habían sido testigos de una atrocidad como esa. De ver en carne y hueso al monstruo, a la niña de ojos dulces e interior aberrante.

Al tiempo que los agentes se alejaban guiándola a través de la calle, el equipo forense de la policía entraba en el vehículo, junto con algún médico que atendió a Diana.

—Qué has hecho, niña… —susurró uno de los agentes, negando con la cabeza, incrédulo. Estia lo observó con detenimiento. Le pareció alguien entrañable. Negaba con la cabeza con cierta lástima igual que haría alguien que se preocupa de verdad, a pesar de que Estia no conocía en gran medida el sentimiento de que alguien se preocupara por ella. Al menos no de manera desinteresada, y aquel día lo habían hecho Di y aquel agente de policía canoso—. En qué lío te has metido, chiquilla… —Entonces Estia logró parar en seco. Alzó la mirada de la acera, sucia y empolvada, parda y quebrada, y buscó los ojos del agente. Si se esforzaba a lo mejor lograba que este comprendiera lo sucedido. Que ella, hubiera hecho algo así o no, no recordaba absolutamente nada. Que no era culpable.

Se esmeraba en intentar recordar esos minutos, pero habían desaparecido de su mente por completo. Lo último que recordaba era la música de The Animals y a Enzo riéndose de ella, un pájaro negro que sobrevolaba los cielos siguiendo la estela del autobús, la montaña arenosa a lo lejos, una mota de polvo que emborronaba el cristal, y después, nada. No era negro y oscuro lo que veía, era una nebulosa.

—No me acuerdo de nada… —susurró para sí.



6. Los agentes

—¡Vamos, camina! —intervino el segundo agente, mucho más joven que el otro—. No deje que lo engatuse, jefe —refunfuñó tirando del hueco del codo derecho de Estia hacia delante. Ella volvió a bajar la cabeza para continuar caminando, dejándose llevar por ambos agentes—. A mí no me engañas, niña. Lo que has hecho allí es cosa de una perturbada. —Estia supo entonces que no había nada que hacer, que su destino la aguardaba tras las rejas. Además, por algún motivo que se escapaba a su entender, no estaba oponiéndose a ser guiada hacia el encierro. Como si de algún modo supiera que merecía un castigo, que era culpable no solo de arrebatarle la vida a Enzo y al resto de los chicos, sino de haberlo hecho con una brutalidad inaudita.

El policía jefe situó la mano en su cocorota para ayudarla a acceder a la parte trasera del coche patrulla. Cerró la puerta tras ella y durante unos segundos se quedó sola y en silencio mientras este charlaba fuera con su compañero. Parecía que discutían. El mayor levantaba el dedo de la mano derecha mientras el más joven, visiblemente enfurecido, hacía aspavientos. Después, se calmaron y accedieron a la parte delantera del coche. El más joven encendió la alarma, pero el mayor, que conducía, la apagó.

—No es necesario, Vásquez. No tenemos prisa por llegar al cuartel. —Durante esos diez minutos de trayecto Estia no abrió la boca—. Algo le pasa a esta niña, Vásquez, ¿no la ves? —Los policías hablaban de ella como si no estuviera delante, pero le daba igual. No era la primera vez que alguien hacía como que no existiera—. Está como ida —cuchicheó hacia su compañero.

—Mire, jefe Harris, yo no sé si le pasa algo o no, pero ¿ha visto la que ha formado ahí dentro? Debe de haber perdido el juicio o algo.

¡Mírela! —replicó girándose hacia Estia, llevando una mano a su pierna para zarandearla—. Si ni se inmuta.

—Tienes razón. Tendremos que comprobar si ha habido alguna fuga de algún sanatorio cercano o de algún hospital. Hablaré yo con ella en la sala en lo que tú llamas por teléfono al listado de centros que estén… como a menos de diez kilómetros. Si se ha subido en la línea 3, no debería venir de muy lejos.

—Ya… Oiga, pero ¿no le suena su cara? A mí me suena mucho su cara. No sé de qué… —Y era posible, pues el agente Vásquez había vivido durante varios años solo dos calles más abajo de la Casa de los Desamparados en San Gregorio. Probablemente habría visto a Estia las escasas veces que había salido siendo una niña junto al resto de huérfanos.

No tardaron más de quince minutos en llegar a comisaría. Estia se había pasado el viaje con los ojos clavados en un punto fijo, tratando de recordar, y nada. Por mucho que lo intentase, únicamente distinguía una nube borrosa; entre la nebulosa, las imágenes de una lumbre, la de un círculo y la de una serpiente. Pero aquello no tenía nada que ver con lo que acababa de ocurrir, aquello era otra cosa.

Ayudaron a Estia a salir del coche patrulla igual que había entrado. Tiraron de ella y salió despacio, todavía desubicada. El jefe Harris cerró el coche y volvió a sujetarla del brazo para llevarla al interior del edificio. Avanzaron dos metros hasta que Estia volvió a pararse. Sus pies se aferraron al suelo. Las suelas de sus zapatos se habían quedado pegadas, como si del suelo surgiera el calor del mismo infierno, derritiendo el material gomoso del calzado.

—Vamos —indicó el jefe Harris—. No te preocupes. Solo vamos a charlar un rato, ¿vale? —insistió tirando del brazo de Estia hacia delante, pero esta siguió sin moverse, igual que una estatua de mármol. El jefe Harris suspiró, llevándose los dedos al hueco entre la nariz y los ojos—. Vamos, es mejor que…

—¡Venga, muévete! —vociferó Vásquez, empujándola con crueldad desde atrás—. No me obligues a utilizar esto —amenazó llevándose la mano a la porra que sujetaba el cinturón de sus caderas—. ¿Lo ve, jefe? No se puede fiar usted ni de su propia sombra.

Una puñalada de dolor asestó a Estia en el estómago, que se retorció para intentar calmarse. Otra vez aquella imagen, el fuego, el fuego que estaba cada vez más cerca. El círculo y la serpiente. Se esforzó por enderezarse.

—¿Estás bien? —dijo el jefe Harris, echándole el pelo largo hacia atrás—. Respira. Tranquila.

Estia asintió y cogió aire. Abrió los ojos e intentó seguir caminando, sin embargo, algo le estaba impidiendo moverse. Si hubiera sido por ella, habría continuado el camino hasta la puerta, pero ese algo se había introducido en su mente y quería enseñárselo: observando la comisaría, el edificio cambió a otro. En el mundo real, la comisaría seguía ahí, pero ella veía otra cosa. Algo más. De pronto, un grito ahogado nació de sus entrañas y fue imposible hacerla parar. Siguió gritando y revolviéndose entre ambos agentes sin control.

—¡Hay que llamar a un médico! ¡Vamos! ¡Sujétela, jefe!

—¡Cuidado, Vásquez! Agárrala bien. Voy a llamar a la ambulancia para que traigan a un médico —jadeó el jefe Harris mientras tiraba de su radio portátil—. ¡Aquí el jefe Harris! ¡Estamos en la puerta! ¡Necesito dos agentes de refuerzo ya! ¡Y Rita… llama a una ambu…!

—¡¡Jefe!!

Era demasiado tarde para los agentes de policía de Luis de Juárez: Estia había logrado zafarse de ambos y corría calle abajo.



7. La huida

«No hay más ventaja, divina y absurda, que esa que le es otorgada a aquellos a los que creen débiles e inútiles por su aspecto», le susurró una voz en la cabeza a Estia. No su propia voz, sino otra mucho más penetrante y reverberante. La reconoció al instante, pero no quiso darle nombre. De algún modo y a pesar de encontrarse en una aguda confusión, supo que el agente Harris le había proporcionado una oportunidad al suponer en ella una muchacha inofensiva. Puede que lo fuera. Estia quería creer que así era, pero enseguida un pensamiento intrusivo la acusó de ser algo mucho más cercano al mismísimo diablo de lo que le gustaría. Algo oscuro y terrible, y así lo terminó asumiendo ella en el instante en el que su mano soltó la navaja ensangrentada.

Mientras el caos y el desorden atacaban su mente, Estia corría con asombrosa agilidad. Sobre todo, considerando que llevaba las manos pegadas a la espalda a causa de las esposas de metal que le aprisionaban las muñecas. Logró correr más rápido de lo que jamás había corrido. Solo en una ocasión había corrido más rauda. Y si era honesta consigo misma, prefería no pensar en aquella ocasión.

El agente Vásquez fue el primero que arrancó en carrera. Quizá porque él no confiaba en Estia. Estaba preparado y giró sobre sí mismo de tal forma que pudo acortar la distancia entre la fugitiva y él. El agente Harris, no obstante, tardó varios segundos en ponerse en marcha. Ni siquiera sacó el arma del bolsillo, pues en el fondo seguía creyendo que Estia era un alma perturbada que había escapado de algún sanatorio para niñas miserables.

—¡Dese prisa, jefe! —bramó el agente Vásquez llevándose, él sí, la mano al arma. Harris no respondió, pero tomó todo el aire entre sus pulmones e intentó apretar el paso—. ¡Eh, deténgase! ¡Está usted

detenida! ¡Si trata de escapar va a ser peor! —vociferó el joven con la intención de que Estia lo escuchara y decidiera entregarse—. Jodida niñata… —susurró apretando los dientes.

Estia giró el cuello a su espalda y echó un vistazo por encima del hombro. Vio que el agente Vásquez estaba demasiado cerca, pero por suerte había localizado un desvío a la derecha y el callejón parecía estar vacío. Aprovechó que un camión que repartía fruta se había colocado entre ella y el agente para girar hacia el desvío. Aquella calle era todavía más estrecha. De hecho, más que una calle, era el hueco que se formaba entre una casa y la de al lado, un terreno sin dueño. Corrió para adentrarse en él y cuando avanzó unos metros, se detuvo al quedar rodeada de algunas plantas altas de las pocas que sobrevivían al calor de la zona. Miró atrás y comprobó que ya nadie la seguía, así que aprovechó para coger aire, respirar e intentar soltarse las esposas. Apretó fuerte haciendo que estas le resbalaran por las muñecas, pero lo único que consiguió fue dejar una marca honda y rojiza en la piel. Sus mejillas lucían coloradas por el esfuerzo. Parecía que hubiera estado tomando el sol demasiado tiempo. Y el cabello, cerca del cráneo, se le pegaba a la frente y a la cabeza por el sudor. Tenía frío y calor al mismo tiempo. Se apoyó contra la verja de hierro que separaba una casa de la otra, y esperó un par de minutos. Cerró los ojos y rezó pidiéndole a Dios que la dejara salir de aquel entuerto, rogándole que perdonara su hipnosis y su locura transitoria. Agudizó el oído y abrió los ojos. A lo lejos únicamente se escuchaba el sonido de la brisa acariciar los muros de madera, las laderas de las colinas arenosas y el paso de los coches por la carretera. Parecía no haber nadie al otro lado, así que avanzó despacio y recorrió el camino estrecho, pensando en qué hacer después. Puede que hubiera logrado escapar de los agentes, pero sabía que volver a San Gregorio, o quedarse en Luis de Juárez o cualquier pueblo cercano no iba a ser posible después de lo que creía haber hecho. Dónde iría o qué haría era algo en lo que por el momento no podía pararse a pensar. Solo le quedaba una posibilidad: seguir corriendo.

Salió de la senda del vecindario. La que daba justo a la carretera. No venían coches. Echó una ojeada a su derecha y tampoco vio a

nadie. La parte trasera de la hilera de casas estaba desierta. Solo tenía que salir de allí con decisión y caminar hacia el norte. Ya encontraría algún modo de soltar aquellas esposas. Puso un pie en el exterior visualizando las vías del tren a lo lejos sobre la ladera arenosa de una montaña. Quizá podía seguir la línea de los raíles y dejar atrás un par de estaciones. Después podía subir de polizón en uno de los trenes de mercancías o de esos que transportaban caballos por todo el país. Estaba decidida. Tomó aire preparada para salir y corrió.

—¡Ven aquí, chiquilla!

La voz del agente Harris le golpeó el pecho de lleno, igual que una maza cuando golpea el centro de un gong, que reverbera por todo el resto del platillo. Notó la mano grande y regordeta del jefe Harris tratando de sujetarle el hombro, pero Estia era pequeña y demasiado escurridiza. Y sin saber demasiado bien cómo, logró zafarse antes de que la atrapara. Sin dejar de comprobar a qué distancia quedaba el agente Harris detrás de ella, corrió hacia la carretera para cruzar y llegar a los raíles del tren. No comprobó la carretera, sino los ojos del agente Harris y su propio reflejo en ellos, donde se vio a sí misma haciéndose cada vez más pequeña. Por eso, Estia no pudo vislumbrar con tiempo suficiente al coche que se le acercaba a toda velocidad para reaccionar. Cerró los ojos dispuesta a recibir el impacto y a dejarse llevar por la muerte. Sin embargo, solo escuchó un ensordecedor pitido de claxon que la dejó aturdida durante varios segundos. Sintió también la rozadura del capó de hierro en la cintura, aunque no notó cuánto le ardía hasta varios minutos después.

Abrió los ojos y se encontró frente a un parabrisas repleto de residuos de los mosquitos que se habían quedado aplastados en él. Pudo ver a través del cristal a quien conducía aquel descapotable color fuego. Era una chica que Estia estimó no mucho mayor que ella misma. Sintió su juventud por su tersa piel rosada, pero era algo no demasiado evidente. Su pelo negro, corto y grasiento, le cubría las cejas de forma despeinada y la hacían parecer mucho más vieja. No por años, sino por vivencias. La chica apretaba en una línea sus labios rosados, volviéndolos aún más rojos por el flujo de la sangre.

Las cejas, también arrugadas y apretadas con el tabique alto de la nariz, rodeaban unos ojos verdes como la vegetación de un bosque que una vez Estia llegó a ver. Los remataban unas pestañas negras que le hacían parecer llevar los ojos pintados a propósito. Ambas se miraron durante un segundo y, por algún motivo, Estia vio en el cristal la imagen de ambas reflejada encajar y fundirse con inquietante perfección. Como si las dos fueran una misma.

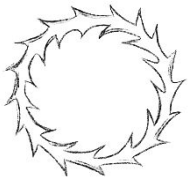
Se echó hacia un lado y el coche arrancó, interponiéndose entre ella y el jefe Harris, que se acercaba cada vez más. El agente Vásquez subía carretera arriba. Si no se daba prisa, alguno de los dos conseguiría alcanzarla.

Siguió corriendo hacia las vías del tren mientras el descapotable se alejaba doblando la esquina baja de la ciudad. Le quedaban pocos metros para alcanzar los raíles cuando cayó en la cuenta de que un tren se acercaba. Si intentaba cruzar, probablemente el tren la atropellaría. Barajó la posibilidad de jugársela, pero finalmente decidió correr carretera abajo. Supo que fue una mala decisión enseguida. Apenas un par de metros la separaban del agente Vásquez, que empuñaba su arma en las manos. El corazón le iba demasiado deprisa y correr con las manos amarradas en la espalda le cansaba el doble. El agente Vásquez se hacía cada vez más grande. Comenzó a ver sus arrugas, su expresión decidida a darle caza. Sus dedos casi apretando el gatillo. Quizá la única solución era rendirse. Quizá su destino se encontraba en la comisaría de aquella ciudad a pocos kilómetros de San Gregorio, o en la cárcel. De hecho, Estia siempre pensó que su destino final sería terrible y precoz. Ni de broma iba a ser capaz de tener una buena vida: abandonada, sin nombre, creciendo en un orfanato, y después aquellos años con Elijah. Jamás temió a la muerte porque la sintió cerca desde que su cerebro fue capaz de comprender qué era morir. Notó que sus piernas frenaban y que sus pulsaciones bajaban. Iba a entregarse. Y así lo hubiera hecho de no ser por *ella*.

Aquel coche similar a una llamarada apareció doblando la esquina, de la nada, y la puerta se abrió de golpe.

—¡Sube! —exigió arisca la chica que sujetaba el volante—. ¡Sube de una vez, joder! —Estia dudó, pero antes de que pudiera pensarlo

dos veces se había lanzado por los aires y se había precipitado sobre el asiento de cuero del copiloto del descapotable rojo.



8. El Corvette rojo

A las 13.23 horas de la tarde de aquel día de otoño, una niña de seis años saludaba con el brazo efusivamente a un Corvette rojo que alcanzaba el límite de la ciudad de Luis de Juárez, a solamente diez kilómetros de San Gregorio. La pequeña, que sujetaba un osito de peluche hecho trizas y cubierto de barro, no pudo distinguir a quien apretaba el acelerador ni tampoco a quien ocupaba el asiento contiguo, a pesar de que el vehículo llevase la capota baja. Pudo ver la imagen borrosa de dos personas difuminándose por la velocidad, nada más, igual que hacían el coyote y el correcaminos de los dibujos animados que solía ver en la televisión. Si la niña hubiera podido distinguir la realidad del interior del Corvette, habría podido comprobar que, conduciendo, iba una chica de unos diecisiete años concentrada en las líneas de la carretera, con ambas manos en el volante y echando un vistazo de cuando en cuando al retrovisor con nerviosismo para comprobar si la policía de Luis de Juárez le pisaba los talones. También habría podido distinguir que, al otro lado, en el asiento de cuero marrón del copiloto, otra muchacha, más joven y retraída, luchaba contra la velocidad por acomodarse en ese asiento; llevaba las manos atadas con esposas oficiales de la policía a la espalda y estaba pegada contra la puerta del vehículo por la inercia. Cada vez que intentaba enderezarse, un acelerón de la conductora volvía a descolocarla completamente, haciéndola impactar contra la puerta de hierro.

—Por favor… —jadeó Estia—. Por favor… —rogó para sí con los ojos apretados, esperando que la otra muchacha pudiera escucharla. Sin embargo, esta estaba demasiado concentrada en intentar no chocar contra demasiadas cosas y casi había olvidado que había recogido a Estia en el centro de la ciudad—. Por favor, Dios… Por

favor, no dejes que me muera hoy —rezó una vez más, levantando el mentón. Por el cuello, totalmente enrojecido, le caían gotas de sudor, y su pelo rubio estaba casi mojado por completo en aquel punto. Le rezaba a Dios como solía hacer para que pudiera salvarle de aquel entuerto, todavía sin comprender muy bien cómo había terminado envuelta en él. El vehículo torció bruscamente y Estia liberó un grito ahogado.

—¡No grites! —farfulló entonces la joven conductora, y miró a Estia con la frente arrugada y el gesto avinagrado.

—¿Po… podrías ir más despacio? —respondió esta con el rostro amarillento—. Quizá así no me saldría gritar —dijo. No lo hizo en voz alta, pero sí en un tono extraño al no controlar su voz frente a la velocidad y las curvas del Corvette.

—Claro… ¿qué te parece si voy más despacio y dejo que la pasma te eche el guante?

Luego la conductora giró el cuello, la examinó furiosa y bufó. Apretó la radio encajada en la estructura de hierro y giró la ruedecilla. De inmediato una música estruendosa comenzó a sonar a todo volumen. La muchacha echó el torso hacia atrás para pisar el acelerador un poco más fuerte. En esa ocasión, Estia se fijó en que la chica tenía sangre en la línea del cabello, justo en la frente. Era imperceptible, pero si se fijaba, podía ver claramente una línea rojiza recorriendo los bordes.

Pronto habían cruzado la ciudad de Luis de Juárez dejando atrás los últimos edificios que quedaban a las afueras como señales de que allí, a muy poca distancia, quien quiera que avanzara se toparía con algo similar a una civilización en proceso de extinción. En aquel punto del paisaje, el bullicio empezaba a desaparecer y el Corvette dejaba a sus espaldas un rastro de humo gris que flotaba junto a las decenas de personas que caminaban en bandada kilómetros atrás. Se dejó de escuchar el murmullo de la multitud, los molestos pitidos del claxon de los coches y las camionetas, el alboroto de las construcciones de las carreteras contiguas y la sombra de los edificios altos y monstruosos que levantaban últimamente. Desde su lado del coche, Estia comenzó a distinguir a lo lejos algún que otro ganadero con sus vaqueros raídos, su delantal sucio y las manos

endurecidas de callos de tanto trabajar, empezó a percibir únicamente el susurro de la brisa caliente que removía el polvo de la cuneta, y a alguna que otra águila cantar. Y, al final, las últimas casas bajas que terminaban por emborronarse con el paraje desértico que rodeaba Luis de Juárez y que se había apoderado de lugares como San Gregorio.

Ante Estia la carretera se antojaba infinita. Miró al frente y no pudo identificar la linde del asfalto arcilloso, como si al traspasar el cartel de Luis de Juárez se hubieran adentrado en un bucle sin comienzo y sin final. La carretera y el desierto eran inmensos. Estia pensó que lo más probable era que continuarían recto, hacia ese infinito que era donde ella misma imaginaba que encontraría esa libertad que siempre había anhelado. Pero la muchacha que la había salvado, de quien aún no conocía el nombre, giró el volante bruscamente hacia la derecha, levantando una nube de polvo.

Juntas se adentraron en un camino estrecho que se abría paso entre dos montañas altas de tierra: dos despeñaderos escarpados teñidos de rojo. Allí, el Corvette pasaría desapercibido, pues igual que un camaleón podría camuflarse entre las montañas del mismo color. Fuera de la vía principal no solía haber coches, todos circulaban ya por las anchas y modernas autopistas que habían construido como una muralla alrededor del terreno. En aquella carretera, a las afueras de la ciudad, no había ni un alma. La muchacha apagó la radio y disminuyó la velocidad. El vehículo cruzaba el estrecho camino como un polizón, despacio, casi sin levantar arena del suelo.

—¿Y ahora qué hacemos? —musitó Estia, colocándose en el asiento, aprovechando que rodaban a una velocidad normal—. ¿Por qué vamos más despacio?

—Espera… —respondió con sequía la muchacha, echando un vistazo al espejo retrovisor que tenía delante.

—A qué…

—Espera y verás —repitió suspirando, sin quitar los ojos de la estrecha carretera reflejada en el pequeño espejo.

Entonces Estia echó una ojeada por encima del hombro colocando el mentón justo sobre el respaldo de cuero marrón del asiento. De

pronto, vio aparecer el morro de un coche que se movía despacio, igual de sigiloso que una pantera. Era el coche patrulla, con Harris al volante y Vásquez al lado. Los ojos de Estia se abrieron de par en par.

—¿Qué haces? ¿Por qué no aceleras? —preguntó con impaciencia, asustada—. ¡Nos van a alcanzar!

—No lo harán.

—Por favor, Dios, que no nos alcancen —musitó apretando el ojo derecho solo un segundo.

El coche patrulla se hizo en las pupilas de Estia cada vez más grande. Al principio solo intuyó que Harris y Vásquez eran quienes lo conducían, pero se habían acercado demasiado y desde esa distancia era capaz de identificar perfectamente la cara redonda y experimentada de Harris concentrado en la carretera, y los aspavientos de Vásquez, instándole a su jefe que acelerara y dejara de hacer el idiota.

—Vamos, acelera… —rogó.

—Todavía no. —Entonces la muchacha revisó de nuevo el espejito que colgaba del parabrisas del vehículo—. Casi estamos —susurró entre dientes. No para Estia, para sí, como si necesitara convencerse de que aquello iba a salir bien.

Las dos montañas rojas que rodeaban la carretera se les echaron encima, estrechando todavía más el paso. Era una carretera vieja y olvidada, como muchas de aquella zona, y la muchacha sabía que en un punto se convertiría en un laberinto en el que el vehículo que condujese por detrás no sería capaz de ver el de delante. No es que ni Vásquez ni Harris ignoraran aquel mismo dato. Era algo de lo que se había hablado mucho en Luis de Juárez, y aunque la muchacha no era de allí, lo sabía porque en Luis de Juárez aquel tema formaba parte de su historia y era algo que sus habitantes solían contar. Cuando la muchacha llegó a Luis de Juárez unos días antes, el guía que los recogió para llevarlos al hotel les contó precisamente esa historia. La historia de cómo aquella zona se había transformado en un conjunto de civilizaciones aisladas, conectadas por una línea vieja de autobuses, y que sus carreteras se habían ido convirtiendo en laberintos con trampas de árboles caídos y túneles derrumbados al

ser sustituidas por la autopista principal. La muchacha sabía de un túnel del que el guía les había hablado. La cuestión era que Vásquez estaba demasiado ocupado pidiendo a Harris que acelerara y Harris demasiado ocupado queriendo gritar a su compañero que cerrase el pico de una maldita vez. Así que cuando solo quedaba un metro entre el Corvette y el coche patrulla, la muchacha viró el volante a la derecha. El Corvette tomó una curva cerrada y Estia volvió a caer contra la puerta derecha del coche. De pronto, todo quedó a oscuras. Solo al fondo una luz indicaba que estaban en un túnel y que tenía salida. Pero para el coche patrulla, el Corvette simplemente había desaparecido como por arte de magia. Vásquez tenía demasiadas ganas de atraparlas y un fugaz pensamiento le atravesó los oídos.

—El túnel… —dijo repitiendo lo que aquella voz le había dicho.

—¿Qué? —respondió Harris.

—Creo… creo que están en el túnel.

—¿Cómo lo sabes?

Al salir de la galería de piedra, la muchacha comprobó el retrovisor y frenó un poco más, esperando. Si el coche no aparecía, habría logrado salir ilesa de aquella situación: un segundo, dos segundos, tres segundos… el coche patrulla seguía allí. A unos metros avistó asomar su morro de hierro.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —exclamó—. ¡Joder! ¡No puede ser! ¿Cómo…?

—¿Qué? —respondió Estia angustiada, mordiéndose los carrillos.

—Pensaba que no tenían visibilidad por ese lado. ¡Joder! —dijo pegando un golpe al volante. Después llevó una mano a la palanca de cambios y aceleró—. ¡La pasma nos va a pillar!

Estia se asustó tanto que cerró los ojos todo lo fuerte que pudo. Tanto que notó que los globos oculares le ardían bajo los párpados. El fuego no estaba solo ahí, lo notaba también en el centro del pecho, en las palmas de las manos, y de pronto, oyó la frenada del coche patrulla y un estruendo contra el suelo.



9. La extraña

—¿Qué ha pasado? —quiso saber la muchacha de pelo negro, sin frenar. La patrulla se había desviado y había chocado. En ese momento volaba dando vueltas de campana detrás del Corvette.

—No lo sé —repuso Estia.

—¿Han chocado? —Estiró el cuello y miró el espejo lateral. No respondió, pero asintió una sola vez—. ¡Hostia puta! ¡Qué potra! —exclamó la otra muchacha levantando la comisura de los labios.

—Espero que no les haya pasado nada, la verdad —dijo Estia tragando saliva. No tenía la certeza de lo que había ocurrido con exactitud, pero algo le decía que, una vez más, había sido ella la causante de aquella tragedia. Apretó los muslos, rogando que los agentes estuvieran a salvo. Quería huir, pero no quería que les pasara nada malo.

—Seguro que están bien… —afirmó la muchacha del Corvette quitándole importancia—. Son polis, ¿no? Seguro que el buga que manejan está más que protegido. Tendrá hierros y de todo.

—¿Tú crees?

—Seguro que sí.

La muchacha aceleró de nuevo mientras subía la capota. Cinco minutos más tarde volvieron a incorporarse a la carretera principal con el resto de los coches y camiones que conducían por ella. Ni rastro de ningún coche patrulla que les siguiera la pista. Volvió a encender la radio. A Estia le gustaba esa canción. La había escuchado en la radio de la dueña del hostal en el que vivía desde hacía un par de años. La dueña solía encender la radio en el primer piso cuando le tocaba limpiar los suelos y la cocina antes de que llegaran los huéspedes de la semana, y movía el culo de un lado al otro alegremente. Al mismo tiempo, Estia en el piso superior agitaba

la cabeza y los hombros. Siempre estaba tan inmersa en sí misma, en sus pensamientos, en las heridas que llevaba consigo, que pocas veces lograba disipar la bruma de su mente, y con esa canción que sonaba en la radio solía ocurrirle.

Con las manos todavía atadas a la espalda, Estia notó que el pecho iba tomando un vaivén acompasado, fluido y relajado como el ir y venir de las olas. Fue consciente, al mismo tiempo, de que el corazón dejaba de latirle tan anárquico bajo el pecho. Los hombros y la cabeza comenzaron a mecérsele por su cuenta, igual que le ocurría en el hostal. Sin embargo, y a pesar de ver que le gustaba, la muchacha de pelo negro presionó el botón y cambió de emisora.

—Eeehhh, ¿por qué cambias de canción? Esta me gusta —gimió Estia.

—Porque sí y punto —replicó la muchacha.

Estia hundió la cabeza entre los hombros y volvió a apoyar el cuello en el respaldo del asiento de cuero. Dejó que la brisa que se colaba por la ventana le rozara la cara. Y así, con la voz de fondo de Walter Hill, que hablaba de su última película, *The warriors*, en la RNF-9, y la brisa y el sol apagándose cada vez más, cayó dormida. Estuvo durmiendo durante varias horas, hasta que las muñecas comenzaron a hacerle demasiado daño y los brazos se le habían entumecido tanto que se le estaban helando. Empezó a revolverse en el asiento de forma inconsciente, emitiendo ruidos de incomodidad.

A su lado, la conductora reparó en ella. Trató de ignorarla. No una, ni dos, ni siquiera tres veces, sino cuatro. Al final, aburrida de escuchar aquellos sonidos, cedió a sus propios pensamientos. Salió de la autopista y aparcó en una cuneta. Estia despertó de golpe.

—¿Qué hacemos? —preguntó. La muchacha no respondió. Abrió la puerta y salió del coche. Caminó hacia el otro lado y sacó a Estia tirándole del brazo—. ¡Ayyy! —se quejó—. ¡Ten cuidado, que me duelen mucho los brazos!

—Ya… ya lo he notado —bufó tirando de nuevo.

—¡Aaay!

—Joder, perdona —respondió—. Levántate, anda. Vamos a quitarte estas esposas de una vez.

—¿Cómo?

—Mmm, no lo sé.

—Pues… estamos apañadas.

—Dame un minuto, ¿vale? —La muchacha se acercó a la guantera del coche con las manos en la cintura, mordiéndose el labio inferior y llevándose el pelo hacia atrás, como si ese gesto la ayudara a ordenar sus ideas. Revolvió en el interior caóticamente y sacó varios papeles que tiró en la parte trasera, además de algunos pañuelos, un mechero, dos o tres cigarrillos rotos, unos clips, una botella de güisqui en miniatura y una pequeña navaja multiusos—. ¡Eso es! Con esto creo que podría… —dijo mostrándole el aparato a Estia.

—¿Estás segura?

—No tenemos más opciones, chata. ¿Lo comprobamos? —La muchacha abrió la navaja. Sacó primero la parte afilada, pero negó con la cabeza. Después extrajo un destornillador, pero tampoco le convenció. Al final, mostró unas pequeñas pinzas—. Con esto, puede… —Tardó veinte minutos, pero al final logró forzar las esposas. Estia se soltó, exhausta, y agitó las manos.

—Gracias… mucho mejor.

—No hay de qué… bueno, o quizá sí —respondió la muchacha, ruda, sonriendo con arrogancia—. Venga, escúpelo, ¿por qué huías de la pasma? —Estia no respondió, solo bajó la mirada tratando de que el fuego que comenzaba a encenderse volviera a apagarse—. Vale… no quieres contarme eso. Lo pillo. Pero al menos puedes decirme tu nombre, ¿no?

—Me llamo Estia —accedió alargando la mano. Tenía las muñecas rojas y una línea blanca hundía la piel de alrededor. La mano que le tendía a la muchacha lucía amoratada por la presión de las esposas.

—Lola —repuso ella, pero no le apretó la mano. Se limitó a observarla—. Me llamo Lola.

—¿Y tú por qué huías? —quiso saber Estia mientras Lola se dirigía hacia la puerta izquierda del coche.

—Yo no huía.

—No pasa nada si tampoco quieres hablar de ello.

—No pienso responderte si tú tampoco lo haces.

—Es lo justo, supongo —concedió Estia—. Oye, Lola… —bisbiseó antes de que esta introdujera el cuerpo completamente en el asiento del conductor.

—¿Quéééé? —protestó ella, hastiada.

—Nada… —dijo bajando la mirada— que gracias por recogerme.

—No me las des. Todavía no sé si acabaré arrepintiéndome. —Lola agachó la cabeza para no chocar contra la capota y se encajó en el asiento del conductor. Después quitó el freno de mano y giró las llaves. La radio volvió a sonar. Estia, en cambio, permaneció unos segundos con la mano enganchada en la palanca de la puerta. Siempre había confiado en desconocidos, puesto que no le había quedado más opción que esa, sin embargo, nunca le había salido bien aquella elección. Y Lola no parecía estar segura de haber hecho lo correcto, y la comprendía; no estaba segura, pero sospechaba de sí misma. Sospechaba que dentro de sí algo se había roto. Estaba segura, a pesar de no recordar absolutamente nada, de que había matado a Enzo y a los chicos, y también estaba convencida de que era la responsable de accidentar el coche patrulla. Lola no sabía nada de todo aquello, por supuesto, pero no parecía ser la clase de persona que deja que su buena fe le nuble el juicio. Y recoger a una fugitiva no tenía muchas posibilidades de salir bien—. Entras, ¿o qué?

—¡Ah, sí, sí! —dijo Estia todavía ensimismada mientras entraba en el coche. No había cerrado la puerta y Lola ya había arrancado. La puerta se cerró al mismo tiempo que las ruedas giraban cogiendo velocidad.

Lola condujo varios kilómetros por la autopista. Después de perder de vista a la policía, cambió su forma de deslizarse entre los coches, los camiones y las motos. Llevaba la velocidad justa y el Corvette fluía como una corriente de agua, con delicadeza y armonía.

Estia se fijó en Lola observándola de reojo, apreciando los cambios de su rostro, las sombras de sus facciones según el sol iba desapareciendo. Del blanco al amarillo, y de ahí al naranja y al azul. Tenía los brazos al aire, fuertes, y las manos rotas y cuadriculadas, llenas de rozaduras. Las uñas algo desgastadas y carcomidas. Estia

miró las suyas propias, totalmente mordisqueadas, con un halo rojo que recorría la línea de estas, llenas de padrastros.

El pelo de Lola era corto y negro, completamente despeinado y, sin embargo, irónicamente, no se le movía ni un ápice con la brisa que se colaba por las ventanillas. Los ojos verdes y rasgados, los dientes grandes, ese matiz iracundo y los labios rojos pero sin carmín. Conforme iban pasando las horas y la luz iba cambiando, Lola iba cambiando también. A cada hora a Estia se le tornaba más fuerte y más decidida. Solo la línea roja de sangre que llevaba en el pelo le hacía recordar por qué había terminado allí sentada, junto a esa chica de aspecto rudo y hostil. Cuando el sol se había escondido casi por completo, Lola salió de la autopista.

—Es más seguro si conducimos por la secundaria —sostuvo.

Estia no protestó hasta que la luna sustituyó al sol y las tripas comenzaron a hacerle daño debido al hambre. Pero sobre todo, hasta que se percató de que Lola se enredaba en el asiento y luchaba para que los párpados no se le tapiaran sin su permiso.

—Deberíamos parar —dijo al verla.

—¿Dónde? —contestó ella bostezando.

—No lo sé. Donde quieras, pero no puedes seguir conduciendo sin descansar. Llevas horas mirando la carretera. Te estás quedando dormida.

—¡Eso lo dirás tú! ¡No tengo sueño! ¡Puedo seguir!

—Bueno, haz lo que quieras… Pero si nos matas a las dos, será cosa tuya, y todo esto de salir huyendo no habrá servido para nada. Además, tendremos que pensar qué hacer. Un plan, ¿o piensas seguir conduciendo hasta que se acabe el mundo?

—No creo que muerta eso vaya a importarme demasiado —replicó Lola poniendo los ojos en blanco. Después miró de soslayo a Estia y chasqueó la lengua—. Está bien… —concedió—. Pararemos en un motel cualquiera en cuanto podamos, ¿vale?

—Muy esperanzador —susurró Estia para sí pensando que por la carretera secundaria parecía no haber nada más que la inmensa tierra abandonada.

—¿Has dicho algo?

—Nada…



10. El motel

El sopor era insoportable. Estia trataba de mantenerse despierta, pero de cuando en cuando no podía evitar que los ojos se le cerraran, como si tuvieran conciencia propia y hubieran decidido que ya bastaba. Sentía el torso cansado y los brazos y las piernas entumecidas de haber permanecido en la misma posición durante horas. La brisa templada del día se había disipado y el frío se filtraba por las aberturas de la ventanilla de Lola. Un bache hizo que rebotara en su asiento y despertara de golpe. Suspiró y se llevó las manos a los ojos para tratar de despejarse. Echó un vistazo por la ventanilla y nada: vacío. Llevaban horas recorriendo un desierto: ni una sola casa, ni una sola persona. Estia se llevó las manos a los brazos y los frotó. Tenía la piel rugosa y los pelos erizados debido al destemple.

—Toma —dijo Lola tendiéndole una chaqueta de cuero negra por lo menos dos tallas más grande que ella—. Póntela por encima. Algo hará.

—Gracias —carraspeó Estia. Las palabras surgieron de su garganta raspándole las cuerdas vocales. De pronto, un débil destello rojizo llamó su atención. Era la primera luz artificial que veía en horas—. ¡Ahí! —exclamó, señalando con el dedo índice por la ventana.

—¡¿El qué?!

—Un sitio para parar. ¡Ahí! ¿Lo ves?

—Joder, me has dado un susto de muerte.

Lola retorció el cuello estirándolo al máximo, buscando aquello que Estia señalaba con el índice. El rostro se le tiñó de rojo a la mitad al hacerse la luz más intensa. Estia pensó que con aquel alumbrado tenía un aire a aquel peculiar cantante que había visto

alguna vez en el televisor de la pensión en la que vivía. Un tal Bowie.

Lola giró el volante y se dirigió hacia la luz. A medida que el Corvette se iba acercando, ambas pudieron comprobar que el fulgor de neón rojo pertenecía a un cartel que indicaba «camas libres» de un motel de carretera.

El edificio parecía abandonado. El marco de las ventanas, hecho de madera, se apreciaba destartalado a la distancia. Algunas incluso lucían tapiadas con ladrillo gris. El neón dejaba ver el rosa con el que habían pintado el edificio, aunque a aquellas alturas el moho ya se había apoderado de muchos de los rincones de hormigón. Las puertas llevaban papel de decoración de flores. Quizá una vez, en el pasado, fuera un lugar concurrido, lleno de vida, alegre. Sin embargo, en aquel momento, a Estia le recorrió un escalofrío desde la cadera hasta el cuello. Lola echó el freno de mano.

—Parece abandonado… —apuntó Estia.

—No lo está. Si tiene luz es porque funciona.

Lola, sin dudar, salió del coche y se dirigió hacia la única puerta que conservaba su color madera original y en cuyo dorso colgaba un cartel que decía: «Recepción». Estiró la mano para agarrar el pomo y entrar, pero no hizo falta, pues la puerta se abrió sola, emitiendo un chirrido que se perdió en el vacío. Un tornillo cayó al suelo y rodó por el hormigón que rodeaba la estructura, y el cartel se balanceó torciéndose de un lado.

Lola ojeó a Estia, como queriendo advertirle de que, a pesar de todo, de la rareza del lugar, estaba decidida a cruzar el umbral. Sin embargo, Estia no reconoció aquel gesto, pues a causa de sus vivencias no era capaz de reconocer las señales y las advertencias que indicaban que un lugar no era seguro.

—Espera —advirtió Lola—. Deberías limpiarte todo eso —apuntó señalando las manchas de sangre resecas que Estia llevaba en la ropa y en algunas partes del cuerpo. La muchacha, sin responder, se quitó la camiseta y frotó las manchas.

Después le dio la vuelta y se la volvió a colocar. Se veía sucia, pero al menos no parecía sangre reseca.

—¿Así está bien?

—Sí. Y no pienso preguntarte otra vez cómo has terminado salpicada de esa forma. —añadió Lola poniendo los ojos en blanco. Entró y Estia hizo lo mismo.

La música embotada de los años cincuenta cubría el aire desde alguna parte lejana a la estancia. Caminar sobre aquel lugar era como haber viajado de golpe casi treinta años atrás y sin necesidad de máquinas del tiempo como las que usaban Spock y su flota en *Star Trek*. En un armarito de baldas verde turquesa apolillado yacían en pila revistas de aquellos años, polvorientas y hechas jirones, con las páginas blancas que amarilleaban a esas alturas. Estia se fijó en una mesita rosa de té que vestía el hueco de la esquina. Junto a ellas dos sillones tapizados con un patrón de flores que trataba de imitar el de las puertas, pero que no era exactamente el mismo.

—Qué calor hace aquí, joder —se quejó Lola, separándose la camiseta del cuerpo. Estia se sopló un mechón de pelo para apartárselo del rostro, pero comenzaba a pegársele a la frente.

—¿Te importaría dejar de decir eso todo el tiempo?

—¿El qué?

—Ya sabes el qué…

—¿Joder?

—Sí… —dijo Estia, que se acercó a la silla y dejó en ella la chaqueta que Lola le había prestado. Lola se encogió de hombros y negó con la cabeza.

Sí hacía calor. Más del usual. Era cierto que la noche había caído varias horas atrás, enfriando la calle, pero allí dentro la humedad era alta, como una sauna. Al otro lado se extendía, de lado a lado, un mostrador de madera que solo dejaba espacio para la puerta de un baño que decía «averiado». Sobre el mostrador descansaba una pequeña campana dorada y reluciente. Era evidente que el lugar no estaba completamente abandonado, que allí había alguien, pero hasta el momento aquello parecía un universo paralelo habitado por fantasmas del pasado. Nadie vivo.

—¿Qué hacemos ahora? Aquí no hay nadie.

—Mira… —indicó Lola señalando la campana.

—¿Qué?

—Que con esto llamaremos a alguien. Estoy segura de que hay alguien.

—Está bien.

Estia se acercó al mostrador y cogió la campana. No tenía ni la menor idea de qué hacer con ella. La sujetó entre las palmas de las manos y acercó la vista tanto que la nariz llegó a rozar el metal. La examinó por un lado, después por el otro, hasta que Lola, suspirando molesta, se la arrancó de las manos. Se la exhibió a Estia y la colocó sobre el mostrador, después presionó el botón una sola vez y la campana repiqueteó.

—Así… ¿Pero tú de dónde te has escapado?

—Ah —exhaló Estia—. Así que es así cómo funciona… —Sonrió divertida por el sonido. Lola clavó la mirada en ella. El sonido se volvió infinito, retumbando en bucle. Demasiadas veces para que fuera real.

—¿Cómo se apaga esto? —se quejó, empujando la campana ligeramente. Al final, el sonido se diluyó y nadie había acudido todavía a la llamada—. ¡Joder! —bufó cruzándose de brazos—. ¿Y a esto lo llaman motel? —refunfuñó volviendo a presionar la campana.

El tañido del timbre resonó por toda la habitación mezclándose con la música del tocadiscos. Dejó de sonar, de improviso, cuando una luz se encendió al otro lado del mostrador de madera, como si el objeto fuera lo suficientemente inteligente para adivinar que alguien se aproximaba. Pasaron unos segundos más en los que Estia y Lola sostuvieron la mirada al umbral de la puerta, iluminado, esperando a que alguien lo cruzara. Nadie.

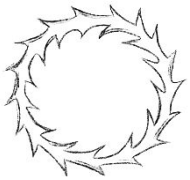
—¿Ves a alguien? —susurró Lola, confundida. Estia negó con la cabeza, mordiéndose las uñas, enterrando el pánico con cada dentellada—. Parece que hay alguien ahí…

—Lola, te… te… tengo miedo —tartamudeó Estia, tirándole de la camiseta.

—¡Ya vaaa! ¡Ya vaaa! —se escuchó al otro lado—. ¿Por qué tanta prisa?

Una tela de flores confeccionada de pana gruesa asomó por el umbral, proyectando una sombra oscura y robusta en la pared. La

sombra parecía tener garras y una cabeza completamente distorsionada.



11. La dulce Bonnie

Estia se quedó prendada de la sombra y el escalofrío volvió a ella. No obstante, a medida que entornaba la mirada distinguió aquella tela de pana y también unas largas uñas acrílicas pintadas de rojo brillante, largas hasta el infinito, y un cabello canoso envuelto en rulos rosados.

—¡Por fin! —exclamó Lola, echándose el pelo húmedo por el calor hacia atrás. Estia se quedó donde estaba, bajando la mirada, agazapada. Su mente volvía a jugarle una mala pasada. «Solo es una buena señora», pero ella había visto una sombra. Algo más.

—Perdóname, hija —pronunciaron los arrugados labios rosados de la mujer—. Es que estoy un poco sorda —dijo—. Bien, ¿qué se os ofrece?

—Pues… la verdad es que nos gustaría rentar una habitación, buena señora —susurró Estia.

—Ay, ¡qué educada, ya no quedan muchachas como tú! Ahora está el mundo loco con tanto jipi pasado de moda y tanto roquero anticristiano —rugió elevando las manos al cielo. Sin querer, Estia giró la cabeza y miró la chaqueta de cuero que había posado en el sillón. La mujer siguió la trayectoria hacia el mismo punto—. ¿No seréis roqueras satánicas de esas? Si es así, ya podéis largaros por donde habéis venido —sentenció volviendo hacia la puerta—. No quiero problemas.

—No somos roqueras —se excusó Lola—. Ni jipis, ni nada de eso. Solo llevamos demasiadas horas conduciendo. Venimos desde Luis de Juárez.

—Mmm —gruñó la dueña del motel—. Está bien. Veamos… —dijo dirigiéndose hacia un tablero repleto de llaves—. Os daré… ¡esta! —murmuró alcanzando uno de los llaveros—. Habitación 602. ¡Lista

para entrar! —exclamó tendiéndosela a Lola en un movimiento rápido.

—¡Guay! —resopló esta, aliviada, blandiendo el brazo mientras trataba de atrapar el llavero—. Quiero decir, gracias. —No obstante, cuando estaba a punto de hacerlo, la dueña del motel lo apartó de un tirón.

—Son mil quinientas. —Lola echó una ojeada a Estia, esperando que sacara algo de efectivo de los bolsillos. Por algún motivo había llegado a la conclusión de que si la chica había propuesto parar debía de ser porque tenía algo de efectivo para poder permitírselo. Sin embargo, Estia no se movió—. En efectivo.

—No tienes un duro, ¿verdad? —farfulló Lola, tratando de que la vieja recepcionista no la viera ni escuchara. Estia negó con la cabeza, esquivando su mirada.

—Supuse que tú tendrías dinero —susurró solamente moviendo los labios.

—¡Y yo supuse que tú lo tendrías! Yo no sugeriría parar en un motel si no tuviera dinero para pagar, ¡joder!

—El coche empezaba a dar volantazos… ¡Te estabas quedando dormida! Y, además, la que propuso un motel fuiste tú, ¿recuerdas? Yo solo dije que deberíamos parar. —Lola espiró, colocando las manos en las sienes.

—Es verdad… ¡Mierda! —masculló en voz alta.

—Deja de decir eso.

—Bueno, ¿qué, muchachas? ¿Vais a pagar la noche o no? —interrumpió la dueña del motel columpiándose sobre el mostrador, con una sonrisa astuta que a Estia le puso los pelos de punta.

—No, déjelo… —respondió—. Gracias por atendernos, buena señora. Ha sido muy amable.

—¿¡Quéé!? —exclamó Lola—. ¿Cómo que nos vamos…? ¿A dónde nos vamos?

—Hazme caso —suplicó Estia—. Vámonos. Dormiremos en el coche si hace falta. —Lola chasqueó la lengua, pero accedió.

—Qué remedio…

Ambas chicas se voltearon para marcharse. Lo más normal hubiera sido que Estia se sintiera perdida, con miedo, pero no fue así. Se

sentía bien, lejos de todo lo que había ocurrido, y le daba completamente igual dormir en la cama de un motel o en el coche. Solo quería descansar un poco para poder continuar al día siguiente.

Lola quiso empujar la puerta de madera del motel, pero antes de que llegara a tocar el pomo, la voz de la vieja recepcionista hizo que tuviera que darse la vuelta.

—Esperaaad… —jadeó—. Anda, venid aquí… —Lola y Estia se miraron con disimulo, dudosas, pero al final caminaron hacia el mostrador—. Entonces, no tenéis ni un duro, ¿no?

—Eso parece, eh… —confesó Lola acercándose a la recepcionista y entrecerrando los ojos para leer lo que decía el cartel de metal que colgaba de su vestido de pana floral—. Bonnie.

—¿Y cómo se os ocurre andar por ahí sin dinero?

—Ha sido una emergencia —se adelantó Estia—. Hemos tenido que salir corriendo porque…

—Sí, eh… porque nuestra tía se ha puesto enferma y salimos corriendo de casa sin darnos cuenta. Yo pensaba que mi hermana había cogido la cartera, pero ya veo que no… —mintió Lola antes de que Estia contara la verdad—. Está… bueno… Muy enferma, ya sabe, mi tía.

—Y ha empeorado, ¡y vaya que si ha empeorado! Le han empezado a salir unas pústulas horribles por toda la cara y…

—Estia, creo que la señora Bonnie ya te ha entendido —interceptó Lola, propinándole un codazo.

—Pobre vuestra tía. Bueno, os propongo un trato, a ver qué os parece.

—No sé… Quizá deberíamos volver al coche —insistió Estia. Lola la miró enfadada sin comprender por qué no quería escuchar el trato. Apoyó los dos codos en el mostrador y cogió un chicle de fresa que había en un cesto.

—Diga, y luego ya veremos —sostuvo metiéndose el chicle en la boca. En ese momento fue Estia quien pegó un codazo a Lola para que dejara de ser tan maleducada.

—Esos chicles llevan ahí al menos cinco años. —Lola torció el gesto, sacó el chicle y lo pegó debajo de la barra de madera. Bonnie gruñó—. Podéis quedaros esta noche. No me gustaría que tuvierais

un accidente después de conducir tantas horas y mal dormir en el coche. Luego me sentiría culpable si os ocurriera algo. ¡Dormir en el coche…! —refunfuñó ordenando algunos papeles en unos estantes —. ¡Esos jóvenes que duermen todos en caravanas cochambrosas! ¡No sé a dónde va a ir el mundo a parar! Podéis quedaros esta noche… sin pagar. La única condición es que mañana por la mañana acompañéis a mi Frankie a repartir algunos pedidos que tenemos pendientes, antes de seguir de camino a ver a vuestra tía enferma.

—¿Y quién coño es Frankie?

—Lola… —se quejó Estia entre dientes, alejada del mostrador en ese momento, mientras jugueteaba con sus manos amoratadas. Estia se percató de que Bonnie había visto las marcas de sus muñecas.

—¿¡Qué!? —protestó Lola.

—Frankie es mi hijo —explicó la mujer—. ¡¡¡Frankie, cariño!!! ¿Por qué no vienes un momento?

—¿Cree que es necesario? Son las tres de la madrugada.

De la trastienda surgió un hombre delgado y espigado, feo y con la cara delgaducha como la de un huevo. Descompensada. Tenía un ojo más pequeño que el otro y los dientes separados, igual que los de un acordeón.

—Dime, madre… —bostezó rascándose la cabeza.

—Mira, estas dos chicas se quedan esta noche a dormir. Prepárales las camas. Mañana te acompañarán a repartir el pedido que teníamos pendiente —apuntó Bonnie, señalando una estantería llena de pasteles caseros que decían: «La Dulce Bonnie»—. Nuestra furgoneta de reparto se ha escacharrado. Trash está tratando de solucionarlo, pero mis clientes llevan esperando este reparto un par de días y no me gustaría que los pasteles se echaran a perder. Frankie, ya sabes la rabia que me da que mis pasteles se echen a perder.

—Está bien, madre —contestó él rascándose los ojos—. Por mí está bien.

—Entonces, muchachas, ¿os quedáis esta noche con nosotros? —Lola miró a Estia, esperando que dijera algo. La chica asintió y levantó los hombros, resignada.

—Está bien, Bonnie: aceptamos el trato. Mañana acercaremos a Frankie en nuestro coche para que puedas entregar el pedido de pasteles.

—¡Estupendo se ha dicho, entonces! Está solo a un par de kilómetros de aquí. Lo haréis en seguida, ya lo veréis —explicó señalándolas con el índice. Después agitó el llavero mostrándoselo a su hijo. Frankie se acercó y se lo arrancó de las manos.

—Bien —suspiró Lola mientras recogía la chaqueta de cuero del sillón y se la echaba al hombro.

—Seguidme. Es por aquí —indicó Frankie apuntando hacia unas viejas y empinadas escaleras de madera.



12. La habitación 602

Por un momento a Estia el hombre se le tornó un mayordomo viejo y difunto. Se fijó en su rostro: la piel de Frankie tenía un aspecto cetrino, como si el riego sanguíneo no hubiera pasado por allí jamás, y las ojeras le llegaban casi hasta el límite de sus labios amoratados.

—¿Le pasa algo a tu amiga? —preguntó este a Lola. Examinaba a Estia con ojos saltones, mostrando al mismo tiempo unos dientes grandes, más grandes de lo que su mandíbula podía permitirse. Su mirada barría cada parte del cuerpo de la chica donde hacía unos minutos la sangre la había cubierto.

—Pasa de ella, Frankie. Mi hermana es muy rarita —dijo Lola mordiéndose el labio inferior. Frankie se percató entonces de la línea de sangre que seguía en el límite del cuero cabelludo de Lola. No obstante, no dijo nada—. Era por ahí, ¿no?

—¿Seguro? —insistió él.

—Eh… Estoy bien —se apresuró a responder Estia—. Perdona, es que tengo mucho sueño. Solo es eso. ¿Subimos?

—Sí. Hay que subir las escaleras hasta el piso cuatro y después girar a la derecha hasta la habitación 602.

—Guay… ¡escaleras! —ironizó Lola.

Frankie las guio por la estrecha escalinata que crujía con cada paso. Lola iba delante y Estia la seguía sin rechistar. La música de la recepción se fue apagando a medida que iban subiendo pisos. Frankie a veces tenía que agacharse para no golpearse la cabeza con el techo repleto de telarañas. Cuando hubieron subido cuatro pisos, salieron al exterior: una balconada estrecha recorría los bordes del edificio, dejando un patio a la vista. Estia inhaló y jadeó cuando la brisa fría de la noche le rozó la piel. Se llevó las manos a los brazos y se los frotó. Lola se percató de su incomodidad y volvió

a lanzarle la cazadora de cuero. Estia le sonrió ligeramente; al hacerlo le dolió la mandíbula, sus músculos no estaban demasiado acostumbrados a ese gesto.

De pronto, al salir a la intemperie se adentraron en el reposo más absoluto, como si hubieran cruzado la línea entre el mundo y la vacuidad del universo. Poco a poco Estia comenzó a reconocer en la lejanía los sonidos que sustituyeron imperceptiblemente aquel silencio tan abrumador: el motel era el único edificio que habían visto en kilómetros. A su alrededor solo había desierto, colinas y rocas. La naturaleza comenzó a mostrarle a Estia el roce de los reptiles que por la noche reptaban por su escondrijo y salían a la tierra con el objetivo de cazar a los ratones más sabrosos. También percibió el aleteo de un murciélago que pasó justo a su lado y el zumbido de los saltamontes que se movían por el suelo que les quedaba cuatro pisos por debajo.

—Aquí es —dijo Frankie parando justo delante de la puerta 602. Frankie abrió la cerradura e hizo el amago de entregarle la llave a Lola—. Oye, me suena tu cara… ¿te conozco de algo?

—Naaah, chato. Es que tengo una cara muy común. ¡Gracias por traernos hasta la puerta! —aclaró arrancándole el llavero de las manos.

—Será eso —respondió él encogiéndose de hombros—. Mañana os esperaré en la recepción con el pedido preparado para cargar. A las diez en punto. No lleguéis tarde, ¿vale? —concluyó con desgana.

—Hasta mañana, Frankie —se despidió Estia rápidamente, elevando la voz mucho más de lo que le hubiera gustado. Frankie se volteó con la expresión marchita, extrañado por la rara actitud de Estia.

—Hasta maña… —comenzó a decir, pero Lola empujó a Estia, la metió en el cuarto y, antes de que Frankie pudiera terminar la frase, le cerró la puerta en las narices. Él negó con la cabeza y volvió a su habitación.

—¡Vaya antro! —bufó Lola tirando las llaves sobre la cama. Estia juró ver una capa de polvo levantarse al chocar el metal contra la tela de la colcha cochambrosa.

Por fuera el motel estaba repleto de florituras. Bonnie se había esforzado para que pareciera un lugar agradable y acogedor, pero al traspasar aquella puerta las entrañas del motel decían otra cosa.

La pared, alguna vez blanca, lucía ahora grisácea y estaba descascarillada por demasiados lugares. El suelo era de moqueta. Una moqueta que había absorbido una pequeña parte de todos y cada uno de los huéspedes que habían habitado aquella habitación. Era difícil no pensar en ella como un ente con vida que succionaba y se alimentaba de la energía ajena, como un parásito.

—Puede, pero es perfecto para dormir un rato.

—Supongo que sí —coincidió Lola, suspirando. Después se colocó frente a la cama, examinándola de algún modo, se quitó las zapatillas con los talones y las lanzó a su suerte. Se despojó de los pantalones, abrió la colcha y se introdujo entre sus telas—. ¿Te vas a quedar ahí parada? Métete en la cama y apaga la luz, anda, que no tenemos muchas horas para dormir. —Estia apagó el interruptor que tenía a mano y se rascó los brazos esperando—. Puedo fiarme de ti, ¿verdad?

—No sé a qué te refieres…

—Me refiero a la sangre, Estia. —Lola guardó silencio durante unos segundos—. ¿Estia?

—No pienso hacerte nada, si es lo que te preocupa. Pero eres tú quien tiene sangre en la frente. No sé si te has dado cuenta de eso.

Estia se tumbó boca arriba sin deshacer la cama, rezó a Dios por haberle dejado escapar y haberle dado una cama en la que descansar, y dejó que sus pensamientos la llevaran lejos de allí. No lejos de San Gregorio, ni de Luis de Juárez, ni siquiera del motel de Bonnie, sino fuera de su propio cuerpo. Si hacía aquello, si se dejaba ir, quizá le llegaran imágenes claras de lo que había pasado en el autobús de la línea 3 de Diana, quizá recordaría por qué tenía la camiseta manchada y por qué Enzo la miraba con los ojos fijos y la mandíbula desencajada en el suelo, inerte; por qué dos agentes de policía habían tratado de llevarla a comisaría, por qué había tenido que huir con una desconocida, por qué tenía la sensación de que el accidente del coche patrulla también había sido culpa suya.

Mientras el miedo le paralizaba las manos, las piernas y la mandíbula, Estia empezó a adentrarse en un mundo ajeno, y así, se le cerraron los ojos hasta quedarse dormida y soñar de nuevo con la voz siseante de la serpiente, la sangre y el fuego.

DÍA 2





13. El matón

La puerta sonó seis veces. Seis golpes secos que la hicieron salirse ligeramente de su marco. Después, silencio. Estia gimió y abrió los ojos de golpe. El mundo real le cayó como un jarro de agua gélida sobre el rostro rosado y mojado por el sudor. Por la noche había logrado taparse sin conciencia con una esquina del edredón. Lola, a su lado, se revolvía de un lado a otro con cada golpe en la puerta.

—Es la hora —tronó una voz robusta y bobalicona al otro lado. Estia la observó con los ojos bien abiertos, estirada como una zarigüeya, asustada. Acto seguido, la puerta se abrió de par en par chocando contra la pared desconchada, provocando que unos pedazos de pintura seca se desprendieran, esparciéndose por la moqueta. La voz había sido un buen indicio de quien allí se encontraba: un hombre corpulento, cuyas líneas superaban el límite del marco de la puerta, se puso de lado y entró en la habitación sin pedir permiso—. Vamos, ¡despertad de una vez! ¡Frankie os está esperando abajo! —vociferó tirando de la colcha de Estia hacia atrás.

—¿Quién eres tú? —preguntó esta llevando los pies hacia sí para no caer al suelo debido a la fuerza del tirón.

—A ti qué te importa, ¡niña!

—¡Qué haces! —se envalentonó Lola entonces—. ¡Sal de la habitación, joder!

—¡No! ¡Bonnie me ha mandado a buscaros!

—Menuda forma tiene Bonnie de tratar a los huéspedes… —bostezó, rascándose los ojos mientras se incorporaba en la cama—. ¿El servicio de despertador viene incluido en el precio? Porque creo que podrías forrarte despertando a la gente. Seguro que te daban propina por tu delicadeza. —Trash fulminó a Lola con una mirada tan llena de odio que incluso a ella la asustó, al percatarse de que el

hombre tenía pinta de poder desencajarle el cuerpo de una sentada. Todo lo contrario de Frankie.

—Ya vamos, ya vamos… —dijo Estia—. No hacía falta todo esto.

—Pues venga, ¡vamos! —insistió él—. ¡Arriba!

—¿Po… podrías salir? Tenemos que vestirnos…

—Ah, sí. Claro, claro —respondió Trash llevándose la mano a la boca, sonando en aquella ocasión más cercano a su versión bobalicona y lenta que matona. Se acercó a la puerta y puso un pie en el exterior, pero se volvió antes de salir—. ¡Pero no tardéis! —ladró antes de cerrar con un golpe.

Unos minutos después, Lola y Estia bajaban las escaleras, todavía medio dormidas. Estia llevaba la camiseta del día anterior y la chaqueta de cuerpo de Lola. Todavía tenía las manos moradas e hinchadas. Lola no se había peinado, pero el aire desenfadado le quedaba bien. Las tablas de madera de las escaleras crujieron y Frankie, que estaba abajo en el rellano sentado en un asiento, fumando, se levantó, echó el cigarro al suelo y lo pisoteó.

Bonnie caminaba de un lado a otro detrás del mostrador, inquieta. Estia ralentizó el paso al llegar al último escalón y se quedó allí congelada, observándola.

—¿Qué haces? —preguntó Lola entre susurros. No obstante, Estia ni siquiera la miró. Tenía clavada la vista en el mostrador. Lola siguió la línea de sus ojos y comprendió: sobre la larga mesa reposaba una escopeta de caza.

—¡Por fin! —exclamó Bonnie levantando los brazos—. Bien, aquí tenéis la mercancía. Llevadla a su destino y cuando terminéis volvéis para decirme qué tal ha ido. Trash y Frankie irán con vosotras. —Trash se acercó a Bonnie, se agachó y dobló las rodillas para dejar que Bonnie le acariciara la cocorota igual que a un perro fiel. La mujer se puso de puntillas para besarle sonoramente la mejilla—. Mi Trash, buen chico. —Frankie se cruzó de brazos, visiblemente molesto.

—¡Vale ya, madre! —se quejó.

—¡No seas envidioso! —protestó Bonnie, beligerante, tirando del arma hacia ella. Estia gimió—. Ah, no le des importancia a esto,

niña, es solo para emergencias. Estamos muy solos desde que construyeron la autopista. Es mejor poder defenderse.

—Ah, vale…

—Vamos, Estia —instó Lola—. ¡Vamooos!

En ese instante, por la vieja puerta raída entraron dos muchachos, los dos altos y muy delgados. Debían de tener no muchos más años que Lola y Estia, y su piel estaba oscura y arrugada, las manos sucias y la ropa rota. Parecían vagabundos, pero no daban la impresión de serlo, pues miraban a Bonnie como esperando algo. Por un momento al ver a Lola se detuvieron y uno de los muchachos pegó un codazo al otro.

—¡Qué! —manifestó Lola. El otro negó despacio con la cabeza para responder al codazo.

—Nada —respondió entonces—. Ya está todo listo, Bonnie. Tal y como habías pedido esta mañana.

—¿Pero no dijiste ayer que la furgoneta estaba averiada? —preguntó con recelo Lola.

—Sí, pero Trash ha conseguido arreglarla por fin. Es un manitas, pero un vago redomado. Mi pobre, pobre Trash… Pero bueno —remató la mujer con un suspiro—. Por fin ha conseguido arremangarse y ponerse manos a la obra.

—¿Eso quiere decir que ya no le hacemos falta, señora Bonnie? ¿Podemos ir a ver a nuestra tía? —preguntó Estia, acortando la distancia entre ella y Lola. Incluso sin ser demasiado hábil identificando la señal que pone a una en alerta, Estia se sentía más tranquila si estaba cerca de Lola.

—Ah, sí, ¡claro que nos hacéis falta! Seguís estando en deuda conmigo. ¿O es que no habéis dormido gratis esta noche en mi motel? ¡Trash! —exclamó Bonnie agitando el mentón. Trash colocó su gran mano fría sobre el cuello de Lola, rodeándole con los dedos anchos, cubriendo casi toda la superficie de su piel.

—Eh, ¿qué hace? ¡Déjela en paz! —reclamó Estia. De nuevo aquel dolor de cabeza le invadió al sentirse alterada. La punzada en las sienes y el fuego en el centro de su cuerpo.

—¡¿Qué mierda es todo esto?! —protestó Lola, soltando una carcajada nerviosa—. ¡Lo que me faltaba!

—¡Venga! ¡A la furgoneta! —Frankie, se arrimó al mostrador, arrastró la cinta de la escopeta hacia sí mismo y caminó hacia la puerta principal. Trash empujó a Lola y a Estia para que lo siguieran sin rechistar.

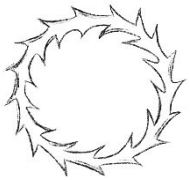
—Venid aquí, muchachos… —escucharon que cuchicheaba Bonnie, con un tono de alegría espeluznante—. Os voy a dar la paga.

Salieron por la puerta por la que la noche anterior habían entrado. Estia reconoció el Corvette de Lola aparcado, rojo, brillante, cubierto de tierra seca. Estaban literalmente en medio de la nada. Por la noche no había caído en cuán aisladas estaban. Mucho más que San Gregorio, que a pesar de encontrarse entre tierras abandonadas era un pueblo a diez minutos de Luis de Juárez, una ciudad. Pero el motel… aquel motel parecía haber sido colocado aposta para que Estia y Lola lo encontraran en un momento de necesidad extrema, pues no había nada más en kilómetros a la redonda, como una trampa para cucarachas. Al fondo, una colina arenosa se extendía hacia el cielo. Delante, la tierra, las piedras blancas y algunas hierbas trataban de abrirse camino. Estia vio una lagartija colarse en el agujero de la pared.

La furgoneta de Frankie estaba allí, con las puertas del maletero abiertas. Había un montón de paquetes amontonados, unos sobre otros. Lola se percató de que uno estaba a medio abrir. Se moría de ganas por llevarse algo a la boca. Contó las horas para sí: desde que había salido de la sala de conciertos no había comido. Como si su intestino reparara en ello, rugió. Estia la miró y se llevó la mano a la boca del estómago. Lola alargó la mano para abrir el paquete. Ni Frankie ni Trash echarían de menos un par de pasteles de Bonnie, había decenas de ellos. Llegó a tocar la caja de cartón nacarado y rosa, ya se imaginaba masticando aquellos dulces y dejarse llevar al paraíso. «Algo bueno después de todo», pensó. «Algo bueno, además de la compañía de Estia», aunque no lo quisiera admitir en voz alta.

—¿¡Qué haces, mocosa!? —gruñó Frankie, golpeándose la mano con el cañón de la escopeta—. No metas las manazas donde no te corresponde, a no ser que quieras terminar sin ellas —amenazó.

Lola apartó la mano dolorida y, con otro golpe de cañón, Frankie cerró el paquete y rápidamente empujó las puertas del maletero de la furgoneta. Pero Lola ya había visto lo que había en el interior y podía apostar el pescuezo a que aquello no eran los pasteles de la dulce Bonnie.



14. El plan

Trash se había sentado como un guardaespaldas en el asiento del conductor con los brazos cruzados, así que Frankie abrió la puerta del asiento de atrás y después quiso hacer lo mismo con el del copiloto, pero Lola se colocó justo delante para no dejarlo pasar. Nerviosa, caminaba en círculos mientras se mordía el labio.

—Chato, ¿esto es lo que creo que es? —inquirió. Frankie la quiso apartar con una mano, pero ella se deshizo de su movimiento—. ¡No me jodas, Frankie! ¡Yo paso del tema! ¿Para qué queréis que os acompañemos a esto? No lo entiendo, ¿para qué queréis a dos mocosas como nosotras? Deja que nos vayamos, de buen rollo.

—¡Ay! —exclamó Estia riendo, provocando que tanto Lola como Frankie se tuvieran que girar para mirarla, al no comprender qué le hacía tanta gracia justo en un momento como aquel—. ¡Qué tonta! —rio de nuevo—. ¡Se me han olvidado los zapatos en la habitación! Lo siento… —dijo mientras movía los dedos de los pies descalzos, atrapando la arena del suelo—. Debería ir a por ellos.

—¿Qué? —Lola la examinó extrañada. Estaba segura de que Estia llevaba zapatos unos minutos antes.

—¡No hay tiempo para gilipolleces! ¡Al coche! —ordenó Frankie agitando la escopeta en dirección al vehículo—. Puedes ir sin zapatos.

—Tienes razón… —accedió Estia con agudeza—. Puedo ir sin zapatos. Total, ¡seguro que allá donde vayamos nadie se fijará en mis pies descalzos!

—Guay, venga, vamos. ¿Eh, Frankie? —añadió Lola—. Si la calle está llena de jipis pasados de rosca y roqueros del infierno que van por ahí descalzos… La pasma ya pasa de todo, ¿verdad? —ironizó—. Seguro que ni se fijan en Estia —concluyó siendo consciente de que

la policía solía detener cada fin de semana a decenas de chavales del estilo en cada ciudad en la que daba un concierto.

—Es verdad… Últimamente estos roqueros de mierda están por todas partes. Con sus chupas de cuero, escuchando a esos payasos de The Kiss. La policía está harta, y no me extraña. Los jipis todavía no se han terminado de extinguir y vienen estos… melenudos. ¡Me voy a callar! Venga, ¡sube a por tus zapatos! —ordenó Frankie mientras intercambiaban una ligera sonrisa—. ¡Pero date prisa o mi madre se enfadará!

—Voy con ella —se ofreció Lola.

—Mejor vamos los tres, pero rápido… Al final me vais a buscar un problema —masculló Frankie para sí mismo.

—¡Eh! ¡¿Dónde vais?! —exclamó Trash volteándose desde el asiento.

—Ahora volvemos, Trash. Vete arrancando la furgoneta.

—¿Qué dices?

—¡Que vayas arrancando la furgoneta, joder!

Lola no tenía ni la menor idea de qué pretendía Estia. Ella juraría que la muchacha se había puesto los zapatos antes de bajar, de hecho, recordó habérselos visto al pisar los escalones crujientes de madera.

Frankie dejó que ambas caminaran delante. Él las siguió, atento. Al entrar, Bonnie ya no estaba en la recepción. Subieron las escaleras despacio, sabiendo que Frankie no les quitaba el ojo de encima. En el giro de la primera escalinata, Lola aprovechó que por un momento Frankie no podía verla para acercarse todo lo posible a Estia.

—Eh, Estia… Chss, ¿no tenías los zapatos puestos antes? —susurró entre dientes.

—Sí —confesó esta.

—¿Y qué has hecho con ellos? ¿Cómo te los has quitado sin que nos diéramos cuenta?

—Tú sígueme la corriente y no hagas más preguntas, ¿vale?

—Vale… No. No vale. ¿Tienes algún plan? —masculló.

—Todavía no.

Por supuesto, Estia no le contó que una voz la guiaba. Una voz que a veces le susurraba lo que tenía que hacer. Una voz que escuchaba muy a lo lejos, demasiado lejos como para ser consciente de su existencia. Y tampoco le contó que un fuego se prendía en su centro, últimamente en cada vez más ocasiones, y que sentía que volaba lejos, separándose de su propio cuerpo. Y que eso le hacía sentir miedo, pero también que nada malo podía llegar a ocurrirle a ella misma. Aunque eso supusiera que otros tuvieran que sufrir en consecuencia.

Después de subir varios pisos, alcanzaron el rellano exterior que daba a la habitación en la que habían dormido. Allí fuera el calor comenzaba a conquistar las partículas de la brisa con sigilo, calentando el rastrel de madera. El fresco de la azulada noche había desaparecido por completo y eso hacía que a Estia aquel lugar se le tornara novedoso y desconocido.

Frankie se pasó la mano por la frente para secarse el sudor que oscurecía su camiseta blanca, apoyó la escopeta sobre la barandilla y metió la mano en el bolsillo derecho del pantalón. Del fondo pescó un llavero en el que tintineaban varios juegos de llaves. Lola reparó en la escopeta, de soslayo. No obstante, en cuanto Estia se percató de sus cavilaciones, se esforzó para que la descubriera mientras negaba con disimulo. Simplemente, ambas siguieron esperando a que Frankie, delgaducho y escuálido, abriera la puerta de la habitación sin saber cuál sería su fortuna si no actuaban rápido.

—¡Venga, entra! —exigió este con un golpe de cabeza—. Yo te espero aquí —farfulló guardando de nuevo las llaves en el bolsillo. Después, sacó una cajetilla de tabaco negro y golpeándolo por la culata con la palma, sacó un cigarrillo y después otro. El primero se lo colocó detrás de la oreja y el segundo en la comisura de los labios de besugo—. Nada de tonterías —advirtió señalando a Estia con un dedo—. Te pones los zapatos y sales.

—Por supuesto —asintió Estia desapareciendo a través del umbral.

La habitación se había congelado en el tiempo. Nadie había entrado para limpiar sus propias huellas. Las camas seguían deshechas y las sábanas revueltas. Estaba igual a como la habían dejado minutos antes. Estia se quedó un segundo apoyada en el

marco y miró atrás, buscando a Lola. Esta, al verla, trató de seguirla y entrar también en la habitación.

—¡Eh! —gruñó Frankie—. ¿Y tú dónde te crees que vas? —inquirió chistando.

—Con ella —aseveró la muchacha. No era una pregunta. Ella no era de las que pedían permiso. Sin embargo, Frankie solo tuvo que acariciar ligeramente la escopeta apoyada en el suelo para que Lola diera un paso atrás. Era subversiva, pero no estúpida.

—Tú te quedas aquí. Ella sola puede buscar sus zapatos.

—Claro —respondió Lola metiéndose las manos en los bolsillos—. Eh, Frankie…

—¿Quéééé?

—¿Me das uno de esos? —dijo arqueando las cejas, echando una ojeada al cigarrillo de Frankie.

Él y Lola escuchaban desde el exterior cómo Estia removía las sábanas o se arrodillaba para mirar debajo de la cama tratando de encontrar unas zapatillas que ella misma sabía que no había perdido.

—¿No eres muy jo…? —De improviso, se escuchó la puerta del baño chocar contra el marco, y el chasquido de la cerradura. Frankie, apresurado, tiró el cigarrillo al suelo y echó un vistazo fulminante a Lola—. ¡No me jodáis! —aulló—. ¿No os he dicho que sin tonterías? —dijo arrancando el arma de la barandilla para entrar sofocado a la habitación.

Lola aprovechó la ocasión para seguir a Frankie y entrar detrás de él. Como sospechaba, Estia se había encerrado en el cuarto de baño.

—¿Estia? —llamó Lola aproximándose a la puerta de madera—. ¿Estás bien? —Estia no respondió—. Estia, soy Lola. ¿Puedes salir?

Lola fue consciente de cómo los nervios iban alterando cada vez más a Frankie. Primero se había plantado a su lado con la escopeta de caza en la mano mientras ella llamaba a la puerta. Al ver que Estia no pensaba responder, comenzó a dar pasos de un lado a otro sin sentido.

—Bueno, ¡ya basta! —refunfuñó harto de tanta tontería al tiempo que pegaba tres fuertes porrazos a la puerta del cuarto de baño. Frankie no se consideraba a sí mismo un tipo agresivo, como Trash, que era un cafre y un broncas, pero cuando se trataba de Bonnie

más le valía cumplir la misión con éxito, y hacerlo con creces. Bonnie era su madre, pero también la mujer más despiadada que jamás había conocido. Sus flores y sus colores chillones no eran sino la máscara perfecta para alguien como ella: oscura y cruel—. ¡Sal de ahí de una vez, mocosa!

Al fondo se escuchó sonar el desagüe. Frankie y Lola se miraron, y volvieron la mirada a la puerta. Vieron cómo el pestillo giraba despacio. Después la puerta se abrió y Estia salió como si nada.

—Perdón, es que no aguantaba más —dijo entre dientes, dirigiendo la vista hacia sus pies. Los movió de un lado a otro para hacer ver a Frankie que había recuperado sus zapatos. Este los observó y chasqueó la lengua, y cuando subió la mirada Estia le sonrió. Lola no pudo evitarlo y dejó escapar una carcajada.

—Os hace mucha gracia, ¿no? No os va a hacer tanta cuando sepáis con quién os la estáis jugando. Más os vale dejar de hacer el tonto y obedecer. —Estia cerró la boca al instante.

—¿Ah, sí? —bromeó Lola torciendo la boca, arrogante—. Mira, chato —añadió acercándose a Frankie, sacudiendo con la mano el cuello de su camiseta—, me parece que el que no sabe nada eres tú.

De improviso, el rostro de Frankie se tiñó de morado. Apretó con una mano el arma y alargó la otra hacia Lola. Le rodeó el cuello con sus finos y largos dedos, como los de un monstruo, tan finos que parecían carecer de fuerza pero que se tornaron vigorosos y ágiles cuando alcanzaron el delgado cuello de Lola. Eran fuertes por sí mismos, musculosos. Apretaron el cuello de la joven, hundiéndose en su carne, y esta gimió.

Con poco éxito, ella trató de quitárselo de encima empujándolo con las dos manos, pero solo consiguió que Frankie apretara más, moviéndola hasta aplastarla contra la pared y levantarla con ligereza del suelo. La muchacha sintió los ojos resecarse e hincharse, casi saliéndose de sus cuencas. Le faltaba el aire. Tenía ganas de toser, pero cuando lo hizo, el gesto murió en el límite impuesto por los dedos de Frankie.



15. La fuerza

—Déjala —susurró Estia entre dientes, sin moverse. Estaba paralizada, pegada al suelo.

Al escucharla, Lola volteó la mirada con dificultad. Y al hacerlo divisó a lo lejos, casi como un vértigo, una lámpara que yacía en la mesilla. Si la alcanzaba podría golpear a Frankie con ella. Hacerla añicos contra ese cráneo suyo y obligarlo a que la soltara. La mesilla estaba solo a unos pocos centímetros, pero Lola la veía en una lejanía imposible de acortar. Estiró la mano derecha todo lo que pudo, pero se ahogaba, sentía cada vez menos aire en los pulmones. Caminó apretando los dedos contra la pared, escalando, arañando la superficie. Si se hubiera inclinado un poco más lo habría logrado, pero desistió y tuvo la necesidad de llevar sus manos a la de Frankie para tratar de deshacer las cadenas de carne y hueso. Entonces fue cuando miró a Estia. Lola no fue consciente de hacerlo, pero la miró a los ojos, suplicante.

Apenas habían tenido tiempo para limpiarse. Estia observó que Lola tenía un aspecto horrible: ojeras, el pelo sucio, la misma ropa que comenzaba a mostrar lamparones de sudor, la cara manchada y ahora amoratada. De pronto, al ver los ojos de Lola, Estia sintió que se hundía en ellos, que saltaba de un trampolín oculto y se adentraba en dos lagos repletos de secretos. Volvieron a ella las imágenes: la serpiente y el fuego, pedazos de lo que ella había sentido como un sueño; Enzo, los policías y Di, la conductora del autobús. De pronto, Estia saltó sobre Frankie como una pantera negra que con sigilo te atrapa entre sus garras feroces capaces de rasgarte la carne y hacerla pedazos, y las utiliza después como tenedor para engullirla.

—¡Suéltala de una vez! —vociferó, tirando del cuello de la camiseta de Frankie hacia atrás.

—¡Déjame y no te metas, mocosa! —respondió este con dificultad, agitando el arma con la otra mano, amenazante—. No vais a joderme la historia con mi madre…

—¡Que la sueltes! —gritó de nuevo mostrándole su rabia. Por suerte Lola había cerrado la puerta al entrar, así nadie escucharía lo que estaba a punto de ocurrir en aquella habitación del piso superior, porque una cosa era Frankie y otra cosa era que Trash se uniera al forcejeo.

Pasaron varios segundos en los que Lola fue ganando aire, al tener que luchar Frankie contra Estia. Así estuvieron un rato, Lola gimiendo, ahogándose, Estia tratando de soltar las manos de Frankie y Frankie tratando de quitarse a Estia de encima y castigar a Lola sin soltar su escopeta.

Estia apretó los dientes y, emitiendo un sonido extraño, se los mostró a Frankie, que la miró con los ojos muy abiertos. No vio a Estia. No vio los dientes de una muchacha de quince años, vio los dientes afilados de un monstruo. Eso hizo que bajara la guardia y no solo aflojó el cuello de Lola, que aprovechó para zafarse, sino que descuidó su arma. Lo siguiente que se escuchó tras la puerta de madera de aquella sucia habitación de aquel andrajoso y viejo motel fue un restallido, un ¡pum! que llenó las paredes y el aire.

Estia sujetaba la escopeta apuntando a Frankie. Apoyaba ambas manos sobre el arma, entrecerrando sus dos ojos verdes envueltos en pecas. Lo curioso era ver cómo sostenía aquel objeto extraño, asimétrico para una muchacha de su edad con su complexión y forma. Curioso no por bizarro, sino porque Estia parecía haber sostenido una igual cada día de su vida. Frankie la observaba sentado en el suelo gimoteando por el disparo, apoyando las dos manos en la herida que sangraba mientras se arrastraba hacia la puerta del baño. Ahí supo que tenía miedo. No sabía lo que había visto en la dentadura de Estia segundos antes, pero ahora que la veía sujetar la escopeta de su madre con semejante aplomo, supo que hiciera lo que hiciera, estaba muerto.

—No… —rogó—. Por favor, no lo hagas, Estia. —Pero ella siguió apuntándolo. A Frankie le sudaba el interior de la palma de la mano. La piel de la muchacha, del color del sol, se fue tiñendo de rojo de a poquito. Respiraba entrecortadamente y escuchaba su pecho subir y bajar, solo eso. Nada más. No escuchó a Frankie suplicar. No lo escuchó pronunciar una sola palabra.

—¡¿Qué haces?! —aseveró Lola con cautela. Sin embargo, Estia, que todavía llevaba su chaqueta de cuero, tampoco percibió su voz ni su presencia. Lola miró de soslayo a Frankie, que seguía en el suelo. Los segundos se dilataron por un momento, echó un vistazo al rancio reloj de la pared y estuvo segura de ver cómo las agujas se resistían a avanzar y lo hacían finalmente enlentecidas. Lola llevó sus ojos a los de Estia: estaban fijos en un punto de la pared. Apuntaba a Frankie, pero no lo veía. Dio dos pasos hacia ella y se colocó delante. Aun así, Estia no se inmutó. Lola hizo un rápido aspaviento para alejarse de la dirección del arma, pero no se rindió, algo le pasaba a Estia. Agitó la mano delante del rostro congelado de la muchacha y nada.

Muy diferente era el interior de Estia, que sentía bullir cada milímetro de las membranas y los tejidos de su cuerpo. Una fuerza incontrolable le impactó en el torso y después en el brazo. La fuerza le alcanzó el dedo. Una lágrima se deslizó por su ojo derecho, y después la fuerza apretó el gatillo del arma.

Allí, a cientos de kilómetros de San Gregorio, en un motel llevado a la ruina por las modernas autopistas y las prósperas ciudades, casi a media mañana, con el sol de otoño reinando en el cielo azul, una bala salió a toda velocidad del cañón de la escopeta que sujetaba una muchacha de quince años y alcanzó a Frankie Espinoza de lleno en el pecho.

—¡NOOO! —gritó Lola—. ¡Estia! ¡NOOO! —repitió tratando de detenerla y alcanzar la escopeta. Pero ya era tarde. El arma cayó al suelo, rebotó despacio y Estia se movió ligeramente. Miró a Lola a los ojos y parpadeó.

—¿Qué ha pasado?



16. La trampa del Coyote

—Lo he matado, Lola… Lo he matado… —gimió Estia sentándose en el borde de la cama balanceándose hacia delante y hacia atrás. Se había llevado las manos a los ojos, todavía marcadas por las esposas, y no las había apartado ni un solo segundo desde que había soltado el arma—. He matado a Frankie. ¿Cómo he podido hacerlo?

No le había costado demasiado tiempo en aquella ocasión comprender que había sido ella quien había apretado el gatillo. Era cierto: el día anterior, en el autobús de la línea 3 de San Gregorio que conducía Di, Estia se había negado a creer que hubiera sido ella la artífice de tal masacre. Enzo era un idiota, tal vez, pero era un crío y no se merecía morir, tampoco los demás chicos.

Pero en aquella habitación de motel recóndita supo, al instante, en cuanto despertó de aquel trance que comenzaba a acecharla en los momentos más vulnerables, que la causante de la muerte de Frankie Espinoza había sido ella. Mientras preguntaba a Lola qué había ocurrido advirtió tras ella a Frankie tendido en el suelo, inmóvil. Notó el frío metal de la escopeta rozándole el tobillo, a la orilla de los pies. Pero sobre todas esas cosas que le susurraban que Frankie había muerto por su culpa, hubo algo que hizo que no le cupiera duda alguna: pudo leer en la expresión de Lola el mismo desconcierto que había captado en Diana el día anterior. La miraba como cuando una niña mira a un ente extraño, de origen desconocido. Una babosa, por ejemplo, de piel rugosa y viscosa. Como un ingenuo que duda de si al tocarlo recibirá el pinchazo envenenado de la recién descubierta criatura o, al contrario, el tacto de algo completamente inofensivo, suave y agradable.

—Lo sé, Estia —musitó Lola suspirando al tiempo que se llevaba el pelo hacia atrás con las dos manos. Posó ambas sobre la nuca, tratando de pensar. Se le pasaban demasiadas cosas por la cabeza.

—He matado a un hombre… —dijo Estia entre dientes, apretándose las sienes. Al repetirlo en voz alta, pretendía tragar aquella verdad, masticarla y asimilarla—. He matado a un hombre…

Lola la observó desde un rincón de la estancia. Allí sentada en la cama, apretándose la cabeza, balanceándose mientras se repetía a sí misma que había matado a Frankie, Estia se le tornó inocente y pura. Había recogido a una desconocida que, con toda seguridad, se estaba fugando de la policía municipal de Luis de Juárez. Al verla correr esposada el día anterior le había parecido imposible que la chica hubiera hecho algo realmente atroz. Lo primero que pensó fue que habría robado y, por el aspecto que tenía, no le extrañaba nada que la hubieran detenido por jipi. Por eso la recogió. Por eso, y porque el pensamiento fugaz de «quien esté libre de pecado que tire la primera piedra» la atormentaba. Allí, en el motel de Bonnie, Lola peleaba contra sí misma, tratando de unificar con dificultad la imagen de Estia, inocente y pura, aniñada e insegura casi siempre, con esa imagen que acababa de presenciar. La de la muchacha sujetando con convicción una escopeta de tal calibre, disparando a bocajarro sin titubear. «¿Quién era Estia?», pensó mientras la miraba. ¿Era la una o la otra, o era ambas al mismo tiempo? Sin llegar a ninguna conclusión, se arrodilló junto a ella.

—Estia, déjame decirte una cosa —comentó apoyando sus manos sobre las rodillas de la chica. Después se miró las palmas de las manos en silencio.

—¿Sí?

—Bueno, nada —concluyó pensándoselo dos veces—. Es mejor que cierre el pico. —Estia asintió una sola vez, comprendiendo.

—Claro. Lo entiendo —dijo reclinándose hacia atrás. Se tumbó en la cama con las rodillas colgando en el borde. Si hubiera querido explicar en palabras cómo se sentía, no hubiera podido. Le pesaba el cuerpo, le ardían los ojos y en el estómago algo intentaba rasgarle las entrañas. Se volteó y retiró las piernas del amparo de Lola. Las atrajo hacia sí misma y las abrazó.

—No. Mira, me importa una mierda. ¡Voy a soltártelo ya! —rugió entonces ella, hosca, tratando de no levantar la voz. Se puso de pie y señaló a Estia con el dedo índice, haciendo que esta apartara las manos de su rostro—. ¡No está bien! ¡Tienes que dejar de compadecerte! ¿Vale?

—Nunca me voy a perdonar lo que he hecho, Lola. ¿No lo entiendes? —Estia hablaba de Frankie, pero también de Enzo y de los muchachos de la línea 3. Hablaba de todo lo que creía haber hecho y de lo que no guardaba ni un minúsculo recuerdo. Tenía la más absoluta certeza de que sus manos estaban manchadas de sangre—. Lo que he hecho está mal. Es pecado. Le he arrebatado el alma a un hombre, Lola. He jugado a ser Dios y Dios no me va a perdonar.

—Frankie hubiera jugado a ser Dios si no lo hubieras hecho tú. Nos habría arrebatado nuestra vida si no hubieras apretado el gatillo primero… Y a saber lo que habría hecho antes con tu cuerpo o con el mío —murmuró—. Frankie se merecía morir.

—Eso no lo sabes, Lola. Y nadie se merece morir —se lamentó Estia.

—Créeme: lo sé. Sé lo que hubiera hecho con nosotras.

—¿Es que acaso lees el futuro o la mente de las personas?

—No, pero lo sé —sostuvo Lola llevándose la mano al cuello. Todavía notaba los dedos de Frankie en ese punto, y la falta de oxígeno, a pesar de que sus pulmones ya anidaban el aire de nuevo.

El silencio rodeó la habitación un momento al caer Estia en la cuenta de que Lola no mentía. Puede que no viera el futuro o puede incluso que hubiera pronunciado esas palabras con la intención primera de ofrecerle consuelo. Sin embargo, Lola no mentía. Había dicho exactamente lo que temía que Frankie hubiera sido capaz de hacer.

—Voy al baño. —Estia necesitaba un momento a solas. Así que se levantó de la cama y pasó la mano por el brazo de Lola, como queriendo darle las gracias por no salir huyendo, por quedarse y tratar de que no se sintiera culpable. Antes de alcanzar el pomo y empujar la puerta se quedó un momento con los pies al borde del cuerpo de Frankie, casi rozando su brazo inerte que se doblaba de

forma artificial hacia arriba. Estia suspiró, dobló las rodillas y acercó su rostro al del hombre. El pelo le cayó sobre la cara, dejando atrás sus hombros. La larga melena gualda tapó como una cortina todo lo demás. Ahí estaban solo ella y Frankie. Estia sintió su propia respiración. Los ojos de Frankie la observaban inertes. «¿Dónde irá a parar mi alma, Estia?», le escuchó susurrar sin mover los labios, «¿Dóndeeee?». Alargó la mano y le cerró los párpados, despacio. Y entonces, la voz se apagó.

—¿Qué haces? —preguntó Lola sacando un cigarrillo retorcido de la cajetilla aplastada que guardaba en el bolsillo trasero de sus pantalones—. No lo toques.

—Que descanse en paz —anunció ella sin levantar la vista.

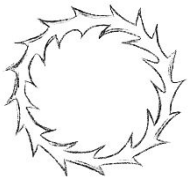
Estia se alejó del cadáver y, entonces sí, caminó hacia el baño. Cerró la puerta tras de sí y apoyó las dos manos en el frío lavabo. Los ojos le ardían, como cuando la señora del hostal pelaba demasiadas cebollas para la cena de los huéspedes cuando la pensión estaba llena. No para ella, que no tenía dinero para pagar el precio adicional que pedía por el desayuno, la comida y la cena. Pero recordaba sus ojos abrasados de tanto lagrimear. Ahora era Estia quien sentía el lagrimal resentirse, pidiéndole que lo dejara liberarse, pero ella se frotó los párpados una y otra vez hasta que no pudo más. A tientas, se sentó en la tapa del retrete. Metió las manos entre las piernas y las aprisionó con las rodillas para evitar seguir rascándose. Respiró, apretó los ojos y arrugó el cuerpo. Inspiró de nuevo, escuchando entrar el aire en su cuerpo con un silbido. Poco a poco el ardor se fue desvaneciendo y el estómago, que lo sentía del revés, fue aflojándose hasta colocarse en su sitio.

Al otro lado, Lola escuchó el sonido de un águila sobrevolar el motel, al tiempo que oía a Estia tratando de limpiarse la cara y las manos. Se sentó al borde de la cama, justo donde ella había estado segundos antes. Se quedó allí, aspirando el humo de su cigarrillo, esperando a que Trash apareciera de un momento a otro al notar que Frankie estaba tardando demasiado.

Su mirada se topó con él: con Frankie. La apartó rápido como si al no verlo no existiera. Sin poder evitarlo se levantó y paseó en círculos, vagando sin dirección. En cuestión de segundos se le

pasaron por la cabeza todos sus temores. El primero: «¿cómo narices iban a librarse de algo así?». El recuerdo de lo ocurrido después del concierto, en el camerino, su aliento a alcohol y tabaco. Después le asaltó la forma en la que le había robado un coche y huido de Luis de Juárez. Era la primera vez que pensaba en ello seriamente. Lo que había hecho era algo por lo que su discográfica la estaría buscando hasta debajo de las piedras. Con suerte, solo la discográfica, pero lo más probable era que también la policía estuviera pisándole los talones y sin necesidad de meter a Estia en la ecuación. «Estia…», pensó. Para colmo la había recogido a ella, una muchacha que debía de tener dos o tres años menos, con cara de haberse pasado una vida de rodillas, rezando, de no haber salido más allá del límite de cuatro paredes, con síntomas de guardar en la mente menos edad y madurez de la que realmente tenía, capaz de sujetar una escopeta de caza sin temblar, diestra como para disparar a un hombre y dar justo en la diana sin inmutarse. Sin embargo, y aunque quisiera experimentar incredulidad y estupefacción, aunque quisiera mirarla con miedo o recelo, no podía. Culparla del todo hubiera sido hipócrita, y Lola era de todo, ella misma se lo hacía saber repitiéndoselo constantemente, de todo, pero no una hipócrita. Sabía que una, en circunstancias extremas, podía llegar a hacer cosas impensables. Lo sabía bien.

Lola creía poder seguir viviendo con un secreto de tal envergadura amarrado a las espaldas. El secreto del camerino. No obstante, aquella aventura se había convertido en un cúmulo de eventos atípicos, casi marcianos, y se estaba transformando sigilosamente en una trampa de coyote cuyo cable se apretaba un poco más al cuello con cada paso probado hacia la libertad. Debían fugarse del motel cuanto antes, Lola lo sabía. Y debía ser sin que nadie las viera escabullirse. Eso si tenían suerte y Trash no aparecía antes.



17. El eco del espejo

De pronto, Lola percibió el motor de un vehículo. Lo escuchó rugir al arrancar y alejarse con un traqueteo del tubo de escape. Tiró a toda prisa el cigarrillo al suelo enmoquetado y lo pisó, inquieta. Seguidamente, se asomó a la pequeña ventana de cristal, inclinándose desde el marco para que nadie pudiera verla. Identificó la furgoneta de Trash moviéndose hacia la carretera, levantando el polvo tras de sí en una nube que hizo desaparecer el vehículo durante unos segundos. Un segundo motor arrancó. Un motor que rugió con cierta familiaridad, así que Lola examinó el espacio en busca de otro vehículo y distinguió a los dos muchachos de esa mañana abriendo las puertas de su Corvette rojo y a Bonnie sentada en el asiento delantero con ambas manos en el volante. El coche se movió también y derrapó, tiñéndose de un naranja fresco por la tierra, que se superpuso a la oscura capa de lodo reseco. Vio a este borrar las huellas que la furgoneta había dejado segundos antes, trazando una mezcla entre aquellas y las suyas propias. Estaban solas. Solas y sin coche en mitad de la nada. Rodeadas de coyotes, plantas llenas de espinas, cactus, piedras y arena. «Aun así», pensó Lola, «es el momento de huir».

Cuando tuvo la certeza de que ambos vehículos se habían alejado lo suficiente entró en el baño corriendo, cerrando la puerta tras de sí, para avisar a Estia. La encontró frente al lavabo, frotándose las manos.

—¡Joder! ¡Se han ido, Estia! —apremió sin levantar demasiado la voz—. Tenemos que largarnos de aquí cuanto antes, ¡vamos!

—¿Cómo que se han ido? ¡Pero eso no tiene ningún sentido! —respondió Estia levantando la vista del lavabo de acero esmaltado de un verde roñoso y desconchado. Esperaba, impaciente, a que Lola le

contara más. Todavía estaba algo aturdida. Lola buscaba a su vez la mirada de Estia en el propio reflejo del espejo. Sin embargo, cuando se topó con sus ojos, algo la desconcertó. Tuvo que esforzarse y entrecerrar los párpados para enfocar y comprobar que lo que creía haber visto era auténtico y no un producto de su imaginación o un efecto visual raro originado por el eco del espejo. Se quedó así, quieta, examinándola a través de él, sin responder—. ¿Lola?

—¿Eh? —balbuceó esta como perdida en un bucle de otra dimensión.

—¿Qué pasa? —preguntó Estia al advertir que la observaba—. ¿Por qué me miras así?

—Nada. Por nada —mintió Lola negando con la cabeza. Levantó ligeramente la comisura del labio mientras bajaba la mirada—. Es mejor que nos vayamos ya. Bonnie se ha llevado el coche, pero creo que podríamos… caminar.

—No, dime, Lola. ¿Qué pasa? —interrumpió Estia—. ¿Por qué me miras de esa forma?

Lola colocó la mano en el mentón de Estia, provocando que esta se estremeciera. Nunca nadie había sido capaz de regalarle su tacto de una forma tan sutil y aterciopelada, y eso que Lola parecía de las que, al tocarte, podría ser capaz de calcinarle a una la piel y volverla cenizas. Su piel, la de Estia, había sido un campo infértil de cariño, así que cerró los ojos y dejó que Lola moviera su rostro hacia arriba, acercándolo más a sí misma.

—Tus ojos —respondió.

—¿Qué les pasa? —dijo Estia nerviosa, abriéndolos, al mismo tiempo que se cubría los párpados con las palmas de ambas manos. De cierta forma, intuía que algo le estaba pasando a sus ojos. Le abrasaban como si se hallara encerrada en un cubículo cargado de hollín.

—Han cambiado de color.

—¿Cómo que han cambiado de color? ¿Qué significa eso, Lola? Dios mío… Dios.

—No lo sé, joder. Se ven diferentes.

—¡Dime qué ves! —exigió Estia, abriendo la puerta del baño. Después, puso rumbo hacia la cama y se sentó al borde de esta.

—No lo sé exactamente, pero se ven… de otro color.

—¡Ven! —dijo Estia—. Ven aquí ahora mismo. —Lola avanzó unos pasos y cuando lo hizo, Estia se aferró a su brazo y tiró de él hacia sí. La obligó a ponerse de rodillas. Rodeó el rostro de Lola con sus manos y entonces fue ella quien apretó su piel para que acercara su nariz a la suya—. Dime qué ves… —susurró entonces. Lola suspiró y volvió a penetrar en los ojos de Estia.

—Tienen como un brillo rojizo. Es pequeño, pero está ahí.

—¿¡Qué!? —exclamó.

Estia se incorporó de la cama levantando una capa de polvo sobre el satén de flores verde y rosa. Recorrió la habitación descalza, pisando directamente la moqueta beis llena de manchurrones de origen desconocido y del color cereza que comenzaba a apoderarse de cada hilo del tapiz hasta volverlo un charco de sangre demasiado extenso para ocultarlo. Saltó el cuerpo de Frankie Espinoza. Presentía que Frankie la miraba con los ojos estáticos a pesar de tener los párpados cerrados. Ella veía a través de la membrana cómo la observaba y la culpaba. Cuando llegó al baño, tuvo que acercarse del todo al espejo para analizarse, pues las partes dañadas de este no le dejaban ver su reflejo sin esas manchas oscuras que parecían penetrar su piel al otro lado. Entonces, examinó sus pupilas bien de cerca.

Era verdad. Si se fijaba bien, alrededor del iris negro que se dilataba por momentos igual que estaba ocurriendo al otro lado con la moqueta de la cochambrosa habitación, una laguna carmesí trataba de apoderarse del verdor de sus ojos. Puede que fuera una invasión sutil, pero si cualquiera se empeñaba en fijarse, el granate era demasiado evidente. No era un marrón otoñal, ni siquiera el teja del terreno de San Gregorio, ni ningún color que Estia hubiera visto antes en los ojos de un ser humano. Puede quizá que sí en los de un animal, pero no en un ser humano.

—Estia, ¿estás bien?

—Sí… —mintió sin apartar la mirada de su propio reflejo—. Creo que sí…

Lola apareció tras ella, apoyándose en el marco de la puerta con aire despreocupado mientras se sacudía el pelo enmarañado. Era

muy consciente de que se notaba a leguas que aquella tibieza suya era fingida, pero creyó que no tenía otra opción si lo que quería era ayudar a Estia, que parecía estar sufriendo un ataque de pánico preocupante. No quería que esta volviera a tener una crisis como la que había tenido con Frankie.

—Oye, que… seguro que no es nada, ¿vale? —afirmó—. Un efecto óptico chungo de esos o alguna cosa rara por esta luz, que es una mierda. Venga, vamos a largarnos de este motel de mala muerte antes de que Bonnie vuelva.

—¿Y cómo vamos a marcharnos? No tenemos coche —susurró Estia, arrastrando las palabras.

—Buscaremos la forma. Lo primero que tenemos que hacer es salir de aquí.

—Supongo que tienes razón. —Estaba segura de que quería salir de allí cuanto antes y, sin embargo, la cadencia de su voz denotaba que las fuerzas empezaban a fallarle y que las rodillas le tiritaban—. Vamos abajo…

Lola asintió con rapidez y sin mirar atrás caminó decidida hacia la puerta de la habitación. Solo al llegar advirtió que Estia no la había seguido. Echó un vistazo por encima del hombro y la vio apoyada en el marco haciendo verdaderos esfuerzos por avanzar. Volvió atrás sin vacilar y se echó alrededor del cuello el brazo derecho de Estia. Juntas bajaron los escalones uno a uno hasta llegar a la recepción. Ahí estaba: la puerta de entrada y salida. La puerta que habían cruzado hacía solo unas horas. Se miraron decididas y con un brillo de esperanza en los ojos. Lola agarró el pomo y lo giró.

—¡Mierda! ¡Está cerrada! —masculló moviéndolo entonces con rabia hacia un lado y hacia el otro.

—Supongo que era de esperar…

—¡Joder! Tenemos que buscar otra salida antes de que vuelvan. Vamos arriba. Tendremos que encontrar otra forma, y ¡rápido!

—Bien —accedió Estia asintiendo.

Volvieron a la escalera. Sin embargo, a cada paso que daban, Lola notaba que Estia se iba quedando sin fuerzas. Aminoró la velocidad para que la chica pudiera seguirle el ritmo y, aun así, no pudo.

—Estia…

—¿Sí? —jadeó ella apoyándose en la pared.

—Creo que es mejor que te quedes en la habitación. Estás muy cansada y contigo así tardaremos el doble en encontrar una salida.

—Pero quiero ayudar.

—Me ayudarás más si me dejas hacer esto sola. —Estia tragó saliva e hizo una mueca, aceptando.

—En realidad estoy muy cansada.

—Vale… Venga, no le des más vueltas. Ven aquí —dijo Lola haciendo fuerza para levantarla del brazo. Avanzaron despacio hasta que Estia frenó el paso. Al ver el cuerpo de Frankie los huesos se le estremecieron—. Vamos, Estia. No lo mires más. Túmbate un rato que en diez minutos nos largamos —sostuvo. Estia bordeó el cadáver y Lola la sujetó del brazo para que pudiera sentarse en el suelo junto a la ventana—. ¿Lo ves? Ya está —añadió Lola con prisa —. Solo cierra los ojos y yo encontraré una salida.

—Tienes razón. Dormiré un poco. Necesito cerrar los ojos.

—Descansa. ¡Vuelvo enseguida! —exclamó saliendo por la puerta a toda prisa.

Estia tenía los pies fríos, aunque el resto del cuerpo le ardía. Notaba la cara enrojecida y los ojos escocidos. Sepultó la cabeza bajo la oscuridad de sus rodillas y cerró los ojos, poniendo todas sus ganas en calmarse. Poco a poco fue dejándose ir. Le pareció estar dentro de un sueño de líneas borrosas y empezaba a ser consciente, aunque fuera de forma anecdótica, de la insólita y peligrosa situación en la que se encontraban ella y Lola. Envuelta en aquella tenue luz, bajo las rodillas, pudo sentirse más segura. Calmó la respiración y se dejó ir una vez más, y sin darse cuenta cayó en un profundo sueño, hundiéndose en el suelo hasta desaparecer y vagar por un espacio más inexplorado que el enigmático universo.

Al otro lado, Lola tenía la sensación de dar vueltas en círculo y sin sentido. Se apresuraba a recorrer de un lado al otro el motel con paso seguro, portando con ella una angustia asfixiante. Respiraba rápido y de forma superficial y sabía que caminaba encorvada, tropezando con cualquier objeto estúpido que se interpusiera en su camino. Maldecía en voz alta de vez en cuando al ver que no encontraba salida alguna. Probó con varias puertas de las

habitaciones, pensando que quizá alguna estaría abierta. Volvió a bajar al vestíbulo y probó a abrir la puerta una vez más, pegando varias patadas que no le sirvieron para otra cosa que para hacerse daño. Se adentró también en el cuartucho de Bonnie para buscar las llaves, pero todas ellas estaban recluidas bajo el yugo de otra llave que viajaba en el bolsillo trasero de Bonnie. En los balcones, trató de encontrar escaleras de emergencia o un camino oculto, y mientras alrededor de su cuello comenzaban a surgirle manchas moradas, las últimas huellas de la vida de Frankie, Lola perdía la esperanza.

Un rugido alejado de motor atrajo a Estia de vuelta a la habitación. Con dificultad, apoyó la mano en el marco y se dobló levantándose ligeramente para observar por la ventana. Divisó a Bonnie bajando del Corvette, y eso provocó que abriera los ojos de par en par y se incorporara igual que si un hilo invisible tirara de ella magnéticamente. Sin duda, tenía más fuerzas. Se arrastró por el suelo para intentar incorporarse.

—Lola —llamó. Sin embargo, su voz no brotó demasiado enérgica. Sospechaba que en algún lugar en su interior la fuerza resurgía, pero todavía necesitaba unos minutos más. Los párpados le pesaban, las piernas le dolían y los ojos le quemaban. Al tiempo que casi logró ponerse de pie, Lola entró en la habitación.

—¿Qué haces ahí?

—Lola —bisbiseó—. Han vuelto.

—¿Qué?

—Han vuelto, Lola. —Esta ayudó a Estia a incorporarse y sentarse junto a la ventana. Acto seguido cerró la puerta, colocando delante cualquier cosa que encontró para bloquear el paso.

—No pasa nada —dijo agarrando una sábana de la cama. La tiró por encima del cuerpo de Frankie y giró hasta la ventana para situarse junto a Estia. Los pasos comenzaban a escucharse más y más cerca, y al final, un golpe fuerte movió la endeble puerta de madera.

—¡Abrid la puerta! ¡Maldita sea, mocosas!

—¿Qué hacemos ahora?



18. El salto al vacío

Lola miró a Estia, que la observaba atemorizada. Sin salir del todo del colapso, logró distinguir los ojos rúbeos de la muchacha. Únicamente el marco de su mirada, pues las cortinas de pelo con las que trataba de ocultarse, la desvencijada habitación, la mugre acumulada en los rincones, la sangre ya seca que rodeaba el cuerpo de Frankie extendiéndose por la moqueta y la propia carcasa del que fue Frankie Espinoza se conformaban confusos y precipitados bajo la sábana. Le daba vueltas toda la habitación, así que, aturdida, se pasó la mano por la cara a cámara lenta, masajeándose la piel, tirando de ella como si fuera un chicle Bazooka.

—¡Lola! —gritó Estia. Esta se abofeteó la mejilla y volvió en sí misma.

—¿Eh? —se escuchó gamitar. Al instante el tiempo volvió a su ritmo normal y entonces fue cuando percibió el pecho agitado de Estia, hinchándose más de la cuenta, bajando y subiendo tan rápido que parecía imposible que siguiera viva, a punto de abalanzarse a una crisis.

—¡Abrid la puerta! —volvió a llamar Bonnie al otro lado.

—¡Lola! ¡¿Qué hacemos?! —farfulló Estia impaciente.

—¡Vamos! —exclamó ella, por fin—. Conseguiremos salir de esta, ¿vale?

Lola buscó sus zapatillas y se las ató a toda prisa al tiempo que le lanzaba a Estia su chaqueta de cuero, dos tallas más grande, que la muchacha se enfundó a duras penas. Se metía las zapatillas en los talones justo cuando los golpes de las manos en la puerta se transformaban en estruendos insoportables. Aunque ninguna de las dos pensó en ello, Bonnie ya no llamaba, trataba de tirarla abajo. La puerta explotó con el último golpe lanzando los objetos que había

puesto Lola para bloquearla hacia todos lados como proyectiles, y Bonnie apareció en el umbral. No estaba sola: Trash se encontraba tras ella con los nudillos ensangrentados, y otro de los muchachos, de aquellos tan jóvenes como ellas, raquíticos y sucios, sonreía de par en par a su derecha.

—¿Qué narices hacéis aquí todavía, mocosas? —gritó la mujer. Estia y Lola se detuvieron. Lola tenía un zapato puesto y el otro en la mano y Estia trataba de tirar de la ventana para abrirla—. ¿Y dónde está Frankie?

Como un imán, aquella pregunta atrajo a Estia hacia el cuerpo hueco de Frankie Espinoza oculto bajo la sábana, y por descuido quiso echar una ojeada rápida. No duró ni un segundo, y aunque logró apartar la vista de la moqueta antes de que el difunto entrara en su campo de visión, Bonnie se percató y, al igual que Estia, llevó la mirada a la moqueta. Recorrió con sus párpados atentos teñidos de azul cielo la sangre que se iba amontonando con más afluencia al llegar al cuerpo inerte de su hijo escondido bajo la sábana. Lo contempló incrédula con los labios mal pintados de carmín, torcidos y abiertos, igual que un dibujo animado. Seguidamente, retorció el cuello como un avestruz, entrecerrando los ojos, tratando de examinar a Lola con la intención de adivinar lo que había ocurrido. Hizo lo mismo con Estia. Las observaba con sospecha. A pesar de ser una mujer entrada en la tercera edad, Bonnie daba realmente miedo, con esos ojos emborronados bien abiertos, casi fuera de sus cuencas, y esa expresión desencajada que trataba de hablar, boqueando. Tensó la sábana y dejó el cuerpo de Frankie al descubierto.

—¿Qué habéis hecho? —gimió con la voz encogida.

—Eh… —balbuceó Estia—. Lo… Lo sie… —Pero Lola no le dejó terminar la frase. Tiró de ella, cogiéndola desde la chaqueta de cuero que acababa de echarse por los hombros antes de que Trash derribara la puerta.

—Sois unas… —balbuceó Bonnie con aspecto infantil. Su labio inferior se dejaba sorber compulsivamente por el superior, que lo succionaba como una aspiradora. A Estia se le pareció a un bebé a punto de tener un berrinche, resistiéndose para no hacerlo. Se

agachó sobre Frankie, apoyando las rodillas en la moqueta manchada, y colocó las dos manos sobre el punto en el que la bala había hecho la herida—. Mi niño… —susurró.

Lola buscó a Estia con la mirada, debían huir cuanto antes. Antes de que Bonnie, que en ese momento lloraba desconsoladamente, cayera en la cuenta de que aquello no era un sueño, ni una pesadilla, sino la más pura y cruel realidad: dos muchachas, una con aspecto de niña turbada y la otra de camorrista habían terminado con la vida de su buen hijo, sin piedad.

—¡Chss! —chistó Estia entre dientes.

Lola volvió la mirada rápido y vio que le hacía un gesto con las cejas para que se acercara. Eso hizo. Despacio, poniendo un pie delante del otro con un sigilo extremo, casi sin tocar el suelo, de puntillas, como si nadie más que ella estuviera en la habitación y el resto durmieran justo en el piso de abajo, se acercó a Estia. Trash consolaba a Bonnie. Posaba una mano sobre su hombro con solemnidad, mientras que el otro muchacho trataba de imitar los gestos de Trash con la intención de agradar de algún modo a Bonnie. De que esta recordara que alguien como él había estado a su lado y se había compadecido de ella en un momento tan terrible. Así pues, por fortuna para las chicas, durante unos pocos segundos, solo unos pocos, nadie les prestó ni la más mínima atención. Estia señalaba con prudencia la ventana; allí sentada, desde abajo, había visto un pequeño pestillo de metal. Con mucho cuidado llevó la mano al cerrojo esperando que funcionara y con un clic silencioso lo abrió. Empujó con discreción el marco. Supo que había acertado al notar la brisa del aire templado en la frente.

Era fácil, «relativamente fácil, sí», pensó. Únicamente tenían que saltar un par de metros hasta el piso inferior. Tenía que intentarlo, aunque estuviera algo cansada. La adrenalina le hizo sentirse algo mejor. Aquel par de metros le parecieron casi inexistentes. Una vez en el piso de abajo podrían tomar el camino normal y huir bajando las escaleras hasta el mostrador de recepción. «Un paso más», la arrulló una voz en la cabeza. «Un paso más y estamos».

—Cógeme de la mano —susurró Lola al comprender lo que pretendía. Estia estiró la suya y se la entregó entrelazando sus

dedos con los de ella y apretando para que pudiera apoyarse y pasar la pierna por el marco astillado del ventanuco. Logró pasar la pierna derecha, que colgaba al otro lado, esperando a la siguiente. Sin embargo, antes de que pudiera pasar al otro lado y saltar, un grito agudo y desgarrador hizo que perdiera ligeramente el equilibrio.

—¡¡Cogedlas!! —Era Bonnie. Lola pudo echar un último vistazo. Ahí estaba, fuera de sí, señalándolas con el dedo índice, torcido y arrugado, perfectamente esmaltado y con la cara húmeda y el maquillaje corrido, enrojecida de cólera—. ¡¡Cogedlas vivas o muertas!!

Estia se tambaleó tratando de no caer sin control, agarrándose ahora con ambas manos al brazo de Lola. Había logrado mantenerse gracias a que esta la sujetaba fuerte de la chaqueta con la mano libre, pero notaba las manos mojadas por el sudor que provocaban que el cuero se le resbalara cada vez más. Fue perdiendo milímetros por segundos hasta que finalmente el puño se le cerró, vacío. Aún se agarraba a Lola por el otro brazo, pero debía decidir: o se aferraba a ella y ambas caían al vacío sin control o se soltaba y caía sola con la posibilidad de salir ilesa. Se soltó para tener una oportunidad.



19. El chico de rostro mugriento

—¡Estia! —chilló Lola al tiempo que Estia se le resbalaba por completo.

Trash se abalanzó sobre la ventana para intentar atraparla, pero no pudo. Se quedó ahí colgado, con medio cuerpo asomando a través del hueco de la ventana, junto a Lola, que sacaba la cabeza justo a tiempo para ver cómo Estia apoyaba con firmeza los pies en la madera del piso inferior sin un solo rasguño. Lola echó una ojeada a sus manos, que se posaban en la madera, y percibió lo cerca que se encontraba Trash al notar sus manazas apoyadas también en el marco. Se imaginó atrapada de nuevo por unas zarpas como las de Frankie, o peores. Una punzada en el cuello le recordó que tenía que salir de ahí cuanto antes. Sin pensarlo, cogió impulso y salió corriendo en dirección a la puerta de la habitación.

—¡Eh, tú quédate con Bonnie! —ordenó Trash dirigiéndose al chico. Acto seguido, salió detrás de Lola a toda velocidad.

Se escuchaban las pisadas de Lola y de Trash atravesando la madera y filtrándose por el cemento de todo el edificio. Las de Lola, ligeras y rápidas, se escabullían de los cargados pisotones de Trash que provocaban que la madera se hundiera. Era tan robusto y tan alto que el edificio parecía estremecerse bajo sus pasos.

Lola corría sin sentido, echando la mirada atrás de vez en cuando para comprobar si Trash le pisaba los talones. Se sujetó al pasamanos y se lanzó en círculo hacia el piso inferior chocando con algo. Abrió los ojos y se topó con la aterrorizada expresión de Estia.

—¿Estás mejor? —preguntó.

—¡Qué remedio!

—¡Vamos! —apremió Lola—. ¡Vamos, Estia! —Tiró de su mano escaleras abajo y juntas se apresuraron hasta la recepción. Llegaron

a la puerta de la entrada y Lola apretó el picaporte entre sus manos, tratando de abrirla, pero nada. Cerrada—. ¡Joder! —se quejó.

—Déjame a mí —dijo Estia poniéndose delante. Cerró los ojos y rezó al tiempo que estiraba del pomo hacia ella. Pensó en Dios y en ese ardor que sentía en el estómago. Una vez, otra más y nada—. Por favor, Dios… —susurró—. Nada. Está cerrada, Lola. ¿Qué hacemos ahora?

Los pasos de Trash crujieron más y más cerca. Se escuchaban con más potencia cada vez, hasta que de pronto se dejaron de oír y una ligera tabla de madera chirrió detrás de las muchachas. Ambas se giraron de manera instintiva, sabiendo que no tenían escapatoria. Ahí estaba Trash, quieto, regocijándose, ocupando con su cuerpo demasiado espacio. Haciendo que la recepción se encogiera, volviéndola diminuta para las chicas. Claustrofóbica, igual que las casas de muñecas que tenían las niñas de bien y que ni Lola ni Estia habían tenido nunca. Las observaba con fanfarronería, dibujando media sonrisa en su rostro tosco al comprender que en sus expresiones se ocultaba el pánico de advertir que escapar era tan poco probable para ellas como atrapar uno de esos objetos brillantes que él mismo había visto sobrevolar el desierto aquellos días.

—¡Déjanos salir! —exigió Lola con severidad. Trash respondió con una risotada—. ¡Déjanos salir ahora mismo, imbécil! —exclamó abalanzándose sobre él al tiempo que Estia atrapaba su camiseta.

Trash torció el morro entonces, incrédulo porque aquella niña, «inconsciente mequetrefe», había osado llamarlo imbécil a pesar de que, sin duda, él medía el doble y era capaz de partirles el cuello en dos, igual que a un pobre pollo de corral, sin ni siquiera sofocarse. Crujió los puños adrede y dio un paso al frente dispuesto a machacarlas. Bonnie se lo había dicho: «cogedlas vivas o muertas», había dicho. Por él podía ser muertas y no porque le tuviera un cariño especial al cobarde de Frankie, nada de eso. Era porque Trash disfrutaba haciendo daño, sobre todo, si Bonnie se lo ordenaba. Se relamía cada vez que ella le daba carta blanca para aplastar a algún fracasado con mala suerte.

Lola sintió el aliento ponzoñoso de Trash demasiado cerca. Desprendía un olor tártaro a alcohol y a tabaco sedimentado. Aquel

hedor le trajo el recuerdo de *él*, el que había provocado que ella estuviera ahora allí, en mitad de la nada, a la fuga: Theo. Dio un paso atrás en un acto visceral. Estia, sin embargo, no se movió, pero estiró el cuello para ver cómo Lola se alejaba.

—¿Qué haces? —susurró Estia—. Lola… —repitió—, vamos, Lola…

—No lo sé… —confesó Lola apretando la mandíbula. Muy bajito. Tan bajito que apenas Estia consiguió escuchar lo que decía—. No tengo ni puta idea…

Trash avanzó dos pasos más con las manos extendidas, preparado para terminar con ellas de una vez por todas. Lola volvió a alejarse, pero Estia cada vez lo tenía más cerca, tanto que no solo percibió el hedor de su aliento, sino que también logró reconocer cómo el latido de su corazón trepaba por la vena que recorría su cuello, hinchada y roja. Lola despertó de su regresión y reaccionó tirando de Estia hacia atrás para ponerse justo delante de ella.

—¡Déjanos salir, mono asqueroso! —requirió, agria. De manera inadvertida, en menos de unos pocos segundos, Estia y Lola se encontraron pegadas a la puerta de madera de la entrada, arrinconadas, sin espacio suficiente para respirar aire limpio y fresco sin contaminar por el aliento de Trash. El hombre se abalanzaba sobre ellas, igual que King Kong, la bestia que Lola había visto trepar por el World Trade Center en el cine varios años atrás. La bestia proyectaba su extensa sombra sobre ellas, que al mismo tiempo parecían volverse cada vez más pequeñas—. Déjan… —Lola no pudo terminar la frase.

La mueca de Trash cambió de pronto. El entrecejo arrugado cedió y los ojos se le dieron la vuelta, volviéndose completamente blancos. Los dedos de las manos se le suavizaron y justo después cayó al suelo hacia atrás, tal como haría un pesado saco de harina. Un chico apareció de la nada apartándose hacia un lado para que el lastre no cayera sobre él. Era uno de los muchachos que trabajaba para Bonnie, el que no habían visto después de que se marchara por la mañana, y sujetaba una pala de jardinería entre las manos, temblando. Había golpeado a Trash justo en la cocorota.

—¡Marchaos! —apuró este—. Marchaos antes de que me arrepienta. O peor, antes de que Bonnie descubra que os he dejado

escapar. Si eso pasa no sobreviviréis vosotras, pero tampoco yo.

—Gracias —dijo Estia.

—No me las des. —El chico revolvió su bolsillo con las manos ásperas manchadas de tierra y sacó de él un manojo de llaves. Se acercó a la puerta, introdujo, tiritando, una gran llave oxidada y esta se abrió con un clic—. Huid vosotras que todavía podéis.

Lola asintió una vez con solemnidad, y el chico le devolvió el gesto. Saltó el cuerpo de Trash como pudo y después la barra de madera de la recepción. Revolvió todo, arriba y abajo, abajo y arriba, desesperada.

—Lola, la caja fuerte está detrás de esa figurita de cerámica del leopardo comiéndose una cabra.

—Supongo que gracias… No solemos hacer esto, pero estamos a dos velas.

—No sé en qué lío estáis metidas, pero no hace falta que me expliques nada. ¡Cógelo y sal de aquí!

Lola movió la figurita y vio un fajo de billetes, cogió tres puñados y se los guardó en los bolsillos del pantalón y por donde pudo. Después salió a toda velocidad hacia el Corvette rojo, que estaba intacto, esperándola como un fiel corcel. Estia salió después, pero antes de continuar giró sobre los talones y examinó al chico. Llegó a la altura de sus ojos y observó. Entre sus cejas pobladas pudo ver en los ojos del muchacho los suyos propios. Reconoció algo en él. Un igual.

—Ven con nosotras —le pidió. Segura, plana en su voz.

—No puedo hacer eso, niña. Bonnie me matará.

—Sí puedes.

—No puedo. El otro chico… el que has visto antes, es mi hermano. No puedo dejarlo solo. Huid antes de que Trash se despierte.

—Como quieras —accedió Estia. Se acercó a él, despacio, serena, y posó la mano sobre su corazón. El muchacho cayó en la cuenta entonces de un detalle en los ojos de la niña, un reflejo rojo que allí estaba, apenas perceptible—. A veces huir parece más complicado de lo que es realmente. Si alguna vez quieres salir de aquí, solo tienes que llamarme.

—¿Cómo?

—¡Vamos, Estia! —gritó Lola desde el asiento del Corvette rojo, apretando el volante.

—¡Ya voy! —Ella aceleró el paso y tan rápido como pudo se deslizó en el asiento del copiloto. Lola buscaba las llaves del coche por todas partes, caótica y angustiada.

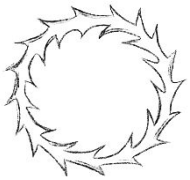
—No encuentro las llaves.

—Déjame a mí —se agachó sobre Lola, arrancó los cables del coche, apretó uno contra otro y el coche arrancó.

—¿Quién eres, Estia? ¿Y por qué sabes hacer esto? ¡Joder, chica!

—Ojalá lo supiera. ¡Vamos, arranca!

Lola pisó el acelerador y el Corvette arrancó, alejándose del motel, dejando solo las huellas de ambas sobre la tierra de aquel desierto, única prueba de su existencia y de que todo aquello no había sido una pesadilla.



20. La carretera

Ante aquellas dos muchachas se abrió irremediablemente el camino hecho de asfalto una vez más. No tenían alternativa. No después de lo que había ocurrido en ese motel de mala muerte regentado por una mujer como Bonnie. Para Estia volver a aquella carretera suponía uno de los asuntos pendientes más importantes de su vida, lograr una de esas ideas o conceptos inaccesibles para ella con los que siempre había soñado y deseado con ansia. De esos que todo el mundo parecía poseer a su alrededor, pero no ella, y nunca llegaba a saber por qué.

Hasta donde podía recordar la libertad le había sido completamente negada. De una u otra forma, Estia había sido esclava de las paredes, los muros, las esquinas y los relieves de las calles de San Gregorio, de las peculiaridades de la Casa de los Desamparados, de los escondrijos de su habitación y de otros lugares que prefería no recordar, más húmedos, más oscuros, rurales y herméticos. De algún modo u otro el ostracismo de Estia no había sido físico únicamente ni inducido por alguien, su mente funcionaba la mayor parte del tiempo igual que una caja fuerte cerrada a cal y canto, muy alejada de la humanidad y de la colectividad. Se encontraba sola casi siempre y diferente todo el tiempo. Pero sin preguntárselo, sospechaba que aquello era en parte consecuencia del aislamiento físico. Una reclusión como la de aquellos muchachos que vivían en el motel bajo el yugo de una madre postiza, cruel y malvada. «Marchaos vosotras que todavía podéis», le había dicho el chico de rostro mugriento manchado de tierra seca y manos ásperas y gastadas.

En cambio, para Lola la carretera suponía todo lo contrario: una cárcel. La prisión que le había mantenido cautiva demasiados años y

que le había robado la posibilidad de vivir una infancia como la de cualquier otra muchacha. Una infancia en la que los días se estiraban y se convertía en juegos, correteos, risas y barro hasta las rodillas. A ella le habían arrebatado todo aquello demasiado rápido. La carretera era la cárcel que le había empujado contra su voluntad a aquella espeluznante situación en la que no le había quedado más remedio que hacer lo que tuvo que hacer para seguir viva. Quizá rota en pedazos, perdida junto a una muchacha extraña, retraída y de mirada animal. Puede que sí, pero viva, al fin y al cabo. Había sobrevivido. Aquella decisión hizo que se viera forzada a aterrizar en la vida de Estia. En algún momento, después de toparse, por casualidad porque no por fortuna, con Estia, y de adentrarse en aquel viaje que podría cambiar el devenir de su vida, cometió el absurdo error de creerse otra persona quizá, pensó que podría huir de todo aquello que había construido alrededor de su nombre y le había perseguido siempre de escenario en escenario. Y sin embargo, irónicamente, no había hecho más que terminar en el punto de partida: en la maldita carretera.

El estómago de Estia se encogió. Se retorció tan fuerte que Lola lo pudo escuchar incluso por encima del bramido del motor del Corvette que en su cabeza se había vuelto familiar. Un rumor de fondo que existía en su encuadre. No había encendido la radio. Ni siquiera había pensado en eso. Se había puesto a conducir sin parar. Solo quería ir lejos, lo más lejos posible de Luis de Juárez y, sobre todo, lo más lejos posible de sus músicos, de los escenarios, de su guitarra, de Bonnie y del fantasma de Theo. Estia asentó la mano izquierda sobre el ombligo de forma instintiva, sin darle, de hecho, demasiada importancia, como si aquella sensación de vacío, de antropofagia de sus propios órganos con los otros no fuera ni remotamente nueva para ella. Llevaba dos días sin comer y estaba casi segura de que Lola tampoco había probado bocado en muchas horas. Al menos mientras habían estado juntas. De hecho, si se fijaba, Lola se veía más delgada y alrededor de sus ojos habían aparecido dos círculos morados que se querían volver negros. Tenía los labios secos, casi tanto como el desierto a su alrededor. La piel se le resquebrajaba y aunque se pasaba los dientes y la lengua por

ellos, no lograba humedecerlos más de un segundo. Y tenía el cuello amoratado por las huellas de Frankie.

—Perdona —musitó al percatarse de que Lola le echaba ligeras ojeadas a su estómago mientras clavaba los ojos en la carretera a cada rato—. No puedo controlarlo…

—¿Tienes hambre? —le preguntó. Estia asintió con la cabeza gacha, mirando a través de la ventanilla inexistente cómo poco a poco el sol iba marchitándose.

—No pasa nada —respondió—. Pero tú no tienes buen aspecto, ¿cuánto tiempo llevas sin comer? —Lola suspiró y carraspeó.

—Mmm —dudó mordiéndose el labio superior—. Creo que la última vez fue un par de horas antes de encontrarme contigo en Luis de Juárez. ¿Y tú?

—También. Un rato antes de encontrarme contigo. —Lola asintió, comprendiendo—. Tienes que comer algo, Lola. Si no, vas a marearte y estás conduciendo.

—Gracias, mamá… —bromeó Lola—. Cuando te recogí no pensé que recogía a mi madre.

—Lo siento… yo solo…

Estia miró a su derecha y observó la vacuidad, las montañas rojizas. Solo un par de cactus y hierbajos salpicaban el espacio, lo justo para no parecer estar completamente inerte, muerto. Para no parecer un fantoche, un escenario hecho de cartón piedra. Sin querer se vio reflejada en el espejo retrovisor de su costado. No tenía tan mala cara como Lola, pero volvió a toparse con aquellos ojos del color de la sangre. Parecían pardos en algún punto, pero no, ella sabía que el rojo escarlata vivía en aquellas terminaciones como un parásito. Lo notaba extenderse, querer asentarse en ella. Sabía que no habría forma de librarse de él.

Apartó la mirada lo más rápido que pudo y la posó sobre la larga línea amarilla que dividía el asfalto en dos. Al final lo que importaba era que ahí la tenían de nuevo: ese gran terreno construido a base de hormigón y esa infinita línea amarilla que lo más probable era que diera la vuelta al mundo y terminara al otro lado del país, que era donde para ella terminaba la civilización. La del ser humano, al menos, porque la de Dios era incuestionable e infinita, y tan etérea

que resultaba imposible de controlar. En el terreno de Dios no había líneas amarillas, ni asfalto, no hacía falta.

Por supuesto, en el terreno de Dios, aquello que había ocurrido con Enzo y los demás en la línea número 3, o con Frankie Espinoza en el motel de Bonnie, no habría tenido cabida. ¿La perdonaría Dios por aquello que parecía hacer una y otra vez sin ni siquiera guardar recuerdos? Si era algo que hacía por voluntad propia o a causa de una entidad incorpórea desconocida que había logrado, por algún motivo, colarse y adherirse en sus entrañas, Estia no lo sabía. Sin embargo, presentía que aquella invasión sangre en sus ojos no formaba parte de una mutación biológica. Sospechaba una causa que se le tornaba mucho más familiar. Si era así, prefería no tener razón al respecto. Aquello no paraba de empeorar. Cada vez tenía más claro que, aunque quisiera huir, en el destino le aguardaba otro camino. Uno que siempre se empeñó en ignorar.

—He visto una gasolinera hace un par de kilómetros —apuntó Lola, llevándose una mano a la sien, mientras apoyaba la otra en el volante—. Joder, pero no podemos volver atrás. No creo que sea buena idea.

—No. No podemos volver atrás… —respondió Estia con una serenidad desconcertante, sin ningún destello de duda en la voz.

—Sí, es verdad… —asintió Lola—. Está bien.

—Pararemos en la siguiente estación que veamos. ¿Crees que llegarás hasta allí?

—Tendremos que llegar. Necesitamos comer. Y tenemos que reponer el depósito —agregó Lola apretando los dientes mientras arrastraba con fuerza la palanca de cambios—. A este chato también le está empezando a rugir el estómago. ¿Verdad, buguita? —dijo golpeando el volante un par de veces.

—Está bien, pero si ves que no puedes seguir, paramos y continuamos, ¿vale?

—¿Puedes coger el mapa de la guantera? Busca una carretera larga que lleva a la costa. Comprueba que vamos en el camino correcto. —Estia sacó el mapa de la guantera y lo abrió, colocándolo sobre las piernas igual que una manta—. Oye… ¿qué le has dicho al

chaval del motel? De buen rollo, quiero decir, que si no quieres contármelo no pasa nada.

—En realidad, nada importante. Creo que necesitaba escuchar que no estaba solo. No estar solo ayuda.

—Sí. Ayuda.



21. La gasolinera Shell

Estia aspiró el frío aire de la noche, tranquila, al distinguir en la penumbra un cartel desconchado que indicaba que si conducían once kilómetros más encontrarían una gasolinera junto a un área de descanso. El sol se había desvanecido por completo y de nuevo los rostros de ambas, sus cabellos, sus manos, sus ropas y el Corvette comenzaron a teñirse de un azul cada vez más añil. El cielo se ensanchaba sobre la carretera completamente despejado. La luna brillaba altanera, vigilante, y las estrellas, miles de ellas, cubrían el firmamento dándole un aspecto extraordinario: más irreal y cercano al de los cuentos y las fábulas que a los cielos amarillentos y humeantes que solían verse en los últimos años cubriendo las ciudades que se volvían más extensas y frenéticas con el tiempo.

—¡Mira! ¡Ahí! —exclamó Estia indicando con la mano el cartel en ruinas—. Creo que tienes que girar a la derecha en… —apuntó acercándose el mapa de papel a la cara— tres minutos. Sí, eso es. Por ahí estará bien.

—Joder, ¡me muero de hambre! —gruñó Lola entre dientes. No tanto para contárselo a Estia, sino como un acto reflejo que no fue capaz de controlar. Una reacción animal como rascarse la cabeza, parpadear o morderse las uñas.

—Y yo —bufó Estia. Solo entonces Lola cayó en la cuenta de que había pronunciado aquellas palabras en voz alta.

—Solo espero que esté abierta. Desde que salimos del motel no hemos vuelto a ver a nadie. Me pone los pelos de punta. —Estia cerró los ojos y volvió a respirar, expulsando el aire frío que se convirtió en una bruma pequeña y vaporosa.

—Está abierta —afirmó con una seguridad pasmosa. Lola la examinó extrañada.

—¿Cómo puedes estar tan segura, chata?

—No lo estoy —mintió—. ¿Crees que en la gasolinera tendrán golosinas? —preguntó para cambiar de tema—. Me cuesta identificar algo que nunca he visto de cerca antes… —susurró para sí.

—¿Eh?

—Nada —se apresuró a añadir la muchacha—. Entonces, ¿crees que podremos comprar bollitos de leche y dulces?

—Sí. Seguramente.

—¿En serio? —exclamó Estia soltando el mapa de pronto. Apretó las rodillas contra el pecho y miró a Lola emocionada, como si necesitara que le contase más.

—Sí. Creo que sí —respondió esta algo sorprendida por su actitud. Lola se fijó en cómo Estia se sujetaba las piernas con las manos. En cómo se curvaba hacia delante dispuesta a escuchar todo lo que tenía que contarle. En cómo levantaba las cejas incrédula y emocionada. «Parece una niña», se dijo a sí misma. Lo curioso era que, al pensarlo, se percató de que realmente lo era. Estia era una niña más pequeña e inocente de lo que a veces lograba mostrar. Desprotegida, abandonada y excéntrica.

—Qué bien, Lola. ¡Me muero por comer un bollo de leche! ¿A qué saben? Dicen que es como un trozo de cielo, como un sueño, como… Mejor no me lo digas. Quiero probarlo por mí misma.

—¿Qué? ¿Nunca has comido un dulce? No me digas eso, Estia.

—Jamás. Solo una vez comí galletas de chocolate. ¡Una vez y casi me muero de lo ricas que estaban!

—¿De verdad?

—Te lo juro por Dios, mira lo que te digo.

Lola fue disminuyendo la velocidad y encendió la luz de los intermitentes para girar, a pesar de que no había ningún vehículo al que avisar. Después se adentró en el desvío y condujo por una carretera que pasó de ser de asfalto a ser de tierra, piedras y arena. A lo lejos, Estia percibió un resplandor anaranjado que fue haciéndose más y más fuerte. Aunque no lo suficiente como para poder ver con claridad el espacio que el color de la noche había engullido igual que un agujero negro. Aquella luz caía sobre un

cartel del mismo color que decía con letras rojas y rectilíneas: «Shell».

Lola aparcó el Corvette justo al lado de los surtidores blancos y rojos de gasolina. Salió sin decir nada y enchufó el grifo en el hueco oculto de la cola del coche con Estia todavía dentro. Al ver que no decía nada, Estia dobló el mapa y lo guardó en la guantera, abrió la puerta y salió también. Por el rabillo del ojo, intuyó cómo Lola la observaba salir del coche mientras llenaba el depósito y cómo se sonreía para sí. Al verla Estia sonrió también. Sin embargo, lo hizo abiertamente, mirando a Lola a los ojos. Esta levantó el mentón y le devolvió la sonrisa, algo que hizo que Estia sonriera aún más porque Lola no sonreía. Al menos eso pensaba. No creía haberla visto sonreír desde que se había encontrado con ella en Luis de Juárez. Sin embargo, ahí estaba, sonriéndole mientras alimentaba esa máquina que era parte de ella misma.

—Vamos —dijo. Cerró la abertura del depósito y se dirigió hacia el interior de la estación de servicio. Estia la siguió. Antes de entrar se fijó en las luces anaranjadas que parecían flotar en el aire rodeadas de cientos de luciérnagas.

Lola entró en la gasolinera. La campanilla de la puerta avisó de su llegada. No obstante, el dependiente ni se inmutó. Parecía tener la cabeza dentro del esqueleto del televisor. Sonaban en la radio los Village People, *In the navy*. Lola los identificó al momento. Sabía que acababa de estrenarse aquel año y que no paraba de sonar en la radio. Le fastidiaba admitirlo, pero le gustaban mucho. Aunque no podría haberlo dicho delante de Theo porque significaba que ella no había llegado al número uno de los éxitos del año y ellos sí, pero Theo ya no estaba. Por encima de la voz de Victor Willis, el cantante, sonaba la voz ruda y crujiente del narrador del combate de WWWF que el dependiente veía en la pantalla.

—Me encanta esta canción —confesó—. ¡Joder, es la hostia! —añadió agitando la cabeza.

Caminó por la derecha, pasando por un montón de gafas de sol, y tiró de una de ellas con la montura roja. Cogió también un paquete de chicles de sabor menta y uno de tabaco. Se los mostró al dependiente, que levantó la vista de un pequeño televisor del que

salía el sonido de un combate de WWWF. El hombre asintió y Lola se colocó las gafas, sacó un par de chicles que se introdujo en la boca y comenzó a masticar. Después, alcanzó un par de paquetes de barritas de chocolate y se los introdujo en el bolsillo. Hizo lo mismo con unos puñados de cacahuetes y algunos dulces que le gustaban. Con cuidado, fuera del campo de visión del dependiente. Después, se llevó un dedo a la boca para pedirle silencio a Estia.



22. El dependiente Warren

—¿Qué haces? Si tenemos dinero de sobra para pagar —mascó Estia.

—Soy consciente —respondió Lola encogiéndose de hombros—. Pero esto es mucho más divertido, ¿no? —añadió sonriendo.

—¿En serio, Lola? ¿No es suficientemente divertido para ti huir de la policía y de Bonnie? —Lola borró la sonrisa de golpe y suspiró.

—Oye, ¿quieres relajarte un poco? ¿Podemos estar de buen rollo un rato y olvidarnos de todo? Necesito… hacer como que no ha pasado nada. No nos sigue nadie.

—Por ahora. Bonnie no parece de las que dejan correr las cosas. ¿Qué crees que pasará si se enteran de que estamos robando barritas de chocolate y tontos cacahuetes en una gasolinera? —Lola no respondió, cogió otro paquete de cacahuetes y se lo introdujo en la manga de la camiseta, enrollándolo en su interior como si fuera un paquete de cigarrillos.

—No nos van a pillar —sonrió—. Pagaremos… todo esto —resolvió agarrando con los dos brazos un montón de bolsas de patatas fritas.

—¿Y si nos cogen? La policía se enterará y vendrán a por nosotras. A por mí.

—¡Que no nos van a pillar!

—Estupendo —resopló Estia sin más remedio que aceptar—. Robar es un pecado capital y todavía más si lo haces por diversión —aseveró—. Esto no va a acabar bien…

—¡Venga ya, Estia! Vamos, deja de quejarte, ¡tenemos comida! ¡Disfruta un poco de la vida! ¿No te mueres por probar esos ricos bollos de leche?

—Si no nos los confiscan antes por robarlos.

Lola resopló y continuó caminando entre las baldas blancas de la gasolinera. Iba eligiendo qué pagar y qué esconder entre los pliegues de su ropa usada y sucia a aquellas alturas. Aunque Estia no entendiese nada, se sentía fascinada por ella. Quizá por su indiferencia, o puede que fuera su descaro lo que le parecía fascinante. No lo tenía claro, pero se trataba de la chica más osada y valiente que jamás había conocido. La envidiaba por no dudar ni un segundo en hacer todo lo que quería hacer; no como ella, que siempre veía el mundo desde una mirada cobarde, pasiva, casi como si estuviera viéndolo a través de una cámara de vídeo. Y lo peor de todo era que las pocas ocasiones en las que había logrado alzar la voz, alguien había terminado profundamente herido o muerto y ella con un borrado de memoria y las manos manchadas de sangre.

Por eso la siguió por los pasillos igual que una sombra. En silencio. Con las manos en la espalda. No dudaba en confiar en ella, aun sabiendo que eso podría llevarla a un problema nuevo. La vigilaba, pero también trataba de guardar en su cerebro cada uno de los movimientos que Lola llevaba a cabo. Puede que para imitarla y parecerse a ella.

Después de llenarse los bolsillos y abrazar varios paquetes de patatas fritas, Lola entró en el pasillo de las neveras y sacó de una de ellas una decena de cervezas Heineken. Cerró la puerta con la pierna y los brazos a rebosar y se acercó al mostrador, soltando sobre este toda la mercancía. Estia asomó la cabeza por una de las estanterías, y antes de acercarse al mostrador, lanzó la mano, cogió un bombón de chocolate, lo abrió a toda prisa y se lo metió en la boca. Sonrió para sí misma por atreverse y después dejó que el chocolate se fundiera entre sus papilas, manchando cada rincón de su paladar.

—¿Tienes identificación? —preguntó el dependiente sin desenterrar la cabeza del televisor. Lola sacó su identificación del bolsillo de la parte de atrás del pantalón y se la entregó.

—Dolores Quinn —murmuró el hombre, examinando de soslayo el carné de conducir.

—Esa soy yo —respondió Lola sin dejar de masticar su chicle. Entonces, el dependiente levantó la cabeza, entrecerró los ojos y la

inspeccionó.

—¿Eres Lola Quinn?

—Eso es. Dolores Quinn. Lola Quinn. Sí. Eso es lo que dice mi carné, ¿no? —respondió guiñándole un ojo con descaro. Estia, que ya estaba a su lado, carraspeó queriendo llamar su atención. Lola, por supuesto, no le prestó ninguna. Al revés, sacó el chicle que tenía en la boca y jugueteó con él entre sus dedos.

—Deja de hacer eso —le instó entre susurros mientras el dependiente observaba cómo Lola daba vueltas al chicle—. ¿Cuánto le debemos, señor?

—Eh… sí —dijo aclarándose la garganta—. Bien, pues… todo esto son ciento ochenta y tres.

—Estupendo… Warren. Warren, ¿verdad? —respondió Lola acercándose al cartel que el dependiente llevaba en la camisa con su nombre—. Aquí tienes. Por la discreción. Creo que ya me entiendes —dijo soltando un puñado de monedas sobre el mostrador.

—Gracias, Warren —intervino Estia—. Ha sido un placer.

—No hay de qué —afirmó este—. Vuelve cuando quieras, Dolores Quinn. Quiero decir, volved cuando queráis. —Al decirlo, miró a Estia. Por un instante pareció que Warren iba a pasear la vista por ella para aceptar su presencia. Por cortesía. Sin embargo, se fijó en su mirada y entornó los ojos. Estia estuvo segura de que Warren había visto el reflejo rojo, pues justo después agitó la cabeza y volvió a mirar el televisor, como cuando alguien cree haber visto algo imposible. Estia cogió todo lo que había en el mostrador y siguió a Lola, que ya se dirigía hacia la puerta de la gasolinera.

—Gracias, Warren —se despidió, levantando la mano, sin volver la vista atrás.

Estaban ya cerca de los surtidores cuando sin querer Lola tropezó con un cachivache de metal oxidado que rondaba por el suelo. Mantuvo el equilibrio, pero se le resbaló de la manga la bolsa de cacahuetes adicionales que había escondido. El asfalto terminó cubierto de decenas de cacahuetes y migas, y a pesar de que Estia se agachó deprisa para recogerlos, no lo hizo tan rápido como para evitar que Warren se percatara de la escena. Llevaba demasiadas patatas fritas y bollos sujetos entre los brazos como para poder

ayudarla. El dependiente salió del mostrador y se dirigió a la calle a toda prisa.

—¡Eh, vosotras dos! —aulló. Entonces, Lola y Estia apretaron el paso hacia el Corvette—. ¡Eh, no os vayáis!

—Vamos, Estia —apremió Lola, tirándole del brazo para levantarla del suelo—. Deja eso —le dijo ayudándola a sujetar las bolsas—. Tenemos de sobra.

Intentaron correr, pero les costaba. Llevaban encima demasiadas cosas: las bolsas de lo que habían pagado, las cervezas, y el resto de dulces y frutos secos que llevaba Lola en los bolsillos y en los huecos de la ropa. Sin previo aviso, la joven rompió en carcajadas al ver que iban a salirse con la suya. Tiró todo en el asiento de atrás, y saltó al asiento del conductor. Estia volcó lo que ella llevaba sobre su asiento y tiró de la manilla hacia ella, pero la puerta no abría. Tiró tres o cuatro veces más, y nada. Warren estaba a punto de alcanzarlas. Un par de pasos más y podría agarrar a Estia con sus dedos si quisiera.

—Salta por encima del buga. ¡Vamos!

—¿Qué?

—Salta de una maldita vez. ¡Por encima del asiento!

—¡Ah, sí! ¡Claro! ¡Allá voy!

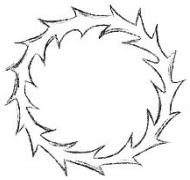
—¡Eh! —gritó el dependiente—. ¡No os vayáis! ¡Lola! ¡Espera!

Estia saltó como pudo al asiento delantero haciendo crujir un par de bolsas de patatas. Lola, sin esperar a que estuviera sentada, pisó el acelerador. Mientras el Corvette se alejaba, soltando humo negro por el tubo de escape, Estia se giró sobre el asiento. Pudo ver a Warren agitar los brazos de un lado a otro, como un hombre perdido en una isla pidiendo ayuda desesperada a un helicóptero de salvamento militar. Dejaron atrás aquel lugar iluminado, volviéndose a adentrar en el camino de tierra.

—¡Eeeh! ¡Que os dejáis todo esto! —El motor rugía fuerte, pero Estia logró escuchar a Warren gritar unas últimas palabras mientras levantaba dos paquetes de patatas y uno de galletas de chocolate antes de perderse de vista.

DÍA 3





23. Las intrépidas

Tres días no son demasiados en la vida de alguien normal. Alguien que quizá lo primero que hace al abrir los ojos es apagar el despertador y levantarse rascándose la nalga mientras piensa en esa maldita reunión de trabajo que odia tener a la misma hora con la misma gente cada día. Tres días que parecen calcomanías el uno del otro. Tres días aburridos. Insulsos, irrelevantes, anodinos e insignificantes. Tres días que no le cambian la vida a nadie. Pero ahí estaban Lola y Estia, alejándose de aquella estación de servicio semidisfuncional, huyendo de un tiempo pasado pero cercano a la vez y de tres días que habían supuesto un riesgo, una aventura descabellada, una absoluta majadería.

Estia ya se había acomodado en su asiento y removía entre los dedos el papel que envolvía el bombón que había robado en la estación de servicio. La fría brisa le agitaba el pelo hacia atrás y lo revolvía de forma caótica. Lola masticaba un puñado de cacahuetes salados formando bultos irregulares en sus mofletes. Estia no había abierto la boca para hablar desde que habían salido de la gasolinera salvo para introducirse un nuevo puñado de cacahuetes salados cuando acababa de engullir el anterior. De cuando en cuando Lola soltaba una risotada y negaba con la cabeza. Estia quería preguntarle algo, pero no se atrevía a romper la calma de la joven, que por primera vez en días parecía tener mucho mejor aspecto y ánimo. Antes de que pudiera girar la vista y seguir observando el infinito, Lola se dio cuenta y la miró.

—¿Qué? —espetó Estia.

—Nada.

—No, ¿por qué me miras así? ¿Es que tengo los ojos más rojos?

—¡Peor!

—¿Monos en la cara?

—Monos no, pero tienes la cara llena de migas de cacahuete —rio Lola.

—Es cierto —respondió Estia pasándose el dorso de la mano por el morro.

—Venga, dispara, ¿qué pasa? Porque te pasa algo…

—Mmm, ¿por qué se ha comportado así?

—¿Quién?

—Warren.

—¿Qué pasa con Warren?

—Parecía que sabía quién eres. Como si te conociera de algo, ¿me entiendes?

—No lo creo.

—¡Pues yo sí lo creo, Lola! Dime, ¿me he perdido algo?

—Nada interesante, de hecho. —Sin embargo, Lola sabía que Warren la había reconocido al instante. Lo extraño había sido que ni Bonnie, ni Trash, ni Frankie, ni ninguno de sus chicos sucios supieran quién era Dolores Quinn. ¿Es que acaso vivían en la luna? Quizá sí la habían reconocido y por eso aquel chico había decidido ayudarlas. Sin embargo, no dijo nada más. Se limitó a estirar el brazo, a levantar la capota, cerrar las ventanillas y a encender la radio. Comenzaba a sonar *The bitch is back* de Elton John.

Estia empezó a mover la cabeza de un lado a otro. No aposta, desde luego. Estaba tan cansada que la música le movía el cuello de un lado a otro, hacia delante y hacia atrás.

Lola se volteó un segundo y la miró. Sonrió ligeramente, puesto que la escena le hizo gracia. Se fijó una vez más y confirmó que los ojos de Estia se habían vuelto rojos por completo. Ya no era una diminuta mancha que parecía querer teñirlos. El marrón había desaparecido sin dejar rastro y el brillo del rojo parecía el vidrio de una botella al reflejarse en ellos la luz del sol que comenzaba a caer hacia el horizonte.

Lola empezó a moverse también. Primero golpeando el volante al ritmo de la música, y después agitando la cabeza igual que lo hacía Estia.

Antes de que terminara la canción ambas se movían de una forma descontrolada, imitándose y retándose para ver quién lograba proponer los movimientos más absurdos y ridículos. En aquel instante, para cualquier otro humano habría sido innegable que ambas muchachas necesitaban ayuda, pero Lola y Estia se sintieron bien. Solo por unos minutos, después de varios días sabiéndose miserables perros abandonados se sintieron acompañadas, reflejadas la una en la otra, tal y como Estia había predicho cuando Lola casi la atropella unos días antes en Luis de Juárez. Y cuando la canción terminó para dar paso a una balada, las carcajadas pudieron oírse desde el exterior de la ventanilla.

Ninguna de las dos se había percatado de que habían empezado a cambiar. De que algo se había desencajado en su interior y trataba de volver a encajarse en el lugar previo sin éxito. Una metamorfosis provocada por la llegada anárquica de la una a la vida de la otra se había iniciado en el interior de ambas. Una revolución imparable. Una transformación a causa de un vínculo extraño que comenzó a suponer el equilibrio de la contraria. Pasaron las siguientes horas escuchando de todo en la radio: Janis Joplin, The Runaways, Jefferson Airplane, Fleetwood Mac y Patti Smith, y llenando el coche de migas de patatas fritas y sal de los cacahuetes, mientras Lola explicaba con entusiasmo a Estia quiénes eran Joan Jett, Patti Smith y Stevie Nicks, y por qué eran tan importantes.

—¿Y cómo sabes tanto de esas mujeres? —quiso saber Estia frotándose los párpados. Lola se encogió de hombros.

—Supongo que porque me gusta su estilo, ¿me entiendes? Son… diferentes. Son intrépidas. Sí, eso es —respondió para sí mordiéndose el labio—. Son intrépidas.

—Creo que te entiendo. A mí me gustan The Animals… Perdí un *walkman* antes de que me recogieras, ¿sabes? No era mío… bueno, sí, casi mío.

—Pensaba que no… bueno, que estabas fuera de onda en general —sonrió Lola—. Aunque digamos que The Animals ya están un poco pasaditos.

—Bueno, el *walkman* era lo único que tenía, y una cinta con canciones de The Animals y de un tal Dylan. Un huésped de mi

anterior casa se lo dejó olvidado en la cocina y después de tres días abandonado decidí cogerlo. Era la primera vez que escuchaba música así. Solo había escuchado algo del tal Bowie en la radio de la dueña del hostal en el que vivo ahora, bueno, vivía. Me encanta… me encantaba escuchar esa cinta una y otra vez.

—Pues estas tías son mucho mejores que The Animals y mucho mejores que Bob Dylan. Prepárate para escuchar lo más guay de tu vida —dijo Lola subiendo más el volumen. Volvió a mordisquearse el labio como queriendo tragarse sus palabras, pero al final añadió, poniéndose mucho más seria—: Oye, ¿te duelen? —Estia todavía soltó un par de carcajadas más hasta que logró calmarse.

—¿A qué te refieres?

—Los ojos, ¿te duelen? —Lola se fijó en ellos, no quedaba ningún rastro de su tono verdoso original y empeoraban: las venas que se enmarañaban por toda la córnea blanca empezaban a expandirse también, queriendo cubrirlo todo del mismo color granate.

—Ah, no… Ya no. Al principio me dolían mucho, me quemaban. Igual que cuando una se pone delante de una hoguera; no cerca, sino justo delante, tanto que ves la ceniza flotar. Pero ahora… solo es sueño —explicó Estia mirándose las manos al fijarse en que se había estado frotando de más—. Llevamos horas en la carretera —bostezó colocando los pies descalzos sobre la guantera—. Solo es eso.

—Lo sé. Ponte esto —Lola les tendió las gafas de sol de montura roja—. Así nadie lo notará.

—Si no hay ni un alma en esta carretera secundaria.

—Ya, pero pronto empezaremos a ver gente.

Lola había visto un cartel, lo recordaba de un viaje que hizo en su primera gira. Dio un volantazo para desviarse. Un giro tan inesperado y tan desbocado que Estia tuvo que sujetarse a la tapicería del Corvette tan fuerte que se le pusieron los dedos blancos.

—¡¿Qué haces?! —gritó—. ¡Nos vas a matar!

—Vamos a parar.

—¿Ahora?

—¿No dices que llevamos horas conduciendo? —inquirió Lola. Estia asintió tratando de apartarse el pelo de la cara con movimientos de cabeza—. Bien, pues pararemos. Sé de un lugar en el que podemos hacerlo. Además —añadió Lola esbozando una sonrisa—, esas bolas de queso y esos submarinos no se van a comer solos. Y la verdad, estoy a punto de que me dé un soponcio por inanición, chata.

—¡Pero si llevamos comiendo todo el camino!

—Sí. Puñeteros cacahuetes y tristes patatas fritas. Necesitamos fuel. Fuel de verdad —aseguró la joven volviendo a poner el vehículo recto adentrándose en un camino estrecho.

—¿Y por eso tenías que pegar ese volantazo?

—Por supuesto que sí —se burló Lola propinando un golpetazo amistoso en la espalda de la otra—. Si no, ¿qué gracia tendría la vida? —Estia se enfurruñó un poco—. Arruga la nariz todo lo que quieras, chata. Se te va a pasar en cuanto veas a dónde vamos.

—¿Qué te ha dado ahora por vivir la vida? ¿No tienes miedo?

—No lo sé…

—Está amaneciendo.

—Exacto.

—El día parece diferente, ¿no crees? Huele diferente —dijo Estia cogiendo todo el aire entre los pulmones. Se veía graciosa con las gafas de Lola. No le pegaban para nada con su ropa antigua, solo con la chaqueta de cuero que llevaba sobre las piernas.

—Eso es porque sabes que vas a tener el estómago lleno, al menos unos días más.

—No es eso…

—Pues entonces será porque ves todo más oscuro por las gafas…

—¡Que no estoy diciendo eso!

—¡Ya lo sé! Era una broma —respondió Lola sacando la lengua.

Condujeron varios minutos más, atravesando un camino de tierra, levantando el polvo a su paso. El sol asomaba por detrás de una colina seca iluminando los hombros de Estia de color naranja, dejando surgir sus pecas. Mientras lo atravesaban, Estia se percató de que el rostro de Lola estaba mojado. Y al hacerlo, cayó en la cuenta de que también su propio rostro lo estaba. Notó un aroma familiar, un aroma que le recordaba a una mezcla extraña entre la

basura que se acumulaba a las puertas de la Casa de los Desamparados las noches que cenaban sardinas y los días que desayunaban con canela y vainilla. Cogió aire por la nariz y notó la humedad.

—Es el mar.

—¿Qué?

—Lo diferente: es el mar.

—¿De verdad? —dijo Estia con los ojos muy abiertos—. ¿Estamos en el mar?

—Estamos en el mar —afirmó Lola.

—¡Mira! —exclamó Estia señalando un camino bordeado por plantas verdes que no había visto nunca—. ¿Dónde estamos?

—Estamos cerca del final del camino… —aspiró Lola.

—¿A qué te refieres?

—Creo que podremos empezar de cero en este lugar.



24. La señal de la libertad

Lola aparcó el Corvette al borde de un mirador, salió del coche, cogió una brazada de bollos empaquetados y se apoyó en el vehículo. Estia la siguió. Sus pieles estaban teñidas de naranja, casi quemadas y sucias de no haberse lavado en días. Lola esparció la comida por todo el capó. El sol encendía el cielo y ni una sola nube apagaba su brillo.

—Bien, señora mía, bienvenida a su primer manjar. ¿Con qué prefiere empezar? Con un pastelito de nata, un mordisco de chuchería picante o… ¿Estia? —dijo Lola buscándola con la mirada al ver que se alejaba de su lado y se acercaba al extremo del divisadero—. ¡Eh! ¿Qué haces? —Pero Estia, sin responder, siguió caminando hacia el punto más peligroso. Lola corrió hacia ella y se paró a su lado—. ¿Qué narices haces? —voceó sobresaltada sujetándole la muñeca.

—Esto es… —murmuró Estia—. Esto es… ¿de verdad? —Desde aquel punto la inmensidad del océano resultaba sobrecogedora. La marea azul era vasta, infinita, y a Estia se le encogió el estómago. Su magnitud le provocaba miedo, pero al mismo tiempo se le antojó hermoso. Las olas eran altas y revueltas. Levantó el brazo con gentileza y lo estiró hacia delante como si quisiera tocar el final de aquel cuadro irreal. La brisa salada le acarició la piel, levantando su vello casi transparente, regalándole un escalofrío de quietud en la nuca. Cerró los ojos y aspiró, hinchando su pecho como nunca. Lola la observaba, curiosa, disfrutando de esas primeras veces igual que una niña, olvidándose a propósito de que ella había visto ese océano en mil ocasiones. Ese y otros muchos. Una gaviota aleteó por encima de su cabeza graznando—. ¡Aaay! —Estia perdió ligeramente el equilibrio, pero Lola la sujetó desde atrás.

—¡No te acerques tanto al borde! ¿O es que quieres matarte? —aulló atrayéndola de un tirón brusco unos pasos atrás para apartarla del barranco. Estia no pudo controlar el impulso enérgico de Lola y resbaló. Estuvo a punto de caer al suelo, pero antes siquiera de poder reaccionar, Lola agarraba sus brazos para no dejar que se golpeara las rodillas contra el terreno duro. El tiempo pareció pararse e ir hacia atrás. Estia se apretó al cuerpo de Lola para no caer. Se enterraron entre las siluetas de sus ojos y los dejaron volar a las profundidades de sus almas. Se reconocieron la una en la otra, despeinadas, sucias, quizá, pero nunca más solas. Lola carraspeó y se echó hacia atrás.

—Perdona, yo no quería… —se disculpó Estia.

—No pasa nada —contestó Lola bajando la voz—. Oye, que no quería gritarte. Es solo que me has asustado, ¿vale? No quiero estar de mal rollo contigo.

—Este sitio es increíble, Lola. ¿Cómo puede ser de verdad un lugar así?

—El mundo está lleno de sitios como este —expresó esta evitando mirarla a los ojos—. Ojalá pudieras verlos algún día… Yo he estado en muchas ciudades y sitios parecidos a este, pero no he estado en Berlín, y tengo ganas.

—¿Berlín?

—En Alemania…

—Yo no he salido de San Gregorio ni de Luis de Juárez. Bueno, una vez. Una vez vi montañas verdes y espigadas, y el bosque, pero no me gustó. Me sentí… encerrada. Más encerrada que en San Gregorio. Pero esto… este sitio me da ganas de saltar.

—¿Qué dices?

—Sí. Como si algo me impulsara a saltar y pudiera volar hasta ahí abajo sin que me pasara nada. Me siento libre.

—La libertad es mucho más que mirar al horizonte, chata.

—Ya lo sé —respondió Estia con un matiz triste—. Pero no sé, es como una señal. —Cerró los ojos, abrió los brazos y dejó que la brisa le acariciara de nuevo la piel. La gaviota volvió a pasar zumbando por su lado, planeando. Luego sintió un golpecito en la cabeza. Un pequeño impacto que le humedeció el cuero cabelludo. Guiñó el ojo

derecho en respuesta y agitó ligeramente el cuello—. Me ha caído algo —manifestó llevándose la mano al pelo—. ¡Puaaaj! —se quejó al ver que tenía la mano cubierta de un emplaste blanco moteado con manchas verdosas.

—Y… ¡ahí tienes tu señal! —rio Lola haciendo un gesto con el brazo—. Caca de gaviota es tu señal, chata.

—¡Qué asco! ¡Quítamela! ¡Quítamela!

—Lo siento, amiga: la libertad huele mal. —Ambas rieron—. Venga, vamos a comer, anda, y límpiate con esto —dijo Lola ofreciéndole una lata de cerveza y un pañuelo de los que tenía perdidos por los rincones del Corvette—. Como te decía, empezamos con un pastelito de nata, un mordisco de chuchería picante o… —Estia estiró la mano y le arrebató uno de los bollos de nata.

—¡Dame eso!

—Vale, vale… —accedió Lola levantando las manos en forma de rendición.

Cogió un bollo y pegó un mordisco tan grande que logró meterse el pastel entero en la boca. Estia, al contrario, daba mordiscos pequeños pero rápidos e implacables. Los estómagos de ambas rugían celebrando que algo de comida cayera finalmente en ellos. Durante un largo rato no hablaron, solo comieron. Aquel sabor dulce en el paladar se sentía como una explosión de fuegos artificiales.

—*Efftozs paffstelitozzs deberían ezzstar prohibffidozs… ¡Efftán demasziado buenozsz!* —se relamió Estia, pero su expresión, que era de un gozo incalculable, se torció de improviso. Arrugó la frente y la preocupación le invadió el semblante.

—¿Qué ocurre, Estia? ¿Por qué pones esa cara?

—Por nada…

—¡Venga ya! Llevamos tres días pegadas, te pasa algo: lo sé. Canta de una vez. —Estia jugueteó con sus uñas en silencio y Lola le respondió curvando el gesto, invitándola a hablar.

—¿De verdad crees que nadie nos sigue? ¿De verdad crees que ni la policía de Luis de Juárez ni Bonnie saben dónde estamos? —Lola no respondió. Se limitó a morder su golosina y tensarla para partirla por la mitad—. Lola. Necesito saber lo que piensas tú. No puedo fiarme de mis pensamientos. Están… sucios.

—Joder… —masculló esta doblando el plástico de un pastelito de nata y lanzándolo por los aires hacia el interior del coche—. Prefiero no pensarlo, ¿vale? ¿Qué sentido tiene darle vueltas al coco? Lo hecho, hecho está, ¿no?

—Yo solo… —susurró Estia—… solo necesito saber que estaremos bien.

—¡Joder, vale! Mira —suspiró Lola agarrándola por los hombros—, estaremos bien. Si eso es lo que quieres escuchar, estaremos bien.

—¿Lo juras por Dios?

—Yo no he visto que nadie nos siguiera. Y de verdad me cuesta creer que a alguien le importe tres narices lo que dos chavalas como nosotras hayan hecho. Ocurren cosas malas todos los días, la pasma está hasta arriba de curro. Ocurren cosas peores en sitios peores. Sitios donde esto es lo normal. Pero no lo sé, Estia. No tengo ni la más mínima idea.

—Vale —dijo esta sentándose de nuevo en la capota. Masticó tres veces y volvió a quedarse quieta—. Lola… ¿Tú crees que soy un bicho raro?

—¿Por qué dices eso? —Estia respondió quitándose las gafas de sol. Lola no podía negarse a sí misma que se le antojaba alguien excéntrico, pero puede que tanto como ella misma o como otra mucha gente que había conocido en sus giras. No había pensado en los ojos rojos de Estia de esa forma, pero después de que ella se los señalara, no tuvo más remedio que tomarlo en cuenta—. Todos somos bichos raros, supongo.

—No todos tienen los ojos rojos como tomates.

—Eso debe ser algo del susto, de la adrenalina. Todo lo de que tuvieras que huir de la pasma en Luis de Juárez, y lo de Frankie Espinoza. No sé. Ha debido de ser demasiado para tu organismo y ahora se está volviendo loco o algo. Seguro que es eso. Lo que no sé es cómo no tengo yo los ojos como dos tomates.

—No sé, Lola. No estoy tan segura de que sea algo… de mi organismo. Yo creo que es Dios. Me está castigando.

—Estia, siento decirte esto, pero Dios no existe.

—¡No digas eso!

—Pero es que es la verdad. Seguro que lo de tus ojos tiene una explicación más lógica. Cuando estemos más tranquilas iremos al médico, pero seguro que después de un par de días el color baja por sí solo.

—No quiero ir al médico.

—¿Por qué?

—¡Porque yo sí creo que soy un bicho raro! Y además de ser un bicho raro, hemos matado a un hombre. ¡Estamos perdidas!

—No estamos perdidas. Estamos en el Acantilado Negro.

—Ya sabes que no me refiero a eso.

—Lo sé…

—Dime, Lola, ¿y a dónde se supone que vamos? Has dicho que estábamos cerca del final.

—Nos quedan unos pocos kilómetros más, pero casi estamos. En unos kilómetros estaremos a salvo. Creo.

—Yo no estoy tan segura.

—¿No estás harta de preocuparte tanto?

—Sí.

—Yo estoy hasta las narices de preocuparme.

—Tú, ¿preocuparte?

—Una cosa es que diga que no haya que preocuparse y otra que pase de todo, ¿vale? Te prometo, Estia, que nunca me he sentido tan preocupada. Nunca. Pero no podemos dejar que eso nos vuelva paranoicas.

—¡Qué suerte! Yo tengo la sensación de haber vivido preocupada ¡toda mi vida!

—¡Pues de eso nada, monada! Tenemos un montón de comida en el coche, el estómago… a reventar —sostuvo colocándose una mano sobre la tripa—. Y tenemos dinero.

—Robado —añadió Estia. Lola la fulminó con la mirada—. Tenemos dinero… —accedió, resignada.

—Y tenemos toda la vida por delante. Deberíamos… ¡Deberíamos estar pasándolo en grande!

—No me digas…

—¡Que sí! Deberíamos estar… bailando, bebiendo y fumando… y siendo libres, ¿no era eso lo que querías? ¿Ser libre?

—¿Y cómo se supone que vamos a hacer eso si resulta que alguien nos sigue? ¿No deberíamos… pasar desapercibidas por un tiempo hasta que todo pase?

—Bueno… como te acabo de explicar, parece que no nos persigue nadie.



25. Los chicos de cuero

Después de hincharse a pastelitos de nata, chucherías picantes y bollos de leche, Lola y Estia pasaron la tarde viendo el mar desde el mirador. Se tumbaron sobre el capó al sol, pisando descalzas el metal caliente. Lola encendió la radio para escuchar música. Cantó algunas canciones. Cantaba bien, mejor que casi cualquier persona en el mundo, al menos eso pensó Estia, y le enseñó a ella a cantar algunas letras.

Estia, que no se había deshecho de las gafas de sol, se echó el cabello largo hacia atrás y este se extendió por la superficie roja del Corvette, dejando su rostro bañado en pecas a la vista, todo él, sin escondrijos ni máscaras. Nunca se había sentido tan bien, tan en calma. Después de un rato, la una empezó a contagiar los bostezos a la otra, así que entraron dentro del coche con la tripa dada de sí unos centímetros y se quedaron dormidas durante horas entre las decenas de papelitos y plásticos vacíos de la comida, escuchando la brisa, las olas y las gaviotas. Cuando se hizo de noche y empezó a refrescar, Lola despertó de un escalofrío.

—Vamos, despierta, Estia —apremió tirando de la chaqueta de cuero para echársela por encima—. Nos ponemos en marcha.

—¿Ahora? —farfulló Estia con los ojos entrecerrados y la voz rasgada.

—Sí… Es mejor que busquemos un sitio para pasar la noche.

—Vale —accedió, acomodándose en el asiento.

El rugido del Corvette resonó en la oscuridad azul de la noche y rodó un par de kilómetros atravesando la carretera secundaria.

—Creo que eso nos puede servir —indicó Lola, señalando un lugar con un golpe de cabeza. Estia giró la vista para echar una ojeada.

Una cabaña de madera abandonada rozaba el límite entre la carretera y la tierra. Abandonada del todo. ¿Quién podría saber lo que ahí dentro estuviese teniendo lugar? Puede que las ratas estuvieran masticando los restos de un cordero o de una vaca muerta hace años o puede que simplemente estuviera hundiéndose en el lodo del tiempo. Pero su exterior dejaba apreciar un pasado en el que vaqueros, pasantes y viajeros hacían su descanso para continuar con fuerza en su largo camino lleno de aventuras. Probablemente otros edificios bajos rodearían la casita en un pasado no muy lejano, pero en ese instante yacía como un llanero solitario y viejo, con pocas fuerzas para continuar manteniéndose en pie durante mucho tiempo más: eran la casita y el resto arena, tierra rojiza y algún que otro matojo de cactus y planta lo que daba vida al lugar, gracias a la humedad del mar cercano.

Estia pensó que tal vez, si por fuera estaba abandonado, por dentro también lo estaría. Obvió por completo el pequeño cartel luminoso de color verde que con una flecha indicaba a los pasantes que entrasen. Y las letras «A-B-I-E-R-T-O», que también brillaban en color verde a excepción de la «b», la «i» y la «e», que parpadeaban, dejando que se formase la palabra «ARTO».

—Está abandonada del todo. Habrá ratas y puede que algo más, pero supongo que he dormido en sitios peores. Al menos así no nos encontrará nadie —dijo Estia encogiéndose de hombros.

—Tiene gracia. —Lola, que sí había identificado el cartel, soltó una carcajada.

—¿El qué tiene gracia?

—El cartel. ¿Lo ves? —aclaró Lola señalándolo—. No creo que esté abandonado, para nada. —Estia también desatendió las decenas de motos aparcadas en la parte trasera de la cabaña. Desde donde estaban no era sencillo verlas, pero Lola las reconoció a primera vista, quizá porque estaba acostumbrada a frecuentar lugares como aquel—. ¿Entramos?

—¿Estás segura? Después de lo del motel de Bonnie… Parecía abandonado, igual que este sitio. ¿Crees que es buena idea?

—¿Tienes una idea mejor? —Estia negó con la cabeza—. No creo que haya dos Bonnies en el mundo.

Lola tiró de la puerta hacia fuera y una ola de calor alcanzó de lleno a ambas, dejándolas por un momento cubiertas por una nube de vaho, «como las que salen de las chimeneas del suelo de Nueva York», pensó. De pronto, el silencio que rodeaba aquel paraje desértico y dejado desapareció por completo para ser invadido por las melódicas y soñadoras notas de guitarra eléctrica de *The chain*, de Fleetwood Mac.

Entrar en aquel lugar fue para Lola y Estia como entrar en un submundo. Como si aquella puerta vieja de madera las hubiera transportado de pronto a un club de las oscuras calles de Camden Town en el Londres de finales de los 70, dominado por el estilo atrevido de Bowie y por los punkis que estaban a punto de comerse la tostada. La luz verde del cartel de la entrada pareció intensificarse y volverse más brillante en conjunto con el resto de luces.

Tras la capa de humo apareció una larga barra de madera, ocupada en su mayoría por hombres de lo más grandes, algunos vestidos con cuero, cubriendo partes razonables, para dejar otras mucho menos razonables a la vista. Estia vio cómo el camarero le lanzaba a uno un gran vaso de cerveza fría que desbordaba por los lados, al tiempo que otro individuo echaba calderilla en un tocadiscos tragamonedas, dejando sonar las primeras notas de *Sinner* de Judas Priest.

—¡Eh, Oscar! ¡Ten cuidado! —se escuchó al fondo en uno de los rincones oscuros del bar.

—¡Mierda! —gruñó otro—. ¡Otra vez! ¡Otra vez! —Estia levantó la cabeza elevándose de puntillas y localizó a dos hombres que a lo lejos echaban una partida a un juego de mesa de tapete verde, flanqueados por otros tres que discutían a todo volumen acerca de qué bola tenían que meter en qué lugar.

—¡Hoy no es tu día, Samuel! —se carcajearon todos.

—¡Joder, queréis cerrar la boca de una vez! Así no hay quien se concentre.

—Excusas, excusas. Querida, te toca pagar la siguiente ronda.

—Ya voy, ya voooy.

Lola se acercó a la barra. Arrastró un taburete y se sentó, echando una mirada sugerente al hombre que estaba bebiendo cerveza

desparramándola por los lados y por la barba, dejando la espuma atrapada entre sus pelos. El hombre alzó su cerveza y le guiñó un ojo. Lola sonrió y pegó tres golpes en la mesa mientras movía la cabeza al ritmo del metal de Judas Priest.

—Una cerveza por aquí, ¡jefe! —gritó—. ¿Tú qué quieres? —Estia se encogió de hombros—. Y otra cerveza para mi amiga.

—¡Qué gafas más enrolladas! —exclamó el hombre examinando a Estia—. ¡Guay!

—Gracias, en realidad son de mi amiga. Ella las robó en una gasolinera y…

—¡Estia! —exclamó Lola—. No digas eso, además, ¡las gafas las pagué!

—Con que robadas, ¿eh? —el hombre dibujó una media sonrisa cómplice.

—Que las pagué —repitió Lola.

—¡Eh, Dan, pon una de Motörhead para estas dos piezas que se dedican a robar gafas de sol cutres en gasolineras!

—Tienes la rocola ahí, ¡ponla tú mismo! —El hombre se levantó apresuradamente e introdujo una moneda en la máquina de discos, que repicó y empezó a emitir el sonido de una guitarra desgarradora.

—Vuestras cervezas —anunció el camarero dejando dos cervezas frías en la barra.

—Ven, Estia, siéntate —instó Lola—. Toma, esta es para ti.

Estia alargó el brazo y sujetó la fría cerveza con las manos. Se llevó el vaso a los labios, bebió un trago y eructó. Lola iba a hablar, pero se quedó muda al ver que Estia no se lo alejaba después del primer trago, sino que fue bebiendo más y más sin respirar, y no lo soltó sobre la barra hasta que no lo vació por completo.

—¡Pues sí que te gusta la cerveza!

—Nunca la había bebido antes. —El camarero volvió a dejar un vaso lleno de cerveza al ver que Estia había terminado el suyo.

—Bien… —dijo Lola alcanzando el recipiente antes que ella—. Creo que es mejor que bebas más despacio.

—¿Por qué? —preguntó Estia.

—Porque tiene alcohol.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que…

—¡Esta canción me gusta! ¡Vamos a bailar! —Estia se levantó caminando hacia el centro, ligeramente mareada.

—Eso significa —masculló Lola con desdén, poniendo los ojos en blanco. Se levantó y la siguió al centro de la pista.

—Voy a quitarme las gafas, que te veo muy oscura —balbuceó Estia arrastrándolas hacia abajo, mientras balanceaba su cuerpo menudo de un lado a otro.

—Creo que es mejor que te las dejes puestas —respondió Lola subiéndole las gafas por el tabique nasal—. Hazme caso, amiga.

—¡Pero es que me gusta más verte cuando tienes luz! —gimoteó Estia igual que haría una niña pequeña.

—Anda, ven, ¡vamos a elegir canción! —exclamó Lola aproximándose a la máquina de discos. Después, hurgó en su bolsillo trasero y sacó un puñado de monedas—. ¿Cuál ponemos?

—¡Esa! —dijo Estia señalando un disco dorado y roído de letras verdes.

—¿*I'm a believer* de The Monkees? Nada de eso chata, esa es muy vieja. Esta mejor —Lola introdujo un par de monedas y presionó el número 666—: *Daytona Demon* de Suzi Quatro.

Lola comenzó a mover la cabeza de arriba abajo, situó su cerveza sobre la máquina, salpicando de líquido toda la superficie de plástico revestida de un patrón de madera oscura. Luego fue caminando hacia el medio de la pista, moviendo exageradamente los brazos y las piernas, como si fuera una marioneta guiada por alguien sin ritmo pero con rabia. Estia sonrió al verla. Lola hizo un movimiento de brazos pidiéndole que se acercara y ella caminó despacio. Después, le agarró y le hizo girar sobre sí misma. Mientras Lola se movía desenfrenadamente caótica y desordenada, Estia meneaba la cabeza un poco y mecía la cadera mucho más despacio de forma sutil.

—¡Eh, tú! —aulló Lola al hombre que se encontraba apoyado en la barra—. ¡Vamos, ven! —El hombre se acercó a paso lento, pero sin dejar de menear la cintura.

—¡Venga, Samuel, Oscar! ¡Venid aquí! —llamó.

Samuel y Oscar soltaron a la par los palos de billar sobre el tapete verde, impacientes. Trazaron una sonrisa traviesa de lado a lado y el hombre, enfundado en cuero, estalló en una carcajada amigable golpeándose, pillo, su tripa redonda y peluda al descubierto. Juntos, con la mirada ávida y el cuerpo dispuesto a rozar con los dedos un nuevo amanecer después de otra noche inmortal en el bar, se aproximaron a la tentadora pista de baile rodeada de luces de neón.

—¿Cómo te llamas?

—Dom. Dominique Baker, encantado —dijo el hombre estirando la mano para estrechar la de Lola, que lo examinó intrigada. Al final se la estrechó mientras sorbía su pajita roja que brillaba bajo los neones del bar.

—Lola.

—¿Quéééé? —voceó acercándose a ella, tratando de entender lo que había respondido. La música estaba muy alta.

—¡Diiigo que me llaaamo Looola!

—Aaah, pues encantaaado, Looola. ¿Y tu amiga?

—Esta es mi amiga Estia —mencionó echándole un brazo por los hombros.

—Hola —saludó esta sin levantar ni la mirada ni la voz. Dom rio para sí mismo, con cierta comprensión, agitando la redonda barriga arriba y abajo.

—Eres tímida, ¿no? Aquí no hace falta que lo seas. Nadie conoce a nadie. Bueno, todos conocen a todos, pero aunque alguien conozca a alguien, cuando salen por esa puerta, nadie conoce a nadie. ¿Me entiendes? Este es nuestro lugar secreto. —Al tiempo que Dom hablaba, Estia se percató de que agachaba la cabeza para tratar de mirarla directamente a los ojos.

Era cierto que Estia era tímida y que normalmente hablaba con un hilo de voz, o por el contrario, demasiado alto. Y que no solía mirar a la cara de quien hablaba, pero en aquel momento no era timidez, era miedo a que Dom viera sus ojos rojos como la sangre.

—No pasa nada, Estia —sostuvo Lola levantándole el mentón, guiándole el rostro bajo un foco de color rojo que iluminaba el interior del bar.

—Así está mejor —confirmó Dom.

—¿Sí? —preguntó Estia, extrañada.

—Sí. —Estia comprendió entonces que con la oscuridad del bar nadie veía que sus ojos fueran tan rojos. Todo lo contrario: las luces de colores iluminaban el reflejo de los ojos de casi todos, tiñéndose de rosa, rojo, verde y azul.

—Tu amiga es Lola Quinn —le susurró Dom a Estia dándole un empujoncito con el codo—. No creas que no me he dado cuenta.

—Síííií —afirmó Estia—. Es Dolores Quinn —sonrió sin saber realmente qué significaba eso.

—¡Guaaay!

—Sí, guaaay.

Las horas volaron entre movimientos viscerales y hedonistas, sudor, cerveza y cuero, y cuando las agujas del reloj rodearon la esfera cuatro veces, Lola llevaba el pelo y la camiseta empapadas, y Estia se había colocado en las muñecas decenas de pulseras que le habían dejado Dom, Samuel, Oscar y otros hombres de los que no conseguía recordar el nombre.

—Oye, Dom, creo que tengo que ir al baño. ¿Sabes dónde está?

—Sí, mira, ahí al fondo. ¿Ves esa bandera de ocho colores? La que parece un arcoíris bien grande que cuelga de la pared.

—Sí, creo que sí —respondió Estia poniéndose de puntillas para ver por encima de las cabezas de la muchedumbre—. ¡Qué bonita!

—Sí, ¿verdad? La diseñó mi hermano. El verano pasado, para el 25 de junio. —Estia asintió prestándole atención sin tener ni la más remota idea de a qué se refería con el 25 de junio—. Justo debajo hay una puerta tapada con una cortina. Esa es. No suele estar demasiado limpio, pero te servirá.

—Vale. ¡Ahora vuelvo!

—¡Lolaaa! —gritó Estia—. ¡Lolaaa!

—¿Sí? —respondió esta agitando la cabeza mientras sorbía su cerveza con cuatro pajitas de colores.

—Voy al baño, ¡ahora vuelvo!

—Voy contigo.

—No. No hace falta. Puedo sola.

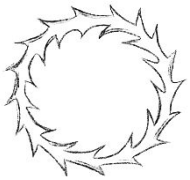
—¿Seguro?

—Segurísimo.

Estia se acercó al baño. Le costaba caminar recto y pensó que quizá era el efecto de la cerveza. Los hombres del bar le sonreían y la dejaban pasar. Vio la bandera de colores, pero debajo había dos puertas. A la derecha y a la izquierda, y en ninguna había una señal, pero las dos tenían la misma cortina. Se encogió de hombros y eligió la de la derecha.

Estia corrió la cortina hacia un lado. Detrás había una cocina sucia y apestosa, llena de humo y olor a fritanga caducada. Un hombre manejaba unas grandes bandejas cubiertas de grasa. En el asiento de al lado, Dan el camarero mordisqueaba un sándwich de queso rancio y beicon quemado. Cada bocado llegaba justo al borde del papel de aluminio arrugado. Hablaba con la boca llena mientras miraba un pequeño televisor cuadrado que colgaba de la pared.

Entonces, Estia levantó la vista y se topó con la imagen de la pantalla.



26. Las fugitivas

Vio lo que terminaría por convertirse en su peor pesadilla, aunque al principio no supo si era real o no. «Quizá me lo estoy imaginando, lo cierto es que me encuentro algo mareada», pensó. En la pantalla del televisor aparecía una imagen suya, una foto muy antigua y, junto a ella, aparecía una de Lola. La de Lola la sorprendió: salía con el maquillaje negro corrido, los labios rojos y desconchados y una botella de güisqui en la mano. No era de una detención policial, pero podría haberlo sido. Era Lola, pero no parecía la misma Lola que ella conocía. Parecía… una delincuente común. Volvió a mirar su propia fotografía: ella tampoco salía demasiado bien parada, era de hacía años. Recordaba el momento en el que se la habían hecho. Recordaba que se levantó y quiso colocar la mano frente al objetivo para decir que no le gustaban las fotos, pero Elijah apretó el disparador de la cámara justo en ese momento, así que Estia salía con la boca torcida y los ojos volteados. No parecía una delincuente, pero sí una demente fugada de un sanatorio. No entendía cómo la televisión la había conseguido. Solo la tenía Elijah, ¿por qué iba él a prestar su foto a la televisión? Debajo de ambas imágenes aparecía un letrero que pasaba de un lado al otro de la pantalla: «Delincuentes fugadas de Luis de Juárez».

—¡Un momento…! —exclamó Dan con la boca llena, escupiendo trocitos de pan masticado.

—¿Qué pasa, Dan? —preguntó con desaire el otro hombre que fregaba una montaña de platos.

—Sube el volumen, anda.

—¿Para qué?

—¡Tú sube el volumen, joder! —exclamó Dan poniéndose de pie, tirando el bocadillo a la mesa.

La policía lleva buscando cuatro días a Dolores Quinn, cantante de The Barracoodas, y a Estia Beaufort, cuyo apellido fue donado por el orfanato Beaufort de San Gregorio, la antigua Casa de los Desamparados que dio cobijo a los niños de la zona durante los años sesenta. Ambas se fugaron de Luis de Juárez hace casi cuatro días conduciendo un Corvette rojo, propiedad de la discográfica Sax Records con matrícula R0CKG0D.

—¡Fiuuu! ¡Vaya dos! —exclamó el cocinero.

—¡Chss! —reprendió Dan el camarero—. ¿Quieres cerrar el pico, idiota?

—Vale, vale… —se quejó echando las manos hacia atrás el otro hombre—. El jefe tiene mal día, lo pillo. Ya me callo.

—¡Que te calles, joder!

Se les acusa de terminar con la vida de varias personas. Aunque en principio los casos de cada una de ellas no parecen estar relacionados, puede que sí lo estuvieran ya que ambas muchachas huyeron juntas.
Se desconoce su paradero, pero si alguien las ve, está de suerte: la policía, junto con la discográfica y una entidad religiosa que ha decidido permanecer en el anonimato, ha impuesto una recompensa de millones para quien consiga encontrarlas.

Les dejamos ahora con las palabras del agente de policía Vásquez, de Luis de Juárez, uno de los agentes al cargo de esta investigación.

«No se dejen engañar por el aspecto infantil que puedan tener ambas muchachas. Lola Quinn es una habitual de la policía, su comportamiento indecente en los conciertos de The Barracoodas que pretenden destruir la fe y aumentar la adoración satánica la precede. Era cuestión de tiempo que terminara cometiendo un acto tan terrible como este. Y Estia Beaufort… Oh, me encantaría encontrar las palabras adecuadas para Estia Beaufort, pero me quedaría corto: he visto con mis propios ojos lo que esa chiquilla es capaz de hacer

y les prometo que no les gustaría cruzarse con ella a ninguno de ustedes y molestarla».

—¡Son ellas! —exclamó el camarero.

—¿Quiénes?

—Las chicas. Esas dos chicas —repitió volviendo a coger el bocadillo y dándole otro mordisco—. Son esas dos chicas. Las que aparecen en las noticias.

—No me jodas, Dan.

—Que sí…

—Pues ofrecen una recompensa. Mira —señaló el cocinero, apuntando con el trapo a la pantalla del televisor.

—Joder… ¡eso es mucha pasta!

Dan se giró bruscamente y se encontró con lo que no esperaba encontrarse, con el mismo rostro, solo que unos años más tarde, de la chica que aparecía en la pantalla. Estia se asustó y corrió la cortina.

—Perdón —musitó mientras caminaba hacia el interior del bar. Se marchó antes de que Dan pudiera decirle nada.

Apresuró el paso y esquivó a los chicos del bar que bailaban, buscando a Lola. No la veía por ningún lado. Vio a Dom, que charlaba con otro hombre cerca de la máquina de música. La imagen se le tornaba borrosa, y cuando miró hacia un lado buscando a Lola la imagen se le volvió caótica y distorsionada. Solo lograba ver un tumulto extraño e inidentificable. Corrió hacia Dom, y tiró de su brazo hacia ella para que este girara.

—Dom —jadeó con la visión nublada—. Dom, ¿has visto a Lola?

—Eh… creo que estaba por allí —explicó este—. ¿Te encuentras bien? —preguntó frunciendo el ceño, visiblemente alarmado. Estia no dijo nada más. Se fue a toda prisa queriendo atravesar el bar hasta la otra punta. No era grande, pero había demasiada gente—. ¡Estia! —gritó Dom—. ¡Estia, vuelve!

La desesperación la invadió como si un camión le hubiera golpeado de lleno, justo en el centro del pecho. Llegó a la mesa de billar y apoyó ambas manos intentando coger aire. Trataba de

aguantarse, pero las lágrimas comenzaban a surgirle de los ojos. La ansiedad le apretaba los pulmones.

—Lola… —susurró. Tenía que encontrar a Lola. Los ojos comenzaban a arderle y el vientre también—. Lola… —gimió, tropezando.

—Estia, ¿estás bien? —Lola, al otro lado del billar, la vio aparecer dando tumbos, con la mirada perdida y los ojos húmedos. Apartó al hombre con el que hablaba de un empujón y se acercó corriendo.

—Lola…

—Eh, eh, ¡mírame! ¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha pasado?

—Me arden los ojos.

—Toma, toma —dijo Lola con la respiración entrecortada—. Toma, ponte las gafas.

—Gracias —balbuceó Estia. Estiró la mano que le temblaba, sujetó las gafas y se las puso como pudo—. Lola… —repitió tragando saliva —. Tenemos que irnos.

—¿Ahora? ¿Qué ha pasado? ¿Alguien te ha hecho algo?

—No, pero tenemos que irnos ahora mismo —insistió Estia tirando de su brazo.

—Tendríamos que esperar a que saliera el sol y…

—¡Tenemos que irnos ya!

—Vale, vale, vámonos.

Lola echó el brazo derecho sobre la espalda diminuta de Estia y la ayudó a abrirse paso a través del gentío que reía, fumaba y bebía, bailando alrededor del bar.

—¡Perdón! —vociferaba Lola—. ¡Dejadnos pasar! —gritó chocando con un par de hombres que brindaban con dos cervezas cada uno—. ¡Perdón!

Lola identificó el cartel de salida. Brillaba en color naranja sobre una puerta de metal. No era la salida principal, sino una de emergencia, pero le servía. Empujó con una mano, sin soltar con la otra a Estia, y la puerta se abrió de golpe como si no pesara nada, golpeándose contra un montón de cubos de basura que cayeron desparramando decenas de botellas de cristal y comida sobrante.

Fuera helaba. No estaban tan al sur como lo estaban San Gregorio o Luis de Juárez. Por las noches refrescaba mucho más, y por el día

el sol resultaba abrasador. Así era el otoño por aquella zona. El vaho se escapó entre los labios de Lola al quejarse del frío y a Estia le comenzaron a castañear los dientes.

—Por aquí —indicó Lola.

Estia se abrazó los codos tratando de cubrirse los brazos que los llevaba al aire y se habían comenzado a erizar, y aceleró el paso.

—Tu chaqueta —dijo soltándose de Lola—. Me la he dejado dentro.

—No pasa nada. Venga, vamos.

Giraron la esquina, pensando que quizá aquel sería el lugar en el que habían aparcado el Corvette, pero se encontraron con una vieja cabina telefónica, deshecha y llena de cables de colores a la vista, y a un hombre que sujetaba de espaldas el teléfono con la oreja y el hombro y se frotaba y soplaba las manos para entrar en calor. Era Dan, el camarero.

—Sí, son ellas… —decía hablando al interfono—. Sí, estoy seguro, joder. Eran Dolores Quinn y la niña esa, la tal Estia Beaufort.

—¿Cómo sabe…? —susurró Lola—. Da igual, vámonos.

—Eso es lo que quería decirte… —a Estia le costaba respirar.

Ambas giraron para desandar el camino y buscar el Corvette por el otro lado, pero antes de girar la esquina, Dan las vio.

—Eh, no, ¡esperad! —gritó dejando el teléfono colgando del cable, balanceándose de un lado a otro.

—¿Señor? —se oía al otro lado del teléfono—. Señor, ¿sigue ahí?

—¡Eh! —gritó—. ¡Vosotras dos! ¡Volved aquí!

Entonces Lola y Estia comenzaron a correr. Dan despegó los pies y salió disparado. No pensaba hacerles daño, Dan no era de ese tipo de personas, pero necesitaba mantenerlas en el bar hasta que llegase el agente Navarro. Aquel buen montón de billetes le vendría de perlas, pensaba, así podría pagar la deuda que tenía y de paso regalarle a Sandra, a su Sandy, el colgante de oro con el que había soñado desde que se casaron.

—Eres un gilipollas —dijo Lola sacándole el dedo corazón—. No sabes lo que acabas de hacer, imbécil.

—¡Lola…! ¡Eh, Lolaaa! ¡Espera!

Lola divisó su llama roja apostada junto a la hilera de motos que había visto al llegar. Era el único coche, además del de la policía. El pelotón había aumentado sus filas. Había, de hecho, más Harleys y más Indians juntas de las que jamás había visto, y Lola había visto muchas y en muchas ocasiones.



27. La orden de Bregavia

—Vamos, Estia. Casi estamos. —Estia apretó el paso. Ya casi no sentía el frío. Solo quería llegar al Corvette y salir de allí lo antes posible. Mientras pensaba eso, una luz azul tiñó el rostro de Lola. Primero azul, luego roja y seguidamente un sonido sordo hizo que tuviera que taparse los oídos y agacharse. Sintió que aquel sonido le atravesaba el corazón y lo partía en dos—. ¿Qué haces? —quiso saber Lola. Levanta del suelo. —Tiró del brazo de Estia y la empujó hacia el Corvette. Fue entonces cuando se dio cuenta de que una patrulla de policía había aparcado junto a su coche—. ¡Mierda! ¡La pasma!

Estia giró y detrás vio a Dan, que estaba a punto de alcanzarlas.

—Entremos. Vamos dentro.

Durante unos segundos, Lola y Estia se quedaron frente a Dan, y Dan frente a ellas. Se movieron hacia un lado y hacia el otro, acechándose mutuamente. Las chicas tratando de escapar y Dan tratando de que las chicas no escaparan. De hecho, no parecían tan peligrosas, o eso pensó él. No tan peligrosas como habían dicho en las noticias.

—¡A la de tres! —gritó Lola—. Estia, a la de tres, ¿entendido? —Estia asintió muy rápido mientras le tiritaba la mandíbula—. Una, dos…

—¡Y tres, joder! —aulló Dan con la mirada enloquecida.

Las muchachas se abalanzaron sobre él y antes de que este pudiera atraparlas, Estia apretó los párpados muy fuerte detrás de las gafas de sol y Dan tropezó. Giraron la esquina y entraron por la misma puerta por la que habían salido instantes antes. De pronto la ola de calor volvió a invadirlas; la música sonaba más fuerte de lo que recordaban. Estia no veía un pimiento con las gafas de sol

puestas, pero no quería quitárselas porque sentía que los ojos brillaban más de lo que habían brillado antes.

—Ahí —dijo Lola—. ¡Un poli! Ven, agáchate —le ordenó presionando la cabeza de Estia hacia abajo para que se agachara.

—¿Qué hacéis? —preguntó un hombre—. Vaya forma que tenéis más rara de bailar —comentó, ebrio.

—Eso, ¡bailar! —respondió Lola—. ¡Agachaos!

—¡Valeee! —gritó el hombre—. ¡Eh, chicos! ¡Todos al suelo! Vamos. ¡Eh, eh, eh!

Varios hombres que estaban alrededor comenzaron a agacharse. Lola temía que si todos lo hacían el agente de policía podría verlas desde el otro lado.

—Eh, tú —dijo uno—. Vamos, agente. —El agente se encogió de hombros, molesto, y se agachó también, hastiado—. Viene mucho últimamente por aquí, eh…

—¡Arriba, ahora! —berreó otro hombre.

Todos saltaron arriba al ritmo de la música, excepto el agente de policía que seguía retenido por el que le había dicho que se agachara, que borracho era incapaz de ponerse en pie y le apretaba el hombro. Cuando el policía quiso quitárselo de encima, Lola y Estia estaban a punto de alcanzar la puerta principal para subir al Corvette antes de que este pudiera verlas.

—¡Eh! —avisó Dom desde la puerta del baño—. ¡Por aquí! Aquí hay una ventana. ¡Salid por ahí!

—Gracias, Dom —dijo Lola sin pararse, entrando en el baño.

—Gracias, Dom.

—Suerte, chicas.

—¿Por qué nos ayudas? —no pudo evitar preguntarle Estia.

—Supongo que porque me recordáis a alguien.

—¿A quién? —insistió la muchacha. Dom balbuceó, pensando en qué o cómo responder, pero entonces vieron al agente de policía acercarse.

—¡Vamos, Estia! —apremió Lola asomándose por el marco de la puerta—. El salto es muy fácil y el Corvette está a la vuelta de la esquina.

—¿Y Dan?

—Yo me encargo de Daniel —aseguró Dom, asintiendo una sola vez.

Lola guio a Estia hasta la ventana del baño. Era un viejo ventanuco de madera con el tamaño justo para que una persona adulta pudiera entrar. El problema era que el marco estaba oxidado y estancado. Lola abrió la puerta del retrete y se subió a él. Después alargó la mano para que Estia pudiera subirse también.

—Tenemos que tirar fuerte, ¿vale? —explicó.

—Está bien.

Tiraron con todas sus fuerzas mientras oían la algarabía del bar aumentar, como si se estuviera formando una pelea justo detrás de la puerta. Escucharon gritar a un hombre que le mostraba la placa a otro diciéndole que se dejara de tonterías.

—¡Déjanos pasar, Dom! —Era Dan—. ¡Abre la puerta de una vez, joder!

—¡Cálmate, Dan! —dijo el agente—. Vamos, Dom, ¿desde hace cuánto que nos conocemos? Sabes de sobra que no estás ya para terminar en el calabozo pasando la noche. Abre la puerta.

—Mire, agente —decía Dom—. Yo abriría, pero es que Carlos se ha puesto a vomitar. Ya sabe, ha bebido más de la cuenta… ¡Cómo le gusta la cerveza! No sabe cuándo decir basta. No le aconsejo entrar ahí, está todo que da asco.

Al otro lado, Lola y Estia lograban, por fin, abrir la ventana de un golpe. Un golpe sordo demasiado fuerte. Más fuerte de lo que les gustaría. Tan fuerte que estalló por encima de la música.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el agente, sobresaltado.

Lola sujetó a Estia, que patinaba en ese momento, por la espalda. La apretó entre sus brazos para que no cayera, colocándole una mano sobre la boca y susurrándole al oído que no hiciera ningún ruido. Se quedaron inmóviles varios segundos, agarradas la una a la otra, esperando, rezando y rogando que nadie entrara en el baño.

—Ya le he dicho que Carlos anda últimamente un poco… —Dom hizo un gesto como de majadero—. Ya sabe —susurró—. La cerveza le sienta fatal.

—Bueno, ¡ya estoy harto! —bramó Dan empujando a Dom. Este se hizo a un lado. Medía dos veces más en altura y en anchura que él y

si hubiera sido por el empujón, sus pies no se habrían desplazado ni un centímetro. Después, Dan tiró de la cortina hacia un lado con rabia, tan fuerte que los enganches se rompieron y la tela planeó hasta el suelo.

El agente irrumpió después de Dan, confundido. El lugar parecía estar vacío, pero Lola y Estia se encontraban tras la puerta del retrete, tapándose la boca para no respirar demasiado alto.

—¡¿No decías que estaba Carlos vomitando?! —ladró Dan apuntando a Dom con la mano.

—Pensaba que seguía ahí… —respondió Dom con un ademán—. No sé…

—¡Joder, Dom! ¡No sé si piensas que soy gilipollas o algo!

El agente sacó el arma de detrás del cinturón reglamentario y la sujetó con las dos manos. Después, fue empujando con sigilo una a una las puertas de madera pintarrajeadas de los viejos retretes. Detrás de la primera no había nadie. Golpeó la segunda y tampoco.

—Ya os he dicho que no había nada que ver —bufó Dom—. No sé qué pensáis encontrar aquí.

—¡Cállate, joder!

Entonces el agente de policía levantó la mano para entreabrir la tercera puerta, pero antes de que pudiera hacerlo, un ruidito agitado emergió de la última. El agente guardó el arma y empujó con las dos manos esa puerta. Una brisa le rozó el rostro, moviendo ligeramente la solapa de su uniforme, y vio la pequeña ventana de plástico abierta.

—¡Joder, Dom! —se quejó el policía—. Espero que esto no me cueste una investigación. Te aviso.

—¿Qué? —replicó este encogiéndose de hombros—. Yo no he hecho nada. —Dan se lanzó corriendo hacia la puerta principal del bar, golpeando con el hombro a Dom. El agente lo siguió a través de la pista, apartando a la muchedumbre, tratando de encontrar a las chicas entre el tumulto.

—¡Quitad la música! —ordenó. Los chicos del bar se quejaron con un abucheo—. ¡Que quitéis la música, joder!

—¡Por aquí, jefe! —indicó Dan sujetando la puerta de la entrada con una mano. El agente alcanzó la puerta con premura. Justo a

tiempo para avistar la imagen de los pies de Estia colarse por la ventana del Corvette rojo.

—¡Eh, vosotras! ¡Parad! —Lola arrancó el Corvette sin echar la vista atrás, haciendo brotar humo negro por el tubo de escape—. ¡¡Dolores Quinn y Estia Beaufort, la policía de Bregavia os pide que os detengáis!! ¡¡Hacedlo o tendré que abrir fuego!!

El Corvette rodó, primero despacio y después muy rápido. Galopaba directo a la fachada del destartalado edificio donde se encontraban el agente de policía, el camarero Dan y otros curiosos que habían salido a ver qué pasaba. Si Lola no frenaba chocarían contra el edificio y los arrollarían a todos ellos. Pero entonces, antes de estamparse giró bruscamente, levantando el polvo, y desencadenó una avalancha humana de los que decidieron apartarse antes que los atropellase.

—¡Vamos, Lola! ¡Vamos! —urgió Estia desde el interior del coche.

—¡Dan, tú te quedas aquí! —impuso el agente de Bregavia. Acto seguido corrió hacia el coche patrulla, se acomodó en el asiento, prendió las luces y, mientras arrancaba, cogió la radio y solicitó refuerzos.

—Aquí el agente Robles, de Bregavia. Envíen al menos dos coches patrulla a la carretera secundaria. Kilómetro 139. Tengo a dos sospechosas huyendo: Dolores Quinn y Estia Beaufort. Tienen una orden de búsqueda y captura por la oficina de Luis de Juárez.



28. El coche negro

—¡Acelera, Lola! ¡Vamos!

—¡Eso intento!

El coche dio una curva impresionante, rodeando una montaña hecha de arena, palmeras e higueras. Lola pensó que con esa curva lograrían perder de vista al coche patrulla, pero no. Pronto se colocó detrás de ellas. Pisó el acelerador a fondo, pero el morro de hierro del vehículo no dejaba de asestar cornadas con la intención de embestir al Corvette, incluso si eso significaba provocar un accidente. Además, Lola había bebido y de cuando en cuando la carretera se le tornaba borrosa e indomable.

—¿No puedes hacer lo que hiciste en Luis de Juárez? —le preguntó a Estia con una nota de desesperación en la voz—. Va a alcanzarnos.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes a qué me refiero. ¡Al accidente! ¡Fuiste tú! ¿No puedes hacer que deje de seguirnos?

—Lola, no… No creo que…

—No pasa nada, Estia. Fuiste tú, ahora lo sé. No puedo decirte cómo lo sé, pero lo sé. Tiene que ver contigo y con esto que te está pasando y creo que tú también lo sabes. En el fondo, lo sabes. ¿Puedes intentar frenar el coche patrulla sin que se haga daño?

—No creo que funcione así. —Estia sacó la mano por la ventanilla y torció el retrovisor. Dos vehículos más aparecieron siguiendo al primero: otro coche patrulla y un coche gris coronado por una luz sobre el techo—. No puede ser… —susurró entre dientes.

—¿Qué pasa?

Estia acercó la nariz al espejo, haciendo que el viento le golpease en el rostro debido a la velocidad. Localizó los dos coches patrulla,

pero algo en el vehículo de color gris le llamó la atención. Entrecerró los ojos y lo vio. Vio al hombre que había querido encerrarla en Luis de Juárez, a cientos de kilómetros de allí. El más joven.

—¡Es él, Lola! ¡Es el agente de policía de Luis de Juárez! Uno de los que me seguían cuando me recogiste. El… cómo era su nombre… el agente… Vásquez. Eso es. ¡El agente Vásquez!

—¡Mierda! ¿Nos persiguen desde hace tanto? ¿Cómo narices sabían que estábamos aquí? Estamos a cientos de kilómetros de Luis de Juárez. ¿Qué hiciste allí, Estia? —En el fondo Lola tenía la ligera sospecha de que no era a Estia a la que perseguían. Al menos, no *solo* a Estia.

—¿Y tú? ¿Qué hiciste tú?

—¿A qué viene eso?

—Viene a que por eso Dan ha sabido quiénes somos. Tú y yo. Hemos… hemos salido en las noticias. Nos buscan y, además, ofrecen una recompensa por nosotras.

—¿¡¡Quéééé!!?

—No sé, Lola. La policía nos quiere, vivas, pero nos quiere.

—¿Qué hiciste en Luis de Juárez? —insistió Lola.

—No… No te lo puedo decir.

—¿Cómo que no?

—No… No es que no quiera —tartamudeó Estia mirándose las manos—. Es que no lo recuerdo. Solo sé que cuando me di cuenta me estaban arrastrando de camino a comisaría y decían en voz alta cosas como llamar al sanatorio y encerrarme… entre rejas. Y no sé cómo lo hice, pero me solté y salí corriendo.

—¡Joder! —protestó Lola, pegando un golpe en el volante.

—Si nos han seguido hasta aquí, tienen que saber lo de Bonnie.

Los dos coches patrulla de Bregavia habían conseguido acortar la distancia. Se habían colocado a ambos lados del Corvette y estaban a punto de adelantarlo y obligarlo a frenar. El coche gris aceleraba detrás de ellos, siguiéndolos como una cámara para no perderse ni un detalle.

—Espera, ¿ves ese otro coche?

—¿Cuál?

—¡Ese! Ese que está ahí de color negro.

—Sí, ¿por qué?

—Lo llevo viendo desde que salimos del bar. No le había dado importancia, pero ahora…

—¿Estás segura, Estia?

—Sí. Completamente. —Lola resopló incrédula y la observó varias veces antes de decidir si la creía o no. Comprobó que Estia estaba segura de lo que decía. Sin embargo, ella no lo tenía tan claro. Quizá porque era más fácil creer que aquello era pura casualidad que creer aquello que Estia estaba insinuando.

De pronto el coche negro aceleró y quiso adelantar al otro gris, a pesar de llevar las luces encendidas. El vehículo aceleraba y frenaba dando tumbos, como si la persona que lo conducía no fuera capaz de ver las líneas trazadas en la carretera.

—¡Mierda! Creo que tanta presión nos está trastornando. ¡Es un borracho! Mira cómo conduce…

—Yo creo que no, Lola.

—¿Por qué no? ¿Por qué tienes que estar tan segura?

—Tú también has bebido y no conduces así. No está borracho. Está furioso —aseveró Estia—. Yo diría que furiosa, más bien —añadió en un susurro.

El vehículo negro hizo una maniobra peligrosa queriendo entrar entre uno de los coches patrulla de uno de los laterales. Trató de entrar varias veces y, al no conseguirlo, frenó de nuevo y lo adelantó por el lado izquierdo invadiendo el arcén. Eso hizo que el coche perdiera el control durante unos segundos golpeando primero al coche patrulla, que tuvo que frenar, dejando al Corvette cierta ventaja. El otro coche patrulla frenó también y, finalmente, los cuatro coches quedaron atrapados en mitad de la carretera mientras el Corvette seguía acelerando.

—¡Bien! —celebró Lola, golpeando el volante—. ¿Has visto eso?

—Sí, y no creo que sea algo que tengamos que celebrar. ¡Acelera ahora! ¡Vamos! ¡Tenemos que salir de aquí cuanto antes!

Pasaron unos minutos en silencio, tratando de recobrar la respiración. Pero Lola cayó en la cuenta de que Estia seguía dándole vueltas al asunto del coche negro.

—¿Estás bien? —exhaló mirándola de soslayo.

—Supongo que sí… No lo sé.

—Mira, si te quedas más tranquila te prometo que no me suena haber visto ese coche antes. No estaba en el motel. No era Bonnie.

—No sé… yo creo… yo creo…

—Yo creo que estás cansada —razonó Lola dejando reposar con delicadeza una mano sobre la rodilla de Estia y dándole tres golpecitos—. ¿Por qué no duermes un poco? —Pero Estia bajó la mirada y volvió a juguetear con las manos, intranquila—. Venga, chata —suavizó Lola sonriendo de medio lado para quitarle hierro al asunto—, seguro que después de una buena siesta te encuentras de fábula.

—No me trates como a una niña de tres años —cuchicheó Estia.

—No lo hago… ¡De verdad! —exclamó Lola al ver que Estia la ojeaba con una mueca—. Solo me preocupo por ti. Joder, que llevamos días en la carretera durmiendo mal… y lo que acaba de pasar estresaría a cualquiera. Yo estoy que me va a dar un patatús. Además, todo eso tuyo… lo de los ojos… seguro que te quita energía de más. No sé, creo que necesitas dormir un poco.

—Dios te oiga, pero tú asegúrate de ir todo lo rápido que puedas antes de que nos siga más gente.

—Lo pillo. Venga, duerme un rato.

—Hace frío —susurró Estia acomodándose contra el lateral.

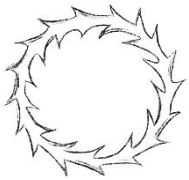
—Sube la ventanilla. Yo subiré la mía. —Encendió la radio y buscó una emisora que emitiese música pasada de moda, la que sabía que Estia conocía.

En lo más profundo de su ser, Estia sabía que aquel coche negro pertenecía a Bonnie. Llevaba los cristales tapados, se había fijado; todos excepto la luna. No había logrado verla a través de ella, pero estaba convencida de que era Bonnie. Era la misma sensación que tenía cuando la voz que aparecía a veces en su cabeza le decía cosas. Cosas que le hacían percibir otras muchas que el resto de la gente no podía. Antes de caer dormida, pudo apreciar el silencio que invadía el lugar. Lola fue conduciendo cada vez más despacio, no había nadie más que ellas en la carretera. El silencio no duró mucho, pues los coyotes se escuchaban aullar al otro lado de la montaña. Casi como si celebraran que habían conseguido dar esquinazo a la

policía. Poco a poco, Estia fue quedándose dormida. Se dejó llevar por la música de la radio que la transportó a un lugar lejano, más allá de las estrellas. Las estrellas se transformaron en el corazón de los árboles.

DÍA 4





29. La cantante de rock

Estia vio a Elijah, le sonreía tras el tronco del árbol más antiguo del bosque. Los rayos de sol se colaban entre las hojas verdes y le iluminaban la frente, y mientras caminaba descalza pisando la hierba, cerró los ojos y admiró pasar la luz en motas que le parecieron farolillos a través de los párpados. Era feliz y libre. Lo supo. Abrió los brazos para dejarse acariciar por la belleza del bosque y por las pequeñas mariposas naranjas que bailoteaban a su alrededor. Abrió los ojos y sonrió a Elijah de vuelta. Lo contempló saludar a alguien detrás de ella, otra persona. Estia, confundida, se giró.

Una mujer de ojos negros sonreía no muy lejos de donde se encontraba. Se fijó bien, entornando los suyos propios, y cayó en la cuenta de que dentro de los de la mujer una oscuridad infinita se arremolinaba. Su mueca le pareció demoníaca. Estia se estremeció. La mujer alargó el brazo, despacio, y le hizo un gesto. «Ven, acércate», la escuchó decir. No habló, pero la escuchó. «Ven, Estia. Vuelve a tu hogar». Sus manos terminaban en garras teñidas de rojo carmín. Era Bonnie. Estia se acercó a ella con pies de plomo. No quería, pero una fuerza la impulsaba desde la tierra, haciéndola deslizarse en contra de su voluntad. Bonnie alargaba las comisuras cada vez más. Los pómulos se le encogían hasta las orejas. Estaba a punto de tocarla. Unos centímetros más… Estia despertó de sopetón, volviendo al Corvette, arrastrada a la superficie por unas manos invisibles, tratando, ya despierta, de quitarse de encima las garras retorcidas de Bonnie.

—Eh, eh… —reclamó Lola, zarandeando la pierna de Estia con serenidad—. Eh, basta. Ha sido una pesadilla. Solo una pesadilla. —Estia levantó la vista hacia Lola, que la observaba con una mano en

el volante y la otra sobre su regazo—. Tranquila. —Sin previo aviso, Estia rompió a llorar. No gimoteó, ni hizo ningún ruido que determinara que estaba llorando, pero ambas fueron conscientes de cómo una lágrima redonda de bordes perfectos surcaba su pómulo. Situó una mano debajo y la dejó resbalar por ella hasta que se soltó, aterrizando sobre el dorso de la mano que Lola tenía sobre sus muslos.

—Era tan real…

—No pasa nada. Mira, ¡ya está saliendo el sol! —Lola sonrió pulsando el botón que recogía la capota y bajó el cristal de su ventanilla.

—¿Nadie nos sigue? —preguntó Estia frotándose los ojos.

—Nadie. No te preocupes por eso ahora.

—Lo siento —murmuró Estia.

—¿Por qué?

—Ya no podemos quedarnos en Bregavia como tú querías.

—Ya… —respondió Lola suspirando. Después carraspeó, queriendo cambiar de tema. El hecho de no poder quedarse en Bregavia, cerca del mar, le hacía pensar inevitablemente en que su plan ya no tenía ninguna dirección. De que, a esas alturas, no existía ningún plan más allá que el de seguir con vida.

—Parecía un buen sitio.

—Bueno, lo es.

—¿Cuántas veces has estado? ¿Lo conoces bien?

—He viajado mucho por mi trabajo. No quiere decir que sea algo bueno necesariamente, pero he visitado muchos sitios a bordo de mi furgón. Bregavia es uno de mis sitios favoritos. Siempre me trae buenos recuerdos de la época buena, de la época en la que fui feliz. Está cerca de la playa, hay algunas casas abandonadas, pero no en mal estado, ya me entiendes. Son casas que nadie usa ya. Una vez alguien vivió en ellas. Familias. Pero ya no queda nadie. Un viejo amigo todavía conserva su casa, cerca. Creí que era buena idea quedarse allí.

—Lola, eres… eres cantante de un grupo de música, ¿verdad? Uno famoso.

—¡¿Y cómo sabes tú eso, a ver?! —exclamó Lola frenando de golpe en la carretera, haciendo que los cuerpos de ambas se fueran hacia delante y de golpe hacia atrás, pegándose un buen porrazo contra el cabecero.

—¡Ay! —se quejó Estia.

—Lo siento, es que… joder, no me lo esperaba —dijo Lola arrancando de nuevo.

—Bueno… cuando te conté que habíamos salido en las noticias, cuando te dije lo que había visto en la televisión del bar… Salían nuestras fotos y dijeron que cantas en un grupo que se llama The Barrancudas.

—The Barracoodas. ¿Y qué más dijeron?

—Nada —mintió Estia—. Lo cierto era que sí había escuchado más. Algo sobre un asesinato. Sin embargo, no era quién para sacar a relucir los trapos sucios de Lola. Sobre todo si no quería sacar a relucir los suyos propios. Ella misma tenía mucho más que perder si terminaba contándole toda la verdad de lo que había pasado en el autobús de la línea 3 o toda la historia con Elijah.

—¿Seguro?

—Sí, nada más.

En el horizonte el sol se dejaba ver casi al completo, rellenando el color gris azulado del paisaje de sus amarillos, naranjas y ocres. El espacio comenzaba a tornarse más verdoso. La hierba verde y húmeda sustituía la paja seca. El amarillo ya no era tan arenoso, sino que formaba parte del dibujo de las flores de girasol pequeñas que poco a poco iban multiplicándose por decenas, por cientos y por miles.

—¡Haaala! ¡Qué verde es todo esto! —Estia bajó su ventanilla y la atravesó con la mano para tratar de acariciar las flores amarillas que surgían de la tierra arqueándose hacia la cuneta.

—Pues esto no es nada —resopló Lola—. Todavía hay lugares más verdes que este. —Estia se puso de rodillas en el asiento y sacó medio cuerpo para acariciarlas todas—. Ten cuidado —advirtió Lola justo antes de girar el volante gentilmente para ayudar a Estia a que alcanzara las flores. Arrancó un ramo y rio. Lola rio con ella. Un destello de felicidad la alcanzó al ver a Estia contenta.

—Sé que hay lugares más verdes.

—¿Ah, sí?

—Sí, pero este verde… este verde es brillante, alegre, ¡vivo! El que yo conozco… no me gusta tanto. Es más… oscuro.

—Pensaba que no habías salido de San Gregorio y Luis de Juárez.

—Bueno, solo salí una vez —admitió Estia mordiéndose el labio—. Así que The Barracoodas —rio.

—Eso es.

—¿Y sois buenos?

—No lo sé, supongo que sí. A la gente le gusta —respondió Lola con un ademán de conformidad.

—¿Y a ti te gusta?

—Auch, joder. Has dado en el hueso, tía lista —se quejó—. Esa es una buena pregunta a la que es muy difícil contestar.

—¿Tienes algo para que pueda escuchar?

—Prefiero que no.

—Venga, anda… —imploró Estia, divertida, revolviendo la guantera.

—¡Deja eso!

—Venga, seguro que hay algo que pueda escuchar.

—No es algo que me gustaría recordar demasiado en estos momentos, Estia.

—¿Por qué no?

—Suficientes preguntas por hoy. Yo no sé nada de ti —concluyó ofreciéndole un cigarrillo que sacó con una mano de la guantera. Estia negó con la cabeza.

—Bueno, eso no es cierto. No del todo.

—¿Ah, no?

—No. Sabes que me llamo Estia, sabes que soy de San Gregorio y sabes lo más importante de mí.

—Que es…

—Que tengo los ojos rojos igual que los de Belcebú y que ni tú ni yo sabemos por qué, y que a veces me quedo en blanco y hago cosas que no quiero hacer. Cosas terribles.

—¿Belcebú, eh? —rio Lola—. ¡Qué ideas tienes, Estia! Belcebú, igual que Dios, no existe.

—Después de ver a Frankie, a Trash, a Bonnie o a Dan… ¿De verdad no crees que exista el mal? ¿Después de verme a mí empuñar una escopeta y disparar sin inmutarme?

—Yo no he dicho eso exactamente —alegó Lola con el semblante serio. Subió el volumen de la radio y dejó que Estia hablara sin prestarle atención.

Condujeron unas cuantas horas, dejando atrás más y más paisaje que se arrastraba en una nebulosa emborronada por ambos lados del Corvette. En un punto tuvieron que incorporarse a la autopista. Cuando varios coches pitaron a su paso, Lola empezó a pensar que quizá deberían cambiar de coche, pues el Corvette llamaba demasiado la atención, por su color vibrante y porque era caro. Tendría que esperar al momento adecuado, quizá conducir unos cuantos kilómetros más antes de deshacerse de él, pero tendría que hacerlo tarde o temprano.

Mientras conducían por la autopista, Lola trató de ir a velocidad normal para pasar desapercibida. Los coches y los camiones circulaban a toda pastilla a ambos lados. Era la primera vez en días que veían a tanta gente junta y que escuchaban semejante alboroto. Admiraron bailar al sol y lo contemplaron dejarse acariciar por algunas nubes blancas que tomaban formas sobre ellas. Las horas pasaban y los pastelitos de nata, los cacahuetes y las patatas que habían cogido en la gasolinera fueron desapareciendo por completo.



30. La música de Sinatra

—Lola, me muero de hambre, no puedo más —protestó Estia agarrándose el estómago—. Creo que voy a vomitar.

—Toma —dijo Lola ofreciéndole una bolsa de cacahuetes. Estia cogió la bolsa y metió la mano en su interior.

—No quedan —respondió dándole la vuelta a la bolsa, agitándola sin que ni una pizca de la sal sobrante saliera de ella.

—Busca debajo del asiento. Creo haber visto todavía algún pastelito. —Estia revolvió debajo del asiento y sacó un puñado de envoltorios de plástico y papeles, todos vacíos.

—Nada —gimió dejándolos caer—. Miro en el asiento de atrás, pero ve un poco más despacio. —Estia se puso de rodillas y trató de agacharse buscando más restos de comida, pero no quedaba nada —. Creo que vamos a tener que parar, Lola.

—Joder, no creo que sea buena idea.

—¿Por qué? ¿No decías que no teníamos que preocuparnos más?

—Mierda, ¡tienes razón! Espero que nadie sepa dónde estamos.

—Llevamos días sin comer algo decente. ¿Podemos parar? He visto un restaurante unos kilómetros atrás. Fuera de la autopista.

—La verdad es que mataría por una buena y guarrindonga hamburguesa doble con queso, mucho kétchup y mostaza y su ración de patatas fritas —fantaseó Lola relamiéndose. —Estia la fulminó con la mirada—. ¡¡Qué!!

—¿Podrías no utilizar el verbo matar, por favor? Creo que ya hemos tenido suficiente. —Lola dejó escapar una carcajada—. Podemos parar ahora. Llevamos un día de viaje y ni rastro de la policía de Bregavia, ni del agente Vásquez, ni de bueno, de nadie. Solo me preocupa…

—¿Qué te preocupa?

—El coche negro.

—Venga ya, Estia. Ya tenemos suficiente con la pasma. Ese coche negro nos ha salvado la vida interponiéndose entre ellos y nosotras. Era un borracho y hemos tenido suerte.

—Supongo que tienes razón.

—Venga. ¡Vamos a comernos un par de hamburguesas!

—Oye, Lola…

—¿Qué?

—Tienes un plan B, ¿verdad? Bregavia era tu plan A, tienes un plan B.

—Mmm, claro… —asintió Lola, aunque sabía que no era cierto. Que esperaba que el plan B se le presentase, pero que hasta ese momento solo había existido un plan A. Después de matar a Theo no le había dado tiempo a pensar, solo quería quitárselo de encima y salir corriendo.

Echó el freno de mano como ella sabía, haciendo que el Corvette frenara en seco y sacando humo del ardiente asfalto. Esperó unos minutos para comprobar que en la oscuridad de la noche ningún faro de ningún otro vehículo iluminara el horizonte. Todo parecía quieto y estático, callado. Aunque unos kilómetros atrás habían logrado despistarlos a todos, Lola no se fiaba. Conocía demasiado bien cómo actuaba la pasma. Esperó, agazapada como un lobo salvaje, alerta. Al cabo de un rato no tuvo más remedio que aceptar que realmente había logrado dejar a la policía al margen. Dio un giro y puso rumbo hacia el sur, recorriendo hacia atrás los kilómetros que minutos antes habían atravesado.

Unos cinco minutos después, al lado derecho de la carretera, apareció el restaurante que Estia había visto. Las ventanas brillaban amarillentas entre la noche, como una linterna. Lola disminuyó la velocidad y aparcó justo en la puerta. Después salió del Corvette y esperó a que Estia le siguiera el paso.

—Al menos no parece que haya mucha gente… —razonó. Si no había demasiada gente, tampoco demasiada gente se percataría de que habían parado allí a comer.

Cruzó los dedos para no encontrarse con ningún aficionado al heavy metal o a The Barracoodas que pudiera reconocerla. No se

había parado a pensarlo antes, el hambre le había nublado la vista, pero ahora que sabía que su foto había salido en las noticias y que las dos estaban públicamente en búsqueda y captura tenía que esforzarse el doble para pasar desapercibida.

Todavía le quedaba parte del dinero que le habían robado a Bonnie y sonaba de fondo la música jazz de Frank Sinatra. El local brillaba bajo los neones rojos que se extendían por las paredes, retorciéndose, dibujando las palabras «Come hamburguesas hasta reventar». Mirasen donde mirasen apenas quedaba a la vista la pared, pues estaba repleta de cachivaches sin sentido: viejas radios de los cincuenta, básculas y fotografías de gente desconocida comiendo hamburguesas, el cuadro de una mujer, un bate de béisbol y un guante, la cabeza de un venado y la de un jabalí. Todo, bajo la luz de los neones rojos, tomaba un cariz extraño, como si se hubieran adentrado en un sueño. Estia se inspeccionó las manos, rojas por la luz. Entonces recordó sus ojos. Se llevó las manos a ellos, pero lo cierto era que todos lucían ojos rojos por el neón en aquel restaurante de carretera.

—¿Qué va a ser? —Una muchacha con la voz muy aguda apareció de detrás de la barra ataviada con un vestido marrón y un delantal blanco sujetando una bandeja de plata hasta arriba de comida.

—Eh… —dudó Estia, jugueteando con las manos.

—Dos hamburguesas dobles con queso y dos raciones de patatas fritas. ¡No! Mejor, ¡tres raciones!

—¿Para beber?

—Un café solo doble y…

—¡Un batido de fresa rosa! —exclamó Estia dejando resbalar la lengua, volviendo a parecer mucho más infantil de lo que era en realidad—. ¡Fresquito, si puede ser!

—¡Marchando! Podéis sentaros ahí mismo —comentó la camarera señalando una mesa.

—Perdone —intervino Lola, aclarándose la garganta—. ¿Le importa si nos sentamos en aquel otro sitio? —Apuntó a uno más alejado, situado en la esquina, justo detrás de una pequeña columna.

—Está bien —susurró la camarera—. Entiendo. La he reconocido. Me encantan sus películas. Tengo que decirle que soy su fan número

uno.

—¿Películas? —sonrió Estia.

—Sí —titubeó Lola dirigiéndose a la camarera—. Eh… gracias. Nos sentaremos ahí, entonces.

—¡Estupendo! —exclamó la camarera antes de darse la vuelta y marcharse a paso corto y rápido hacia la barra.

—¿Películas? —repitió Estia cuando se hubo alejado lo suficiente.

—Creo que me ha confundido con Nina Rufa. No sería la primera vez. Una confusión que me viene de perlas. ¡Por fin, joder! ¡Algo bueno que me da la maldita Nina Rufa!

—¿Quién?

—Nina Rufa, una actriz. —A Lola solía molestarle mucho que la confundieran con Nina. Era evidente que guardaban cierto parecido físico, pero no eran la misma persona. «Nina canta como el culo», solía decirle a Theo. Lo sabía porque habían coincidido en una fiesta que había dado Sax Records, su discográfica, para celebrar el año nuevo de 1977.

—¿Qué haces? —preguntó Estia al ver que Lola miraba hacia los lados antes de sentarse en el sofá de cuero rojo.

—Mirar si tienen televisor.

—No tienen. Ya lo he comprobado. Pero tienen radio —mencionó Estia torciendo el gesto—. Espero que no sintonice las noticias.

—Probaremos suerte, ¿no? ¡Qué remedio!

—Rezaré por ello.

Se sentaron la una frente a la otra en silencio, bajo la luz de neón que les había transformado en una sombra rojiza. Lola echó el cuello hacia atrás, apoyándolo en el respaldo. Resopló, haciendo que el pelo que le caía por delante flotara hacia arriba. Después sacó un puñado de billetes arrugados del bolsillo y los echó sobre la mesa. Estia los cogió y fue estirándolos uno a uno para colocarlos después uno sobre otro.

—No hace falta que hagas eso —dijo Lola—. El dinero es dinero igualmente.

—Bueno, seguro que la camarera aprecia ver los billetes ordenados —argumentó Estia doblada sobre ellos, examinándolos

tan de cerca que incluso veía el filo doble mientras continuaba aplastándolos.

—Déjalo, anda, que me estás poniendo nerviosa —gruñó Lola arrancándole los billetes. Los golpeó contra la mesa y los dejó bajo el servilletero.

—¿Y qué es esto? —Estia sacudió dos grandes botes y algunos más pequeños que se situaban en el extremo de la mesa junto a la pared.

—Kétchup, mostaza, sal y eso es pimienta —explicó Lola levantándolos uno por uno—. Para las…

—¡Anda! —exclamó Estia removiendo los recipientes como si jugase al trile.

—¿Quieres par…? —Antes de que Lola pudiera terminar la frase y quitarle el bote de kétchup de las manos, la joven se había introducido en la boca un chorretón abundante de líquido rojo. En respuesta, Lola resolló llevándose las manos al hueco entre los ojos y el tabique.

—*Estof esftá delicifioso* —masticó Estia con la boca llena, dirigiéndose a la camarera que llegaba con la bandeja hasta arriba de hamburguesas, patatas fritas y bebidas.

—Me alegra escuchar eso —respondió esta visiblemente extrañada —. Si esto le gusta, ¡verá cuando pruebe las deliciosas hamburguesas que tenemos aquí! —Lola apartó los botes de la mesa para que la camarera pudiera dejarlo todo en el centro. Después le entregó todo el dinero en efectivo que había dejado bajo el servilletero—. Aquí hay más de lo…

—Por la discreción —sostuvo Lola.

—Gracias. —La camarera se introdujo los billetes en el bolsillo pequeño de la camiseta—. Disfruten de la comida.

—Bien, ¡a comer! —proclamó Lola.

Ambas pescaron una hamburguesa del centro de la mesa y la mordisquearon. Durante varios minutos solo se vieron la una a la otra devorar con los carrillos hinchados, igual que los de las ardillas, emitiendo sonidos al tragar o al saborear una parte más deliciosa. Estia bebía el batido de fresa muy rápido. Eso hizo que Lola se fijara en ella y en su ropa, y después en la suya propia. Echó una ojeada a

su alrededor y cayó en la cuenta de que debían comprarse ropa nueva. Llevaban usando la misma cuatro días y parecían un par de sintecho si se comparaban con el resto de la gente que había en el restaurante, y no podían permitirse llamar la atención de ningún modo.

Con el estómago a reventar, se recostaron cada una en su sofá. Estia pensaba en algo. Lola no sabía en qué, pero la veía mirar hacia el cielo y mover ligeramente los labios. Ella, en cambio, seguía observando a la gente del restaurante. Entonces se percató de que la música jazz de Frank Sinatra había cesado, y de que ni la camarera ni su compañero estaban ya detrás de la barra. Miró hacia la derecha y nada. La quietud era sobrecogedora. El ambiente se había enrarecido por un momento, y no, esa vez no se trataba de ningún cambio extraño en el físico de Estia. No. Era algo más.

Un par de parejas se levantaron de la mesa. Lola escuchó cómo salían por la puerta del restaurante. A través de la columna que tapaba su mesa por un lateral pudo ver cómo se levantaban y se dirigían a la puerta, pero no cómo salían porque la columna tapaba esa parte. Se fijó y ni siquiera habían terminado de comer. «¡Qué raro!», pensó. El restaurante pareció vaciarse de pronto. Escuchó los pasos de alguien acercarse, pero no pudo ver quién. No supo cómo, pero entendió lo que pasaba y, al mismo tiempo que Estia sorbía el último trago de su batido rosa, Lola gritó.

—¡¡Cuidado!! ¡¡Agáchate, Estia!!



31. El diente de Trash

Un estruendo implosionó en el interior de la cafetería. De pronto todo saltó por los aires. Lola trató de abrir los ojos, pero no pudo. El humo se le introducía por el lagrimal, provocando que tuviera que cerrarlos una y otra vez. Notó cómo algo tiraba de ella hacia arriba. Estia sí podía ver a través del humo.

—¡Vamos! ¡Por aquí! —urgió. Lola siguió aferrándose a su brazo sin poder ver, confiando como jamás había confiado antes en nadie.

—¡¡Se han ido por allí!! Se escuchó al otro lado. —El hondo y transmundano canto de Trash reverberó al otro lado de la humareda, oprimiendo el oxígeno, como si fuera lo único corpóreo en el interior del restaurante.

Estia y Lola, que estaban detrás de la barra, asomaron la cabeza por el borde. Entonces se produjo otra explosión. Las explosiones no eran más que fruto del disparo de una escopeta de doble cañón, pero no lo supieron hasta que la puerta del restaurante se vino abajo. Tras ella apareció Bonnie con las manos en la cintura, su bata de estar por casa y sus zapatillas de flores, proyectando su infernal sombra sobre las baldosas. A Bonnie no le hacía falta vestirse de tipa dura para dar miedo. Ya daba miedo por sí sola, con sus largas garras y el carmín que se le salía de los labios y se le colaba entre los dientes torcidos.

—¡¡Traedme muertas a esas dos ratas de cloaca!! No quiero más fallos, ¿me habéis escuchado? —rugió desde la profundidad de su estómago—. Han matado a Frankie y os han robado la paga del mes. Se lo debéis a él. ¿¡Me habéis entendido!?

—Pero Bonnie… ¿y la recompensa?

—Es cierto… Tendré que conformarme. ¡¡Traédmelas lo suficientemente vivas como para que nos paguen!! —masculló

mordiendo cada palabra—. Las quiero ¡casi muertas!

—Estamos en ello, Bonnie —transigió la voz de un muchacho. La cabellera de Estia afloró a hurtadillas. Enseguida reconoció al chico que las había ayudado a escapar. Tenía el pómulo amoratado y una brecha mal curada en la ceja. Le habían dado una buena tunda.

Pensó que solamente tendrían que llegar al coche. Que no tendrían por qué enfrentarse a ellos ni hacer daño a nadie más, sino llegar al coche. Tiró de Lola, pero esta, de un salto, se colocó sobre la barra y se abalanzó contra Trash. Se pegó a él como una mosca a un mamut. Estia se estremeció pensando que la machacaría, hasta que vio que Lola llevaba en sus manos un tenedor y que acababa de clavárselo a Trash en el cuello.

Estia se mantuvo inmóvil unos segundos, moviendo el labio superior ligeramente, rogando que Trash se desplomase igual que un ladrillo pesado. Un manguerazo de su propia sangre provocado por la arteria de su cuello desgarrado le empapó la ropa, pero este se quedó de pie, incluso más erguido de lo habitual. Irritado, alargó la mano como a cámara lenta, quitándose a Lola de encima igual que a un insignificante parásito. Estia, todavía detrás de la barra, comenzó a hiperventilar. Supo que debía actuar cuanto antes o Lola y ella terminarían aplastadas en el asfalto como acababan las ranas atropelladas en San Gregorio. Inspeccionó el lugar: los asientos rojos de cuero destrozados, los taburetes de hierro y piel marrón, el papel pintado de la pared, los cientos de… De pronto cayó en la cuenta. «Bendita afición», pensó, aquella que jamás había llegado a comprender de los impuros e impíos corderos de Dios.

Antes de lanzarse a por el bate de béisbol que colgaba de la pared justo al lado de la testa de un venado que habían colocado después de una jornada de caza exitosa, supo que aquel trozo de madera roída iba a salvar a Lola de la más terrible y despiadada de las muertes. Tomó conciencia de ello únicamente con poner su mirada roja sobre él. Apoyó una mano sobre la barra del bar cubierta de escombros y la gravedad se desvaneció por unos segundos. Saltó y recorrió dos metros de un solo impulso, aterrizando directamente en lo alto de la pared descascarillada, justo para recoger el bate, girar sobre sí misma como un borrón, y golpear a Trash en la cabeza.

No le dio tiempo a ver la expresión de Bonnie, pero a Lola sí. Y mientras Trash caía al suelo con los ojos en blanco y un hilo de sangre decorando sus labios, Bonnie abría la boca tanto que se podía intuir desde su posición la vetusta campanilla de su garganta molida por el tabaco. Su rostro comenzó a teñirse de rojo y violeta con cada nuevo golpe porque Estia, que había derribado a Trash de un solo revés, no había parado de golpearlo. Una vez, y otra y otra. Un crujido, como el de los cangrejos al partirse, se mezclaba con el hilo musical que había vuelto a sonar con normalidad, y con cada crujir la cabeza de Trash iba menguando: primero la mandíbula, luego la sien y el cráneo, hasta que no quedó más que casquería.

Lola arreó un puntapié a algo que había en el suelo, un diente de Trash, que viajó directamente hasta los pies de Bonnie. Esta gruñó tan alto que Lola juró que se la habría escuchado desde Luis de Juárez, al tiempo que dos hombres, dos que no habían visto antes ni Lola ni Estia, irrumpían en el restaurante.

A Lola le dio tiempo a husmear por la pequeña abertura de la puerta de la cocina. La camarera y el cocinero estaban agazapados, sujetos por las muñecas y los tobillos, y una banda de tela sucia les distorsionaba las comisuras de la boca.

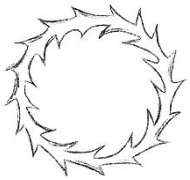
—¡Mierda! —se quejó para sí—. ¡Estia! —reclamó. Entonces la joven levantó la mirada del cuerpo inmenso de Trash y volvió en sí. Se examinó las manos y estas soltaron deliberadamente el bate, que se escurrió hasta el suelo. Rebotó en él tres veces antes de rodar hacia los inescrutables rincones ocultos bajo una mesa.

Los dos hombres no se parecían ni a Trash ni a Frankie, pero podrían haber pisado la fresca libertad condicional ese mismo día, después de estar bajo la sombra unos buenos años. Ni siquiera se pararon a contemplar la escena, entraron corriendo igual que dos mastodontes enrabietados. Con cada paso que daban, largo y contundente, Estia sentía el suelo hundirse. Uno se dirigía hacia ella y el otro hacia Lola.

Identificó a Bonnie por el rabillo del ojo, la vio abalanzarse sobre el equipo de música y subir el volumen muy alto, tan alto que los cristales del restaurante comenzaron a vibrar. Después se encorvó y amarró a Trash de las axilas para arrastrarlo hasta la calle. Lo

remolcó como pudo, bufando y apretando los dientes, roja como si fuera a explotar del esfuerzo. Trash, inerte, pesaba un quintal.

—¡Traédmelas al motel! —ordenó encorvada desde la puerta—. ¡Tenéis tiempo hasta el amanecer! —Y entonces fue desapareciendo en las tinieblas de la oscura noche.



32. El bate

Aquel hombre estaba a punto de abalanzarse sobre ella. Apretó los dientes, dispuesto a cogerla y plantarla delante de Bonnie pintada de moratones y sangre. Arrugó tanto la cara que los tatuajes negros y puntiagudos que le recorrían las mejillas y la frente se le deformaron. Estia se fijó en él. Llevaba una camiseta de tirantes blanca desgastada por el uso y se le transparentaba el torso. No medía mucho más que ella. De hecho, si lo hubiera visto tomando un café tranquilamente en el bar de San Gregorio no habría sentido ni una pizca del miedo que sentía en aquellos momentos. No por su aspecto, no porque viniera enviado por Bonnie, sino porque identificó en sus ojos aquello que más temía, al mismísimo diablo: la desesperanza, la soledad, la injusticia. Conocía bien aquel traje cosido y remendado para pasar desapercibido en la sociedad que en realidad guardaba en sus entrañas la carne podrida de las heridas del pasado. Ese hombre no tenía nada que perder y, si la atrapaba, recibiría a cambio unos cuantos billetes que podrían cambiarle la vida.

A Estia se le estrujó el corazón. El combustible subió hasta sus ojos, que volvieron a quemarle con tanta intensidad que el dolor le llegó hasta el cerebro. Un pitido agudo y prolongado le atravesó los oídos como si una aguja se le hubiera querido clavar en el tímpano. Tuvo que llevarse ambas manos a las orejas y oprimirlas muy fuerte. Cerró los ojos apretando tanto los párpados que las luces del otro lado aparecieron revoloteándole por la cabeza, igual que las estrellas del universo. Un segundo atrás el hombre estaba allí, precipitándose sobre su propio cuerpo, y al siguiente, cuando el pitido cesó y Estia logró abrir los ojos, el hombre yacía en el suelo, inconsciente.

Lola lo había visto todo mientras forcejeaba con el otro hombre. Calvo y de dientes puntiagudos, trataba de morder su carne, provocando un repiqueteo cada vez que esta se le escapaba. Ni siquiera se había fijado en que una niña de quince años había tumbado a Tiny. Su único anhelo era marcar la piel de Lola por donde pudiera. Pero Lola sí la había visto: Estia se había arrastrado de rodillas apenas unos centímetros antes de que el hombre achaparrado la atrapase entre sus manos. La vio después rodar hasta el bate, escondido bajo la mesa, y recuperarlo justo a tiempo para girar sobre sí misma y arrearle con él en su cara tatuada. El hombre cayó igual que un témpano de hielo al suelo.

Estia gimió al verlo y se arrastró hacia atrás ayudándose de las manos. El sobresalto le duró un segundo, puesto que distinguió a Lola tratando de quitarse de encima al otro hombre. En ese punto se lanzaban cuchillos de cocina, Lola desde un extremo de la barra y el hombre desde el otro. Estia se asustó cuando uno de los cuchillos planeó a pocos milímetros del rostro de Lola, que logró esquivarlo con los ojos como platos.

Algunos cubiertos caían cerca de Estia, pero le costó un buen rato volver en sí y resurgir de su trance. Uno de los cuchillos que había lanzado el hombre cayó justo a su lado. Percutió en el suelo y el sonido hizo que entrara en el campo de visión de Estia. Extendió la mano, sujetándolo por el lado equivocado. Se hizo daño, pero aun así lo lanzó y el cuchillo voló como una bala por el aire. Después, vio al hombre calvo caer al suelo, con el cuchillo clavado en el ojo izquierdo. Lola salió corriendo de la barra y ayudó a Estia a arrastrar a Tiny, todavía inconsciente, hasta la cocina. Después, tiró de las telas que cubrían el rostro de la camarera y el cocinero hacia abajo.

—Soltadnos… —lloriqueó la camarera—. Dejadnos marchar y no diremos ni una sola palabra de todo esto. ¡Por favor!

—No te preocupes —respondió Lola, tratando de tranquilizarla—. La pasma llegará en un par de horas como mucho. —Empujó la puerta doble de la cocina, jadeando—. ¿Dónde están los refrescos? —preguntó antes de salir.

—Ahí —señaló con el mentón la camarera, temblando.

Lola abrió la nevera, agarró dos colas frías, abrió las chapas empujando las botellas de cristal contra la barra y le ofreció una a Estia, pero esta negó con la mano. Un escalofrío le recorrió la espalda y se paró en su estómago, que se encogió y se retorció hasta darse la vuelta.

—Creo que voy a vomitar.

Estia salió a la calle, y cuando el aire fresco le entró de lleno en los pulmones, vomitó. Se limpió la boca pasando el brazo por los labios y, encogida, se quedó allí un par de minutos, tratando de volver en sí. Le había vuelto a ocurrir. Gruñó en voz alta enfadada por haberlo vuelto a hacer. Incluso si eso les había salvado la vida, quería poder recordar lo que hacía para defenderse. Se abofeteó la cara dos veces, con rabia. Agradeció el dolor, al menos eso le hacía ser consciente de algo. Cuando se hubo calmado, entró en el restaurante. Abrió la puerta y la música seguía sonando, pero el lugar se veía completamente destrozado, como si un huracán hubiera pasado por su interior. Caminó acercándose a Lola, pisando los cubiertos que había por el suelo y los restos de maderas y hierros que se habían desprendido de sus lugares originales.

—¿Te encuentras mejor? —quiso saber Lola después de pegar un largo trago a la botella fría. Estaba sentada en uno de los pocos asientos acolchados que quedaban intactos. El sillón todavía rodeaba la mesa, exento de agujeros de bala en el cuero sobado. Estia asintió y aceptó el refresco de cola. Dio un sorbo, se pasó la mano por el pelo y se sentó frente a Lola, exhausta.

—Lo siento… —susurró, rascándose la nariz.

—¿Por qué? —dijo Lola encogiéndose de hombros, con resignación, esquivando la mirada de Estia.

—No lo sé exactamente. Supongo que por todo esto. Parece una pesadilla, Lola. Debes de estar arrepintiéndote todo el tiempo de haberme recogido en Luis de Juárez.

—Bueno, parece que también me persiguen a mí, ¿no?

—Ya… supongo… pero todo esto se ha complicado por mi culpa. Por haber disparado a Frankie, ¡y ni siquiera me acuerdo de haberlo hecho! ¡Por el amor de Dios!

—Esto no es culpa tuya —contestó Lola mordiéndose el labio—. Si lo piensas bien, Estia, es culpa mía.

—¿Por qué? —preguntó esta revolviéndose en el asiento, apoyando ambas rodillas sobre el pecho.

—Por no hacerte caso. Tenías razón. El coche negro era de Bonnie… —dijo Lola con frialdad—. No deberíamos haber parado aquí.

—Yo dije que paráramos.

—Ya, pero si te hubiera hecho caso… Si te hubiera escuchado, yo no habría parado.

—¿Y por qué estás molesta conmigo?

—No estoy molesta.

—Sí lo estás. Me hablas como si lo estuvieras. —Lola permaneció en silencio. Miró hacia otro lado sin articular palabra. Puede que estuviera molesta con Estia, pero no tenía motivos. Sin embargo, en esos momentos la odiaba. Si lo pensaba bien, no la odiaba a ella, sino lo que ella significaba. Era la primera persona en formar parte de su nueva e ineludible vida después de la metedura de pata del camerino, cuando se tuvo que librar de Theo. Estia significaba la huida y el círculo de infortunios en los que se había visto envuelta sin querer desde que arrancó el Corvette en la ciudad—. ¿Y ahora qué hacemos?

—No tengo ni la menor idea. Pero no podemos quedarnos aquí mucho tiempo. No había demasiada gente en el bar cuando entraron Bonnie y Trash, pero sí la suficiente para que la pasma no tarde en asomar las narices.



33. El pez y el lagarto

Durante cinco minutos bebieron sus refrescos de cola en silencio, escuchando la música de Sinatra a todo volumen y los golpes de fondo que la camarera, el cocinero y Tiny, que ya había vuelto en sí, daban contra la encimera, la puerta y el suelo del bar pidiendo auxilio. Todo parecía volver a la calma hasta que Lola cayó en la cuenta de algo: Estia no paraba de rascarse el brazo. Primero había sido una sola vez, pero para ese instante lo había hecho tres veces antes de que el minutero del reloj que colgaba en la pared lograra dar una vuelta completa.

—¿Por qué te rascas tanto el brazo? —quiso averiguar sin darle tampoco demasiada importancia—. ¿Te has hecho daño?

—No… Creo que voy a ir al baño —Estia se levantó de golpe y caminó hacia el aseo sin mirar atrás, pero Lola no tardó en ponerse de pie y seguirla—. Voy al baño y nos vamos —añadió sin detenerse.

—¿Por qué te rascas tanto, Estia? —demandó entonces, ya inquieta.

—Por nada. Déjame sola un minuto, ¿vale? —respondió ella acelerando el paso para darle la espalda por completo a Lola y encerrarse en el baño.

—¡Y una mierda! ¡Dime por qué te rascas! —exclamó Lola, hosca, poniendo una mano en la puerta e impidiendo que esta se escondiera en él.

Lola arremetió contra Estia tirándole del brazo derecho hacia atrás, obligándola así a mirarla directamente a los ojos. Se sobrecogió al encontrarse de frente con aquellos dos ojos que parecían tomar cada vez más y más intensidad. Estia no se resistió. Al contrario. El tacto con la piel de Lola hizo que se derrumbara. Trató de sorberse

la nariz las veces que pudo y de sostener las lágrimas que estaban a punto de brotar en su interior. Tenía miedo de que aquellos ojos lloraran algo más que agua salada: la sangre de los muertos que habían perecido bajo sus propias manos. Lola tiró de su muñeca y giró el brazo para ver el lugar exacto en el que Estia no paraba de rascarse.

—¡¡Joder!! ¡¡¿Pero quéééé?!! —Se estremeció dando un paso atrás sin soltar a Estia del brazo—. ¿¡Qué mierda es esto!?

Estia ni siquiera bajó la mirada. Sabía exactamente lo que Lola miraba con tal estupor, con esa expresión que viajaba entre la ignorancia y el asco. La de no entender una mierda. Esperaba que la soltara y se alejara más de ella, pero tras unos segundos, Lola volvió a aproximarse todavía más cerca de lo que había estado antes. Le pasó la mano libre por el pelo, colocándoselo detrás de las orejas. Incluso se agachó ligeramente para examinar a pocos centímetros de distancia aquello que le recorría toda la parte del interior del brazo, desde el codo hasta la muñeca. Estia sintió que se mareaba. No supo si era real o si aquellos cuadros negros y blancos le hacían perder el equilibrio.

—¿Qué es? ¿Alergia? —preguntó Lola impaciente—. ¿Te ha pasado alguna vez antes?

—No tengo alergia.

—¿Entonces?

—¡No sé, no lo sé! ¡No lo sé! ¿Vale? —gritó Estia perdiendo la compostura. Después tiró de su brazo hacia atrás y se soltó de Lola.

—¿Te duele?

—¡¡Me arde!! —confesó abrazándose el brazo herido con el otro. Necesitaba rascarse más y más. Pasó las uñas por la piel, levantándola en carne viva.

—Está muy rojo ya, ¡deja de rascarte! ¡Vas a arrancarte la piel!

—Claro, ¡ni que fuera tan fácil! Me ar-de —repitió Estia—. Ay, Dios, ayúdame —susurró cerrando los ojos—. Ayúdame.

—Hazme caso un minuto. Ven —Lola abrió el grifo del baño, agarró de nuevo del brazo de Estia y cuando comprobó que el agua salía lo suficientemente fría, introdujo el antebrazo de esta debajo

del chorro. Estia profirió un bufido, una expiración casi de placer extremo—. Mejor, ¿verdad?

—Sí… —exhaló—. Gracias.

—Eres demasiado cabezota —mencionó Lola chasqueando la lengua.

—¡Tú sí que eres cabezota!

—Mira… —dijo Lola—. Parece que el rojo se va yendo, ¿lo ves?

—Me pica mucho menos.

—Es que rascándote te estabas haciendo una herida peor. Estabas empeorando lo que sea que es eso. Déjame ver… —insistió la joven levantando el antebrazo de Estia hasta situarlo justo delante de sus ojos.

Se lo acercó todo lo que pudo. Tanto que la punta de su nariz no tocaba la piel de Estia por poco. Tanto que sus ojos apenas se volvían para mirar hacia el centro y enfocar mejor el origen del dolor de la muchacha.

—¿Qué? —trató de comprender Estia—. ¿Qué es?

—Parecen…

—¿Qué parecen? Lola, ¡¡¿qué parecen?!!

—¡Espera un momento, joder! ¡No te muevas! Perdona, no quería gritarte —se disculpó—. Parecen… parecen escamas… es como si fueran escamas.

—¿Escamas? ¡¿Cómo que escamas?! —profirió Estia, volviendo a deshacerse de las manos de Lola para examinar ella su propio brazo y juzgar por sí misma.

—No lo sé. Es lo que me parecen. Como… escamas de…

—¿De pez?

—No lo creo. Parecen escamas duras como las de un… ¿lagarto?

—No puede ser… —gimoteó Estia llevándose las manos a los ojos —. Lola, ¿por qué me está pasando esto a mí?

—No lo sé, Estia. Pero cuando acabe todo esto iremos al hospital, ¿vale?

—¿Al hospital?

—Sí. Al hospital.

—Tú misma dijiste que yo… que yo había hecho lo que había hecho a esa patrulla de policía en Luis de Juárez. No creo que esto

pueda curarse en un hospital.

—Eso no tiene nada que ver con lo de Luis de Juárez, Estia. ¡Seguro que tiene que ver con el estrés u otra cosa médica! Iremos al hospital cuando todo termine.

—¿Y cuándo va a terminar esto, Lola? Nos persigue la policía, nos persigue Bonnie… ¡Y ofrecen una recompensa por nosotras! No sé cómo piensas que vamos a salir de esta.

—Saldremos de esta. Te lo prometo.

Un golpe las sacó de su conversación enfrascada. Se quedaron en silencio un minuto tratando de comprobar qué había sido aquello. Se relajaron al escuchar de nuevo a la camarera con su voz aguda, gritando para que la soltasen.

—Tenemos que irnos —sostuvo Lola.

Ambas atravesaron el restaurante dejando atrás el desastre. Estia rezó para que la policía llegara rápido, una vez ellas se hubieran marchado, para liberar a la camarera que había sido tan amable con ellas, y al cocinero, que había creado aquellas hamburguesas tan deliciosas. Lola agarró un par de chaquetas que se habían quedado colgadas en el perchero. Le dio una a Estia, que la agarró entre las manos, ensimismada.

—Oye, Lola…

—Dime.

—¿Los lagartos tienen los ojos rojos?

—Eh… —vaciló Lola. Sabía que sí, que algunos reptiles tenían los ojos rojos, pero no quería decirlo en voz alta. Prefería guardarse sus teorías majaderas para ella y seguir confiando en que todo tenía una explicación lógica—. No lo sé, puede.

—Venga ya, ¡sí lo sabes! Los lagartos tienen los ojos rojos. Lo sé hasta yo.

—No lo recuerdo, de verdad.

—¿Me estoy convirtiendo en un lagarto, Lola?

—No. Oye, joder, ¡mírame! —dijo agarrándola por los hombros, zarandeándola un poco más de la cuenta sin querer—. No te estás convirtiendo en ningún lagarto, ¿me oyes? ¿Me oyes, Estia? —Ella asintió rápido tres veces—. Te está pasando algo, pero no sabemos qué es. Iremos al hospital cuando todo acabe y te darán cualquier

tontería: un jarabe rosa, unas pastillas asquerosas, y en dos días habrás vuelto a la normalidad. ¿Te has enterado? —Estia asintió de nuevo—. Bien, porque tenemos que largarnos de aquí antes de que llegue la pasma. ¿Puedes concentrarte ahora en eso y olvidarte de las escamas?

—Sí —accedió Estia para sí, sabiendo que ni un solo segundo podría jamás olvidarse de que su piel se transformaba en algo que desconocía por completo y de que sus ojos tampoco eran ya los que eran. Pero Lola tenía razón: tenía que concentrarse en focalizar sus energías y salir del restaurante antes de que las cosas empeoraran, y hasta donde sabía era totalmente factible que pudieran empeorar. Si la policía llegaba antes de que pudieran subirse a los lomos del Corvette, no podría hacerse responsable de sus actos y no quería otro cadáver que llevase su nombre.



34. La llamarada

Lola se echó por encima la chaqueta que había descolgado del perchero y empujó la puerta del restaurante con las dos manos, decidida a salir de allí. Dejó que Estia pasara primero y mientras ella se dirigía hacia el coche, Lola se volvió unos pasos para observar el restaurante, quizá para recordarse a sí misma que aquello no había sido ni una pesadilla ni una horrible ilusión de una pobre loca. Que había sido tan real como la muerte de Theo. El edificio brillaba igual que un faro en medio del mar tratando de mantener las barquichuelas a flote. Su especial resplandor se debía a la vacuidad del lugar, una vacuidad profunda acentuada por la falta de farolas y su luz artificial. Era similar a la del espacio exterior. Lola pudo notar, latente en la superficie, la falta de oxígeno de la que sufría el espacio a causa de la voracidad de la Tierra que lo anhelaba todo, incluso la vida. Eso sí, a cada segundo resplandecía menos, pues el sol hacía amago, un día más, de asomarse al otro lado de la montaña.

Enfocó la mirada y se percató de que en el suelo blanco envejecido pero pulcro se extendían charcos de sangre demasiado grandes para ser ignorados, cuerpos, escombros, cubiertos y restos de comida. «Un estropicio de mucho cuidado», pensó para sí. Y otro pensamiento fugaz le cruzó la mente: «Si salgo de esta, será con los pies por delante». El hombre de dientes afilados yacía sobre la larga barra de bar, muerto. De la cabeza le colgaban los restos de un puñado de espaguetis con demasiada salsa y un hilo de sangre le recorría la comisura del labio. Por suerte, desde allí, Lola no podía verle el ojo perdido. Habría vomitado.

Agitó la cabeza para liberarse de esos pensamientos. No podían entretenerse. Así que cerró la puerta detrás de sí, dejando en el aire

su sonido al cerrarse, y se acercó a Estia, que miraba el coche desde fuera con las manos en la cintura.

—Tenemos un problema, Lola —manifestó esta parada justo delante del Corvette. No se movió ni un milímetro, solo sus labios se separaron ligeramente para pronunciar aquellas cuatro palabras. No fue capaz ni de parpadear, ni de darse la vuelta para mirar a Lola a los ojos mientras lo decía. Porque era consciente de que aquello cambiaría el curso de su destino de un modo u otro. Estia no comprendía por qué Dios la estaba castigando de aquella forma. Por qué Dios no estaba siendo con ella todo lo bueno que a ella le gustaría. Sobre todo después de profesarle aquella fe, aquel amor. A lo mejor era cierto lo que una vez alguien le había dicho. A lo mejor no era más que un tumor negro y oscuro, un fallo del plan divino, una aberración que debía de haber perecido antes de regalarse un nombre propio.

—¿Qué pasa? —Lola se giró barriendo el espacio con la mirada, buscando a Estia mientras esta se arrimaba al coche despacio. Y entonces, ella también lo vio.

—Sale humo de ahí. Humo muy negro.

—¡No puede ser! —gruñó Lola acelerando el paso. Colocó una mano sobre el capó del Corvette y después golpeó el hierro—. ¡Joder! Se nos acaba el tiempo. Aparta un segundo, Estia. —Abrió el capó rojo y el humo salió entonces liberado, como una nube en el cielo a punto de reventar. A punto de desatar una tormenta de rayos y truenos. Lola tosió removiendo una mano por delante para apartar el humo.

—Además, creo que las ruedas están rotas —susurró Estia jugueteando con las uñas—. Las han pinchado.

—¡¿Qué?! —Lola se acercó a las ruedas, rabiosa, y comprobó que Estia tenía razón. Alguien las había pinchado. Estaba convencida de que Bonnie había tenido algo que ver.

—¿Crees que podemos arreglarlo?

—¡¡Creo que esto es una mierda!! —masculló Lola.

—¿Qué?

—Podríamos arreglarlo —suspiró, resignada—. Pero no tenemos tiempo.

—Buscaremos a alguien que pueda arreglarlo y volveremos a por él.

—Da igual, Estia. La policía lo encontrará antes que nosotras.

Lola caminó hacia un lado echándose el pelo hacia atrás, agotada. Sacó un cigarrillo del paquete, lo golpeó y se lo colocó entre los labios antes de encenderlo. Llegó al restaurante y se apoyó en la pared, devastada, casi como si hubiera decidido rendirse y esperar a que la policía o Bonnie fueran a por ella y le dieran su merecido.

—¿Qué haces?

—No lo sé —respondió Lola exhalando el humo entre los pulmones —. No tengo ni la menor idea. —Estia se acercó despacio, arrastrando los pies hasta llegar a su lado y se apoyó también en la pared. Después dejó caer lentamente la cabeza sobre el hombro de Lola, que acomodó el cuello para acceder a ese gesto.

—Encontraremos una solución —afirmó con pesar. El silencio se vio turbado por un traqueteo. El humo había dejado de salir en cascada y en ese momento el Corvette pareció un viejo abuelo enfermo que había fumado demasiados habanos durante su vida. Se estaba consumiendo. Tosía humo y emitía un carraspeo—. ¿Qué es eso?

Lola se levantó y dio un par de pasos hacia el Corvette, pero algo le impidió, de improviso, avanzar. Al contrario, una ola la arrastró hasta los pies de Estia. Volvió en sí rápido, con varias heridas por las piernas por el arrastre. Estia la ayudó a levantarse. Cuando Lola se dio la vuelta no pudo creer lo que tenía ante sí: un fogonazo se erigía casi hasta el cielo, haciendo parecer que por un momento el sol había salido en su forma completa. Su fiel Corvette ardía en llamas. Eso hizo que Lola se levantara de golpe tratando de avanzar rápido hacia el coche, pero no pudo, el dolor era intenso.

—¡Joder! —jadeó entrecortadamente y se dobló en dos por el estómago—. ¡Joder! ¡Ahora no! ¡Todavía no es el momento, joder! Te necesitamos… —dijo para sí, hablando con el coche como si este pudiera escucharla.

—¿Y ahora qué? —Estia miró a Lola de reojo. Siempre era Lola quien encontraba la solución a todos los problemas. No obstante, notaba en su corazón que en aquel momento Lola necesitaba ayuda.

La vio derrumbarse y retorcerse de dolor. Se acercó a ella y la levantó por el brazo ayudándola a erguirse. Estia supo que era su turno, que debía sacar a la luz esa energía que subyacía en ella. Cerró los ojos y se esforzó, se esforzó en pensar que el coche funcionaba. Apretó los párpados mucho, después los puños, tan fuerte que se hizo sangre en las palmas y la mandíbula le crujió: nada. Absolutamente nada—. Oye, no te preocupes. Caminaremos —aseguró decepcionada.

—No…

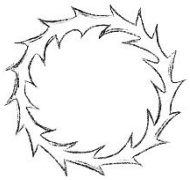
—De verdad, Lola. Llegaremos a un lugar seguro si seguimos caminando. Nos las apañaremos. Lo hemos hecho siempre.

—Moriremos en el intento. No hay nada en kilómetros a la redonda y lo sabes —masculló Lola entre quejidos.

—Pero lo conseguiremos. Estoy segura. Hemos llegado hasta aquí, ¿no? Confía en mí. Déjame ayudarte.

DÍA 5





35. Los bichos raros de Lancaster

Lola permaneció en silencio un buen rato. No tenía fuerzas. Se limitó a alejarse unos pasos de Estia, con cuidado, sin dejar de observar la llamarada que parecía bailar entre los huecos del Corvette y desaparecer al tocar el cielo. Se llevó la mano a los labios y los acarició, pensativa. Se esforzó, pero la desesperación se abría paso en su ser y la posibilidad de encontrar la salida a todo aquello se le tornaba cada vez más imposible. Suspiró, sin querer, emitiendo una exhalación de resignación. Estia se acercó a ella y posó una mano sobre su hombro. Al hacerlo volvió a reconocer la anomalía de su brazo, pero la ignoró; advertía el sufrimiento de Lola en sí misma y sentía la necesidad de sostenerla.

—Tenemos que irnos —dijo con una certeza poco habitual en ella —. Trata de… olvidar la tristeza por un momento.

—No es eso… —susurró Lola gimiendo, mirándola de soslayo.

—Venga, Lola…

—¡Que no es eso! —protestó la joven deshaciéndose de la mano de Estia—. Ese coche era importante.

—¿Era… muy caro?

—Bueno, sí, pero no es eso…

—Era… de alguien importante, ¿verdad?

—Más o menos —accedió Lola asintiendo. Después le dio la espalda al resplandor del Corvette y cerró los ojos, aun así veía la imagen reflejada en la cristalera del restaurante, pero al menos era una imagen más sutil, casi imaginaria. Lola pensó en Theo. El coche era suyo y al verlo arder y convertirse en cenizas, volvió a sentir la furia que sintió el día en que se encontró con Estia. Aquel incendio hacía desaparecer el rastro que le quedaba de Theo. Y en sus

entrañas, cerca de su corazón, pudo advertir un quiebre como si un círculo se cerrase: el suyo propio, el de toda una vida.

—Lo siento mucho.

Entonces Lola hizo algo que Estia no esperaba. Algo que jamás hubiera imaginado. Se abalanzó sobre ella sin abrir los ojos y la abrazó. Las manos de Lola se posaron en su espalda y apretaron con necesidad estrechándola contra su cuerpo frágil. Hundió la cabeza entre su cuello y su hombro, enterrándola entre su pelo, sucio después de tantos días. Al principio Estia se quedó quieta. Aquel abrazo era muy diferente a los que ella había experimentado. Habían sido pocas las ocasiones, pero los abrazos de Elijah y los de las otras personas que alguna vez habían decidido eliminar toda distancia entre ellas y Estia habían sido fríos, distanciados, protocolarios. El abrazo de Lola era caótico, caliente, casi como si su cuerpo quisiera realmente engullir el de Estia y formar uno solo. Por eso no supo cómo reaccionar, al principio. Sin embargo, enseguida le devolvió el apretón y haciéndolo se sintió bien. Se sintió cerca de un hogar que jamás había tenido.

—No importa —respondió Lola enjugándose la cara con su pelo. Se sentía mucho mejor y el dolor se fue disipando.

—De verdad que lo siento.

—No importa —insistió ella. Cogió aire entre los pulmones y soltó a Estia, frotándose los ojos—. No es que fuera de alguien importante, importante. O sí, no lo sé. La cuestión es que llevo demasiado tiempo cerca de ese trasto —explicó—. De todos modos teníamos que deshacernos de él tarde o temprano. No era ni el momento ni el lugar, supongo, pero llama demasiado la atención, ¿no? —Estia asintió una sola vez, dibujando una ligera sonrisa en la cara—. En realidad, no es tan mala noticia.

—Está amaneciendo —mencionó.

—Sí. Anda, vamos. Tenemos que largarnos de aquí antes de que llegue la pasma y vea este desastre.

El sol había logrado alcanzar la altura y posición perfecta para generar una línea brillante. Tan brillante y cegadora como la que Lola imaginaba que saldría de uno de esos objetos no identificados de los que hablaban en las noticias de cuando en cuando con tono

irónico, burlándose de aquellos que decían haber visto algo rondar el universo. Mientras caminaba hacia la carretera principal en silencio y esforzándose por no sentir el dolor de los golpes de la pelea con aquel tipo y la ola expansiva de la explosión del Corvette, Lola recordó los avistamientos de ovnis de North Hudson Park. Cojeando un poco, también recordó que siendo algo más niña había escuchado algo sobre unas abducciones. Las abducciones de Betty y Barney Hill, en Lancaster. En lo más profundo de su mente existían esos recuerdos que habían estado enterrados en la parte de atrás de su memoria y que se empeñaban en salir a la luz en aquel momento nada más que para dejar pasar la fugaz idea de que a lo mejor aquello tenía algo que ver con lo que le pasaba a Estia. Se volvió con disimulo a mirarla y examinó echando un vistazo rápido y sin decir nada sus ojos y su brazo. Ella le sonrió de nuevo. Fuera lo que fuera lo que le pasara a Estia, pensó Lola, nadie debía descubrirlo, o las encontrarían y las perseguirían como a bichos raros igual que habían hecho con los de Lancaster.

Las muchachas dejaron atrás la llamarada del Corvette y el restaurante al tiempo que el sol iba escalando el cielo hacia arriba. Unos minutos después trazaban la línea de la carretera secundaria. Caminaron por el lado derecho, pegadas a la hierba amarillenta que sobresalía hacia el asfalto resquebrajado. Lola empezó a silbar viejas canciones. En el fondo de aquellas melodías Estia reconoció una cierta melancolía que era difícil de ver en Lola, así que, aunque no conocía ninguna de las canciones, trató de seguir la melodía.



36. El hombre del coche gris

Al principio la carretera no trajo ningún vehículo, pero a medida que el día iba avanzando y el sol iba volviendo a visitarlas igual que un viejo amigo, Estia y Lola vieron surcar el asfalto a algún que otro coche. No muchos, quizá dos o tres, pero los suficientes para tener que esforzarse por esquivarlos. Al verlos aproximarse se echaban a un lado y salían de la calzada, accediendo al terreno de un mar de hierbas para esconderse.

Una vez se alejaban lo suficiente, saltaban de nuevo al asfalto roto y jugaban a adivinar a quién pertenecía el cuatro ruedas. Uno que pasó a toda velocidad pertenecía a una embarazada a punto de dar a luz con el pañuelo ondeando en la ventanilla, el otro, a un grupo de perros que habían decidido robarle el coche a su dueño, que se pasaba de listo con la vara; aunque seguramente la realidad era mucho más simple: eran propiedad de las personas que vivían en las contadas casas semiabandonadas que salpicaban el terreno infértil.

Estia estaba cansada pero fascinada al verse rodeada de aquellas flores amarillas, y al poder distinguir entre la hierba amarillenta y la hierba verde que de vez en cuando reclamaba el espacio que le pertenecía. No obstante, hacía calor y a medida que pasaban las horas sentía la garganta más seca por la falta de agua. Sabía que tarde o temprano aquella caminata se convertiría en su propia trampa mortal. Debían encontrar el camino hacia un pueblo o hacia un arroyo en el que pudieran refrescarse, o morirían, tal y como Lola había predicho.

Quiso decírselo, pero a lo lejos, el motor de un nuevo coche que se acercaba por detrás interrumpió sus palabras.

—Vamos, salta —ordenó Lola adentrándose de nuevo entre los hierbajos.

Estia hizo lo propio y se apretó contra el forraje de la cuneta junto a Lola para dejar que el vehículo se alejara. Percibió un coche gris de formas cuadradas entre los huecos del heno y los girasoles. Este pasó de largo, aunque no iba demasiado deprisa. Ambas esperaron un minuto para salir. Estia se levantó y se sacudió algunos restos que se le habían quedado pegados en los muslos, riendo. Luego miró a Lola dispuesta a seguir jugando y descubrir a qué criatura o persona pertenecía aquel viejo automóvil.

Una frenada en seco, que retumbó por cada linde del llano, motivó a Lola a sujetarla de la ropa y tirar de ella para que volviera a esconderse. Después, Estia apartó el heno en dos y elevó la cabeza con cautela para husmear. El coche había frenado y se había quedado quieto en el sitio. No se movió durante un buen rato, mucho más de lo habitual. Estia miró a Lola de soslayo, nerviosa.

—Mantén la calma —solicitó Lola entre susurros.

—¿Y si es Vásquez… o peor… Bonnie?

—Tú mantén la calma, ¿vale? —El coche arrancó y avanzó hacia el frente, poco a poco, soltando tras de sí una humareda negruzca—. ¿Lo ves? Ya se va.

Sin embargo, un ronquido de motor seguido de un rumor suave delató al vehículo, que daba marcha atrás, y Lola y Estia se agazaparon todavía más. Estia sentía el corazón latirle muy rápido y Lola tragó saliva atenta, vigilante. El coche frenó justo delante. Dentro conducía un hombre de cara redonda y rugosa, cruzada por un frondoso bigote que dejaba ver únicamente del labio superior, el arco. Llevaba el pelo, que le cubría toda la cabeza, revuelto, pero no tenía demasiado, era fino y endeble.

—Vamos —rio el hombre asomando la cabeza por la ventanilla—. Salid de ahí, muchachas, os he visto. —Lola colocó despacio una mano sobre el regazo de Estia y la otra sobre sus labios para indicarle que no hiciera ningún ruido y que se quedara quieta—. Vamos, que no pasa nada. ¿Qué hacéis ahí escondidas?

Se miraron la una a la otra sin saber qué hacer. Estia hizo un ademán de angustia. Estaba asustada. Lola bufó, echó la cabeza hacia atrás y se levantó, resignada.

—Ey, ¿qué hay? —saludó, soberbia, rascándose la nuca como si hasta un segundo antes no hubiera estado ocultándose entre las hierbas.

—¿Y tu amiga? —dijo el hombre—. Vamos, puedo verla desde aquí. —Lola introdujo el brazo entre las hierbas y tiró de Estia hacia arriba, que se resistió a seguir su guía.

—Vamos, Estia, sal —farfulló—. No pasa nada. —Esta obedeció y emergió entre los rastrojos.

—Hola —la saludó el hombre, sonriendo—. Mírate. Ahí estás. No tenéis muy buena estampa, ¿sabéis? —se burló, tratando de ser amigable, aunque Estia pensó que el que no tenía demasiada buena estampa era él—. ¿Qué hacéis por aquí?

Lola carraspeó, saltó al asfalto y comenzó a caminar hacia delante. Avisó a Estia con una seña de cabeza para que la siguiera.

—Pues hemos venido a pasar el día. Ya sabes, a tomar el aire fresco, que se dice —respondió sin dejar de caminar—. Si nos disculpas, tenemos que volver.

—¿Y entonces qué hacíais ahí escondidas?

—Ah… —dijo Lola—. No estábamos escondidas. Buscábamos…

—¡Flores! —exclamó Estia—. Son tan bonitas. No hay demasiadas así donde vivimos.

—No sois de por aquí, entonces… —El hombre apoyó el brazo en el hueco de la ventanilla del conductor con sobrada seguridad, sin dejar de avanzar a ritmo demasiado lento, puesto que ni ella ni Lola se habían parado, sino que continuaban marchando hacia el frente. Lola unos metros más adelante y ella unos metros más atrás. Avanzaban bastante rápido, pero aun así era demasiado lento comparado con el hombre subido en el coche.

—No —intercedió Lola rápido—. Por eso tenemos que irnos ya. Nuestra tía nos estará esperando.

—Podéis subir si queréis. Puedo llevaros hasta vuestra tía. —Puede que, si hubiera sabido lo que ella y Lola habían sido capaces de hacer primero con Frankie y luego con Trash, no intentaría recogerlas de aquella forma. Lola sabía que aquel hombre pensaba que estaba en condiciones superiores y que eso le daría el poder de hacer con ellas lo que quisiera. No era la clase de tío que quería

ayudarlas. Lola lo sabía. Solo hacía falta fijarse en cómo las inspeccionaba. Detrás de ella, Estia recordó lo que se escondía bajo la parte inferior de su brazo, así que se apresuró a echarse la chaqueta por encima para cubrirla y tirar de los puños hacia abajo. Ahora que lo recordaba le había dejado de escocer—. Bueno, ¿qué? —repitió el hombre—. ¿Subís?

—No hace falta —insistió Lola—. Seguiremos caminando.

—Oye… —resopló este aproximando aún más la cabeza, sacando medio cuerpo por la ventanilla—. No sé dónde pensáis ir, pero si seguís caminando hacia delante por esta carretera os acabarán encontrando disecadas, derretidas y aplastadas contra el asfalto igual que a las lagartijas. No hay nada en kilómetros a la redonda. ¡Subid!

—De verdad que no hace falta. Nos gusta caminar.

—Venga, anda. ¿Por qué no me escucháis? Subid y os llevaré en un momento a donde me digáis.

—De verdad que no es necesario.

—Oye…

—¡Oiga usted! —exclamó de improviso Estia con peor humor del que había sido capaz de prever, pero apenas susurrando—. ¿No ha escuchado a mi amiga?

—¿Decías algo, niña? —sonrió el hombre con suficiencia—. No te he escuchado bien —se mofó llevándose una mano a la oreja.

Estia frenó en seco. Aquel gesto le recordó a Enzo. Apretó las manos demasiado fuerte. Las heridas que tenía bajo la chaqueta comenzaron a quemarle de nuevo, primero como un ligero picor, pero después le ardían tanto que no se lo pensó y tuvo que arremangarse. Lola vio el terror en la expresión desencajada del hombre que, de pronto, había abierto los ojos tanto que parecían bolas blancas de billar a punto de salírsele. Entonces Lola se volteó para mirar a Estia. No podía creer lo que tenía delante de sí.



37. El zumbido de la caravana

Las pupilas de Estia, que con el sol aún se podían confundir con un marrón ambarino, eran innegablemente rojas en aquel instante. Ni siquiera resultaban de un rojo sangre habitual: parecían brillar. Brillar como las luces traseras del fiel Corvette calcinado de Lola. Le examinó también los brazos, y aquella piel cuarteada que había visto en el baño del restaurante de carretera ya no era solo eso. Le recorría la piel desde la muñeca hasta el codo y del codo hasta el hombro, igual que una armadura, y respecto a lo que alcanzaba a ver, eran completamente verdes.

—*Di-go que si no has es-cu-chado a mi a-miga*. —La voz que surgió desde las profundidades de la garganta del cuerpo de Estia no era la suya. Era más grave y profunda, casi como un rugido de león engrosado por el eco de una cueva subterránea.

—Estia… —susurró Lola, perpleja.

—¡¡Putas frikis!! —gritó el hombre. Arrancó el coche dejando detrás de sí una gran nube de humo y un patinazo que rechinó usurpando el silencio.

En ese momento Estia se desmayó y cayó al suelo. Lola no pudo moverse. Se había quedado completamente paralizada, tratando de asimilar aquella voz que le había parecido pertenecer a un ser oscuro y no a Estia. La conmoción no le permitió escuchar nada a su alrededor. Ni siquiera percibió el zumbido de la caravana color crema que se les acercaba por el otro lado. Antes de que pudiera ni siquiera reaccionar, el vehículo alto y viejo había aparcado justo a su lado. Otro hombre, más joven y de pelo largo, asomaba la cabeza por la ventanilla sin articular palabra. Entonces, detrás de él, una mujer asomó la cabeza también, haciéndose hueco en la ventanilla por encima del primero.

—¿Está bien? —preguntó—. Tu amiga, ¿está bien?

—No… no lo sé. Se ha desmayado —reaccionó Lola, aunque no del todo. Solo fue capaz de responder, pero no de moverse, como si el alma se le hubiera escapado y sobrevolase su cuerpo.

—No me extraña… con este calor. ¿Sabes qué le ha podido pasar exactamente? ¿Tiene alguna enfermedad? —respondió la mujer bajando de la caravana. Llevaba en la mano una cantimplora de metal llena de agua. Se acercó a Estia y entonces Lola también se aproximó a toda prisa, solamente para comprobar si las escamas de Estia eran visibles. Tenía los ojos entornados, pero al menos pudo cerciorarse de que habían dejado de brillarle.

—No tengo ni idea. Íbamos caminando y de pronto se ha desmayado —explicó Lola sin dejar de observar el cántaro de agua —. Seguro que ha sido el calor.

—¿Tienes sed? Toma, cógelo —dijo la mujer ofreciéndoselo por el asa. Lola lo aceptó de buena gana. Se moría de sed. Bebió un largo trago, desparramando por los lados algo de agua que le mojó la ropa, agradeciendo el frescor.

—Gracias… —respondió devolviéndoselo.

—Lleváis tiempo sin beber agua, ¿eh? Seguramente haya sido eso, entonces. Vamos a ver —dijo la mujer arrodillándose sobre Estia para echarle un poco por la cara. Ella agitó la cabeza hacia un lado y hacia otro, articulando algunas palabras ininteligibles, casi gemidos, como cuando alguien sueña en voz alta—. ¿Estás bien? ¿Eh? ¿Me escuchas?

—Te has desmayado —le susurró Lola al oído.

—¿Puedes escucharnos?

—No… no me acuerdo —dijo Estia con un hilo de voz, mientras trataba de separar los ojos y los labios, que le pesaban un quintal.

—¿Recuerdas algo de lo que te ha pasado? Dime cómo te llamas. ¿Puedes recordar tu nombre?

—Recuerdo mi nombre, Estia, y el suyo, Lola. Recuerdo todo. Casi todo. Lo único que no recuerdo es lo que ha pasado antes de caerme al suelo.

—Bien, vale. No te preocupes. Será del golpe, seguramente. Voy a por algo con azúcar. Sigue dándole agua a sorbos. —Lola aprovechó

que la mujer rodeaba la caravana y que no podía escucharla para hablar con Estia. Y aunque el hombre todavía las observaba a través de la ventanilla, no estaba tan cerca como para entender lo que decía si hablaba bajito.

—¿No recuerdas nada, Estia? Se… se te han puesto los ojos rojos y brillantes. Más que la última vez —susurró—, y las heridas, las del brazo… parecía que tuvieras todo el cuerpo lleno. Y eran verdes, verdes como las alas de un escarabajo. —Estia se llevó una mano a la cabeza para aliviar la quemazón y levantó la otra pidiendo a Lola que la ayudara a incorporarse sobre el asfalto, despacio.

—No recuerdo nada.

—Mira, come esto. —La mujer, de aspecto contracultural, se arrimó a Estia y volvió a arrodillarse junto a ella. Le mostraba un pedazo romo de chocolate con avellanas, derretido por los cantos—. Te sentirás mejor. Este para ti… —añadió ofreciéndole otro pedacito a Lola—. Y este para mí —rio y mordió el chocolate—. Bebed más agua, anda.

—Gracias… de verdad.

—Venga, subid. ¡Os llevamos a casa! A pie no podréis llegar.

—No, no hace falta —intervino Lola rascándose la nuca—. Creo que podremos llegar por nuestra cuenta.

—Yo no lo creo —mantuvo la mujer—. Hace un calor infernal hoy, querida; el pueblo más cercano está a unos quince kilómetros y tu amiga está hecha unos zorros. Si quieres que se ponga bien, tendréis que confiar en nosotros.

—Bueno… está bien.

—¡Bien! —ultimó la mujer golpeándose las rodillas antes de ponerse en pie—. ¿Dónde os llevamos? —Ni Lola ni Estia supieron qué responder. Se echaron una mirada, pero ninguna dijo nada—. Entiendo… no tenéis un lugar al que ir… exactamente.

—Más o menos —admitió Lola—. Íbamos hacia el este en mi coche, pero se ha averiado a unos kilómetros de aquí y hemos tenido que dejarlo aparcado.

—No pasa nada. Lo captamos, ¿verdad? A nosotros nos gusta movernos de vez en cuando. Nuestro pueblecito está a unos veinte

kilómetros de aquí. Podéis venir con nosotros si queréis. En casa estarán contentos de tener dos chicas nuevas.

—Supongo que vale.

—¿Estás segura, Lola? —susurró Estia.

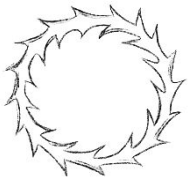
—Joder —masculló esta con un golpe de cabeza—, es que no podemos hacer otra cosa. Tú estás mal y hace demasiado calor —explicó—. Parecen amables, ¿no? —añadió en voz baja—. ¿Tú qué piensas?

—Supongo que sí.

—Además… empiezo a pensar que, pase lo que pase, si estamos en peligro sabremos defendernos —verbalizó por primera vez fuera de su cabeza—. *Sabrás* defendernos —puntualizó—. ¡Ya vamos! —dijo en voz alta para avisar a la mujer, que se acomodaba ya en el interior de la caravana.

Lola sujetó a Estia por las axilas y la ayudó a levantarse. Esta se apoyó en sus hombros y, despacio, ambas rodearon la caravana hacia la entrada. La muchacha alargó la mano para ayudarlas a subir. Se sentaron en la camioneta que rebosaba de objetos aleatorios. Atrás, comida y más cántaros con agua. Colgando de la pared, retales de colores y espejos centelleantes.

—Yo soy Ryder, encantada —sonrió la mujer mirando desde el asiento delantero hacia atrás una vez se hubieron aposentado—. Y este tío tan majo que conduce como los ángeles es Atlas.



38. El mar amarillo de olas verdes

La caravana se desvió unos kilómetros más tarde hacia una carretera de tierra. Primero atravesó las hierbas altas que formaban un mar amarillo de olas verdes abrazado por girasoles que buscaban el sol con ansia. Bailoteaban muy cerca, rozando el vehículo a lo largo de aquel camino estrecho. Estia, que se sentía mucho mejor después de haber bebido y comido algo, asomó medio cuerpo por la ventanilla para tocarlas. Aquellos colores brillantes y el sol, mucho menos agresivo y más gentil sobre su rostro, la hacían sentir bien, y ni Ryder ni Atlas fueron antipáticos por ello. Al revés, sonrieron al ver que disfrutaba con el tacto sedoso de los pétalos dorados.

Poco a poco el terreno fue dejando atrás aquel océano de hierbas que ahora a Estia se le tornaban insignificantes. Se internaron en un laberinto de plantas altas de hojas largas y espigadas decididas a revestir la caravana hasta la cubierta, donde Ryder y Atlas cargaban algunas cajas desordenadas. Estia no tuvo más remedio que resguardarse en el interior, puesto que algunos de los tallos de aquellas plantas terminaban por acceder a través de la ventanilla abierta, golpeteando los márgenes, haciéndolas sonar igual que una escoba.

Lola, recostada, apoyando la cabeza contra un lateral, observó a Estia. Le alivió comprobar que se encontraba bien después de aquel desmayo. Toda aquella situación empezaba a preocuparle. Algo le decía que Estia se le escapaba entre los dedos, que empezaba a ser incontrolable o que quizá siempre lo fue y nunca quiso verlo. A veces pensaba que se trataba de una cuestión médica, que necesitaba ayuda de algún tipo, era lo más lógico. Pero después estaba todo el asunto de que lograra desviar el coche patrulla a la salida de Luis de Juárez. Eso era algo que las dos sabían. Al final, decidió ignorar

aquellas ideas en bucle que se le adherían y le infectaban el juicio, sobre todo porque no tenía ni idea de cómo salir de aquel embrollo sin que ambas terminaran pudriéndose entre rejas. Cerró los ojos pensando en qué extraño era compartir espacio con dos personas más. Se había acostumbrado a Lola y a Estia, a Estia y a Lola: a la idea de ellas dos como una sola, a no tener que incluir en su vida a nadie más. Comprendió en aquel momento que, de algún modo extraño y retorcido, le gustaba esa idea. A pesar del miedo y de la incertidumbre. Durante un minuto creyó que no sabría cómo actuar con alguien que no fuera Estia. Por suerte, Ryder y Atlas no hablaban mucho. Se habían limitado a encender la radio y a escuchar música. De cuando en cuando embutían la cabeza del respaldo de los asientos y les sonreían a través de los huecos.

Unos diez minutos más tarde vieron llegar el final de aquellos caminos de esbeltas plantas. Y desde allí pudieron descubrir que se trataba de un campo extenso de maíz. Lola no pudo evitar sorprenderse al distinguir a lo lejos una explanada con varias caravanas aparcadas en círculo. Según se fueron acercando divisó entre los vehículos a algunas personas de pelo largo y aspecto disidente, y también percibió la maravilla en ellas. Cada caravana era diferente: en unas alguien había colgado luces de colores; en otras sobresalían molinos de viento hechos a mano, retales de tela, plantas decorativas, e incluso una contaba con una mecedora de trapo que se balanceaba con la brisa.

—¿Qué es este lugar? —quiso saber. Habiéndolo visto casi todo en su vida, la muchacha se dejó sorprender.

—¡Es… increíííbleee! —manifestó Estia con asombro mientras se apoyaba en la ventanilla y observaba el paisaje boquiabierta.

—Es nuestro hogar —explicó Ryder—. Nos encanta, ¿verdad, Atlas?

—¿De verdad vivís aquí?

—Aquí y allí, allí y aquí —especificó Atlas—. Pero sí, como dice Ryder, este sitio nos encanta. Llevamos aquí unos dos años. Antes estuvimos en otro lugar cerca de la montaña, a las faldas de Terronia. Y antes de eso, durante un año, vivimos justo sobre la

arena del mar, al borde del océano. Nuestra casa es el mundo. Nuestro hogar, nuestros amigos.

—Cada vez quedamos menos. Eso es verdad —dijo Ryder con cariz triste—. Supongo que todo ha cambiado. Supongo que ya no nos interesan las mismas cosas. Son casi los ochenta y todo se está volviendo raro ahí fuera.

—¿A qué te refieres? ¿Sois jipis o algo de eso?

—Bueno, es una forma de llamarnos, sí. Pero ya no quedamos muchos. Es difícil convencer a la gente de que hay algo más importante que la avaricia, la propiedad… Algo más que unos ideales que te atrapan para siempre, algo más que… ¡Algo más que unas Nike o una Pepsi, joder! —rio con ironía Atlas, echando el freno de mano.

—Yo lo entiendo —dijo Estia mientras Ryder abría la puerta trasera para dejarla salir—. Y no sé qué son unas Nike.

—Sí… tienes pinta de captarlo —comentó Atlas con entendimiento mientras subía a la parte superior de la caravana y preparaba los bultos para poder descargarlos.

—¿Y la comida y el agua? ¿Qué hacéis? —preguntó Lola, aterrizando en el suelo de un salto.

—Pues ya veis. Aquí arriba llevamos todo. Y ahí —añadió el hombre señalando la parte trasera—. Aprovechamos estos campos de maíz que nadie usa. Lo recogemos y lo cambiamos por comida u otras cosas que necesitamos en el mercado de Maroes. En Maroes todavía son amigos del trueque, por suerte. Y el agua la recogemos de un arroyo que hay en un sendero, o de la fuente del pueblo. Fresca y deliciosa. Por cierto, bebed más agua… estáis rojas como dos cangrejos bien cocinados. —Mientras Atlas hablaba, Ryder les alcanzó otro cántaro de agua—. Aquí cada uno tenemos una tarea. La nuestra es llevar el maíz e ir a por comida y agua. Todavía nos gusta mezclarnos con la gente. Charlar… ya sabéis. Ver qué pasa ahí fuera.

—¿A los demás no les gusta salir o estar con otra gente?

—A los demás les gusta estar aquí. Sienten que están a salvo. Dentro de su burbuja son felices.

—¿No les importará entonces que vengamos con vosotros? Venimos de fuera.

—¡Qué va! Pensarán que hay dos chicas jóvenes dispuestas a escuchar sus batallitas —respondió Atlas levantando una caja pesada y pasándosela a Lola, que la cogió y caminó tras él—. Son muy buena gente, ya lo veréis.

—Por aquí —señaló Ryder—. Podéis quedaros el tiempo que necesitéis. Solo tenéis que elegir algo que hacer, ¿vale? Puede ser recoger el maíz con nosotros, limpiar las caravanas, cocinar… Pero eso mejor lo hablamos mañana. Ahora… ¡A descansar!

—Bueno, ¿qué os parece? —Atlas se detuvo justo delante de una caravana de color azul.

—¿El qué? —preguntó Lola.

—La caravana, ¿qué os parece? —Estia se quedó allí quieta, observando la caravana. Por fuera era azul eléctrico, y una alfombra marrón de colores decoraba la entrada, tapando la hierba cortada. Una cortina de flores y hojas ocres dejaba entrever el interior de madera que formaba una estructura cubierta de cojines de los mismos tonos. Olía a menta y a almizcle—. Está un poco abandonada. Lleva vacía unos meses.

—Os podéis quedar aquí. Dos de nuestros amigos decidieron volver a la civilización. Iban a tener un bebé, supongo que eso cambia a cualquiera.

—¿Abandonada? —se sorprendió Estia—. Es preciosa…

—Me alegro de que te guste.

—Geniaaal —ironizó Lola—. Tendremos que compartir tres metros cuadrados durante… una eternidad.

—No le hagas caso, Ryder. A Lola le encanta bromear. Está contenta de que tengamos un lugar en el que quedarnos, ¿verdad, Lola?

Lola no respondió, pero se quitó los zapatos y entró en la caravana. Suspiró, cerrando los ojos. Lo cierto era que, al menos, allí nadie las encontraría jamás.

—Bueno… Os dejamos aquí para que os instaléis. Nuestra casa es esa de ahí. Os vemos en la puerta en unas horas para cenar, ¿vale? Y Estia, descansa, tienes los ojos irritados por el calor. —Estia se

sintió sobresaltar al escuchar a Ryder mencionar sus ojos, aunque al final no se preocupó al percatarse de que esta pensaba que era fruto de un golpe de calor.

—Os lo agradecemos mucho, de verdad. Que Dios os bendiga por esto. —Ryder echó un vistazo a Lola, que esbozó una sonrisa y asintió con la cabeza, haciéndole comprender que le daba las gracias. La mujer le devolvió la sonrisa, con amabilidad, y cerró la puerta de la caravana antes de marcharse.



39. La nueva vida

La noche cayó sobre aquel lugar mágico escondido entre campos de maíz y tierra. El cielo se volvía oscuro y comenzaba a dejar ver las estrellas que brillaban con fuerza sobre las caravanas, que habían encendido sus luces de colores. Lola no había visto nunca nada parecido. La onda anaranjada que las ciudades emitían siempre se empeñaba en apagar el brillo de las estrellas que a cientos de kilómetros de años luz trataban de enviar mensajes a la tierra con sus parpadeos inconstantes. Desde allí, junto a la caravana azul, Lola podía ver millones de ellas. Ni cientos, ni miles, sino millones. Era realmente sobrecogedor. Inmersa en aquella fascinante envoltura no fue capaz de frenar la reflexión sobre lo diminuta que era ella, lo irrelevantes que eran todos, en realidad, y sobre lo convencidas que creían estar las personas de lo que hacían. Esperanzadas de que cualquier movimiento vital guardaba un porqué secreto que en algún momento se volvería tangible y fácil de descifrar. No obstante, allí, dejándose seducir por la abrumadora inmensidad del universo, tuvo la certeza de que era imposible que alguien sobre la faz de la tierra tuviera la más remota idea de lo que hacía. Pensó en algo imposible, en que quizá la única solución a su huida era encontrar refugio en otro planeta, con sus propias estrellas y sus propios satélites. Allí donde el nombre de Theo, de The Barracoodas y de Dolores Quinn no significasen absolutamente nada.

—¿Estás lista? —preguntó Estia, sacándola de su ensimismamiento mientras agachaba la cabeza para salir de la caravana.

—Sí —afirmó Lola sin quitar la vista del cielo. Estia caminó hacia delante, poniendo rumbo a la caravana de Ryder y Atlas para cenar. Se adelantó a Lola porque esta última se quedó con los pies pegados

al suelo cubierto de hierba. Estaba quieta, todavía algo fuera de sí misma a la par que sus pensamientos sobrevolaban la atmósfera.

—Estia…

—¿Sí? —respondió girándose hacia ella.

—¿De verdad crees que Dios existe? —mientras hablaba, Lola no dejó de observar las estrellas. Estia se acercó a ella y jugueteó con sus manos y su pelo mojado esperando a que Lola la mirara.

—Sí, Lola. Creo en Dios de verdad.

—¿Crees que está ahí arriba? ¿Que nos observa?

—Creo que está en todas partes.

—Yo no lo creo —admitió Lola, pensando en Theo—. No puede ser que esté ahí arriba, dejándonos pasar por todo esto.

—Vale… —murmuró Estia, dándose la vuelta para seguir su camino.

—Pero… puede que esté ahí arriba, ¿verdad? El universo es inmenso. ¿Crees que Dios puede vivir en otro planeta? ¿En alguna estrella lejana?

—No lo sé —susurró Estia volviéndose de nuevo hacia ella—. Pero creo que si tú lo crees está bien —dijo acortando la distancia todavía más. Estaba tan cerca que Lola pudo notar la respiración de Estia rondarle el cuello. Levantó una mano y posó la palma sobre su pecho. Ese gesto provocó que un escalofrío le recorriera la piel, arrugándola hasta volverla escarpada—. Tienes que hacer caso a tu corazón. Ahí está la respuesta, Lola. —La muchacha asintió y llevó su mano, ahora limpia después de ducharse por primera vez en días, a la de Estia. La sujetó fuerte, agarrándose en sus pensamientos a su propia vida, a la ilusión—. Vamos, no les hagamos esperar más.

Llamaron a la puerta de la caravana varias veces, pero nadie abrió. Se sentaron a esperar a Atlas y a Ryder, que aparecieron cinco minutos más tarde con dos redes de tela hasta arriba de maderas y de plantas de maíz. Se habían echado por encima ropas más abrigadas; era cierto que allí empezaba a refrescar, el viento le enfriaba las orejas a Estia, que llevaba el pelo largo empapado.

—Perdonad —se disculpó Atlas agitando una red de esparto llena de leña—. Orsa no puede cargar con ella hasta la hoguera.

—No pasa nada, si acabamos de llegar.

—Asaremos maíz y algunas verduras, y Pelusa ha cocinado dos pollos en la cocina que se ha construido al lado de su caravana. —Ryder soltó otra bolsa de maderas, encendió las luces del porche improvisado y abrió la caravana—. Entrad, entrad, os he dejado ropa sobre mi cama. Podéis coger lo que queráis.

—¿En serio?

—¡Claro que sí!

—No tenéis por qué hacer esto —intervino Lola, apesadumbrada —. Es… es demasiado.

—No es nada, Lola. Pero recordad que por el día hace mucho calor. Así que escoged algo para el día y algo para la noche —aconsejó la mujer sujetando la puerta, no porque pesara, sino para invitar a Lola y a Estia a entrar—. Os esperamos aquí fuera, ¿vale? —añadió antes de cerrar.

Lola y Estia se miraron sonriendo al ver sobre la cama un montón de ropa de todos los colores y formas: jerséis calientes de lana, pantalones de tela largos, camisetas de tirantes de colores, ropa interior limpia… Era para ellas como entrar en una tienda rebosante de dulces. Se habían duchado una vez en toda la semana y no habían logrado cambiarse de ropa, excepto por las chaquetas que se llevaron del restaurante.

—¡Joder! ¡Esto es una pasada! ¿Lo hueles?

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Estia abrazando un puñado para aspirar el aroma a limpio—. Huele tan bien. A lavanda y a coco.

—¡Creo que estoy en el cielo!

A Lola se le pasó por la cabeza el fugaz pensamiento de que en su vida jamás se habría puesto nada parecido. A ella le gustaban los pantalones vaqueros duros y las chaquetas de cuero anchas e inflexibles. Y nunca le había molestado la peste a cerveza, tabaco y humedad de los camerinos. Había convivido con eso durante muchos años. Sin embargo, la idea de vestirse con aquellas prendas le agradó, la idea de abandonar el perfume de los recuerdos, quizá como señal de que esa promesa de una nueva vida estaba a la vuelta de la esquina, convirtiéndose ya en algo real.

Estia volvió a colocar la ropa sobre la cama y se despojó de la suya rápido, sin darle demasiadas vueltas. Quizá por su escasa

educación respecto al pudor se quedó allí, falta de nada que le cubriera la piel, segundos antes de alcanzar dos prendas de ropa interior, un pantalón largo de tela color morado, una camiseta blanca y un jersey naranja holgado. Se sintió extraña dentro de una carcasa diferente por primera vez, no en días, sino por primera vez en años. Estia no había tenido mucha ropa jamás. En la Casa de los Desamparados tenían un par de mudas: una para la semana y otra más elegante para la misa del domingo. Con Elijah tenía tres vestidos y un par de jerséis, nada más.

—¡No sé qué elegir!

—Puedes ponerte… ¡esto mismo! Parece cómodo.

—Está bien —accedió Lola agarrando la ropa que le ofrecía Estia. Tiró de su camiseta sucia y desgastada hacia arriba, pero paró de golpe a la altura de las costillas, arrugando el gesto con un mohín—. ¡Venga, date la vuelta!

—¡Ah, sí! Claro… perdona.

Estia se sentó en la cama mirando hacia otro lado. Se tapó los ojos con las manos para obedecer a Lola. Escuchó cómo esta arrastraba los pantalones y tiraba para sacárselos por los pies, rozando contra su piel. No la veía, pero aquel sonido trajo a su mente la imagen de la chica despojándose de la ropa. Fragmentos de piel suave surgieron en los pensamientos de Estia: los muslos fríos por la falta de esos vaqueros llenos de suciedad y tierra, con las rodillas desgastadas, el ombligo ordenando la altura de su cuerpo, el cuello, dejando pasar gentilmente el jersey de lana, garabateando una rojez en su superficie. No era la primera vez que pensaba en Lola de aquella manera. La primera vez que la vio, sujetando el volante con las dos manos, con la respiración agitada, los labios rojos y el aire entrando por ellos, saliendo desbocado, ya hizo surgir en ella un sentimiento que jamás antes había experimentado. Pero después de pasar tantos días con ella aquello se había transformado en otra cosa. Lola era de su familia. La quería. De algún modo que no lograba comprender, la amaba y no quería que aquello se acabara nunca, a pesar de que eso implicase seguir sufriendo aquellas crisis de amnesia, porque significaba que la posibilidad de no verla nunca cobraba fuerza.

—¿Ya está? —preguntó Estia.

—Sí. Ya puedes darte la vuelta. Pero nada de risitas, ¿entendido? Sigo siendo una tipa dura.

—No pienso reírme —replicó Estia fingiendo fastidio al tiempo que arrastraba las palabras.

—Más te vale, chata.

Cuando Estia se volteó, se encontró con el rostro apretado de Lola que la advertía con el dedo índice de que reírse tendría sus consecuencias. Se había colocado un pañuelo de colores alrededor del pelo corto y se había echado encima un suéter marrón y unos pantalones de algodón del mismo color.

—Lola… —susurró boquiabierta—. No pareces tú.

—Lo sé —respondió esta sonriendo.

—¿Eso es bueno?

—No podrías haberme dicho algo mejor que eso. —La puerta sonó tres veces al otro lado.

—¡¿Cómo vais ahí dentro?! —gritó Ryder.

—¡Ya salimos! —exclamó Lola, recogiendo del suelo la ropa que se había quitado.



40. La última cena

Cuando salieron de la caravana Ryder y Atlas las llevaron hasta un lugar un poco alejado. Había una larga mesa de madera que alguien había tallado con esmero. Sobre ella se extendía una cubierta improvisada de largas telas y plásticos impermeables, y algunas luces colgaban por dentro de la estructura también de madera. En ese momento, una mujer dejaba dos grandes pollos tapados cuyo aroma era tan delicioso que hizo que Lola comenzara a salivar. Por la cara de Estia, Lola pensó que le había ocurrido igual. La boca se le hacía agua. Atlas se acercó a la mujer y la abrazó, mientras Ryder se quedaba un poco más alejada, derramando por el suelo las maderas y el maíz sobrante para ordenarlo y encender un fuego.

—Orsa, te presento a Estia y a Lola —dijo a modo de saludo. La mujer, algo mayor, lo miró extrañada pero no de mal humor.

—¿Tenemos invitadas?

—Eso parece —gritó Ryder desde la hoguera.

—¿Venís del pueblo? ¿Qué os han contado este par de majaderos para que hayáis decidido venir con ellos? —Al ver que ni Lola ni Estia respondían, añadió—: Era una broma. Esta juventud no sabe cómo bromear. —Lola y Estia rieron entonces, relajadas—. Bueno… bueno… Bienvenidas a nuestra casa. Imagino que ya os habrán dicho que podéis quedaros el tiempo que queráis, siempre y cuando elijáis una tarea, ¿verdad?

—Así es, señora Orsa.

—¡Qué educada! Aunque tienes mala cara, querida.

—Sí. La pobre ha tenido un día duro. El sol y la falta de agua, ya sabes… —explicó Ryder.

—Entonces, ¿no sois de por aquí?

—¡Qué va! —contestó Lola—. Venimos desde Luis de Juárez. Se nos averió el coche a unos cincuenta kilómetros de aquí. Cerca de un restaurante de carretera.

—Bien, si recordáis dónde podemos acercarnos un día y repararlo.

—Ay, no creo que eso sea posible señora Orsa… —añadió Estia, ayudando a destapar la comida y a ordenar la mesa para la cena.

—¿Y eso por qué?

—Porque ardió en llamas —dijo Lola dejando escapar una carcajada. No supo por qué, pero de pronto le pareció una respuesta graciosa, absurda, como advirtiendo por primera vez en días lo disparatada que se había vuelto su vida durante la última semana: Bonnie, la pasma, Estia con ojos de otro mundo y escamas… Una vez empezó a reír no pudo parar en un buen rato, e hizo que tanto Orsa como Estia rieran también con ella.

Minutos después la hoguera llameaba calentando aquel lugar, y sobre la mesa todos comían con despreocupación y agradecimiento. No solo Orsa, Ryder, Atlas, Lola y Estia, sino otras cinco personas más que vivían en la comunidad, incluida una mujer que arrullaba de vez en cuando a un niño pequeño que correteaba por la hierba mientras comía maíz y pollo con las manos y el hocico lleno de churretones. Lo cierto era que Estia se sentía bien allí, rodeada de aquellas personas. Los malos pensamientos se esfumaron durante la cena mientras escuchaba a un tipo llamado Sea quejarse sobre la globalización, el consumismo, la inflación por culpa de la crisis del petróleo y una tal dama de hierro que pegaba duro en Inglaterra, y a Ryder y Atlas llamándole viejo chiflado y cascarrabias. «¡Que se jodan!», decía el hombre refiriéndose a la sociedad consumista por confiar en el petróleo como método combustible. A lo que Ryder respondía con un: «¿Y cómo crees que arranca tu caravana, Sea?», riéndose. El hombre respondía: «Hasta que descubra cómo hacerlo sin gasolina. Estoy a punto. A punto, chica». Durante unos segundos, Estia logró olvidar que bajo su jersey su piel había decidido transformarse en un material orgánico desconocido. Se había esforzado en no levantar la vista de forma imprudente durante el día. En no mirar a los ojos a nadie para ocultar su brillo. Por la

noche podía mirar a Ryder a los ojos y a Atlas sin preocuparse, y eso le gustó.

—¿Me disculpáis? —preguntó Lola, levantándose.

—Sí, claro. ¿Estás bien? —quiso saber la madre del pequeño, algo inquieta.

—Sí, sí. Vuelvo enseguida.

Lola se apresuró a levantarse. Se acercó despacio a la hoguera. Lo cierto era que tenía ganas de llorar y no quería hacerlo delante de nadie. Ryder y Atlas, Orsa y aquella señora y el niño, todos eran como una familia. Eso hizo que inevitablemente las escasas imágenes que tenía de su madre aparecieran, y después, las imágenes de Theo. Sintiendo la rabia expandirse por sus extremidades agarró la ropa vieja y la arrojó sobre el fuego, que al recibirla chisporroteó en respuesta y elevó la llama antes de volver a la normalidad.

—Adiós, Theo —susurró. Ya no le quedaba nada de su vida anterior. Había perdido a Theo y, con él, había dejado atrás a The Barracoodas y a la música que la había mantenido encerrada en una caja de cristal durante años. Después había perdido la chaqueta de cuero. Esa chaqueta que tenía desde los once años y que había ido rellenando según iba creciendo y que, aun así, todavía le quedaba grande. Se había quedado en el bar donde habían conocido a Dom. Perder el Corvette era cuestión de tiempo. Le hubiera gustado dejarlo en algún lugar donde lo trataran bien y no verlo arder en llamas, pero si había ocurrido de aquella manera qué podía hacer ella. Lo único que le quedaba era su ropa y ahora la había quemado. Siempre recordaría a aquella Lola, siempre, pero debía despedirse de ella. Puede que Estia, algún día, siendo mayor, meciéndose en el porche de su casa, recordase una vez que conoció a una tal Lola Quinn, pero esa Lola ya no existiría.

—¿Estás bien? —Estia se había acercado por detrás, con sigilo.

—No te he escuchado.

—Lo siento. No quería asustarte. ¿Estás bien?

—Ahora sí —respondió Lola.

—Vamos, están recogiendo. —Asintió y ambas volvieron a la mesa.

Allí todos colaboraban y daban las gracias a Orsa con cariño por haber traído aquella comida tan deliciosa y habérsela ofrecido con amabilidad. Ryder y Atlas abrazaron a Lola y a Estia, despidiéndose, pero Ryder se quedó frente a Estia y la observó con intensidad, como queriendo ver en sus ojos algo que parecía imposible.

—Sé que has tenido un día duro… —susurró paseando el dorso de la mano por el mentón de la muchacha con cierta suavidad y ternura. Después extrajo el collar del símbolo de paz que vestía su propio cuello y se lo entregó a Estia—. Toma, esto te ayudará. —Extendió el brazo y sujetó las dos manos de la chica, introduciendo entre ellas el colgante, que provocó un ligero cosquilleo en su piel al caer.

—No puedo aceptarlo, Ryder.

—Sí puedes. Cógelo. Debes cogerlo —dijo esta, obstinada. Lola y Atlas se despedían al otro lado, charlando sobre los bosques caducos escondidos que había por la zona—. Te traerá calma en los momentos más difíciles. Solo debes creer que es posible, Estia. No pierdas la fe.

—No lo haré. Gracias, Ryder —dijo la joven pasando el colgante por su pelo esponjoso—. Gracias por todo.

—Ahora descansad, ¿vale? —Estia asintió.

—¡Lola! ¿Vamos?

Ambas caminaron despacio hacia la caravana azul con el estómago lleno mientras el fuego crepitaba, alumbrando el lugar unas horas más, volviendo el espacio cálido y habitable. Cuando entraron en la caravana encontraron sobre su lecho dos pijamas de algodón. Se desvistieron y se acomodaron en la cama sintiendo una gran fortuna: por fin un lugar en el que descansar.

—¿Qué tal estás? —preguntó Lola dejándose perder en la mirada de Estia—. Me refiero… Bueno, ya sabes a lo que me refiero.

—Estoy bien. Lo de esta tarde, bueno, ese hombre me ha sacado de mis casillas. Pero aquí, aquí me siento genial, Lola. Esta cama es comodísima, la cena estaba deliciosa y todos son… amables.

—Es verdad… —arrulló Lola cerrando los ojos. Notaba cómo el calor le templaba el cuerpo y la hacía caer en un sueño profundo. Era la primera vez en días que dormían en una cama y en un lugar

donde nadie parecía querer hacerles daño. Estaba a punto de dejar volar sus pensamientos, dejándose llevar por las millones de estrellas que las observaban ahí fuera.

—¿Crees que podríamos quedarnos aquí?

—¿Te gusta este sitio? —respondió Lola abriendo los ojos despacio.

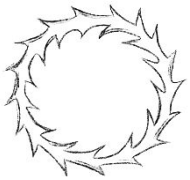
—Sí.

—A mí también. Creo que podríamos quedarnos aquí para siempre.

—Para siempre —repitió Estia.

DÍA 6





41. El día más tranquilo

La luz se colaba por las rendijas de la puerta de la caravana formando un hilo resplandeciente y celestial. Algunos pájaros piaban, jilgueros y gorriones que parloteaban como si se contasen lo bien que habían dormido aquella noche o lo jugosos que estaban los gusanos frescos que habían reptado hasta la superficie aquella mañana. Lola abrió los ojos y sonrió, no a propósito. De hecho, no cayó en la cuenta de que lo hacía hasta que estiró los brazos y las piernas, girando sobre sí misma para rebotar contra el colchón. Era como si hubiera logrado dormir una semana entera, un mes incluso. Ladeó la cabeza y se percató de que Estia ya no estaba allí. Sin embargo, las sábanas aún mantenían el aroma de su pelo limpio y el calor de su piel. Su ausencia provocó que Lola saltara de la cama con prontitud, alarmada.

—¿Estia? —reclamó en voz alta. Corriendo, abrió la puerta de la caravana. Lo hizo con tanto ímpetu que esta rebotó y quedó abierta tras ella—. ¿¡Estia!? ¿¡Dónde estás!? —gritó—. ¡Joder! ¡Estia!

—¿Qué pasa? —La voz de Estia garabateó el aire y bordeó la silueta de la caravana hasta llegar al otro lado, donde Lola se encontraba.

—¡Mierda! ¿Dónde te habías metido?

—He estado recogiendo flores para la caravana —explicó la joven apareciendo descalza desde la parte trasera del vehículo—. No quería despertarte. Estabas… tan serena durmiendo.

—Me has dado un susto de muerte —confesó Lola bostezando mientras se sentaba en el escalón de la entrada—. Echaba de menos dormir así.

—Sí, ¿verdad? Venga, vístete y vamos a ver a Ryder —apremió Estia dándole una patada amistosa con el pie descalzo en el regazo

—. A ver qué tarea hacemos para ayudar y así poder quedarnos. ¡Venga, vamos! —exclamó corriendo.

—¡Espera! ¡No corras, Estia!

—¿Qué?

—¡Ven! —Estia corrió hacia Lola y frenó delante de ella, con las manos en jarra y un ojo cerrado a causa del brillo del sol que le caía justo sobre el párpado.

—¿Qué?

—Tus ojos. Necesitas algo para taparlos.

—Tienes razón. ¿Y ahora qué hacemos?

—Espera, vuelvo enseguida. —Lola entró en la caravana y se vistió a toda prisa, derramando por el suelo un montón de cosas mientras trataba de introducirse el pantalón por el pie, saltando de un lado a otro—. No te muevas de aquí.

Estia vio a Lola correr hacia la caravana de color marrón, vieja y raída, vecina de Ryder y Atlas. En la puerta, Sea, el hombre que habían conocido la noche anterior en la cena y que había terminado allí después de perder a su mujer y a su hija, se dedicaba a tomar el sol mientras escuchaba música de Elvis en una vieja radio. Lola se paró un segundo junto a él y, antes de que este pudiera reaccionar, le había quitado las gafas de sol y se precipitaba hacia el campo de maíz. Sea salió corriendo tras ella y dieron un par de vueltas a la caravana hasta que Lola decidió parar. Estia vio cómo se reían. Sea con las manos apoyadas en las rodillas tratando de coger aire y Lola dejando que la carcajada echara hacia atrás todo su cuerpo. Atlas abrió la puerta y se quedó mirando cómo charlaban a lo lejos. Lola habló con Sea y este le hizo un gesto con las manos, confirmándole que podía quedarse las gafas. Después, caminaron juntos hasta la caravana del hombre y se despidieron. Estia pudo intuir que Lola avisaba a Atlas de que irían en seguida antes de volver dando zancadas hasta ella.

—¿Ya está? ¿Qué le has dicho?

—Bueno, le he dicho que te dolía un poco la cabeza por el mareo de ayer y que necesitabas unas gafas de sol o algo para calmar la luz.

—Qué lista eres.

—Ya lo sé —dijo Lola sacándole la lengua.

—¿Y por qué no se las has pedido directamente?

—Porque perdería la gracia. Además, Sea necesita divertirse un poco. Venga, vamos. Le he dicho a Atlas que vendría a buscarte y que iríamos a verlos.

—¿Estáis preparadas para la aventura? —dijo este al verlas llegar a lo lejos.

—Nos encantan las aventuras, ¿verdad, Estia?

—Iréis a por leña; el paseo os encantará. Orsa conoce muy bien los caminos.

Pasaron el día entre árboles y arbustos que se empeñaban en crecer en aquella zona más seca. Recogieron leña y disfrutaron de un día tranquilo. Si era imposible que las encontraran en el poblado, lo era aún más en aquel lugar recóndito, reservado solo para aquellos como Orsa que se abrían al entorno sin expectativas, dispuestas a amar cada parte de su ser.

Llegaron a la caravana al anochecer con un montón de maderas. Se dieron una ducha caliente y, cuando salieron, Ryder les llevó unos bocadillos deliciosos para que pudieran comer algo antes de irse a dormir. Mientras masticaba aquel sabroso emparedado, Estia pensó en Elijah. Con todo lo que había pasado en el restaurante, y lo de aquel hombre, no le había dado tiempo a pensar en él, pero después de aquel paseo, de haber posado las manos sobre los árboles y de ver los rayos de luz caer entre las hojas no muy espesas, se sintió tranquila. Su mente, en paz, comenzó a procesar todo lo ocurrido. Recordó su imagen, la que había aparecido en la pantalla del televisor del bar. Esa foto era de Elijah. Eso significaba que seguía buscándola después de todo. Y de pronto ni Bonnie ni la policía le dieron miedo, de pronto lo único de lo que se preocupó fue de Elijah.

Estia dejó el bocadillo en el regazo de Lola, se levantó del escalón de la caravana y entró para acurrucarse en un lado de la cama. Se recogió el pelo tras las orejas mirándose las rodillas, avergonzada por pensar en él, avergonzada por sentir terror solo con la imagen de su recuerdo.

—¿Qué te pasa?

—Nada, tengo sueño —mintió, esquivándole la mirada.

—Eeestia, ¿en qué piensas? —volvió a preguntar Lola—. No me creo que abandones esto a medias —bromeó señalándole la comida. Después se puso de pie y entró para sentarse a su lado, ofreciéndole el pedazo que le quedaba.

—No tengo hambre…

—Joder, tía… Sé que estás pensando en algo. Si no me dices lo que te pasa, no voy a poder dormir. Estaré dándole vueltas toda la noche. Y tampoco voy a poder terminar este buenísimo, riquísimo, sabrosísimo bocadillo que puede que sea la última vez que coma —masculló la joven agitándolo por delante de sus ojos.

—¿Y por qué no vas a poder dormir por eso? Debería darte igual lo que me pase.

—Tienes razón. Debería darme igual pero no sé qué narices me pasa contigo que no me da igual, chata. O sea que o me cuentas lo que te pasa o me tendrás en tu cama dando vueltas igual que un hurón. ¡Tú eliges!

—Está bien —bufó Estia cogiendo el pedazo y dándole un mordisco—. Te lo contaré, pero tienes que prometer no reírte de mí, y sobre todo no cambiar lo que piensas sobre mí después de que te lo cuente.

—Me estás asustando.

—¿Más? —rio Estia con tristeza—. Hay cosas que puede que no comprendas. No pasa nada si no lo haces.

—No me has asustado demasiado todavía —soltó Lola, marcándose un farol.

—Bueno, ¿me lo prometes, entonces? No tenemos que entenderlo todo siempre y necesito que cuando escuches esto no cambies tu forma de actuar conmigo. —«No creo que pudiera soportar perderte», pensó.

—Joder, Estia, ¿tiene todo esto que ver con por qué te perseguía la pasma en Luis de Juárez?

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. ¿Tiene que ver con eso?

—No. Hasta donde alcanza lo que sé, lo de Luis de Juárez es otra historia, pero esa me da menos miedo contártela; creo que has visto

cosas mucho peores de mí en vivo y en directo. Cosas que ni yo misma soy capaz de recordar con claridad.

—Oye… —dijo Lola—. Si no… si no te sientes cómoda contándome esto, no hace falta que lo hagas, ¿vale? No quería presionarte. Solo… solo quiero que no estés triste, que eso que te ronda la cabeza no te joda por dentro.

—No. Creo que estoy preparada para contártelo. Para contárselo a alguien de una vez por todas.

—Está bien. —Lola se acurrucó a su lado dejándose templar por la piel contraria y Estia, en respuesta, alojó su cabellera entre las formas del cuello guardián que le ofrecía la joven. Luego cogió aire y habló.



42. El Abismo

—¿Sabes dónde vives, Estia?

—Sí —dijo ella. Le encantaba cómo sonaban aquellas letras en la voz de otro. De alguien mayor. Estia… Estia… al fin tenía un nombre —. Es… por ahí.

—¿Vives en la Casa de los Desamparados? —Estia asintió—. Bien, vamos. Te acompaño.

El hombre alargó el brazo y Estia hizo lo propio. Él rodeó la mano de la niña con la suya, y así comenzaron a caminar calle abajo.

—¿Y entonces qué pasó? —quiso saber Lola.

—Pues… eh… —titubeó Estia, tratando de explicarse con mucho esfuerzo—. Pues que jamás volví al orfanato. Al menos no hasta varios años después. Elijah, que así era como se llamaba él, me sujetó de la mano y no la volvió a soltar. La primera vez me sentí bien, arropada de algún modo extraño, pero solo hicieron falta unos minutos para que me diera cuenta de que había cometido un grave error. ¡Y eso que era muy pequeña! Era una niña, Lola. ¿Lo entiendes? —Lola asintió con pesar—. Al llegar al cruce, calle abajo, debíamos girar a la izquierda para volver a la Casa de los Desamparados. Tiré de Elijah diciéndole que aquella era mi casa, lo intenté, Lola, pero él, en lugar de caminar conmigo, se aferró a mi mano. La estrechó con una fuerza incoherente considerando lo pequeña que era. Incluso llegó a torcerme algunos huesitos. Hasta años más tarde no comprendí por qué. Por qué se aferró a mí como si dejarme ir fuera la mayor pérdida de su existencia —susurró—. Después me los curó, los huesitos, digo. Al llegar al que fue mi hogar durante años me sentó sobre una mesa y mandó curarme la mano. Fue lo primero que hizo.

—Joder, Estia. No… no sé qué decirte. Siento mucho que tuvieras que pasar por algo así. ¿Qué pasó después?

—Después todo comenzó a volverse borroso. Igual que un sueño. Como cuando tienes una pesadilla y estás a punto de despertarte y por unos segundos no tienes claro si la pesadilla es real o solo fruto de tu propia imaginación…

Hace siete años

—¿Qué hacemos aquí?

Estia llevaba todo el pelo sobre la cara. Apenas un atisbo de su ojo izquierdo, verde y pulcro, era visible. Asustada, echó una ojeada a su alrededor. A su izquierda, una gasolinera de carretera Shell, descuidada, iluminaba el camino, y Elijah salía de ella con el volante del coche entre las manos. El hombre la había alejado del orfanato y la había llevado caminando hasta la gasolinera del kilómetro 514. Estia recordaba bien aquel número, pues todavía era capaz de verlo, mal pintado, sobre la piedra roja y redonda. Allí la había introducido en la parte trasera de un cuatro por cuatro, le había puesto el cinturón y había cerrado las puertas con seguro. Estia podría haber gritado mientras Elijah la obligaba a subirse o mientras entraba a la gasolinera para comprar algo de comida y un paquete de galletas de chocolate, las primeras y únicas que ella había llegado a probar jamás. En la Casa de los Desamparados no podían comer dulces. No es que estuviera prohibido, pero las institutrices no tenían dinero suficiente para permitirse más caprichos que la canela en polvo y la vainilla. Eran demasiadas bocas que alimentar. En El Abismo, en cambio, podrían haberse permitido lo que quisieran, pero estaba prohibido comer algo que no se hubiera alimentado de alguna forma de sus propias tierras. Estia supo con los años que aquel paquete de galletas fue la moneda de cambio para mantenerla en silencio. La trampa para que creyera que viviría la promesa de un futuro dulce y una vida mejor que la que tenía. Y funcionó, porque Estia no gritó: se quedó quieta en el cuatro por cuatro, mirando por la ventana comiendo las galletas, soñando con que aquel hombre le daría un

hogar construido con ladrillos de chocolate y decorado con muebles de deliciosa masa. No luchó. No se negó ni a subir ni a bajar del coche. Elijah solo tuvo que ayudarla a adelantar el pie para saltar de la alta camioneta.

Desde la gasolinera Elijah condujo unas cuatro horas hacia el norte. Entre aquellos destellos angustiosos, borrosos y caóticos que atacaban la mente de Estia justo antes de entrar en el trance que la llevaba a la locura, como el círculo y la serpiente, había también varios de aquel día. El día en que Elijah la recogió. La silueta de un hombre de espaldas apenas distinguible en la oscuridad de la noche, un hombre que no la miraba y que se limitaba a conducir con el semblante serio reflejado en el retrovisor. Y la inestabilidad de la naturaleza, su transformación incoherente, pues al dejar atrás el paraje desértico al que siempre habían pertenecido su cuerpo, su piel, su pelo y sus pecas, como si la tierra lo notara, el cielo había descargado sobre Estia una fuerte lluvia que transformó el lugar en árboles verdes y frondosos, tan verdes que parecían de color negro y gris tras la cortina de agua. Fue la primera vez que Estia vio llover. De hecho, recordaba estar asustada por el sonido de los truenos y el resplandor de los rayos.

La lluvia amainaba cuando llegaron a El Abismo. Elijah aparcó al borde de una carretera y la ayudó a salir. Caminaron por un sendero de tierra húmeda, recubierta de palos y de charcos. No preguntó a dónde iban, aunque estuvo a punto de hacerlo dos o tres veces, pero las palabras murieron en su garganta. En su lugar apretó el paquete de galletas contra el pecho y siguió a a aquel hombre sin titubear. Estia leyó un cartel de madera que decía: «El Abismo: 500 metros». Y después de cruzar una valla de madera llegaron a una cabaña.

Sin hablar, Elijah abrió la puerta. Con un gesto indicó a Estia que entrara y así lo hizo esta. Al pasar por debajo del marco de la puerta, no vio la niña aquellos símbolos rojizos extendidos por la superficie, aunque sí los vería después, durante muchos años.

—Estia —Elijah rompió el silencio agachándose para ponerse a su altura—. Puede que no lo entiendas, pero este debe ser tu hogar a partir de ahora. ¿Te parece bien? —La niña no respondió, se limitó a

mostrarle la mano allí donde los dedos le ardían y le pesaban—. Oh, lo siento. Creo que antes te he apretado demasiado fuerte, ¿verdad? —Estia asintió una sola vez—. Mandaré que te los curen. Aquí tenemos a personas que se encargan de curarnos si nos ponemos enfermos. ¿Tienes hambre?

—No —susurró ella algo asustada—. Estoy bien, gracias.

—Sé que ahora estás triste. Pero hablé con las profesoras del orfanato y les pareció bien que vinieras conmigo. A ellas les pareció bien, y a mí… bueno, no solo a mí, sino a todos nosotros, los conocerás en su momento, nos harás muy felices quedándote. Te necesitamos aquí, en El Abismo, Estia. Eres importante para nosotros.

—No me dijeron nada. Las profesoras, quiero decir. No me dijeron nada…

—Puede que no les diera tiempo —mintió Elijah restándole importancia.

En la Casa de los Desamparados nadie sabía dónde se encontraba Estia, pero apenas se dieron cuenta de su ausencia. Una niña más, una niña menos. La cabaña era húmeda y oscura. Con las semanas fue volviéndose más acogedora, pero era evidente que allí no había vivido nadie en mucho tiempo.

—Tengo frío.

—Ah, claro. Toma —dijo Elijah tendiéndole su chaqueta. Estia se fijó en que llevaba un alzacuellos como el que llevaba el cura que a veces iba a dar misa al orfanato cuando algún niño se moría de viruela. No obstante, había algo diferente en él. Era de otro color. El del cura era blanco, el de Elijah era escarlata. Del mismo color que vería al día siguiente en los símbolos de la puerta de la cabaña. Dejó que Elijah le tapara los hombros con la chaqueta—. Ahora vendrán a curarte la mano y te traerán un poco de ropa nueva, aquí hace más frío que en San Gregorio, y algo de comida, por si te entra hambre por la noche. Después, duerme un poco, ¿vale? Ha sido un día largo.

Aquel día, después de que, en efecto, una mujer muy joven le vendara la mano y le llevara una bandeja de sopa caliente y ropa para el frío, Estia se sentó en una cama raída y antigua. Se echó la colcha hecha de fragmentos de tela vieja por encima y hurgó en la

mesilla de madera que vestía la cama por un lateral. Estaba completamente vacía, a excepción de un pequeño libro abandonado en el último cajón. Lo abrió por la mitad y pasó la mano por la hoja de papel, notando las hendiduras del bolígrafo, pues aquel libro estaba escrito a mano. Leyó la página y mientras la volteaba para pasar a la siguiente, los párpados mudaron a una piel pesada y cálida. Su respiración se transformó en un ritmo pausado y melódico, y de pronto era completamente de noche. Caminaba descalza sobre la madera de la cabaña y después sobre la hierba y el barro mojado del bosque. Escuchó voces cerca de allí, así que cruzó los senderos para encontrarlas.



43. La niña, es ella

Algo la empujaba en su dirección, como si Estia supiera exactamente lo que tenía que hacer. Entonces, después de atravesar un frondoso y elevado seto que se disponía a unir dos vetustos robles, no por el azar de la naturaleza, pues la evidencia de que era fruto de la mano humana resultaba innegable, abrió los ojos. Y aunque no llegó a despertar del todo, las encontró.

Un círculo de unas treinta personas que se sujetaban la mano y murmuraban palabras que ella no lograba comprender llenaba el claro que había tras el seto. Elijah se encontraba en el centro, clamando imperiosamente, y aquellas personas parecían alcanzar el éxtasis cada vez que este pronunciaba un nuevo vocablo.

—¡¡Él me habla!! ¡¡Me habla con más fuerza cada vez y con una claridad que estoy seguro de que nadie aquí podría soportar más que yo mismo!! —gritaba llevando una mano al cielo—. ¡¡Está harto, está cansado y furioso!! Dice que lo hemos traicionado. Dice que el mensaje se adulteró hasta tal punto de sonar absurdo. Que aquellos escépticos de su poder morirán sin pesar ni compasión. Pues si no lo hacen el mundo concebido seguirá siendo corrupto. El mundo arderá. ¡¡La tierra se resquebrajará, se abrirá en dos y el mundo arderá en llamas!! ¡¡Eso me dijo!! Llamas infernales que surgirán del mismísimo centro de la tierra —vociferó levantando las manos. Algunos gritos ahogados se escucharon entre la gente—. Shhh —apaciguó Elijah—, calma, calma, amigos y amigas mías, porque la salvación está cerca para El Abismo. Estamos más cerca que nunca. Hoy sus palabras se han vuelto reales. Hoy, su instrumento ha llegado a mí. Aquella que abrazará en su seno y hará que el fuego termine con todo menos con nosotros, con sus fieles, con El Abismo. —Entonces, Elijah volteó la cabeza y divisó a Estia tras un grupo.

Ella, todavía en sueño, con los párpados a medio abrir, se abrazó a sí misma. En su interior algo se reveló. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral para ponerle los pelos de punta, pero Elijah sonrió al verla.

—La niña, es ella —susurró una mujer—. Es ella.

—Sí… es ella —añadió otro hombre.

—Ah, ahí estás. No queríamos despertarte —sonrió Elijah. Las aproximadamente treinta cabezas se giraron para observarla—. Ven —invitó—. No tengas miedo, Estia. Mis amigos están deseando conocerte, ¿verdad? —La muchedumbre asintió y murmuró. La examinaban, sorprendidos, con curiosidad pero también con miedo.

Estia avanzó y cuando llegó los que cerraban el círculo la dejaron pasar. Elijah alargó la mano y Estia se la dio. Ahora ambos se encontraban en el centro.



—Y eso fue todo. Desde entonces viví en El Abismo con Elijah y con las visitas recurrentes de los demás.

—¿Y por qué estabas en Luis de Juárez cuando te recogí? —preguntó Lola.

—Hace unos años logré escapar. El único sitio que conocía era la Casa de los Desamparados de San Gregorio. Aunque por aquella época ya lo había comprado la familia Beaufort y convertido oficialmente en un orfanato. Me las apañé para volver, tardé días. Así logré llevar conmigo un apellido además de un nombre. Las institutrices no se alegraron de verme, sobre todo porque tuvieron que bañarme y frotarme más de tres veces. La mugre no salía. Y además, tuvieron que admitir ante el nuevo consejo que habían perdido a una niña a la que jamás buscaron. Tiraron mi ropa al contenedor y me compraron ropa nueva. Y… ya sabes, allí no había mucho dinero. Al final terminé marchándome. No es fácil vivir donde no te quieren. Busqué una pensión allí mismo, en San Gregorio, con una mujer que no hacía demasiadas preguntas. Trataba bien a los huéspedes y me dejaba pagar con tareas como cuidar del jardín o

limpiar los baños. No puedo decir que fuera feliz, pero al menos viví tranquila durante un tiempo.

—Pero todo eso ya ha pasado. Ahora estás aquí, estás conmigo en este lugar y Elijah no está. ¿Por qué piensas en aquello?

—Porque no lo creo, Lola. La foto que vi en la televisión, en el bar… Esa foto es de la época en la que vivía en El Abismo. Tuvo que ser él quien se la dio a la policía. Tuvo que ser Elijah, ¿lo comprendes?

—¿Crees que te sigue buscando?

—Eso creo —asintió Estia.

—¿Pero por qué? ¿Por qué tú?

—Elijah hablaba de una profecía. ¡Estaba loco! Tenía todo escrito en aquel libro. Decía que el diablo le había susurrado que un día encontraría un alma inocente, tan llena de sufrimiento inmerecido que se convertiría en su canal. En su instrumento. Decía que esa niña se convertiría en el arma secreta del propio Belcebú, y que bajaría a las profundidades en el incendio que arrasaría con el mundo que conocemos. Un caos que supondría la salvación para unos pocos, los adoradores de El Abismo, provocado por los que dicen que buscan el bien de todos.

—¡Estaba loco!

—Eso he dicho… pero eso no lo frenó en su objetivo. Estaba convencido de que esa niña era yo. Decía que lo supo nada más verme allí delante de los televisores en San Gregorio aquel día.

—¡Joder! ¿Y tú qué crees?

—No lo sé. No sé qué creer. Solo sé que allí, en El Abismo, el fin justificaba los medios. Solo me queda rezar a Dios.

—¿Te hicieron daño?

—Me hicieron hacer algunas cosas que no me gustaba hacer. Elijah decía que eso me haría más fuerte. Que aquella era la forma de fortalecernos, tomando los elementos del propio diablo, su sangre, su fruto: gallina, verduras y algunas hierbas. No podíamos alimentarnos de nada más. Si decía que no, me encerraba durante días y me negaba la comida o la libertad. Eso es todo lo que recuerdo. Está borroso.

—Eh, mírame, Estia. Elijah no te encontrará. Y si lo hace… puede que eso que hay dentro de ti, despierte.

—No estoy segura de que funcione así con Elijah.

—Te maltrató, Estia. Te hizo daño.

—Tienes razón, pero también fue la primera persona que se preocupó por mí. Me escapé porque aquel día no pude más. Aquel día algo se encendió lo suficiente para hacerme salir de allí, para darme fuerza. Fue un momento de claridad, pero si hubiera esperado al día siguiente, probablemente habría cambiado de opinión y seguiría allí, en El Abismo. Elijah es… fue como un padre. Lo fue para mí.

—Un padre nunca haría algo parecido. Un padre no se merece el nombre de padre si hace daño a su hija, de cualquiera de las formas —bramó Lola, agitando la cabeza para quitarse la imagen de Theo, que se había colado en sus pensamientos sin permiso.

—¿Por qué dices eso?

—Por nada…

—Sé que lo dices por algo. ¿Tú qué?

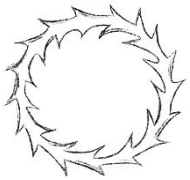
—Yo ¿qué?

—Mira… —exhaló Estia—. Lo siento, pero me es imposible creer que sin ningún motivo me recogieras hace unos días. Estoy segura de que fue por algo más. Lo vi en tus ojos, lo vi en tu reflejo de la luna del Corvette. Vi el miedo en ellos. Huías de algo cuando me encontraste. —Estia lo sabía, lo había visto en televisión, acusaban a Lola de matar a un hombre, pero no quería forzarla a contarle algo que ella no estaba dispuesta a admitir. Lola resolló también.

Después se levantó de la cama y descalza alcanzó la botella de güisqui que le había robado a Orsa aquella tarde, de la pequeña pero funcional encimera de la caravana. Pegó un trago, buscando bajar sus muros, mientras Estia la observaba, esperando, dándole su tiempo, porque sabía que había llegado el momento de que Lola hablara. Sabía que iba a hacerlo, solo necesitaba su espacio. Como siempre. El espacio de Lola ocupaba siempre tres veces más que la propia Lola. Buscó en los cajones una cajetilla de tabaco y, cuando la encontró, sacó un cigarrillo y una cerilla, abrió la puerta de la

caravana y se sentó en el borde de las escaleras. Encendió el cigarro, expulsó el humo y se giró para mirar a Estia.

—¿Vienes? —Estia asintió y, también descalza, salió de la cama con el pijama que Ryder les había prestado—. Todo se torció aquel día. El día en que te conocí en Luis de Juárez.



44. El padre y la hija

Hace siete días, Luis de Juárez, 1979

—Gracias, Theo. —Lola alcanzó la cerveza que Theo le acababa de dar y chocó contra la suya el casco de lata, que sudaba agua de lo fría que estaba, para brindar como solían hacer después de cada concierto.

—Has estado… increíble, Lola. ¡No sé cómo lo haces pero has brillado ahí arriba, niña mía!

—Todas las noches me dices lo mismo, Theo —respondió ella algo irritada, rascándose la nariz, sorbiéndosela al tiempo que le esquivaba la mirada—. Tu opinión no cuenta. ¡Estás demasiado implicado! Tendremos que ver qué dicen los periódicos mañana… Joder, he visto a Romeo en primera fila —confesó Lola dando un largo sorbo a su cerveza.

—Ese cabrón de la crítica… ¡me pone de los nervios!

—Solo intenta conseguir titulares. Aunque podría hacerlo sin dedicarse a joderme solo por no ser los Kiss o los Maiden y dejar de llamarme imbécil, arrogante y grosera por subirme a los mismos escenarios.

—Eres una chica, y no tiene ni puñetera idea de lo que tú y yo estamos haciendo aquí —rugió Theo con decisión, bajando el volumen, a medida que contraía la distancia entre los dos—. ¡Tú y yo estamos haciendo historia, *baby*! —remató enfilando el dedo índice de la mano con la que rodeaba su lata de cerveza.

Theo había sido su representante desde el principio. La trataba como un padre, el padre que nunca había tenido en Fontano. Se portaba bien con ella y ella se portaba bien con él, y durante mucho tiempo se sintió la chica más afortunada del mundo por haber

logrado que su madre firmara aquel contrato y por haberse marchado bajo el ala de alguien como Theo. Con el tiempo, al ver cómo hablaba con el resto de sus chicos y chicas, Lola comprendió que ella no era especial. Simplemente, Theo sabía muy bien cómo hacer su trabajo. Por eso era un pez gordo de la industria musical. Unos años después, cuando este le hacía cumplidos o trataba de darle algún consejo «de padre a hija», palabras textuales, ella simplemente apartaba la mirada, se sorbía la nariz y le respondía algo intrascendente, quitándole importancia. Theo era un mentiroso compulsivo, por costumbre, obligación o defecto profesional. No era capaz de creerse ni una sola palabra que saliera de su boca.

Cuando la fichó, Lola acababa de cumplir doce años. Habían pasado cinco y ella había cambiado; no era más que una niña cuando empezó a cantar con su guitarra en los antros y clubes a los que Theo la llevaba.



—Era muy inocente… como tú, ¿sabes? —le dijo Lola a Estia expulsando una gran bocanada de humo—. Joder, recuerdo que la primera vez que subí al escenario desde el público me gritaban que cantara más alto, que no se me escuchaba. Me temblaba la voz y el micro estaba roto, y acercaba tanto la boca que me daban calambres por la saliva. Intenté mantenerme firme, pero cuando terminé y pude salir de allí, me pasé llorando toda la noche.

—Lo siento mucho, Lola. Tuvo que ser horrible. La verdad es que se me hace muy difícil imaginarte así… Eres tan fuerte, tan decidida. Parece que lo tienes todo tan claro…

—Pues no siempre fue así.

—Sigue, me gusta escucharte.

—Entonces…



Los años fueron pasando y Lola aprendió a volverse de cemento y piedra cuando tenía que dar un concierto. Pasó de tocar una gastada guitarra clásica que había heredado de su madre a tocar una eléctrica de caoba con forma de uve. Se transformó en una chica estridente y con malas pulgas que asustaba a cualquiera que fuera a sus conciertos con la intención de tirarle latas de cerveza terminadas o de gritarle cualquier palabra que se guardaba para hacerla sentir un pedazo de carne sobre el escenario, como si Lola tratara de invadir un territorio hostil y ajeno. Pero al final siempre se iban agitando la cabeza con expresión de haber pagado con gusto la entrada.

Una noche dio un concierto cualquiera, no recordaba exactamente dónde, pues en aquella época, con apenas quince años, había recorrido el territorio nacional de cabo a rabo y algún país del extranjero. Eso sí, recordaba que hacía calor y que a la mañana siguiente del concierto se encontraba con las piernas metidas en la piscina del hotel jugueteando con el agua azul. Sola. Allí conoció a los demás, a los que después llegarían a formar con ella The Barracoodas. Primero conoció a Igor y luego al resto. Igor se sentó a su lado y le hizo ver que aquel camino no tenía por qué ser solitario. Que quizá la solución era formar una banda. A Theo le pareció buena idea. Supuso que, de esa forma, se librarían de algunas críticas que sabía que Lola recibía solo por atreverse a sujetar el mástil de una guitarra eléctrica como habían hecho antes Jimi Hendrix o Billy Gibbons y no llamarse ni Jimi ni Billy, ni tener entre las piernas lo que Jimi y Billy. Los últimos dos años habían sido ella y The Barracoodas, y habría sido feliz. Lo habría sido si no hubiera pasado los últimos cinco años de su vida encerrada en una caja de cristal. De cuando en cuando se sentaba en la puerta de la sala de conciertos y observaba, veía a las chicas y chicos de su edad divertirse, reír mucho. Ella no recordaba la última vez que había reído de verdad. No una risa por compromiso, sino una de verdad, de las que cuanto más intentas parar más se empeña en abrirse paso, porque es inevitable, porque ha tocado una tecla mucho más allá de lo explicable.

Lola llevaba meses dándole vueltas a abandonar. A contar todo el dinero que había ganado y largarse. De hecho, en alguna ocasión se había atrevido a mencionárselo a Theo, pero él se comportaba como si no la escuchase. Lola sabía que le afectaba, que de algún modo se estaba dando cuenta de que estaba a punto de perderla.

Aquella noche, en Luis de Juárez, Theo no había bebido especialmente. No más de lo que solía beber cada noche. Se dejó caer en el sofá de cuero marrón del camerino, justo al lado de Lola. Demasiado cerca.

—¡Ay! —exclamó riendo al tirarse por encima la cerveza de su lata —. El sofá está hundido por el medio. —Acto seguido, para apartarse de Lola y cambiar de posición, posó una mano sobre el muslo de esta y lo apretó—. Pasa de Romeo. Es un plasta.

Lola sintió una arcada subir desde sus entrañas y quemarle el esófago. Aquella mano, sudorosa y rolliza, causó que su cuerpo se tensara. Permaneció en silencio un momento y después, haciendo de tripas corazón, tomó la mano de Theo y la apartó con prudencia. Cuando se hubo liberado, ella misma se echó a un lado del sofá y puso toda la distancia posible entre ambos.

—Perdona —se excusó Theo entre risotadas—. De verdad, Lola, no quería incomodarte. Ya sabes que yo no haría algo así.

—No te preocupes —carraspeó ella. Aun así, se cercioró de estar lo más lejos posible de él.

—Nos conocemos desde hace tiempo, Lola, no creerás… —espetó el hombre resoplando y soltando una carcajada incrédula—. Es verdad que te has hecho mayor, pero eres… siempre serás como mi hija. Sería incapaz de hacerte daño.

—Ya…

—Mira, sé que últimamente estás algo triste y distante —dijo Theo acercándose un poco. Lola miraba sus labios pronunciar cada palabra, más y más cerca, hasta que desde su perspectiva tan solo fue capaz de fijarse en su lengua moverse a cámara lenta—. No tienes por qué estarlo. Tienes suerte, Lola. Más que la mayoría de las chicas de tu edad.

—Lo sé, pero…

—Pero ¿qué? ¡No vas a empezar otra vez con la gilipollez de querer dejarlo!

—No es una gilipollez, Theo. Es mi vida. Me he perdido mi vida, ¿lo entiendes?

—Has ganado una vida, Lola. Sin esta vida estarías muerta de hambre con tu madre en Fontana y muerta de asco viendo cómo se mata.

—Puede… pero necesito vivir algo nuevo. Lo necesito, Theo. Quizá debería marcharme e intentar algo nuevo. Solo un tiempo.

Entonces Theo acortó toda la distancia posible sin hablar. El rostro ancho se le había entintado de un morado rabioso y apretaba la mandíbula. Lola intentó alejarse, pero él la agarró de la muñeca y acercó su cara a la suya. Detectó su aliento y supo, al instante, que todo iba a cambiar.

—Tú no te vas a ningún lado. Eres mía. Yo te salvé y ahora tienes que quedarte conmigo —susurró el hombre, proyectando gotas de saliva en el rostro de Lola.

—¿Qué haces?

En respuesta, Theo se abalanzó sobre ella y mientras mascullaba un montón de cosas sin sentido, como que la había visto crecer o que la quería demasiado o que no podía perderla, trató de arrancarle la camiseta y se desabrochó los botones del pantalón. Lola lo mordió, y cuando este se echó atrás para gritar, cogió su nueva ESP y con ella le golpeó la cabeza. Una vez, y otra vez, una y otra vez, una y otra, y otra vez, hasta que Theo dejó de moverse.

Después de quedarse un buen rato mirándolo, con ganas de llorar, con una mezcla de sentimientos rara, entre miedo por lo que acababa de hacer, pero calma por haberse librado de él, le robó las llaves del coche y le tiró por encima el alcohol que había en el camerino.



—Después prendí fuego a la habitación —explicó Lola pasándose la lengua por los labios. Estaba llorando—. Me subí al Corvette, aceleré

y me largué de allí. Solo quería… marcharme. Irme lo más lejos posible. No porque pensara en que la policía quisiera encontrarme en algún momento. Lo único en lo que pensaba era en estar lo más lejos posible de aquel camerino.

—Y entonces fue cuando te encontraste conmigo.

—Así es…

—Lo siento mucho —dijo Estia colocando la mano sobre la espalda de Lola, queriendo reconfortarla.

—Lo sé —gimió esta—. Sé que me entiendes. Sé que sabes por lo que estoy pasando.

—Lo sé.

—Lo maté, Estia. Maté a Theo.



45. Las de verdad

Después de hablar de todo aquello, Estia se sintió bien. Por primera vez en toda su vida tuvo la sensación de que todos los nudos y músculos retorcidos, y todas las tensiones entre venas se desenredaban hasta soltarse. De pronto el cuerpo le dejó de pesar y percibió un espacio entre el estómago y las costillas, justo debajo del pecho. Desde que era pequeña había sentido esa parte como un hierro macizo, una armadura que la apretujaba, hundiéndola bajo un agua invisible que hacía que se sintiera ahogada, a veces enajenada y fuera de lugar.

Se giró en la cama y colocó las dos manos, unidas, tocando cada dedo con el dedo opuesto bajo la almohada. Observó a Lola desde esa posición. Con su mirada escarlata y radiactiva le recorrió el pelo oscuro y revuelto, cortado a propósito con incoherencia y furia. Reparó en que una línea de luz se posaba sobre el perfil de esta y le acariciaba la frente y la nariz pequeña. Luego pasaba por sus labios, grandes y carnosos, y su mandíbula, que estaba ligeramente adelantada por la barbilla. Solo ligeramente, lo que provocaba que se mordiera el labio superior con los dientes de abajo a cada rato sin ni siquiera notarlo. Lola tenía los ojos abiertos de par en par y miraba el techo con una mano posada en el pecho y la otra bajo la almohada, justo debajo del cuello. Después de hablar de Theo se había quedado así, encerrada en sí misma.

No se percató de que Estia la observaba. Pero lo hacía. Recorrió los detalles de su piel con curiosidad, y fijó la mirada justo en su sien, como queriendo descubrir sus más profundos secretos o adivinar lo que Lola pensaba en aquella caravana prestada y vieja. Lo que sentía Estia hacia Lola era admiración: veía en ella algo nuevo. Nunca había conocido a nadie así. Con solo dos años más,

parecía haber vivido la vida de alguien mayor: todos esos viajes que había hecho, la seguridad con la que se movía, como si cada movimiento estuviera predestinado a ocurrir, el descaro con el que parecía divertirse. Solo la había visto rota una vez, al perder el Corvette; ahora que conocía la historia de Theo, sabía por qué. «Eso quiere decir que seguramente hay más personas como Lola ahí fuera», pensó Estia. El mundo debía de estar lleno de personas como ella y de otras personas que no eran como ella, pero tampoco como Elijah o las institutrices del orfanato, ni como Enzo y los chicos del autobús. Ni como sus padres. Había gente que, sin ella esforzarse, sin ni siquiera poner nada de su parte, la apreciaban, la protegían y, de cierta forma, la amaban tal y como era: Lola, Diana, la conductora de la línea 3, Ryder, Orsa o Dom. Ellos la valoraban incluso con su pelo raro y sus pecas, y Lola… Ella ni siquiera se había acobardado al ver esos ojos grotescos e inhumanos o esa piel que a ratos se volvía escamosa y dura. Estia siempre se había sentido como un monstruo. No le habían hecho falta los ojos raros y las escamas en la piel, ya se había sentido así siendo una niña. Era curioso porque a pesar de que tenía miedo de terminar siendo un reptil o algo parecido, la realidad era que por dentro sentía que su cuerpo comenzaba a adaptarse a lo que siempre había sido en su más profundo interior. Como si la Estia de verdad no fuera aquella niña de ojos verdes, pecas, pelo pajizo y tez pálida, ahora roja y brillante por el sol. Como si la Estia original tuviera en el fondo aquellos ojos rúbeos, aquella piel escamosa… De pronto le dolieron los dientes y el extremo de los dedos de las manos y los pies. Cerró los ojos, cogió aire y volvió a su pensamiento inicial.

La cuestión era que Lola le resultaba fascinante. Jamás escondía el rostro bajo los mechones de su pelo, ni observaba a nadie con la cabeza gacha y los ojos pegados a los párpados superiores. No. Lola miraba de frente, con el mentón levantado, tan elevado que el cartílago del cuello se le marcaba hasta la oreja derecha, y esperaba con decisión a que el otro hablara. Estia estiró un brazo hacia la sien de esta y trazó círculos con suavidad, usando las yemas de los dedos. Lola salió de su ensimismamiento y se giró en la cama hacia ella, colocando ambas manos bajo la almohada. Estia sonrió con

gracia y se tapó los ojos, extraordinarios, de forma tímida. Antes de que pudiera darse cuenta, Lola auxiliaba su mano y la retiraba de sus ojos, queriendo acceder a ellos, atravesarlos y surcar sus enigmas.

—¿Qué pasa? —quiso averiguar esta.

—Nada —Estia dejó escapar una risita, notando cómo el rubor le encendía las mejillas y por poco las pupilas—. No me mires así…

—Vamos, dímelo —sonrió Lola, divertida.

—Es que… —vaciló Estia llevando la mirada hacia un lateral—. No sé, ¿cómo lo haces?

—¿Cómo hago qué?

—No sé, pues… eso. Ser tan… parecer tan segura de ti misma y de lo que piensas. O tener siempre una solución a cualquier problema. Seguir adelante sin mirar atrás, ¿cómo lo haces?

—Mmm, ¿quieres que te lo diga?

—Claro… —asintió Estia. Entonces, Lola sonrió, arrastró el cuerpo sobre la tela de la cama y bordeó despacio las líneas de Estia, acortando la distancia entre ambas. Rozó su mejilla con la de Estia al dirigir los labios a su oreja y, cuando la alcanzó, susurró.

—Es un secreto, pero la verdad es que no tengo ni la más jodida idea de lo que hago casi nunca. —Estia asintió lento dos veces—. Ahora ya lo sabes. Espero que sepas guardar mi secreto.

Advirtió cómo la respiración de Lola se apartaba de nuevo, sintiendo el aire atravesar el terreno de su piel. A Estia le dolía notarla cada vez más lejos, así que antes de que pudiera alejarse demasiado, giró la cara sin pensarlo y encontró con torpeza y brusquedad los labios de Lola con los suyos propios. Al comprender lo que había hecho, se alejó y se tapó con las sábanas de la cama.

—Ay, Dios, perdóname. —Escuchó Lola la voz embotada de Estia bajo las sábanas. Tiró de ellas y encontró a Estia con las manos ocultando su rostro. Sus antebrazos estaban de nuevo escamosos y duros, y entre los huecos de los dedos brillaba esa luz hirviente similar a la de los faros de freno de un coche.

—¿Por qué te escondes?

—¿Podemos hacer como que esto no ha pasado? No sé… No sé qué me ha pasado, Lola. Lo siento tanto. Tanto.

—Eh —dijo Lola, y reclinó la cabeza sobre el pecho de Estia tratando de calmarla—. Mírame. —Estia negó con la cabeza pronunciando un «no» inaudible bajó las manos—. Estia —insistió entonces la muchacha apartando ella misma las dos manos de su semblante—. No pasa nada, ¿vale?

Apoyada sobre los codos, la joven buscó el pelo de Estia, lo ordenó y se lo retiró del rostro arrinconándolo tras sus orejas. Luego, como esta había hecho antes, le paseó las yemas de los dedos, suavemente, por la frente. Estia dejó de rehuir su mirada. Lola la observó con cautela como si quisiera enviarle un mensaje oculto entre sus pensamientos. Sintió en aquel instante que necesitaba engullirla, apretarla contra sí para derretirla en su propia piel. Se maravilló con los ojos de Estia, contemplándolos con detenimiento. Un destello surgió en su centro. Vio en él el futuro: una Lola, algo mayor quizá, caminaba por unas calles que no conocía. Iba calle arriba, sola, flanqueada por unos edificios altos de hormigón, rodeada de aceras anchas y un cielo plomizo. Cuando cerró los ojos dejó de ver aquel espejismo y, despacio, acercó sus labios a los de Estia. Después, acomodó su pierna derecha entre las suyas y esta abrazó las muñecas de Lola posadas en el filo de sus orejas. Se mantuvieron así un buen rato, hasta que cayeron dormidas con la sensación de encontrarse en el núcleo de un sueño.

○ ○ ○

Un sonido fuerte y seco despertó a Estia. Abrió los ojos de golpe y cuando lo hizo la quietud le resultó sobrecogedora. Todo estaba envuelto en un silencio inusual. Permaneció callada, examinando la puerta de la caravana con el semblante serio y una mueca de desconfianza, confundida, pensando que quizá el ruido lo había soñado. Le hicieron falta unos segundos para volver a escucharlo y comprobar que era real. En esa segunda ocasión, primero sonó una sola vez. Después, decenas de veces.

—¡Lola, despierta! ¡Despierta! —gritó sacudiendo a la muchacha, que parecía removerse negándose a aterrizar en la vigilia, ajena a

todo lo que estaba pasando—. ¡Despierta!

—Qué… —susurró Lola haciendo un ruidito denso con la boca, como si fuera consciente por primera vez de que tenía labios, lengua y cuerdas vocales. Carraspeó—. ¿Qué pasa? —se quejó.

—Creo que están disparando ahí afuera.

—¡¿Qué?! —exclamó Lola levantando el cuerpo de la cama como si algo tirase de ella hacia arriba—. ¿¡Como que están disparando!?

DÍA 7





46. La emboscada

—¿La que acaba de gritar ahí fuera es Ryder?

—Creo que sí… —respondió Estia con impaciencia.

—¡Joder! Pero ¿qué hemos hecho? —se lamentó Lola llevándose las manos a la cabeza.

—¿Qué quieres decir? ¿Crees que esto es culpa nuestra?

A Lola ni siquiera le dio tiempo a contestar, la puerta de la caravana retumbó al otro lado. El material era enclenque y débil, de plástico flexible, y quien quiera que fuese la persona que aporreaba al otro lado, lo hacía con los dos puños y con tanta fuerza que por poco no la tiró abajo. Acto seguido, como una premonición diabólica, una risa invadió el interior de la caravana, una carcajada que confirmó los peores temores de Lola. El aullido tronó adhiriéndose a las paredes del interior del vehículo, volviéndose más grave por el material plasticoso. Penetró en los tímpanos de ambas muchachas con una agresividad tal que se vieron obligadas a taparse los oídos con las manos para no marearse.

—¡¡Lolaaaa!! ¡¡Estiaaa!! —canturreó Bonnie, tamborileando la puerta con sus uñas acrílicas—. Sé que estáis ahí… ¡Salid, niñas mías! ¡Salid antes de que entre yo y os coma vivas!

—¡¡Bonnie!! —exclamó Estia—. ¿Cómo nos ha encontrado? Pensaba que aquí estaríamos a salvo.

—¡Mierda! No lo sé…

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —urgió Estia, jugueteando con el colgante que le había regalado Ryder, inquieta. Inconscientemente lo apretaba con las dos manos para no temblar, rumiando las palabras que le había dicho al dárselo: «Te traerá calma en los momentos más difíciles. Solo debes creer que es posible, Estia. No pierdas la fe».

Otro fuerte golpe hizo que se sobresaltara y botara sobre la cama. Y allí, apretando aquel amuleto, un pensamiento irrumpió en su mente. Uno que no se pudo sacudir jamás. Si ella era capaz de mutar sus ojos y su piel cambiaba a placer, era muy posible que Bonnie hubiera sufrido algo similar. Fuera lo que fuera, Bonnie nunca le había parecido una mujer normal. Ni siquiera humana del todo. Si lo pensaba bien, corría demasiado deprisa para la edad que aparentaba tener, con demasiada decisión y sin titubeos. Y aquella sombra… Estia recordaba a la perfección la sombra que había proyectado sobre la pared la primera vez que la había visto: deformada, estirada, con garras. Las imágenes del fuego volvieron a impactarle de lleno, después, el círculo y la serpiente. Estia agitó la cabeza para sacudirse aquellos pensamientos horribles. Volvió a la habitación, apretó el amuleto de Ryder y rezó con los párpados muy apretados, negando aquel vestigio que había desencadenado un terrible presentimiento. El pálpito unido a las palabras de Elijah.

—¡¡Lolaaa!! ¡¡Estiaaa!! ¡Vamos, chicas! ¡Salid de ahí! —bramó la mujer bajo una honda y terrorífica carcajada—. ¡Pequeñas ratas de cloaca! ¡Vais a pagar por quitarme a mi Frankie! ¡Por robarme a Trash! —rugió entonces borrando toda señal de risa de su boca—. ¡Os voy a cortar la cabeza! —aseguró como si sus cuerdas vocales hubieran brotado de las profundidades más oscuras y siniestras.

—Tenemos que salir de aquí —susurró Lola—. Tenemos que irnos ya.

—Pero ¿cómo…? Bonnie no nos va a dejar marchar así como así. No va a ser tan fácil, Lola.

—Tienes razón.

De pronto los golpes cesaron. También lo hicieron los gritos del exterior y el bullicio que se había desatado unos minutos antes. Todo se quedó en silencio, un silencio inquietante. Lola y Estia, de rodillas sobre el colchón, se miraron.

—¿Qué pasa ahora?

—No lo sé —Lola se levantó de la cama despacio, apoyando un dedo sobre los labios de Estia para indicarle que no hablara. Se colocó de pie sobre el colchón y buscó la rendija del ventanuco, con prudencia, tratando de no hacer ningún ruido ni ningún movimiento

brusco. Sus ojos alcanzaron la abertura que iluminaba la calle. Miró hacia un lado y nada. Miró hacia el otro, advirtiendo su respiración agitada golpear los cantos de la pequeña ventana y cubrirlos con vaho. Nada. Allí no había nadie—. Parece que está todo tranquilo ahí fuera.

—Deberíamos salir, entonces.

—Espera —se apresuró a decir Lola—. Déjame comprobar algo primero. —Bajó de la cama con atención y el colchón chirrió, pero no ocurrió nada. Pisó el suelo, descalza, y aproximó con cautela la oreja a la puerta. Negó con la cabeza despacio—. Creo que no hay nadie —afirmó irguiéndose—. Vuelvo ahora. —Apartó la cortina de flores que separaba la parte habitable de la caravana del volante y los asientos delanteros. Sin hacer ruido accedió al asiento del conductor: la llave estaba puesta. Se sentó agazapada y trató de arrancarlo. El vehículo roncó una sola vez, pero no terminó de arrancar. Lola volvió a la parte trasera—. No hay gasolina. ¿Estás preparada para salir de aquí? —preguntó.

—No, pero tenemos que hacerlo.

—¡Bien, joder! Tenemos que encontrar a Ryder y a Atlas, y llevarnos su furgoneta. No hay otra opción.

—¿Y dejarlos aquí?

—Están en peligro porque nosotras estamos aquí. Si nos marchamos, ellos podrán seguir con su vida, pero necesitamos su furgoneta para poder marcharnos cuanto antes. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Vale. Voy a abrir la puerta muy despacio. No te separes de mí. A la de tres salimos corriendo hacia su caravana. ¿Preparada? —Estia asintió—. Una… dos… y tres. —Lola abrió la puerta de par en par y salió corriendo sin mirar atrás. Estia hizo lo mismo. Aceleró lo más rápido que pudo, siguiendo los pasos de Lola, que había avanzado un par de metros más rápido que ella.

—¡Ahí! —exclamó Estia—. ¡La furgoneta está ahí! —señaló. Ambas torcieron en aquella dirección. Apenas unos metros quedaban para alcanzar la puerta cuando algo se abalanzó sobre Lola derribándola: era uno de los hombres de Bonnie. Estia echó un vistazo a ambos lados, los siervos de Bonnie estaban por todas partes. Pudo ver

cómo Lola lograba quitárselo de encima por poco, se ponía de pie y seguía corriendo—. ¡Lola! ¡Al maizal! ¡Vamos!

Mientras corrían, Estia levantó la mirada por encima del hombro. El maizal era extenso, tan extenso que sería fácil esconderse. Divisó a Lola entrar por un lateral justo antes de lanzarse de cabeza y penetrar ella misma en aquel laberinto vegetal. Las hojas del maíz le azotaban la piel de la cara, provocándole un escozor en las mejillas. Perdió la pista de Lola sin darse cuenta y desde dentro era imposible saber en qué punto se encontraban exactamente. Desaceleró al creer que nadie la perseguía ya, hasta que se vio decidida a frenar en seco. Trató de guardar silencio pero se le hacía muy complicado, pues jadeaba y sudaba de forma automática, y le costaba respirar. Se estrujó el pecho y con la otra mano se retiró hacia atrás toda la melena rubia casi del color de la farfolla seca que envolvía los maíces. Su piel estaba roja y chorreaba.

Giró a un lado y luego al otro para comprobar que estaba sola. Consiguió tranquilizarse por un momento. Solo durante un segundo. De pronto, algo se movió al otro lado. Estia pegó un bote, trató de calmarse y después se acercó a los maizales para ver entre los pocos huecos que dejaban las largas plantas. Entornó los párpados para tratar de ver mejor. «Nada, no hay nada», pensó. Hasta que al otro lado se topó de frente con los ojos de Bonnie y su sonrisa amarillenta. Los ojos de Bonnie parpadearon y, acto seguido, de entre las altas plantas tostadas surgió un gran filo de metal en punta: una guadaña. Estia tuvo que esquivarla para que Bonnie no la cortara en dos pedazos.

—No tienes escapatoria, pequeña rata de cloaca —gorgoteó la mujer con voz nasal—. ¡VEN-AQUÍ! —bramó gruñendo, volviendo a asestar con la guadaña. El filo se clavó en el suelo—. Ha llegado tu hora.

—¡Déjame! ¡Déjame, Bonnie! ¡No sabes lo que haces! —Estia echó a correr de nuevo a través del maíz, braceando las matas ocres como si fuese agua—. ¡Es mejor que te vayas, Bonnie! ¡Márchate antes de que te haga más daño!

—¡Vuelve aquí! ¡Voy a descuartizarte! —La voz de Bonnie se escuchaba cerca, le impregnaba el oído derecho y después el

izquierdo, sibilante. La joven daba tumbos delante de ella, y aunque el maíz era alto, no estaba logrando despistarla.

—¿Por qué haces esto? —jadeó Estia. Bonnie no respondió. Una umbría y espesa carcajada manó del otro lado antes de que el filo de metal volviera a aparecer junto a sus pies. Bonnie caminaba por detrás igual que una sombra. De inmediato, Estia hizo un aspaviento, volviéndose hacia ella, y la guadaña volvió a hundirse en el suelo. Bonnie tiraba de ella hacia arriba, pero no conseguía desencajarla.

—¡¿Qué estás haciendo?! ¡¿Qué haces?! ¡¿Eres tú?! —La expresión de Bonnie se transformó al ver los ojos de Estia brillar y comprender que aquella niña con aspecto de inocente criatura era la responsable de que la guadaña que empuñaba pesara cien veces más de lo que realmente debía—. ¡Monstruo! —escupió.

—¡¡Yo te he preguntado por qué haces esto primero!! —La voz de Estia ya no era la suya. Afloraba de las profundidades, desde sus pies hasta su cabeza, haciendo retumbar su caja torácica. El pelo se le arremolinaba en el aire y los labios pronunciaban las palabras por sí solos, con vida propia. Bonnie retrocedió dos pasos—. ¡¡Responde!!

—Ha-ha-has matado a mi hijo. Has mata-ta-tado a Trash y yo ahora vo-voy a cortarte en pedazos. ¡Es lo que te mereces! —Bonnie balbuceaba mientras trataba de controlar su miedo.

—Pero tú querías retenernos en tu motel primero. ¿Por qué? ¡RESPONDE! —El suelo crujió bajo los pies de Bonnie.

—¡¡¿Qué e-eres?!! —resolló ella de forma entrecortada—. Eres el mal —susurró para sí—. Lo supe desde que te vi entrar en el motel…

—¿Yo? —rio Estia moviendo el terreno bajo los pies—. El mal es alguien que se aprovecha de dos pobres niñas que buscan refugio. De los niños sin fortuna y los hombres negligentes. El mal está en ti.

—Yo solo intento ayudar a niños que no tienen nada. Les doy un hogar, les doy comida, les doy un trabajo, les doy…

—¡Te aprovechas de ellos! ¡Igual que querías hacer con nosotras!

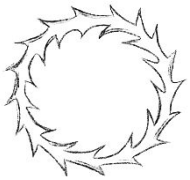
Estia se arrancó del cuello con violencia el colgante que Ryder le había regalado. Lo apretó entre los dedos y lo paseó de uno a otro, y de otro a uno. De improviso, lo lanzó en dirección a la frente de

Bonnie. El metal con el símbolo de la paz hundió la piel de la mujer entre los ojos y se le clavó justo entre las cejas. Un hilo de sangre le resbaló por la frente hasta teñirle la nariz. Después, Bonnie se desplomó y la guadaña se soltó del suelo y cayó con ella.

Minutos después todo parecía en silencio, pero de pronto del maíz surgió una ola de movimiento que asustó a Estia. Reaccionó tan rápido que fue incapaz de identificar de quién se trataba. Antes de darse cuenta, los ojos de Estia habían comenzado a brillar como con aquel tipo en la cuneta de la carretera. Su piel volvía a arderle, pero en aquella ocasión no sentía dolor, solo una fuerza salvaje. Aquella fuerza hizo que levantara las manos y el cuello de Ryder se retorciera como el de un roedor indefenso. Los ojos de Estia volvieron a su estado anterior en cuanto la mujer tocó el suelo.

—Nooo, Ryder… No, no, no. Tú no. —Estia se agachó y la sujetó por la espalda. Se colocó el torso inerte y pesado de la mujer sobre las piernas, y le acarició el pelo y la frente—. Ryder, despierta… —Pero ella no respiraba, estaba muerta.

Estia salió del maizal desorientada, en un profundo hoyo de amargura. Fuera vio los cuerpos de todos los demás: Orsa, Atlas… Todos muertos en el suelo.



47. La muerte

El aire agitado era el único sonido que Estia lograba escuchar: el aire de la brisa que mecía los campos de maíz que había dejado justo tras de sí, o el aire que sus pulmones aspiraban con dificultad y expulsaban sin que su cuerpo hubiera logrado guiarlo primero por el resto de sus extremidades. Se apretó una vez más el pecho con la mano y, por primera vez, fue consciente de lo rápido que le palpitaba el corazón. Bombeaba igual que un compás de piano a negras al tiempo que el tórax le subía y bajaba tratando de alcanzar el mismo ritmo al galope. Estaba a punto de desmayarse cuando un hilo invisible tiró de ella hacia arriba. Una mano apareció a cámara lenta, logrando sujetar su cuerpo que se deslizaba lentamente hacia el suelo.

—Estia, ¿estás bien? ¿Estia? —Los brazos de Lola no eran tan robustos como los de Trash, pero tampoco tan delgaduchos como los de Frankie. Eran lo suficientemente fuertes como para sostener el cuerpo de Estia en el aire, como si flotara. Antes de desmayarse separó ligeramente los labios—. ¿Qué has dicho? No te he entendido.

Entonces Lola acercó el oído derecho a los labios de Estia, muy cerca, tanto como pudo. Logró escucharla susurrar con claridad, como si las palabras salieran escritas por la boca de Estia y se introdujeran una por una en el oído derecho de Lola, grabándose a fuego lento en su pecho y en su corazón.

—He matado a Ryder —exhaló la muchacha—. Lo siento mucho.

—¿Qué? —susurró Lola, incrédula.

—Bonnie también está muerta.

Al comprender lo que eso significaba, Lola aflojó los brazos y dejó a Estia caer al suelo, salvando los pocos centímetros que la

separaban del terreno dorado. Las rodillas de Lola se pincharon con la hierba seca, caliente. Hasta ese momento, en su aventura junto a Estia, las personas que habían terminado muertas habían tratado de matarlas primero, pero Ryder se había portado bien con ellas. Lola se llevó la mano a los labios y la pasó por ellos, apretándolos, tratando de asimilar lo que Estia le acababa de contar. Después se la llevó a la frente y se echó el pelo hacia atrás. Los dedos se le mancharon de sangre fresca que le chorreaba de una pequeña herida que tenía ahí. No era la única, tenía otra en el pómulo con muy mala pinta.

Se puso de pie y desde arriba observó un momento a Estia, inconsciente sobre el campo. Al verla allí con los brazos resquebrajados se dio cuenta de que tenía miedo. Tenía miedo de ella. Quizá no era tan capaz de controlar sus impulsos como a veces Lola creía. Siempre quiso pensar que aquello que se activaba dentro de Estia era algo en defensa propia, pero ahora comprendía que no y que el hecho de seguir viva después de tantos días junto a ella había sido pura y dura suerte, y que en cualquier momento ella misma podría ocupar el lugar de Ryder. Puede que por error, pero finalmente en el mismo lugar.

Lola se sintió miserable abandonando a Estia allí, pero se había asegurado de que respirara y tenía miedo. La impulsividad que solía invadir su cuerpo volvió a encenderle las entrañas, empujándola casi sin que tuviera la oportunidad de decidir a adentrarse en los maizales en un estado de locura dejando a Estia atrás.

—¡Ryder! —gritó—. ¡Rydeeer! ¡Dónde estás!

Escuchó un balbuceo. Una expiración débil casi inaudible. Apartó dos o tres plantas con cuidado, esperando encontrar a Ryder allí, viva. Quizá tomando su último aliento, pero viva. Lo hizo a conciencia, pues no estaba preparada para ver a alguien como Ryder viviendo sus últimos segundos. No era Ryder, era Bonnie.

Esta viró los ojos hacia Lola sin poder girar el cuello, no tenía fuerzas. Trató de mover los labios pero apenas pudo separarlos. Lola la miró fijamente a los ojos y por un momento sintió lástima por ella.

Bonnie cogió aire y con el último suspiro su alma pareció esfumarse del mundo de los vivos.

Lola saltó por encima del cuerpo inmóvil de la mujer y atravesó los maizales. Caminó unos metros más y encontró el cuerpo de Ryder descansando entre las plantas. Se llevó una mano a la boca, pues a pesar de saber que Ryder estaba muerta, porque Estia se lo había dicho, tenía la esperanza de encontrarla con vida. Se agachó a su lado y acercó la mano a su cuello, y después a sus muñecas. No respiraba, su corazón no emitía ningún sonido. No lo hacía.

Estuvo un rato allí sentada junto a Ryder pensando en qué hacer. Bonnie estaba muerta y todo había terminado. Quizá era hora de buscar su camino, de alejarse de todo aquello y empezar de cero: sola. Trató de echarse el cuerpo de Ryder sobre los hombros. Le costó varios intentos, pues pesaba, pero finalmente logró colocarla de tal forma que pudo sacarla del maizal. No podía dejar su cuerpo abandonado, eso le dio fuerzas.

Cuando atravesó las últimas plantas de maíz, Lola tenía las mejillas ardiendo, los labios hinchados y los ojos húmedos. El pelo de Ryder se le pegaba al cuerpo. La tendió en el suelo con cuidado, sujetándole el cuello y colocándole el pelo sobre los hombros. Al incorporarse se percató de que Estia ya no estaba en el lugar en el que la había dejado antes. Caminó hacia la caravana con agitación. La rabia se le propagaba por las venas. Abrió la puerta de un golpe y ahí la encontró, sentada en el suelo, arrinconada, llorando mientras apretaba una manta entre los brazos. Lola no dijo nada. Se quedó en silencio y dejó que Estia hablara primero.

—Lo siento —gimió ella sin levantar la mirada, rozándose las uñas de las manos.

—¿Por qué lo has hecho? —espetó Lola exigiendo una respuesta —. ¿Por qué has matado a Ryder? —A esas alturas Estia tenía la certeza de que a Lola la arrebataban sus impulsos, pero nunca la había visto dejar que ese impulso se convirtiera en rabia. La había visto dejar que ese fuego la llevara a cosas como robar en la gasolinera o mentir a la camarera del restaurante, pero allí, frente a ella, Lola estaba furiosa.

—No lo sé. No me acuerdo.

—Ya… —Al comprender, Estia buscó con ansia los ojos de Lola. «No me cree», asimiló.

Lola desvió la mirada. Estia tenía los ojos brillantes y, desde su postura, más baja que la suya, parecía indefensa. Era consciente de que corría el peligro de apiadarse de ella cuando lo cierto era que lo que deseaba era gritarle, zarandearle el cuerpo y culparle de la muerte de Ryder, de la de Atlas y de las de los demás. Ella había empezado la guerra con Bonnie disparando a Frankie. O incluso antes: interponiéndose entre el Corvette rojo y su huida hacia una vida nueva, lejos del fantasma de Theo. Lo había estropeado todo. Si no se hubiera parado a recoger a Estia, probablemente habría podido quedarse en Bregavia o haberse largado al otro lado de la frontera.

—No me crees, ¿verdad?

—Joder… ya no sé qué pensar, Estia. Tengo la cabeza hecha un lío.

—Hace unas horas creías en mí. Solo hace unas horas, Lola. Has creído en mí todo este tiempo. Sabías desde el principio que esto que me pasa no es algo que haga a propósito. Es algo… algo que sale de mí. Dime, ¿qué ha cambiado?

—Puede… Puede que necesites ayuda. Eso es todo.

—¿Ayuda? ¿Qué tipo de ayuda?

—No lo sé. Quizá tengamos que ir al hospital. Mira, hoy ha sido Ryder, pero…

—Me tienes miedo. Es eso. Tienes miedo de que te haga lo mismo a ti. De que… —Estia tragó saliva—, de que te mate. Lola —añadió levantándose para acercarse a ella—, sabes que yo nunca te haría daño. Dime que lo sabes —rogó rodeándole las manos.

—Tampoco creía que fueras capaz de hacer daño a Ryder. Ni a nadie que no quisiera… ¡No sé! ¡Hacerte daño primero!

—Te lo juro, Lola… Te juro que jamás te haría daño.

—No lo sé.

—Yo sí lo sé.

—¡No, joder! ¡No lo sabes! No lo sabes, Estia —vociferó Lola fuera de sí—. Si lo que dices es verdad…

—¿Si lo que digo es verdad? —Lola cogió aire y repitió.

—Si lo que dices es verdad… esto no es algo que puedas controlar. Es algo que te pasa. Eso significa que no sabes nada. No tienes ni la mínima idea de si eres o no capaz de matarme igual que has hecho con Ryder.

—Vale —accedió Estia, soltándole las manos.

—Creo que lo mejor es que nos separemos. Mira, Bonnie está muerta, Trash y Frankie también. Ya no… ya no tenemos por qué seguir juntas. Quizá eso era todo. Quizá ha llegado el momento de ir por libre.

—¿Y la policía?

—La policía siempre estará ahí, pero tú sabes cuidarte sola. Sabrás cómo empezar de cero.

—No quiero que nos separemos —balbuceó Estia—. Por qué, ¿eh? Dime, ¿por qué me recogiste en Luis de Juárez? ¿Por qué te paraste y me dejaste subir al coche? ¿Por qué si sabías que podía salir mal? ¿Por qué ahora sí quieres dejarme sola?

—No lo sé… —masculló Lola.

—No, Lola. ¡¿Dime por qué?! —Estia suplicaba como si anhelase escuchar la respuesta y funcionara como remedio para calmar su dolor.

—Supongo… supongo que estaba como paralizada, como en un sueño. Todo era una niebla espesa, no sabía muy bien lo que estaba haciendo, veía las calles borrosas y…

—¿Y qué?

—Oye, traté de largarme, ¿no lo recuerdas? —aclaró la joven, airada—. Te vi y me largué, pero algo… algo me llevó a volver a por ti. Cuando te vi… No lo pude evitar, me vi a mí misma, Estia. Me vi unas horas antes en el camerino de Theo. No podía dejarte. No… no podía abandonarte. No podía abandonarme —arrulló casi como siendo consciente de aquello por primera vez al manifestarlo fuera de su cabeza—. Cuando empecé a recobrar la conciencia de mí misma, de la realidad, ya era tarde. Te estaba quitando las putas esposas en la cuneta. —Estia bajó el mentón entonces, pensativa.

—Lola, yo… yo… —dijo tratando de volver a acortar la distancia entre ambas. Sabía que quería a Lola. La quería—. No voy a saber seguir adelante sin ti.

—Solo tienes miedo. Tú también tienes miedo y eso está bien. Tú también estás confundida. Puede que porque he sido amable contigo, pero sabes cuidarte sola. Siempre lo has hecho, ¿recuerdas? Escapaste de Elijah. Escapaste de Frankie. Escapaste de Trash. Escapaste de Bonnie. No me necesitas y realmente… si lo piensas, solo hace unos días que nos conocemos. Has vivido sin mí toda tu vida, Estia.

—Pensaba… —«Que me querías», pensó Estia—. Pensaba que era importante para ti.

—Yo… necesito que nos separemos —concluyó Lola dándole la espalda—. Lo necesito —rogó con amargura.

—Está bien. Si eso es lo que necesitas, eso haré. Me iré ahora mismo.

—No. No hace falta que te vayas tú. Me iré yo.

Lola bajó de la caravana y echó a andar. Estia observó cómo se alejaba. Cómo se hacía más pequeña cada vez. No podía dejarla marchar. No podía. Se asomó y gritó.

—¡¡Lolaaa!! ¡¡Lolaaa!! No me odias, ¡¿verdad?! ¡¡Dime que no me odias!!

—Adiós, Estia —respondió Lola sin encontrar la fuerza suficiente para girarse y mirar a los ojos a Estia por última vez.



48. El padre Rojas

El dolor que Estia sentía por haberle hecho aquello a Ryder le agujereaba el pecho. Pero el miedo era todavía peor. Sentía miedo de sí misma. Lola tenía razón. Si lo pensaba bien, era capaz de hacer cualquier cosa y ni siquiera sabía por qué, ni cómo. Quizá un vago recuerdo del pasado le susurrara que tenía algo que ver con sus años junto a Elijah en el bosque. A veces se le colaban en la mente no sabía si recuerdos o sueños de los labios de Elijah pronunciando palabras sin sentido, palabras que no significaban nada. ¿O es que sí significaban algo? Fuera como fuera, lo había estado ignorando. Ella misma había querido creer que aquello que le estaba pasando era fruto de la ciencia: una enfermedad extraña, una reacción alérgica en los brazos, el calor, quizá. Había querido enterrar lo que creía de verdad. Lo que sabía que le estaba ocurriendo.

Sabía que no podía hablar de aquello con nadie, pero ahora Lola la odiaba. La única persona que la había aceptado tal y como era en sus quince años de existencia también se había alejado de ella, ¿qué le quedaba entonces? Si la policía daba con ella ya le daba igual. Después de días huyendo empezaba a pensar que la solución había estado delante de sus narices todo el tiempo. A lo mejor la solución más evidente había sido la correcta: que la encerraran de por vida. Al menos bajo llave no podría hacer daño a nadie. Sintió entonces la necesidad de rezar. Eso haría: saldría a la carretera y caminaría hacia atrás hasta llegar a la iglesia que había visto desde la caravana al pasar unos días atrás. Confesaría todos sus pecados, rezaría unas horas y, después, le pediría al cura que llamara a la policía de Luis de Juárez para entregarse.

Se quitó el pijama blanco, lleno de suciedad, sudor y sangre, y se vistió con la ropa que Ryder le había prestado. Después, se trenzó la

larga melena y agarró las gafas de sol que Lola le había pedido prestadas a Sea. Separó las patillas para ponérselas, pero antes de hacerlo, volvió a cerrarlas y las posó gentilmente sobre la cama. Las observó durante unos segundos y después salió de la caravana, dejándolas atrás. Allí donde iba estaba dispuesta a mostrarse tal y como era. Dios encontraría la forma de ayudarla.

Cruzó la explanada desolada. De nuevo el único sonido era el de la brisa. Los pájaros habían huido del bullicio. Sin embargo, Estia, mientras alcanzaba el límite del campo de maíz que debía cruzar para llegar a la carretera, percibió el silbido de los susurros de los cuerpos que yacían allí, junto a las caravanas: Atlas, Orsa, Ryder, Sea, el niño… todos ellos le hablaban.

Avanzó rápido hasta el camino y encontró la carretera al otro lado. El sol azotaba fuerte aquel día. A Estia le achicharraba la nuca detrás de la ancha trenza con la que se había recogido el pelo, la espalda le chorreaba sudor y sus pies parecían quedarse pegados al asfalto. Pero tenía que llegar. Tenía que llegar a aquella iglesia que habían pasado de largo con la caravana de Atlas unos días antes. Iba a dejar que la policía la arrestara, pero primero debía confesarse. Primero debía expiar todos sus pecados: Frankie, Trash, Ryder y los chicos del autobús. No lograba recordar nada de lo que había pasado, pero después de unos minutos en blanco aparecieron malheridos o muertos. Todo eso de la transformación de sus ojos, de su piel… en el fondo de su corazón, sabía que había sido ella. Se estaba convirtiendo en un monstruo.

Caminó unos kilómetros y vislumbró la blanca iglesia a lo lejos. Se colocó la mano sobre la frente para taparse del sol y ver si estaba abierta. Lo estaba. Las puertas estaban atadas a los extremos con unas cuerdas de esparto. Estia suspiró y siguió caminando.

Entrar en la iglesia le puso la piel de gallina. Entre sus paredes el frío y la humedad contrastaban demasiado con el calor del exterior y la sequedad del ambiente. Le gustaba el aroma de aquel lugar, olía a flores frescas y a sal. Estia se pasó las manos por los brazos, y las frotó para entrar en calor. Notó de pronto el tacto de una tela de seda caerle por los hombros.

—Hace frío aquí dentro, ¿verdad? —Estia se giró para ver de dónde procedía aquella voz y vio al párroco examinándola abiertamente con curiosidad.

—Sí. Lo cierto es que sí, padre —respondió sorbiéndose la nariz queriendo calmar unas lágrimas involuntarias que se habían empecinado en liberarse al cruzar el umbral del templo.

—Ay, no, ¿estás bien? —preguntó este. Estia solo asintió—. No te preocupes. Aquí estás a salvo. Soy el padre Rojas. ¿Puedo ayudarte en algo, chiquilla?

—Quisiera… quisiera confesarme.

—Mmm, está bien. ¡Eso es fácil! Ven. —El padre Rojas dirigió a Estia al confesionario, le ofreció un vaso de agua y después entró en su parte del cubículo sagrado—. Ave María purísima —dijo este.

—Sin pecado concebida.

—Bien. Encuentra el camino, chiquilla. Cuéntame qué te preocupa. Cuéntame qué te atormenta para que puedas marcharte con el perdón.

—La verdad es que es difícil… —vaciló Estia.

—Intenta empezar con algo y poco a poco lo encontrarás, Él te guiará en el camino.

—Está bien. Padre, creo que tengo un problema. Hay algo que me lleva persiguiendo demasiados años. La fe, rezar todos los días… Eso me ha ayudado siempre, pero ya no es suficiente.

—¿Por qué dices eso?

—He… he hecho cosas malas… —Fue en aquel momento cuando el padre Rojas percibió algo a través de los ornamentos triangulares de madera. Halló frente a él un resplandor rojo. Entrecerró los párpados tratando de discernir qué era aquella luz.

—No puede ser… —murmuró de forma imperceptible, consternado.

—¿Padre? —dijo Estia.

—Eeeeh, sí… continúa —carraspeó el hombre—. ¿Qué cosas malas has hecho?

—He… He hecho daño a algunas personas.

—¿Daño? ¿Qué tipo de daño?

—Pues… es que… es que… no puedo recordarlo, pero al volver en mí esas personas estaban muertas. Sé que… —y entonces Estia bajó

el volumen todo lo que fue capaz—. Sé que fui yo.

—No te entiendo, chiquilla. ¿Puedes explicarte mejor? Así Dios podrá perdonarte.

—No sé si Dios va a poder perdonarme por eso, padre. Creo que he matado a gente. Primero a unos chicos, en el autobús, en San Gregorio. Después a dos hombres, dos hombres malos, pero igualmente hombres. No está en mí decidir quién vive y quién muere. Eso está en Él.

—¿Estás segura? Dices no recordar lo que pasó.

—Estoy segura, padre. También… también he matado a algunas personas buenas. Y aunque no lo haya hecho con mis propias manos, han muerto personas inocentes por mi culpa.

—Me cuesta creer que una chiquilla como tú haya podido hacer algo así —respondió el padre Rojas. Sin embargo, aquella luz roja seguía atormentándolo—. ¿Estás segura? Puede que te sientas confundida por algo…

—Es que no es lo único, padre. Creo que me pasa algo más. Creo que me pasa algo malo, muy malo, de verdad. —Estia levantó el mentón y miró fijamente a través de las aberturas de la puerta del confesionario. El padre Rojas pudo ver sus ojos resplandecer con ese carmesí infernal. Casi le quemaba la piel. Salió del confesionario y caminó hasta Estia, situándose frente a ella. La observó, atónito—. Mire… —dijo esta mostrándole los brazos—. ¿Lo ve? Esto… Va a llamar a la policía, ¿verdad?

—¿Desde cuándo te pasa?

—Desde que dejé de recordar. Hace unos días. Una semana más o menos.

—¿Nunca antes te ha pasado nada parecido?

—No. Lo juro.

—Bien, tápate, chiquilla. Llamaré a la policía. Lo haré, pero sabes que no tenemos por qué contarles todo. La confesión es algo entre tú y Dios. Yo solo soy un medio. Si haces lo que Él dice, te perdonará.

—Por mí, hágalo, padre Rojas. Llame a la policía de una vez. Prefiero que me encierren a seguir haciendo daño a las personas. Tendrían que haberme encerrado en Luis de Juárez.

—Pero no hace falta que les cuentes esto, ¿entiendes lo que te digo? Habla con ellos sobre esos momentos que olvidas, sobre las personas que crees haber matado si crees que así serás perdonada antes. Pero esto… —manifestó el padre señalándole la piel—. Esto puede quedarse entre tú y Dios. Ahora vuelvo.

—¿No debería rezar ahora?

—Sí, eso es. Toma. —El padre Rojas se despojó del rosario que le rodeaba el cuello y se lo tendió—. Reza.

Estia no vio al padre Rojas alejarse y entrar por una puertecita de madera blanca, pero sí escuchó sus pasos retumbar por la iglesia y la puerta chirriar a lo lejos. Se quedó sola y en silencio, contando las pequeñas bolitas de madera del rosario que le había dado el cura. Apretó entre las yemas de los dedos una por una, mascullando en voz baja, rogando calma y perdón. Lo cierto era que se sentía más tranquila. Puede que tomar la decisión de entregarse fuera la mejor. Estuvo allí media hora aproximadamente, inmersa en sus pensamientos, soñando con la posibilidad de volver atrás, al exacto momento en el que Enzo y los chicos se acercaban a Diana, haciéndole dar volantazos por la carretera. Si pudiera volver atrás, pensó, si pudiera volver a ese momento…

Entonces escuchó la pequeña puerta blanca abrirse de nuevo y los pasos del padre Rojas caminar sobre el mármol blanco y negro de la iglesia. La oscuridad se desvaneció por un momento y los rayos de sol se adentraron en el templo iluminando los bancos de madera oscura. Escuchó más pasos. Ya no eran solo los del padre Rojas, otra persona caminaba junto a él en silencio. Estia cerró los ojos con fuerza. Había llegado la hora, la policía iba a arrestarla y a llevársela a Luis de Juárez. Solo esperaba que Lola estuviera bien, que se encontrara lejos ya de todo aquello. Los pasos se escuchaban cada vez más cerca, y ya no solo era aquello lo que se escuchaba, también las ropas sonaban al frotarse mientras caminaban el padre Rojas y el otro hombre, era un hombre, Vásquez. Estia pensó en Vásquez, en lo contento que estaría al dar con ella. La puerta del confesionario se abrió y Estia abrió los ojos, todavía iluminados. Levantó la vista despacio, muy despacio.

—¿Qué haces aquí? —logró pronunciar.



49. El regreso

—Hola, Estia. Me alegro de verte —respondió el hombre con media sonrisa—. Hacía ya demasiado tiempo.

—¿Qué haces aquí? —repitió ella. Apretaba los puños clavándose las uñas en las palmas de las manos, y un centelleo ardiente se esforzaba por sobrepasar las murallas del iris de sus ojos—. Padre Rojas, ¿cuánto tiempo tardará en llegar la policía? —preguntó furiosa.

—No… no he llamado a la policía.

—¿Ha sido usted? ¿Usted ha avisado a Elijah de que estaba aquí? ¿¡Por qué ha hecho eso!?

—Debía hacerlo —confesó con solemnidad el cura.

Elijah observaba a Estia con curiosidad. Hacía demasiado tiempo que no la veía. La última vez la joven tenía unos cuantos años menos. En la vida de un adulto como la de Elijah, el cuerpo, la cara y la piel apenas cambian en esos pocos años. Sin embargo, para las niñas como Estia dos o tres años eran una eternidad. Cuando se marchó todavía era una niña; ahora, frente a él, tenía a una joven de quince años. En su interior todo había explotado. La ebullición era evidente. Estia no era ya la chiquilla que él había conocido, le devolvía la mirada de una forma furiosa e iracunda. Sin embargo, el padre Elijah no pudo evitar sonreír al comprobar que en la mirada de la chica surgían tonos rojizos y un destello que reconoció al instante.

Dio unos pasos hacia delante, con la mano extendida. Quería tocarle la cara. Posar la palma de su mano sobre la piel de Estia y observarla de cerca. Cuando lo hizo, Estia se apartó.

—¡No me toques! ¡No te atrevas! —se reveló alzándose. Acto seguido salió del confesionario al tiempo que empujaba a ambos hombres.

—Estia —susurró Elijah extrañado—. No voy a hacerte daño. Solo quiero…

—Eso dijiste la última vez, Elijah. Dijiste que no me ibas a hacer daño, pero lo hiciste.

—Eso no fue lo que pasó, Estia. Ya te lo conté. Te lo conté todo. ¿Por qué no quieres escucharme? —masticó él tensando la mandíbula.

—Eso da igual. Da igual lo que tú creas o lo que crean los de El Abismo. Eso no te daba derecho a hacer lo que hiciste conmigo.

—Eres especial. Ya lo sabes. No podía… no podía dejar que te encontraran otros antes que yo. No podía. Tú lo sabes.

—¡A esto llamas tú «especial»! —vociferó Estia levantándose la manga de la camiseta. Su piel brillaba bajo las escamas. No tenía ni la más remota idea de dónde estaba sacando aquella voracidad para enfrentarse a Elijah, pero lo estaba haciendo. Quizá era cosa de Lola. Estaba siendo capaz de sentir la furia, la rabia, el fuego. Todo sin caer en un trance oscuro y perdido. Estaba siendo consciente. Estaba despierta.

—Es… ¡es extraordinario! —exclamó el padre Rojas.

—Así es… —respondió complacido Elijah—. ¿Lo ves, Estia? Eres extraordinaria y el mundo… ¡el mundo no es un lugar seguro para alguien como tú! ¡Y tú también lo sabes! ¿Cuánto llevas huyendo de la policía? ¿Seis o siete días? ¿Crees que puedes vivir así para siempre? ¿Toda la vida huyendo? Y después vendrán los médicos y los fanáticos, y esos que creen tener la verdad, pero la única persona sobre este inmenso mundo que tiene la verdad soy yo, Estia, y tú. Tú, yo y los fieles de El Abismo.

Era muy complicado para Estia no escuchar a Elijah. Eso era lo que lo hacía tan peligroso. Cuando Elijah hablaba todo el mundo escuchaba. Incluso ella, incluso después de todo lo que él y El Abismo del bosque le habían hecho. Sus palabras tenían sentido para los desgraciados, para aquellos que habían perdido la visión del camino y cuya vida parecía no guardar propósito alguno. Era el salvador de los pobres desalmados que vivían bajo tiendas deshechas en la calle o que no habían sido capaces de lograr encontrar un motivo entre las paredes de su propio hogar,

rechazados por sus familias, por sus amigos. Elijah sabía que su redil estaba hasta los topes de miseria. Por eso todos lo escuchaban. Y, contra su voluntad, Estia siempre había pertenecido a ese grupo. Aunque todo había cambiado ligeramente gracias a Lola.

—¡Me da igual! ¡Prefiero vivir toda una vida huyendo de la policía! ¡Prefiero vivir así que volver contigo! —gritó haciendo aspavientos. Entonces los ojos se le encendieron un poco más.

—Creo que no sabes lo que dices… —susurró Elijah—. No lo entiendes. No hay escapatoria. No tienes otra opción. El fuego arderá y te llevará con él. Lo sé. Sé que has visto el fuego, el círculo y la serpiente.

—¿Qué? —susurró Estia algo aturdida.

—Lo decías en sueños. Siempre lo decías: el fuego, el círculo y la serpiente. Si la profecía se cumple, si las palabras que susurró Él para mí son reales, solo te queda una herida más. Los dientes.

—Sé muy bien lo que digo, Elijah —rebatió Estia, aún desconcertada.

—Pero ¿no te das cuenta? Todo lo que te conté en El Abismo era verdad. ¡Todo! ¡Mírate! Solo ha hecho falta que crecieras lo suficiente para que tu cuerpo pudiera albergar tal poder. —Estia lo miraba con recelo. Odiaba a Elijah, recordaba que el tiempo que había pasado junto a él había sido horrible, doloroso y triste. Sin embargo, no recordaba nada más. Cuando se esforzaba en recordar momentos específicos con Elijah y el resto solo era capaz de escuchar en el fondo de sus recuerdos el eco de las voces y las palabras extrañas. Y aquel día en el que encontró la lucidez para salir huyendo y correr hasta alejarse lo suficiente. Elijah se percató de que en la expresión de Estia había más incomprensión de la que él había esperado—. ¿No te acuerdas? ¿No recuerdas todo lo que te conté en El Abismo? —Se acercó un poco más, pero en esa ocasión Estia no se movió de su sitio. Dejó que Elijah se acercara lo suficiente.

—En El Abismo estabais todos locos. Eso es lo que recuerdo. Todos te hacían caso, pero no hacías más que manipularlos. Incluso a mí. Eres un fanático.

—Puede… puede que no estuviera del todo seguro de lo que decía cuando lo decía, pero mírate. ¡Yo tenía razón, Estia! Siempre tuve razón respecto a ti. Eres la Emisaria. Él te eligió. Intentamos… intentamos hacer que funcionara mientras estabas en El Abismo con nosotros, que no… que no ocurriera todo esto que ha ocurrido. Que no dejaras un reguero de sangre a tu paso. ¿Qué has hecho, Estia?

—Como le dije por teléfono —intervino el padre Rojas—, la chiquilla parece no recordar nada, pero está completamente convencida de haber matado a varias personas.

—¿Es eso cierto? —Estia se quedó callada un momento. Era cierto: había matado a toda esa gente. Lo había hecho.

—Creo que sí —balbuceó—. Pero yo… yo no quería.

—Oh… —se lamentó Elijah llevándose los dedos al hueco entre la nariz y los ojos—. Claro, claro que no querías —manifestó tratando de aproximarse a ella todo lo posible.

—¡No des un paso más!

—Teníamos que habernos esforzado al máximo en El Abismo. Esto es un desastre. Tendremos que pensar cómo salir de…

«El Abismo», retumbó en la cabeza de Estia, «El A-bis-mo». Estia se quedó allí parada. Entonces Elijah aprovechó que parecía que esta se hubiera zambullido en uno de esos trances de los que el padre Rojas le había hablado por teléfono y se acercó lo suficiente. Transportó su mano y la posó sobre la mejilla de la chica. Como un rayo, algo alcanzó a Estia, que comenzó a recordar entonces más de lo que le había contado a Lola. Mucho más: recordó los experimentos, los castigos, los esfuerzos, cómo trataban de que surgiera un poder absurdo e inexistente amedrentándola. Recordó a Elijah pidiéndole perdón por las mañanas y despertándola con brusquedad por las noches. Recordó cómo le hicieron beber la sangre de los traidores de El Abismo y recordó entonces los símbolos de la puerta de su cabaña: el fuego, el círculo y la serpiente, la guarida de la Emisaria, quien debía aguardar la llegada del fuego que se expandiría apagando las almas que no hubieran encontrado su hogar en él.

—Lo que me hiciste… Lo que me hicisteis… —se corrigió Estia—. Jamás os lo voy a perdonar —sostuvo entonces, saliendo del trance,

apartándose por completo del tacto de Elijah.

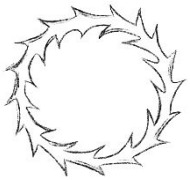
—Fue por tu bien.

El hombre se acercó de nuevo y tocó el brazo de Estia. Al acercarse empezaron a surgirle ampollas por todo el cuerpo, y humo, se le estaba quemando la piel. Cayó al suelo como electrocutado. En ese instante Estia aprovechó para salir corriendo. Sin embargo, el padre Rojas se interpuso. Aquel religioso era joven y hábil, y antes de que Estia pudiera empujar el gran y austero portón de la iglesia blanca, el padre le sujetó el brazo. Estia no lo pensó. Reaccionó antes de que su cabeza pudiera asimilar que solo eran los dedos del padre Rojas lo que le rodeaba el brazo. Y en lugar de dar un tirón y librarse de él al tiempo que este sentía quemazón en la palma de la mano, levantó la mano derecha y lo golpeó de lleno en el centro del pecho.

Lo esperado quizá era que su puño chocase contra el torso duro y encostillado del cura, pero no fue así. Como si la carne del hombre no fuera más que simple arena de la playa, se abrió de par en par dejando que la mano de Estia pasase socavando a su antojo y dibujando su propio camino. Al padre Rojas le dio tiempo a levantar la vista y mirar directamente a los ojos de Estia. Brillaban como nunca, rojos como la inmensidad escarlata de las profundidades magmáticas. La expresión del padre se encogió, las líneas del miedo y de la incomprensión se arremolinaron en su nariz y sus párpados. Fue plenamente consciente de cómo Estia movía la mano, rodeaba con los dedos su corazón caliente y gelatinoso y tiraba de él, arrancándolo de su origen, sin compasión.

El padre Rojas cayó al suelo, y en el instante en el que su cráneo se quebró chocando contra el azulejo, los ojos de Estia volvieron a la normalidad. Miró al padre Rojas yaciendo como un títere y a Elijah al otro lado, que seguía vivo pero desmayado.

Corrió hacia la puerta, dejó atrás la iglesia fría y se adentró de nuevo en la árida llanura, recordando cada movimiento que había realizado, recordando cada palabra que había dicho, lo recordaba todo. «Lola… dónde se ha metido Lola», pensó. La había dejado atrás en los campos de maíz. «Tengo que encontrarla».



50. La canción inédita

El camino de vuelta se le tornó de lo más extraño. En su cabeza los pensamientos se desbordaban e insistían en decirle algo. Sin embargo, ninguno hablaba con la suficiente claridad ni lo suficientemente alto para que Estia pudiera entenderlo. Se sentía abrumada y no era capaz de ver más que sus propios pies recorriendo el camino pegado al lateral de la carretera. Si levantaba la vista para tratar de contemplar el horizonte solo lograba marearse, ver completamente borroso y sentir una presión en el pecho que la ahogaba lenta y silenciosamente.

Se detuvo un momento y se agachó de cuclillas, sentándose en el suelo de hierba amarilla cubierto con algunas ramas secas abandonadas por el tiempo. Trató de respirar y coger aire de forma profunda. Así fue como se vio la mano. Estaba cubierta de sangre casi hasta el codo, como los guantes de seda brillante que solían llevar las mujeres elegantes de los años veinte. El sol había secado el fluido, pero Estia todavía lograba ver algunos puntos más oscuros donde la vida del padre Rojas se aferraba. Se rascó la muñeca para tratar de quitarse la mancha, pero era imposible. Se había quedado pegada.

Una punzada de dolor le palpitó en la cabeza. Una quemazón comenzaba a recorrerle los huesos de la boca hasta la sien. Quizá había estado demasiado tiempo bajo la fría corriente de la iglesia, y después bajo el ardiente calor del sol. Pasó la lengua por el paladar y más tarde por los dientes. Algo se resquebrajó en el interior de su boca. Escuchó un chasquido y advirtió un objeto que le rozaba la lengua. Lo movió por cada rincón provocando que aquello que fuera chirriara en su interior. Dio vueltas con la lengua hasta que fue capaz de escupirlo. Un incisivo completo cayó al candente asfalto desde

sus labios. Uno de sus dientes se había roto, emitiendo un restallido repugnante que casi la hizo vomitar. Volvió a pasar la lengua por el hueco, buscando una encía blanda y despoblada, pero en su lugar encontró otra cosa.

Se llevó las dos manos a las comisuras de los labios y tiró de ellas hacia los lados. Notó en uno de los dedos otro diente resquebrajarse, desprenderse de su encía y caerle sobre la lengua reseca. Metió los pulgares en la boca buscando el hueco vacío y, sin embargo, sus yemas se toparon con dos puntiagudos colmillos neonatos que florecían en la oquedad. En aquel momento eran casi del tamaño de los dientes de las pirañas, pero a cada segundo el dolor aumentaba como una descarga eléctrica que hacía que Estia se retorciera. Unos minutos después, los dientes eran tan largos y puntiagudos que comenzaban a hacerle herida en el carrillo interno del labio inferior. En ese momento, cuando la largura se estancó, el dolor cesó de golpe también.

Con dificultad, Estia continuó caminando. Agotada, confusa y exhausta después de su encuentro con Elijah, pero sin miedo. Ya no le aterrorizaba el hecho de caminar sola y bordear el desolado extremo de la carretera. Por primera vez era consciente de su poder y tenía la certeza de que si alguien intentaba hacerle daño ella sabría cómo salir ilesa. Si de verdad era la Emisaria, como Elijah decía, Él no dejaría que le ocurriera nada malo.

Había llegado el momento en el que Estia caminaba casi como una autómata, confiada en que su destino la guiaría allí donde debía llegar. Sus pasos la llevaban de vuelta a casa, donde el alma de Ryder, Atlas y el resto rondaban todavía. El sudor le resbalaba por la frente, la trenza ya deshecha descansaba sobre su espalda húmeda y los restos del padre Rojas que le cubrían el brazo estaban completamente secos. Los ojos le brillaban al máximo y su piel, escamosa, ya no era verde. Se había vuelto entonces tan bermeja como la misma sangre, reflejando igual que un espejo su rostro y sus labios desgarrados por los colmillos. Cada vez se movía con más torpeza, y los pies se le arrastraban más y más sobre la carretera ardiente.

El rugido de un motor tronó a sus espaldas. Sin embargo, Estia no se inmutó. Le daba igual quién fuera. Sabía que, si trataban de atropellarla, aquello que la esperaba al otro lado la salvaría. Así que siguió hacia delante, despacio, al mismo paso que una tortuga vieja. El coche cada vez estaba más cerca. No obstante, el motor crujía más suave y el tubo de escape soltaba petardos al frenar. Al llegar a la altura de Estia, derrapó. La joven siguió caminando sin prestarle atención.

—¡Estia! —llamó una voz desde el interior del vehículo—. ¡Estia! ¿Qué haces ahí? —Estia volteó el cuello con un movimiento débil, demorándose más de lo normal, enfrascada en sí misma. Solo cuando distinguió el coche igual que una llamarada y a Lola encajada en el volante separó los párpados y recobró el sentido.

—¿Lola? ¿Qué haces aquí? —balbuceó muy bajito con la cadencia de su voz rota.

—No podía dejarte sola —dijo esta alzando la voz por la ventanilla —. Lo siento. Siento lo de antes. No sé qué me ha pasado. Tenía miedo.

—Da igual, Lola, ya no hay vuelta atrás. Tenías razón. —Lola, espantada por la reacción de Estia, salió del coche y cerró la puerta tras ella.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con desazón, acercándose.

—Lola, esto ha ido a peor —lloró Estia—. Mira —gimió mostrándole los dientes. Entonces Lola la abrazó. Apretó tan fuerte y con tanta urgencia que Estia, cayendo en sus brazos, sostenida, comprendió que no tenía otra opción que seguir adelante y aceptar su destino.

—Joder, necesitas agua. ¡Vamos! —apremió Lola sacando del coche una botella de cristal—. Bebe. —Estia agarró la botella y vació la mitad de un trago, fijándose en que aquel coche era igual al que se había montado por primera vez en Luis de Juárez. Era un Corvette nuevo y brillante de color rojo fuego.

—¿De dónde has sacado este coche?

—Sube.

—Pero… pero ¿no se había quemado?

—Es otro diferente. No puedo explicarte exactamente cómo ha pasado, pero sube y te cuento lo que sé. Debemos darnos prisa, la pasma nos pisa los talones. He visto en un bar cerca del pueblo a aquellos dos que te seguían en Luis de Juárez.

—No son los únicos.

—¿Qué quieres decir? Bonnie está muerta.

—No. Es Elijah, ha venido a por mí.

—¡¡¿Qué?!! —exclamó Lola con los ojos muy abiertos.

—Me ha encontrado.

—Vamos, ¡sube ya! Tenemos que largarnos.

Lola arrancó y condujo lo más rápido que pudo. Había cambiado de plan. Después de que Estia le contara sobre El Abismo, pensó que lo mejor era conducir hacia el norte, buscar un bosque y refugiarse en él. No confiar en nadie más. Puede que, si lograban mantenerse allí durante unos meses, pudieran coger un avión al otro lado del mundo donde empezar de cero.

—Entonces, ¿cómo has encontrado este coche? Es increíble. Es idéntico.

—Vale, atenta, porque sé que esto va a sonar a que me falta un tornillo. Pero te juro que ha sido así.

—¿A estas alturas? Lola, tengo colmillos. Nada va a sonar como si te faltara un tornillo.

—Tienes razón. Bien, pues me fui, ¿no? —Estia asintió—. Te dejé en la caravana y caminé hasta la carretera, y después hasta el pueblo. Allí fui a comprar un billete de autobús cruzando los dedos para que no me pidieran ninguna documentación. Cuando fui a pagar me di cuenta de que había dejado todo el dinero que nos sobró en la caravana, contigo. Estaba a punto de rendirme cuando de pronto dos tíos dejaron aparcado este Corvette justo detrás de mí. Con las llaves puestas, Estia. Arrancado y con las llaves puestas.

—¿Y así sin más decidiste robarlo?

—No. Así sin más, no. Sonaba una canción de The Barracoodas. Iban escuchando a The Barracoodas. Pero esa canción… Estia, esa canción es inédita. No ha salido. No sé decirte por qué, pero algo me dijo que debía cogerlo y volver a los campos de maíz.

—¿Qué? ¿No puede ser que hayan estrenado la canción mientras tú no estabas?

—Eso es imposible.

—¿Y cómo estás tan segura?

—Porque esa canción la he compuesto mientras estaba contigo. No la he grabado nunca, ni la he tocado jamás. Está aquí —sostuvo Lola señalándose la sien—. En mi cabeza.

—Quizá se parece a otra canción y la has confundido.

—Te repito que es imposible.

—¿Por qué?

—Porque compuse esa canción para ti. Pensando en ti. En nosotras.

—¿Quéééé? ¿En serio has compuesto una canción para mí? —preguntó Estia, sonriendo de medio lado.

—Sí. Pero nada de risitas.

—Vale —accedió Estia—. Te creo. La canción inédita te avisó de que volvieras a por mí. ¿Y cómo se llama si puede saberse?

—¿El qué?

—La canción inédita que sonaba, ¿cómo se llama?

—*Salvaje Baby*.

—*Salvaje Baby*. Me gusta.

—Bien, iremos al norte —dijo Lola queriendo cambiar de tema—. Iremos al norte y nos esconderemos unos meses. Después, nos marcharemos lejos. Lo vamos a conseguir, joder. Estoy segura.

—Está bien —asintió Estia, aunque a aquellas alturas ya sabía que no irían al norte, ni mucho más lejos. Llegaron a la intersección donde el camino se adentraba en el campo de maíz y Lola giró el volante para entrar.

—Ya casi estamos.

La luz del sol que caía sobre el maizal era casi celestial. Cubría el área igual que un manto tejido con hilo dorado y divino, pero como todo lo divino, se deshacía cuando la pérdida de la fe y la esperanza acechaba. Y Estia no tenía ni fe ni esperanza. Había aceptado su final terminal.

El campo se vio manchado por el rojo y el azul de la fosforescencia de dos patrullas de policía que encendieron la sirena

justo antes de arrancar para dar caza al Corvette.

—¡Mierda! —exclamó Lola. Fue todo lo rápido que pudo, volvió a girar el volante y salió de nuevo a la carretera. Las ruedas rebotaron en el suelo y el capó se hundió primero para elevarse después en el aire, haciendo saltar el coche entero, que cayó de bruces contra la calzada. Cuando notó que se estabilizaba, Lola pisó el acelerador más a fondo sin comprobar hacia dónde se dirigían exactamente. En lo único en lo que pensaba era en salir de allí lo antes posible.

—¿Crees que podremos despistarlos?

—Creo que sí. Espero que sí.

No obstante, cuando Lola echó un vistazo al espejo retrovisor que colgaba del techo, no solamente pudo advertir dos coches patrulla que conducían a toda velocidad, tratando de alcanzarlas uno por cada lado. Una moto negra aceleraba queriendo colarse entre los recovecos de ambos coches de policía para interceptarlas primero.

—¿Qué pasa?

—Nos sigue alguien más —anunció. Estia levantó la mirada y la aterrizó sobre el espejo.

—Es Elijah. Acelera.

Lola encendió la radio y subió el volumen para acallar el rugido de los motores y el sonido estridente de las sirenas de policía que hacían que Estia tuviera que taparse los oídos. De la nada, un vehículo de color negro apareció de frente. Conducía a toda velocidad hacia el Corvette por el medio de la carretera, sin respetar la línea divisoria.

—¡Tengo que girar! —jadeó la muchacha.

—Sigue hacia delante —Estia cerró los ojos todo lo fuerte que pudo preparada para el impacto.

—¿¡Qué dices!?

—Confía en mí, ¡sigue hacia delante!

A unos pocos centímetros el coche negro derrapó y se arrojó hacia un lateral de la carretera para no chocarse contra el Corvette. Se salió de la calzada y comenzó a rodar por los campos de hierba.

—¿Esa es quien creo que es?

—No puede ser. Estaba muerta. ¡La vi morir con mis propios ojos!

—Y yo. La vi quieta, en el suelo, entre los maizales.



51. La grieta

Lola frenó en seco el Corvette rojo. El vehículo se desvió también trompicando hasta encarrilarse de forma horizontal sobre el campo, atravesándolo con violencia. Los neumáticos, humeantes por el calor, se arrastraron por la superficie tratando de adherirse a ella, pero la hierba terrosa no conseguía obstaculizar su ferocidad, sino que más bien se arremolinaba alrededor de toda la carrocería, tiñendo el rojo de un naranja polvoriento que brillaba bajo un sol de justicia y que se elevaba sobre el cielo azul del paraje. Como si la tierra arenosa bajo el pasto seco estuviera compuesta de miles de cientos de diminutos diamantes ambarinos.

Estia se sujetó al borde de la puerta. Ni siquiera se percató de que el hierro abrasaba. Ardía tanto que dejó dos marcas bermejas impresas en la palma de su mano. También se aferró como pudo al bajo del asiento de cuero, pero aun así su cuerpo cedió al impulso del derrape y se golpeó la cara contra la guantera. Cuando la alzó, el coche se había detenido. Se llevó las manos, que le temblaban, a la nariz. Toda ella, al igual que su boca y la guantera, estaba cubierta de una pasta pegajosa y roja. Sangraba a borbotones. Giró la cabeza y vio a Lola. Sujetaba el volante con más fuerza de la habitual, volviendo blancos sus nudillos, respirando con agitación. Tiritaba de pies a cabeza con la mirada fija en el horizonte, a pesar de que era imposible que viera nada a través del cristal manchado.

La luna del Corvette estaba completamente cubierta de polvo de barro árido. Tras ella se intuía el bailar de las luces rojas y azules de la policía, que acababa de frenar en la carretera. Estia, con la mano ensangrentada, se revolvió en el asiento. Introdujo los dedos en la manilla de la puerta y tiró de ella tratando de abrirla, sin éxito.

—¡Ábrete de una vez! —vociferó.

—No, Estia. ¡No salgas!

—Sal del coche, Lola. Vamos, dame la mano. ¡Ven conmigo!

Salieron del Corvette arrastrándose a través de la puerta del lado de Estia. De la mano, caminaron desorientadas a través de la humareda que surgía del capó del vehículo. Lola tosía sacudiendo la mano delante de sí, queriendo ahuyentar la cortina de humo que ambas estaban inhalando y que apagaba poco a poco sus pulmones. Mientras se acercaban a la carretera, una chispa se resbaló por debajo del motor del Corvette. Rodó hasta la tierra y, como si nada, encendió el heno amontonado bajo las ruedas. Cual mecha, el pasto prendió convirtiendo la chispa en fuego.

—Está pasando —susurró Estia entre dientes, convencida de lo que estaba diciendo—. Lola, no des un paso más.

—¿Qué? No, ¡vamos! Tenemos que salir de aquí cagando leches.

—¡¡No!! —aulló Estia, impidiendo que la muchacha se moviera del lugar en el que estaba.

El fuego se extendía tras ambas como una fiera mitológica imparable, arrasando con el campo. Acto seguido, la tierra tembló una sola vez bajo los pies de las muchachas.

—¡Salgan del coche! —Al otro lado de la nube de polvo, se oyó la voz embotada de Vásquez. Los agentes no podían ver a Lola y Estia, de pie en el exterior—. ¡Les habla el agente Vásquez! ¡Salgan del coche con las manos en alto y acérquense con cuidado! ¡No hagan movimientos bruscos o dispararemos!

—Vamos, Estia. Tenemos que salir del humo o dispararán.

—Agente, hágame caso. —Detrás del muro de polvo Elijah trataba de negociar con la policía—. Esa chica… esa chica vendrá si escucha mi voz. Se entregará. ¡Déjeme el megáfono!

—Claro. ¿Por qué no? —respondió el agente Vásquez tendiéndole el megáfono al religioso. Sin embargo, cuando este fue a sujetarlo, Vásquez lo retiró y con una sonrisa de suficiencia en la comisura de la boca no dejó que lo agarrara—. ¡Que le den, padre! ¿Por qué no vuelve a su iglesia y mete las narices en sus propios asuntos? ¡Déjenos trabajar, joder!

—Le recuerdo, agente Vásquez, que si yo no les hubiera avisado ni proporcionado la foto de Estia…

—¡Usted no nos avisó! —interrumpió el policía—. Usted se dedicó a perseguir por su cuenta a esas dos delincuentes. Solo nos proporcionó la fotografía porque pensó que así la encontraría antes.

—¡Cerrad el pico de una vez! ¡Parecéis críos de tres años! —intervino el agente Harris—. Llevamos días detrás de esas dos niñas. Si las perdemos porque no hacéis más que comportaros como críos… ¡Mira, no sé qué os hago, de verdad que no! —resopló—. No tienen escapatoria, Vásquez, pero las quiero con vida, así que baja el arma —ordenó—. ¡Lola y Estia, salid del coche y venid con las manos en alto!

De pronto la tierra volvió a temblar. El humo del Corvette fue disipándose poco a poco, dejando más visibilidad hacia la carretera, pero al mismo tiempo el incendio iba creando una humareda negruzca tras las muchachas. Entre la niebla oscura, Estia vio a Bonnie acercarse. Las habría alcanzado si no hubiera sido por otro temblor, tan fuerte aquella vez que hizo que Bonnie cayera al suelo. La tierra rugió y una larga brecha comenzó a abrirse de lado a lado, dejando a los agentes y a Elijah a un lado, y a Bonnie, a Estia y a Lola al otro.

Estia asomó la cabeza y comprobó cómo la abertura iba haciéndose cada vez más profunda, y cómo el fuego iba ascendiendo cada vez más insurgente. Bonnie logró saltar la brecha y pasar al otro lado antes de que la hendidura fuera demasiado grande. Sin embargo, Lola y Estia se mantuvieron de rodillas, aferradas al borde de la tierra, esperando a que la división las llevara lo más lejos posible de la policía y de Elijah, mientras esta seguía rugiendo y abriéndose en canal.

Bajo sus pies un hoyo infinito entre la realidad y un mundo desconocido habitado por almas atormentadas y criaturas extrañas se destapaba. El averno y su guardián esperaban a Estia con los brazos abiertos, como si esta siempre hubiera pertenecido a él de alguna forma, como si ambos fueran dos piezas de un mismo puzle espinoso, descarnado e indivisible.

—¡Salta conmigo! —rogó Estia. El tiempo se detuvo de improviso. Las cenizas volaban a cámara lenta arremolinándose junto a ellas, creando un tornado de humo y tierra a su alrededor y aislándolas del

resto del mundo. El crepitar ensordecía a Lola, que contemplaba suplicante a Estia. Por primera vez pudo derribar la barrera de sus pupilas y adivinar con exactitud qué rondaba la cabeza de la otra muchacha. El fuego les abrasaba la piel, tornándola anaranjada. Se perdieron la una en la otra y la otra en la una dilatando el tiempo, y después, un latigazo las hizo volver de golpe a la realidad.

—¡No puedo! —dijo Lola con la voz entrecortada.

—No tienes otra opción —Estia estiró el brazo escamado y Lola cedió. Quiso aferrarse a la mano de Estia, que la observaba en alguna parte detrás de aquellos ojos escarlatas férvidos, detrás de aquellas escamas que ahuyentarían a cualquier otro ser humano menos a ella, detrás del filo de sus dientes letales. Lola dejó de tener miedo en cuanto se sujetó a Estia. Solo necesitaba aspirar su aroma a sal para tranquilizarse, oler su pelo, que siempre desprendía una fragancia a salvia y a tierra y ver de cerca las motas de su nariz que parecían juntarse entre sí bajo el sol. Así sabía que pasara lo que pasara, todo iría bien—. Vamos, Lola. Somos salvajes, ¿verdad? Ven conmigo.

—Somos salvajes.

Por un momento todo quedó en silencio. Dejaron de escucharse las sirenas al otro lado, y las luces se volvieron tenues, casi desapareciendo. El polvo y el humo del aire comenzaron a apretujarse y después a dispersarse. Era como si un sonido nacido de lo más hondo y profundo de la tierra surgiera de forma lóbrega y pesada, como el de una tuba intensificándose hasta mezclarse con el de un violonchelo viejo y embarrado.

De pronto la cortina entre las chicas, la policía, el padre Elijah y Bonnie, que llevaba en la frente la marca del golpe del colgante de Ryder, desapareció. Se vieron cara a cara. El agente Vásquez y otros diez agentes apuntaban con sus armas directamente a la cabeza de Estia. Bonnie esperaba en un lateral, preparada para cualquier cosa. Ahí estaban.

Lola levantó la vista y echó un vistazo a Estia, esperando encontrarse con su expresión asustada. En cambio, vio algo en ella que la desconcertó. Estaba inmóvil, como ida, fuera de este mundo. Sus pies comenzaron a desprenderse del suelo.

Al otro lado Elijah avanzó unos pasos hacia delante, sin llegar al límite de la brecha. El agente Harris lo detuvo, pero pronto dejó de hacerlo porque se percató de que Estia se encontraba unos metros sobre el suelo, suspendida en el aire. Sus brazos y piernas colgaban inertes. Era como si Dios la estuviera arrastrando al cielo desde las costillas, pero no podía ser Dios quien la retorciera de aquella forma. Sus manos y sus pies no estaban cómodos ni reposados, sino tensos y arrugados. Su cuerpo fue desencajándose y con cada sacudida un nuevo hueso le rechinaba hasta partirse en dos, sobreponiéndose sobre los sonidos de las sirenas y los aullidos de la tierra que rodeaban el campo. Primero los dedos de los pies, después los de las manos, luego las rodillas. Crac, crac, crac.

Cuando Estia alcanzó los dos metros en el aire, nadie sujetaba un arma, nadie miraba al suelo. Todos los que estaban allí presentes la contemplaban con la boca abierta, atónitos. Todos menos el padre Elijah, que sonreía con suficiencia.

El terremoto volvió a sacudir la tierra, rompiéndola con más violencia, y Estia fue descendiendo hasta penetrar entre sus paredes. El espacio se envolvió de nuevo en un silencio estremecedor. Nadie tenía ni la más remota idea de qué hacer. Todo parecía haber terminado.

Lola, desorientada, trató de ver dónde había ido a parar Estia. Notó que tenía el rostro húmedo y sudado. Enfocó la vista y lo supo: Estia había desaparecido entre las llamas, bajo tierra.

—¡A… arrestad…! ¡Arrestadla! —balbuceó gritando el agente Vásquez. Nadie se movió—. ¡Arrestadla de una maldita vez, joder!

Tres agentes caminaron hacia Lola a punta de pistola. El padre Elijah reía enloquecido, pues sabía a ciencia cierta que la profecía acababa de cumplirse, que el fuego se había desatado y que la Emisaria volvería para salvar a los fieles de El Abismo. Uno de los agentes apuntó guiñando el ojo a la pierna de Lola. La reducirían para que no pudiera huir y después la arrestarían, viva. Apretó el gatillo y la bala nació del cañón. Esta planeó a cámara lenta cruzando el cielo, sobrevolando la grieta en dirección al pecho de Lola, más arriba de lo que el agente había previsto.

De la gran reja terrenal, entre las llamas y el humo, surgió una mano. Una mano de escamas rojas y garras como las de un dragón. Las garras agarraron a Lola por el tobillo y la arrastraron hasta introducirla en la abertura y hacerla desaparecer.

DÍA 8



Epílogo

Un punzante ardor me martillea las sienes. Joder, la cabeza me está matando. Puedo contar los latidos trepidantes de mi corazón justo ahí, en el hueco hundido bajo mi pelo. Gruño ligeramente antes de llevarme las manos a la cabeza y apretar los párpados. A través de ellos distingo una pantalla anaranjada y, enseguida, como si el color me hubiera hecho adivinar, noto el rayo más ancho de sol caerme sobre la frente y mi cuerpo calentarse bajo unas sábanas arrugadas.

—Joder… —me quejo apretándome el tabique nasal.

Doy un vuelco a la derecha, después a la izquierda y, de una patada, me deshago del manto rugoso y asomo los pies por la parte de abajo y la cabeza por la parte de arriba, ansiosa por coger una bocanada de aire fresco. Tengo el pelo enmarañado, lo sé, y los ojos todavía cerrados. Me los froto y los abro, despacio. Me pesan. Intuyo la sábana blanca e impoluta. Mientras, mastico mi saliva y trago como si fuera la primera vez que utilizara la garganta en siglos. Justo después veo un retal de hormigón y un fragmento de cielo azul brillante y nubes de tonos naranjas y rosas. Debo de estar muy alto, puesto que no veo nada más que el cielo abierto. «Estoy muerta. Es eso. Estoy muerta», me digo. Entonces, me sobresalto al despertar del todo de mi sopor y caer en la cuenta de que no estoy en el camerino de Luis de Juárez, ni tampoco en la caravana de Ryder, ni en mi flamante Corvette rojo, ni en aquel campo incendiado en mitad de la nada. Todos han desaparecido y las imágenes inconexas de los últimos días asaltan mis pensamientos sin orden, de forma caótica, como trayéndolas a mí para quitarme de la cabeza el presentimiento que me grita que estoy muerta, que estoy en algo así como el cielo. Aunque siempre he pensado que iría directa al infierno con billete de ida pero no de vuelta. Como una alarma, esa palabra, la palabra «infierno» me enciende la bombilla y me hace recordar a Estia de golpe y porrazo. Lo último que sé que pasó es que se aferró a mí y me arrastró con ella a través de la grieta.

Me levanto de la cama de un salto y distingo una puerta de madera. Me dirijo a ella decidida y pego un empujón enérgico para

abrirla de par en par con la esperanza de encontrármela al otro lado.

—¿Estia? —llamo. Recorro descalza el resto de la estancia, el suelo está liso y limpio. Abro todas las puertas y camino por lugares que no conozco, pero que por inercia mi cuerpo me hace recorrer, como si supiera perfectamente dónde está. Mi cuerpo, no mi cabeza. No yo—. ¡Estia! —insisto—. ¡Joder, Estia! —Sin embargo, Estia no está aquí. Ni rastro.

Vuelvo a la habitación, decepcionada, y me quedo allí sentada un rato, en silencio. Tengo claro que no lo he soñado, por supuesto que no. ¿O quizá sí? No. Estoy absolutamente convencida de que todo ha sido real. Joder, no estoy loca. Aunque soy consciente de que si lo dijera en voz alta de forma terca sonaría como una. Estia, el viaje, Bonnie, Trash, Elijah, Ryder, todo eso es real. Ha sido real.

Confusa, me acerco a la ventana, la abro y asomo la cabeza. Comprendo entonces dónde estoy. Casi no puedo creérmelo, pero supongo que tiene sentido. Yo le dije a Estia que tenía ganas de venir aquí: las anchas calles, las aceras grises, aquellos edificios modernos que no había en Fontana mezclados con aquellos otros europeos antiguos que imponen a cualquiera. El amanecer asoma en Berlín Oeste, diez años y unos meses antes de que el muro, que veo desde la ventana y que separa la ciudad en dos, sea derribado por la multitud y por mí misma, que decido tomar las calles y destrozarlo con mis propias manos, con bates, herramientas y martillos que sacamos de nuestras casas. Aunque hoy ese muro todavía lo divide en dos. Las familias siguen separadas en dos y Berlín es el reflejo de las disputas no solventadas que han azotado el mundo. Es raro que salga el sol en esta ciudad, o esa idea tengo yo antes de despertarme en ella. Ese día de otoño brilla como nunca: naranja y eléctrico, como si fuera capaz de quemar si lo miras demasiado o demasiado cerca.

Sé entonces con certeza que no estoy muerta, que estoy en Berlín, pero un vacío inmenso y dos fuerzas contrarias tratan de abrirse camino en mi interior:

Por un lado, siento un hueco, un oscuro hueco infinito y vacío que le ha pertenecido a Estia desde que llegó a mi vida apenas una semana antes. Sé que ella ya no está en este mundo. El mundo…

este mundo que además no es lo que yo siempre he pensado que era. Eso es algo que creo que me va a costar asimilar. ¿Cómo sé que no volverá a pasar algo parecido? Si yo recuerdo lo que ha pasado, ¿lo harán Elijah, Bonnie y la pasma de Luis de Juárez? Aunque me invade la necesidad de buscar a Elijah y preguntarle qué ha pasado, enseguida acallo esa voz estúpida que no ha hecho más que meterme en líos. La voz que me empuja a hacer cosas sin pensar y que ha vivido siempre conmigo. Así terminé en los brazos opresores de Theo y así terminé recogiendo a Estia. Sin pensar, aunque de lo segundo no me arrepiento, joder.

La otra fuerza es una luz eléctrica caliente y alegre, la esperanza de tener una vida nueva. Estoy convencida de que Estia me ha enviado aquí, a Berlín, porque aquí puedo desaparecer y empezar de cero. Todos creerán ahora que la palmé aquel día cerca de los campos de maíz y de la iglesia. Todos me han visto desaparecer en el hoyo infernal arrastrada por Estia.

Busco el baño y mis pies tocan el azulejo helado. Me lavo los dientes con el cepillo y la pasta que hay sobre el lavabo. Imagino que es mía, pues solo hay una y en la casa no hay nadie más. Me mojo la cara con agua congelada para espabilarme pero no me cambio la camiseta blanca de tirantes con la que me he despertado. Me echo por encima una chaqueta que veo colocada perfectamente en la silla de mi cuarto y salgo primero de la habitación y después de lo que imagino que es mi casa.

Piso la calle cagada de miedo, mirando a los lados y por encima del hombro, sin embargo, nadie parece tener ni idea de quién soy. Noto un bulto en el pantalón, meto la mano y me encuentro con mis cigarrillos pero no tengo mechero, así que, al pasar por delante de un quiosco, le pido al dependiente que me encienda uno. Agacho la cabeza para poder encenderlo mejor y es entonces cuando veo el periódico. Solo soy capaz de leer «The Barracoodas» en letra grande.

—¿Le importa? —digo con el cigarrillo humeando en la comisura de los labios.

—¿Eh? —pregunta el hombre. Retiro el cigarrillo, expulso el humo y repito.

—¿Que si le importa? —El dependiente levanta las manos y arruga la frente—. No me entiende, vale… ¿Puedo? —repito esta vez cogiendo el periódico y señalándoselo, haciendo un ademán mientras lo abro y paso las hojas.

El hombre murmura algo y, a pesar de negar con la cabeza, entiendo que puedo leerlo. Así que despego las páginas y allí está la noticia:

Dolores Quinn, cantante de The Barracoodas, pierde la vida en un desafortunado accidente de coche a los 17 años

Martes, 23 de octubre de 1979. Dolores Quinn, que conducía su Corvette rojo en la pasada madrugada, ha tenido un accidente a la salida de Luis de Juárez después de un concierto en la ciudad.

No mencionan a Theo. Tampoco mencionan a Estia ni ningún incendio. Veo la foto de Dolores Quinn y soy yo. Pero tengo otra cara, otro cuerpo. Esa Dolores es rubia. Es raro de narices ver mi nombre al lado de una imagen que no es la mía. Yo, la chica que sujeto el periódico en Berlín, no soy Dolores Quinn. Ya no soy famosa, todos han olvidado que alguna vez existí. Encuentro unas monedas en el bolsillo y se las dejo en el mostrador al dependiente, que las recoge y vuelve a quejarse al ver que dejo el periódico de vuelta. Empiezo a caminar, pero necesito confirmar lo que acabo de ver. Tengo que estar segura.

—¿Tiene algo de The Barracoodas? —pregunto señalando la imagen del periódico.

—Ah, sí. Toma —entiendo que me responde en alemán. Me alarga un vinilo de siete pulgadas y veo la imagen de la otra Lola. Lo cojo y giro para ver la lista de canciones, ahí está, *Salvaje Baby*. Me lo meto dentro de la chaqueta y me voy.

El tráfico de la calle y el murmullo de la gente comienza a hacerse cada vez más y más notable. Camino sin rumbo. «Solo he visto llover dos veces así antes». La voz de Estia aparece en mi cabeza junto a varios recuerdos que no me pertenecen. Son de Estia. Siento

que tropiezo y caigo al suelo. Me rozo las palmas de las manos con la acera de lija, pero alguien me levanta. Mientras tengo los ojos cerrados me veo en el bosque, junto a Elijah, la noche en la que Estia llegó a El Abismo; después veo las inundaciones de San Gregorio. Es extraño, pero por algún motivo soy capaz de ver los recuerdos de Estia en mi mente, como si me pertenecieran.

—¿Estás bien? —me dice la voz de una mujer.

—Sí —respondo—. Sí, estoy bien —Mi voz suena entonces diferente. He hablado alemán sin saber ni una palabra—. ¡Joder!

—¿Va algo mal?

—No. No… —Me suelto y sigo caminando a paso acelerado—. Gracias.

—¡Debería ir al médico! —grita la mujer detrás de mí.

Es extraño pero tener toda la vida por delante para descubrir quién soy me hace ilusión, a pesar de sentirme mareada y perdida. Me da igual quién fuera Estia, siempre la recordaré. Y ahora tengo sus recuerdos, como si fueran propios, dentro de mí, para no olvidarme y rendirle homenaje cada día. Tengo una misión: saber quién soy yo misma. Saber de verdad quién soy sin la losa de Lola Quinn, ni de The Barracoodas, ni de Theo.

Algo me arrastra hacia una dirección. Después de un par de kilómetros atravesando las anchas calles, termino en un lugar mucho menos concurrido. Diviso un cementerio a lo lejos. No soy yo quien me lleva, es otra cosa.

Entro en él, camino a través de las tumbas y me paro frente a una de ellas. Alzo la vista y leo: «Estia Beaufort (1964-1979). Sacrificó su alma para salvar la vuestra».

—Sobre todo, la mía —murmuro. Tiro el cigarrillo al suelo, lo apago con el pie y me quedo allí un buen rato, hasta que anochece.

Biografía de la autora



Sarah Serrano (Euskadi, 1990) es escritora y publicista cultural. Ha colaborado con medios culturales como la revista de rock Metal Hammer. En 2022 ganó el Premio Watty de la plataforma Wattpad Webtoon Studios con *El Sendero de las Orugas*. Su novela de fantasía oscura, *Ella es Star Moon*, fue finalista en 2022 y 2023 en los mismos premios. En 2024 publicó *El Club de las Chicas Calavera*. Divulga acerca de libros, cine y series en @rockerbookslloween.

Otros libros

Si te ha gustado esta novela, escanea este código QR para leer *El Club de las Chicas Calavera*, un thriller juvenil con toques de fantasía y terror ambientado en los años 80. Si lees en Wattpad, escanea este código QR y te llevará a mi perfil donde podrás encontrar otros libros.



Recuerda que también puedes seguirme en redes sociales buscando el nombre Sarah Serrano o @rockerbooksIloween. A veces, nos guste o no, eso marca la diferencia.

Agradecimientos

Mis agradecimientos siempre empezarán dándole las gracias a la mujer que apoya cada uno de mis diminutos pasos de forma incondicional, a Flora Serrano. Algún día veremos el fruto de todo el esfuerzo. A David Barbero, que siempre está presente en cada una de mis novelas. Sin él hoy no estaría escribiendo ni una sola palabra, ni confiando en que lo que hago tiene algún sentido. A la siempre maravillosa Alexia Calvo, que más que una fiel lectora es a estas alturas una gran amiga. Necesito verte en persona. A Yaiza, @_eaterofwords, por su rápida lectura, sus bonitas palabras y sobre todo por su tiempo y atención. Sin ti creo que habría tirado la toalla. A Almudena, @la.srta.amapola, porque el mundo es mejor cuando hay diversidad y opiniones contrarias. Gracias por tu sinceridad absoluta, por tu tiempo y delicadeza. A Yamy, @historiascon.kotodama, que no solo ha hecho de lectora cero, sino que me ha devuelto la esperanza en un proceso tan complejo como el de la corrección. No puedo decirte cuánto agradecimiento por tratar mi novela con cariño. A Mireya Murillo, @wristofink, siempre. Por ser la que pone la guinda de oro a mis novelas. Eres una crack. A todas las tías guays que me dais voz en vuestras redes sociales, podcasts, blogs y medios. Tías, no sabéis lo importante que es vuestro altavoz, da igual si tenéis un seguidor o quinientos mil seguidores, o cero seguidores, vuestra recomendación a una amiga y vuestra reseña positiva es un poder igualable al de Estia Beaufort. Y por supuesto, gracias a ti, lector/a/e que acabas de terminar este libro y te has adentrado en el mundo de Estia y Lola, y en el mío propio.